
1614
1914
HOMENAJE A
SANTA TERESA
DE JESVS

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

https://archive.org/details/homenajeliterari00unse

SCD
#3415

Al Sr. Juan A. MacKay
saluda atentamente
Su afmo

HOMENAJE LITERARIO

A LA GLORIOSA DOCTORA

SANTA TERESA DE JESÚS

EN EL

III CENTENARIO DE SU BEATIFICACIÓN

HOMENAJE A SANTA TERESA



EN EL CENTRO EL RETRATO DE LA SANTA QUE SE CONSERVA EN ÁVILA. EN LOS CUATRO EXTREMOS, LOS RETRATOS DE SEVILLA, ZARAGOZA, AMBERES Y FRASCATI. EN LA ORLA EL CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN DE ÁVILA Y LOS 19 CONVENTOS DE LA REFORMA FUNDADOS POR ELLA

(Tomado de la obra francesa *L'Espagne Térèsienne.*)

Dos palabras al lector.

Gratamente contagiados por el piadoso entusiasmo con que la España católica se disponía á celebrar el tercer Centenario de la Beatificación de la gran Madre y Santa española Teresa de Jesús, dímonos á pensar en qué forma podríamos contribuir, en la medida de nuestras pobres y escasas fuerzas, á la solemnidad, grandeza y esplendor de efeméride tan memorable y gloriosa, aportando siquiera un granito de arena á la majestad del suntuoso monumento que se proyectaba.

Las brillantes fiestas religiosas, las magníficas peregrinaciones de devotos teresianos á los lugares santificados por las huellas y recuerdos de la Seráfica Doctora, los elocuentes discursos y panegíricos en su loor cantados, los mismos magistrales escritos periodísticos, divulgadores de las glorias y maravillas de la portentosa Virgen Avilesa, son actos y cosas que pasan, que no poseen la virtud vencedora del tiempo, que tienen las limitaciones del lugar y de la hora en que se verifican.

Nuestra ambición era hacer algo que "quedase", algo permanente y fijo que en toda España y fuera de España perpetuara el recuerdo de los sublimes homenajes de devoción, entusiasmo y amor de las almas teresianas á su Seráfica Madre en el tercer Centenario de su Beatificación gloriosa.

Las personas de autoridad y doctrina, grandemente admiradoras y devotas de Santa Teresa, á quienes comunicamos tal propósito y deseo, aprobaron y estimularon nuestro designio de reunir, como en ramillete delicioso, fragantes flores de epiritualidad y hermosura espigadas en los espléndidos jardines de la más selecta intelectualidad española contemporánea en honor de la Excelsa Reformadora del Carmelo.

Llamamos, atrevidos, á las puertas de los ingenios próceres de las letras patrias, suplicando de ellos la limosna de una estrofa, de un pensamiento, de una cuartilla, y al conjuro mágico del nombre bendito de Teresa de Jesús, todas las puertas se nos abrieron con bondad exquisita, dándonos la evidencia de cuán universal, arraigado y sincero es el amor que por Santa Teresa sienten las más grandes celebridades literarias de nuestra España querida.

¡Lo que nuestra insignificancia y pequeñez jamás habrían podido lograr, hízolo sin el menor esfuerzo ni resistencia el amor de Aquella que, en vida y en muerte, tan maravillosa sugestión ejerce sobre los corazones y las almas de sus admiradores, que lo son cuantos la conocen y á Ella se acercan!

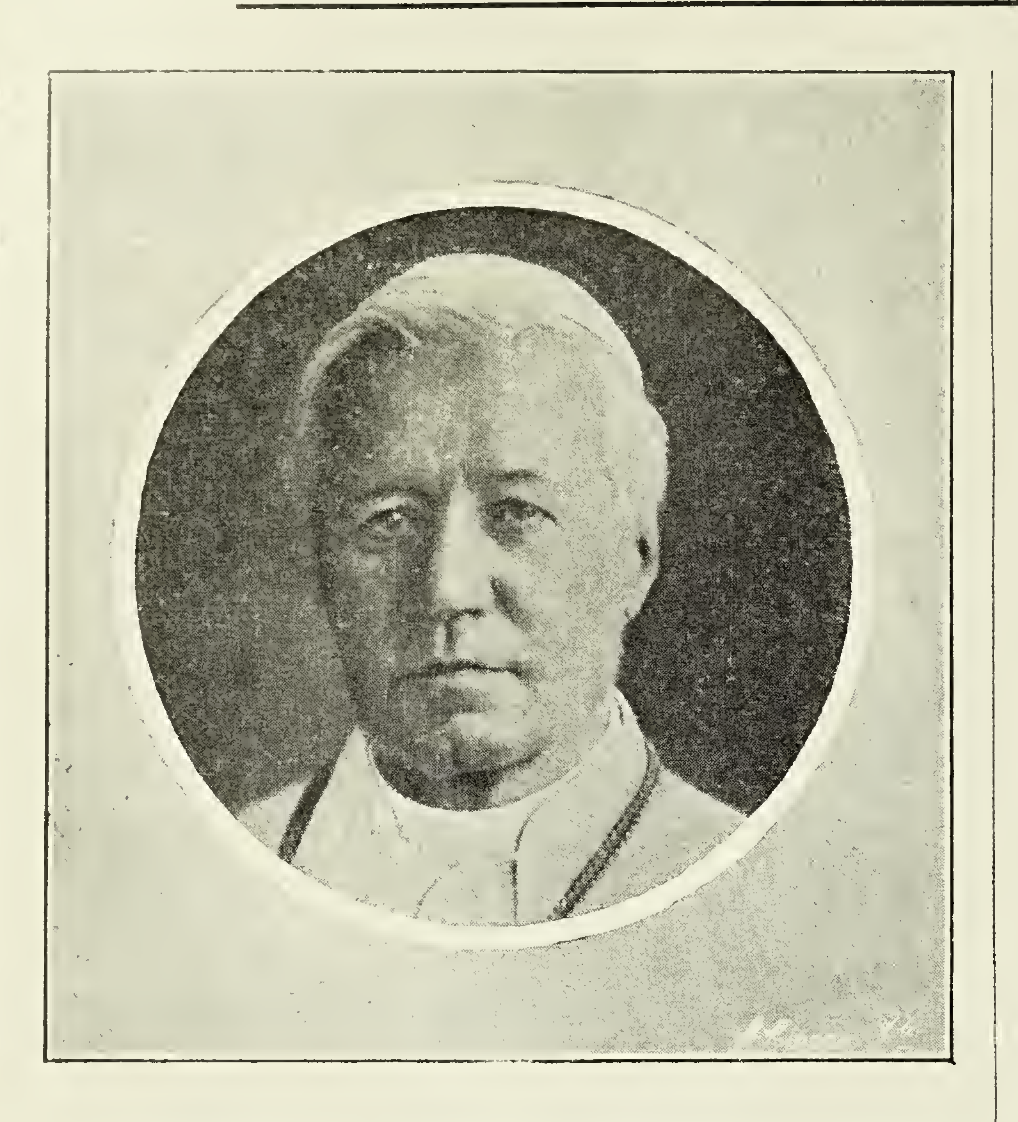
Quede aquí, de manera solemne, consignada nuestra gratitud sin límites á las ilustres escritoras y escritores, poetas y prosistas, que tan de buena gana y con cariño tanto han respondido á nuestra tímida invitación y llamamiento para honrar á la Virgen Carmelitana, ornamento preclarísimo de la Iglesia Universal y gloria la más alta, imperecedera y sublime de nuestra España.

Todo en estas páginas que en tus manos ponemos, lector, exhala suave perfume de idealidad y poesía, de fervorosa admiración y encendido afecto á la Santa singular, cuya vida y cuyos escritos han dejado inextinguibles rastros de luz en todos los horizontes del humano espíritu, marcándole la meta de una perfección, á la que en todos los tiempos se esfuerzan por acercarse las almas más delicadas y exquisitas.

Si la lectura de estas bellas páginas logra encender más y más en los corazones el amor á la gloriosa Virgen Avilesa y contribuir de algún modo á dilatar el eco de los magníficos homenajes con que la católica España celebra en este año el fausto suceso de la elevación á los altares de la Santa Madre tres centurias ha, se verá cumplida nuestra piadosa aspiración y nada nos restará más que pedir de rodillas á la Santa bendiga desde el cielo á cuantos hacemos un culto de su nombre bendito y colocamos su gloria por encima de todas las glorias de que justamente se envanece España.

Los Editores.

Pío X y Santa Teresa.



Su Santidad ha querido asociarse de un modo bien expresivo á los homenajes del pueblo cristiano, y señaladamente de la nación española, á la gloriosa Santa con motivo del solemne centenario, y al efecto, no solamente ha otorgado con largueza apostólica copiosas indulgencias y gracias espirituales por la celebración del centenario, sino que además se ha dignado dirigir al Prepósito general de los Carmelitas, y á toda la Orden. una carta admirable de la que copiamos los siguientes elocuentísimos párrafos:

El Papa y el Centenario de Santa Teresa.

"Siendo cosa probada que para mover los espíritus valen más los ejemplos que las palabras, Nos estamos íntimamente persuadidos que para lograr el fin que perseguimos de restaurar todas las cosas en Cristo, serán más eficaces que Nuestras exhortaciones los hechos preclaros de aquellos héroes que, siguiendo de cerca á Jesucristo Nuestro Señor, supieron grabar en sí mismos la imagen de santidad de tan divino modelo. Por esta razón, al celebrarse las fiestas seculares de San Gregorio Magno, San Juan Crisóstomo y San Anselmo de Aosta, dirigimos al orbe católico Nuestras Cartas encíclicas, ponderando en ellas sus glorias, y con idéntico fin recordábamos no ha mucho la vida y virtudes de San Carlos Borromeo, en el siglo tercero de su canonización.

Ahora bien, amados hijos; en el mes de Abril celebrará vuestra ínclita Orden una fiesta semejante, pues en él se cumplirán trescientos años desde que Nuestro predecesor Paulo V honró con el título de Beata á vuestra legisladora y Madre Santa Teresa de Jesús, por lo cual, según Nos han comunicado, acordasteis en vuestro último Capítulo general conmemorar con solemnes funciones religiosas y otras demostraciones de gratitud y alegría el recuerdo de tan fausto acontecimiento.

Con este motivo. Nos es grato comunicaros que aprobamos plenamente vuestra resolución y Nos asociamos á ella en nombre de toda la Iglesia.

A ello Nos obliga el haber sido la Virgen de Avila honra y prez de todo el orbe católico, y una de las mayores glorias que enaltecen á la Iglesia, puesto que "el Señor la colmó de espíritu. de sabiduría y entendimiento, y la enriqueció en sumo grado con los tesoros de su gracia, para que su esplendor y claridad brillasen en la casa de Dios, como estrella en el firmamento, por perpetuas eternidades". (Bull. Canoniz.) Con estas palabras ensalza Gregorio XV á Teresa de Jesús, y con sobrada razón; ya que su doctrina sobre la ciencia de la salvación fué tan eficaz y elevada, que en poco ó en nada cede á la de los grandes Padres y Doctores de la Iglesia antes mencionados.

Generosa y pródiga fué con ella la naturaleza, disponiéndola maravillosamente para el celestial magisterio de la santa doctrina que había de enseñar. Dotada de singular penetración de espíritu, grandeza de ánimo, bondad de corazón, energía de carácter, admirable sentido práctico en sus relaciones sociales y gran destreza en el manejo de los negocios, junto con una índole apacible y muy discretas y gentiles formas, lograba conquistarse con fuerza irresistible todas las voluntades. Pero mucho más admirables eran todavía los dones sobrenaturales que adornaban su alma. Muchos y muy preclaros varones honraron el siglo y la nación de Teresa con el esplendor de su santidad y de su doctrina, por lo cual, no sin razón, fueron llamados época de oro aquellos gloriosos tiempos de la católica España: pues bien, Santa Teresa reunió en sí las grandes virtudes y los ricos ca-

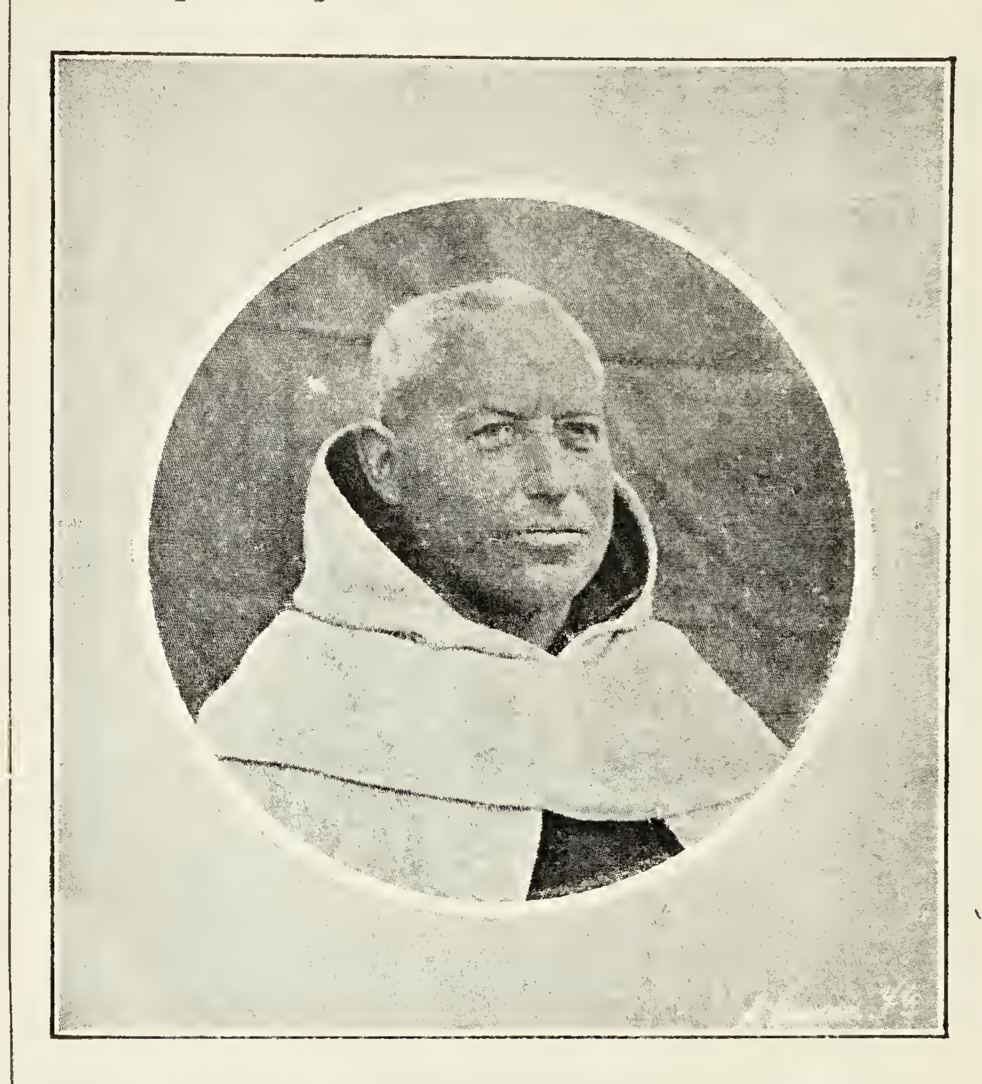
rismas de aquellos hombres insignes, cuya dirección y amistad cultivó con tanto cuidado."

Santa Teresa y la Teología mística.

"Finalmente, ya que el amor á la novedad que hoy priva en demasía ha penetrado hasta en el campo de la ascética y de la mística cristianas, bien se echa de ver cuánto importa mantener religiosamente lo que enseñó Teresa sobre estas materias. Puesto que "el Omnipotente la colmó de espíritu de inteligencia divina, para que no solamente diera y dejara ejemplos y dechados de buenas obras en la Iglesia de Dios, sino que esparciera también y la ilustrara con los rocíos de la celestial sabiduría escribiendo tantos libros de Mística, Teología y otros llenos de piedad, de los cuales el entendimiento y el espíritu de los fieles perciben y sacan abundantísimos frutos para el alma, y con ellos son encendidos, elevados y guiados á la patria celestial". (Bull. Canoniz.)

Cuantos leyeren devotamente sus escritos hallarán, sin duda, en ellos los documentos que necesitan para acomodar su vida á las normas de una verdadera santidad. En ellos expone esta gran Maestra de la piedad cristiana las vías de la perfección desde sus comienzos hasta lo más encumbrado de la misma. Allí propone los medios más adecuados, ya sea para corregir los vicios, ya para dominar las pasiones y purgar el alma de las manchas del pecado. Allí, por fin, hallará el lector los más eficaces estímulos para abrazarse resueltamente con la virtud. Y no sólo llama la atención el conocimiento perfecto de las cosas divinas que manifiesta al explicar todas estas materias, sino también aquella penetración y clarividencia de los secretos y complicados movimientos del corazón humano de que da pruebas evidentes. Este profundo conocimiento de las humanas flaquezas, que conmovía hondamente su tierno pecho, junto con la compasiva y ardiente caridad que reinaba en su alma, comunicaban á los escritos de Teresa aquella eficacia, ese suave atractivo que tan dulcemente cautiva al lector y que con tanta donosura describió nuestro Predecesor León XIII, de feliz memoria, con estas palabras: "Hay en los escritos de Teresa cierta virtud, más bien celestial que humana, maravillosamente eficaz para promover la enmienda de la vida, de modo que de su lectura sacarán óptimos frutos, no solamente los que se ocupan en la dirección de las almas y los que aspiran á una santidad eminente, sino también todos aquellos que aprecian en algo la virtud cristiana y trabajan algún tanto en el negocio de su salvación". (Epís. ad M. Bouix é S. J., die 17 Martii 1883.)

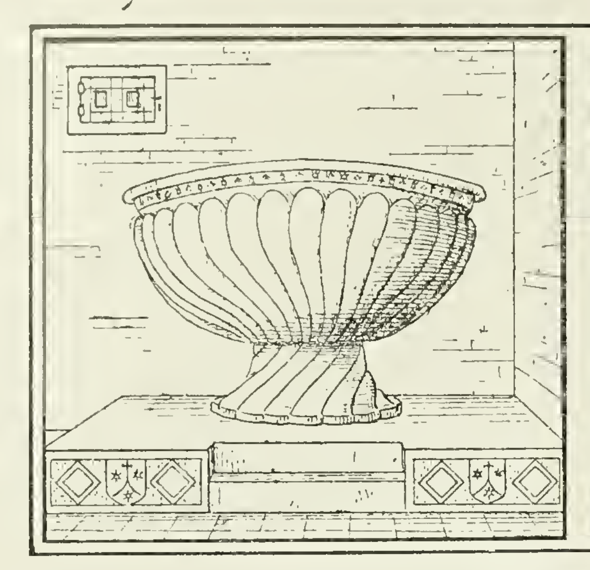
Por lo tocante á la teología mística, camina con tanta libertad por las supremas regiones del espíritu, que se diría vive en ellas como en

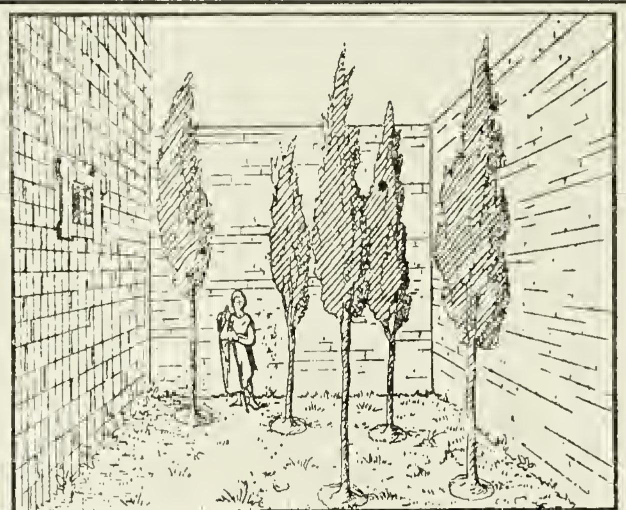


EL RMO. P. CLEMENTE, PREPÓSITO GENERAL DE LOS PADRES CARMELITAS DESCALZOS

su propio reino. No hay secreto en esta ciencia que la Santa no haya escudriñado profundamente, pues discurriendo por todos los grados de la contemplación remonta el vuelo hasta tan alto, que no es posible lleguen á comprenderla los que no han experimentado estas divinas operaciones del alma. Y á pesar de esto, nada enseña que no esté rigurosamente conforme con la más sana teología católica, exponiendo sus doctrinas con tanta sencillez y claridad, que ya en su tiempo era la admiración de los más insignes doctores, quienes no llegaban á comprender cómo pudo esta Virgen reducir con tanta maestría y elegancia á un cuerpo de doctrina lo que sin orden y confusamente enseñaron los Padres de la Iglesia. Aún hay más, teniendo en cuenta los errores de este siglo sobre esta materia, Nos ha parecido muy digno de notarse que Teresa no sólo distingue perfectamente lo que hay de humano y de divino en los movimientos místicos del alma y señala oportunamente los actos que en ellos pertenecen á la inteligencia y á la voluntad, sino que también exige que vayan acompañados con el ejercicio y práctica de las virtudes. Enseña que cada uno de los grados













PILA BAUTISMAL DONDE FUÉ BAUTIZADA LA SANTA

PARTE DEL JARDÍN DONDE LA SANTA HACÍA ERMITAS. ESTÁ UNIDO AL CONVENTO DE CARMELITAS DESCALZAS

CUADRO DE NUESTRO SEÑOR RESUCITADO, QUE LA SANTA HIZO PINTAR CONFORME Á LA VISIÓN QUE HABÍA TENIDO

de la oración debe ser como un escalón de la perfección cristiana, que el medio más apropiado para conocer los quilates de la oración y los progresos que en ella se hacen, es el examen minucioso de los adelantos que se han hecho en el fiel cumplimiento de las obligaciones propias de cada uno y en la reforma de la vida, y, por fin, que cuanto más se une una alma en transportes místicos con Dios, tanto más ardiente debe ser su caridad para con el prójimo y mayor su celo por la salvación de las almas. Quien haya reflexionado acerca de lo que vamos diciendo sobre la excelencia de la doctrina teresiana, comprenderá con cuánta razón han tomado á Teresa por maestra cuantos después de ella han escrito sobre tan difíciles materias y cuán justamente concede la Iglesia los honores propios de los Doctores á esta esclarecida Virgen, pidiendo á Dios en la liturgia que "nos sustentemos con el alimento de su celestial doctrina y recibamos con ella el fervor de una santa devoción". Ojalá que los que se dedican al estudio de la llamada psicología mística, no se aparten de las enseñanzas de esta incomparable maestra.



CRÓNICA

de las fiestas que en España se hicieron en la Beatificación de Santa Teresa.

Santa Teresa, Cervantes y Lope de Vega.—El Rey y el pueblo.—La España de Santa Teresa.

I

Nos parece interesante sacar á relucir algo de lo mucho con que se demostró el regocijo de los españoles ante la noticia del decreto de beatificación de la ínclita Reformadora del Carmelo, que extendiera Paulo V, en 1614, obligado por los ruegos del Rey Felipe.

Dice Fray Diego de San Joseph en su "Compendio de las solemnes fiestas que en toda España se hicieron en la beatificación de N. B. M. Teresa de Jesús", que fué enviado por el Padre General Fray Joseph de Jesús María á San Lorenzo el Real para suplicar al Rey que honrase con su presencia el primer día de las fiestas: "Respondióme el Rey: que si una jornada para que ya estaba de partida no se lo impidiese se hallaría aquí". Y estando prevenida á Lerma se determinó suspenderla y el sábado víspera de la fiesta á tres horas de la noche entró en Madrid de improviso.

Y fué de consideración que habiendo precedido tan grandes aguas, el cielo sacó sus luces á la serenidad de una templada noche para que se viesen y gozasen las que pusieron tantas personas devotas, y los fuegos que teníamos preparados á las puertas, lonjas y compás de nuestra casa.

En la capilla mayor estaban bordados de figuras humanas los doce meses con sus frutos é insignias en las manos, parecían estarlos ofreciendo á la Santa cuya imagen estaba en medio de la capilla, en unas andas compuestas de flores de cambray y seda. La escultura y pintura eran excelentes; tenía una palma en una mano (Hieroglífico de su pureza y virginidad) y en la otra una pluma de oro.

Dijo la misa de pontifical el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Don Antonio Caetano, Arzobispo de Capua, Nuncio y Colector general Apostólico en los reinos de España.

Dijo el Rey cuando entraba en la misa: "Que lo traía el Cielo á asistir á aquel acto".

Iban con él los Grandes, Titulados y Embajadores que de ordinario le siguen.

El lunes, 6 de Octubre, confesó y comulgó Su Majestad diciendo que lo hacía en devoción á Santa Teresa. Este mismo día se partió á Lerma á celebrar la propia fiesta en el día octavo, en un insigne monasterio de Monjas edificado y dotado por el Duque.

Concertadas estuvieron unas famosas fiestas de toros y cañas con que regocijaran esta esclarecida corte y nobilísima Villa los caballeros de ella, sino las desconcertara el repentino alboroto y nueva de la "Mamora".

El jueves fué muy solemne por haberse elegido ese día para celebrar el "Certamen Poético". Este acto tiene una gran importancia para los aficionados á la literatura, pues, á más de haberse efectuado en los albores del siglo XVII, siglo de oro de las letras españolas, actuaron en él los dos gigantes en lucha siempre aunque desigual y sorda. Lucha en la que llevó ventaja durante aquel siglo el "monstruo de la Naturaleza", lucha ganada en los siglos posteriores por el "Manco de Lepanto"; porque, sépase de una vez, los dos gigantes que dieron lustre al Certamen eran: Miguel de Cervantes, anciano ya—tenía sesenta y siete años—que concurría en busca de un premio que lo sancionase como poeta; y Lope de Vega y Carpio, que, en toda la plenitud de su gloria y poderío, presidía el Jurado.

Componían el Tribunal calificador: Don Rodrigo de Castro, hijo del Conde de Lemos, Don Melchor de Moscoso, hijo del Conde de Altamira, Grandes de España, y Don Francisco Chacón hijo del Conde de Casarrubios, Arcediano de Toledo.

A un Tribunal formado así por tres aristócratas de la Corte, por tres figuras decorativas, ¿quién sino el universal, el ubicuo, el indispensable Lope de Vega podía asesorar? dice en frase justa (pensada seriamente, pero escrita con manifiesta doblez en gracia del mucho amor

que profesó á Cervantes) el malogrado maestro Navarro Ledesma.

"La "canción" de Cervantes se titulaba "A los éxtasis de nuestra B. M. Teresa de Jesús", y obtuvo premio en aquellas justas cuya alma fué Lope de Vega. Sentidos y bellos me parecen, singularmente, la estrofa que empieza:

"Aunque naciste en Avila, se puede
decir que en Alba fué donde naciste,
pues allí nace donde muere el justo".

Y el rendido y ascético final que refleja el alma de Cervantes:

"Canción, de ser humilde has de preciarte
Cuando quieras al cielo levantarte,
Que tiene la humildad naturaleza
De ser el todo y parte
De alzar al cielo la mortal bajeza".

Y este "humilde", este "resignado" cantor de los "Extasis de la Santa Madre", era el que por aquellos días acabó la segunda parte del "Quijote" (1).

En estos días debió de publicarse el "Viaje al Parnaso". Un día de estos también, al entrar en casa de su amigo Robles ó en casa de Villarroel, uno de estos dos libreros le mostró cierto libro, cuya portada decía: "Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha".

Con ojos febriles, resguardados rápidamente detrás de los anteojos, con manos que temblaban de ira y de despecho recorrió Cervantes las primeras hojas de aquella gran superchería. Era el falso Quijote de Avellaneda, libro que es gallarda prueba del éxito que alcanzó Cervantes con el primer tomo de su originalísima obra de la cual conoció él todo el alcance que había de tener cuando dijo en su "Viaje al Parnaso":

Y sé que aquel instinto sobrehumano
Que de raro inventor tu pecho encierra
No te lo ha dado el padre Apolo en vano.
Tus obras los rincones de la tierra,
Llevándolas en grupa Rocinante,
Descubren, y á la envidia mueven guerra.

Dice Fray Diego de San José en su "Compendio"...

...Leyó los papeles (que permitió la brevedad del día) Lope de Vega Carpio, á quien si los siglos pasados alcanzaran, ni Quintiliano sus encarecimientos, ni los Griegos el principado de la poesía hubieran empleado en el Thebano Píndaro, sino en él.

(1) Doña Blanca de los Ríos de Lampérez.

Para dar principio al Certamen poético hizo Lope las alabanzas de N. M. Santa Teresa de Jesús en versos endecasílabos y eptasílabos, en una composición de 423 versos á los cuales dan principio los siguientes:

Platón muriendo (oh noble, heróico, ilustre,
Grave y docto senado) dijo alegre
Si la antigua moral filosofía
La vida alegremente despedía.
De cuatro cosas (dioses) os doy gracias:
Es la primera por haber nacido
Varón y no mujer: y la segunda
Griego, y no inculto bárbaro;
La tercera os la doy de que he vivido
En el tiempo de Sócrates; la cuarta,
Que con entero entendimiento muero.
¡Oh qué dicha tuviera tan distinta
Si añadiera la quinta!
De haber nacido en nuestra Fe Sagrada.
Porque sin ella lo demás es nada.

Oración y discurso que leyó Lope de Vega con gran recogimiento, el cual fué oído (según Diego de San Joseph) como el gran Demóstenes en cuya escuela sólo era sentido el ruido de las plumas de sus discípulos. Pero, ¿qué maravilla que quien supo juntar á la elocuencia de Demóstenes la dulzura de Homero y la devoción de Sannazaro tuviese colgado de sus labios y suspenso todo el auditorio?

Por no alargar excesivamente este trabajo dejamos de transcribir, aunque sería curioso de conocer, todo lo que ocurrió en el Certamen al cual acudieron muchos poetas necesitados de un nombre ó de las telillas y cortes de jubones que como premio daban en el concurso.

Vicente de Espinel compuso un himno en honor de Santa Teresa y lo mandó al concurso. Los demás poetas, para nuestro público, son anónimos, pero por ser la nota graciosa de la fiesta hacemos un hueco á "González el Estudiante" desvergonzado coplero, digno hermano de Estebanillo González, uno de los pícaros más sabrosos y trapisondistas de nuestra novela de viajes y de hambres.

Al Certamen de canciones envió una en la que decía:

Virgen, un estudiante que os parece
En los éxtasis algo que no en todo,
Con gran necesidad al premio viene:
Si de temeridad nombre merece
Esta proposición, oid, el modo
Y entenderéis los éxtasis que tiene:
Que si en todo conviene
La cosa comparada
Pudiera ser llamada

Identidad, y así es la diferencia,
En que los vuestros son en la presencia
Real del mismo Dios, y son los míos
De hambre sin paciencia
Que me obliga á deciros desvaríos.
Si vos, Virgen divina, de amor puro
Sin comer transformada en la hermosura
Que tiene al Sabio Serafín atento
Estáis un día; yo os prometo y juro
Que á mí me aconteció por hambre pura
Estar dos días transformado en viento.

Al Certamen de glosas:

Al vuelo mis versos van
Mas soy tan pobre guillote,
Que si algún premio me dan
Aunque no soy sacerdote
Le volveré en carne y pan.
Dénme primero ó segundo.
Pues en limosna me fundo
Como la que cada día
Me dan en la portería
"Con asombro del profundo".
Si por ser tan ignorantes
El barco de plata que hay
No embarco mis consonantes,
Apelo por el cambray
Y del cambray á los guantes.

(Alude á los premios).

Dice Fray Diego de San Joseph: No fué el que menos regocijó nuestra fiesta González el estudiante con las poesías de gracia que trajo á todos los certámenes de Romance.

En las fiestas que se celebraron en casi toda la Península ocupa un lugar preferente el Certamen poético, cosa legítima del siglo y de la Santa, la cual recibiría con sumo agrado las flores de ingenio que le ofrendaron los poetas de toda España y algunos de Portugal entre ellos Cristóbal de Ferrenra de San Payo que mandó una composición en Romance español al concurso de canciones del Certamen madrileño no obstante haberse celebrado fiestas en honor á la Santa en Lisboa, Coimbra, Evora, Cascaes y Figueiro.

Fueron dignos de notar el Certamen de Pastrana, pues leyéronse sonetos en latín, italiano, portugués, en vulgar; otros á lo vizcaíno en cuanto á la concordancia y algunos en guineo y á lo pastoril sayagués.

El de Toledo al cual envió el Maestro Joseph de Valdivieso una canción dedicada á los éxtasis de N. S. M. Teresa en versos endecasílabos y eptasílabos; y el de Pamplona en donde se leyeron seis octavas reales compuestas por el mismo poeta Valdivieso y tituladas "Virginidad", "Sciencia", "Patriarcato", "Raptos", "Sed de de Martirio" y "Tránsito de Amor".

Descuella entre todos los certámenes provincianos el que tuvo lugar en la ciudad de Córdoba por haber concurrido á él la célebre poetisa antequerana Doña Cristobalina Fernández de Alarcón (de la que tanto se ocupa el maestro Rodríguez Marín) con una composición, en quintillas que mereció ser reputada en siglos posteriores por Don Bartolomé José Gallardo como la más bella é inspirada de cuantas se hicieron en memoria y alabanza de Santa Teresa de Jesús.

He aquí la poesía de Doña Cristobalina Fernández de Alarcón.

A SANTA TERESA DE JESUS EN SU BEATIFICACION

Engastada en rizos de oro
La bella nevada frente,
Descubriendo más tesoro
Que cuando sale de Oriente
Febo con mayor decoro;
En su rostro celestial
Mezclando el carmín de Tiro
Con alabastro y cristal;
En sus ojos el zafiro,
Y en sus labios el coral;
El cuerpo, de nieve pura
Que excede toda blancura,
Vistiendo del sol los rayos,
Vertiendo abriles y mayos
De la blanca vestidura;
En la diestra refulgente,
Que mil aromas derrama,
Un dardo resplandeciente
Que lo remata la llama
De un globo de fuego ardiente;
Batiendo en ligero vuelo
La pluma que al oro afrenta,
Bajó un serafín del cielo,
Y á los ojos se presenta
Del Serafín del Carmelo
Y, puesto ante la Doncella,
Mirando lo extremo de Ella,
Dudara cualquier sentido,
Si él la excede en lo encendido,
O Ella lo excede en ser bella
Mas, viendo tanta excelencia
Como en Ella puso Dios,
Pudiera dar por sentencia
Que en el amor de los dos
Es poca la diferencia.

....

Dejóla el dolor profundo
De aquel fuego sin segundo
Con que el corazón la inflama
Y la fuerza de su llama,
Viva á Dios, y muerta al mundo;
Que, para mostrar mejor,
Cuánto esta prenda le agrada,
El Universal Señor
La quiere tener sellada
Con el sello de su amor.
Y, que es á Francisco igual
De tan gran favor se arguya,
Pues el Pastor Celestial,
Para que entiendan que es suya
La marca con su señal;
Y así, desde allí adelante,
Al Serafín semejante
Quedó de Teresa el pecho,
Y unido con lazo estrecho
Al de Dios, si amada antes.

II

Para dar una idea de cómo ayudaron los nobles y el pueblo á la clerecía para que las fiestas de la beatificación de Santa Teresa resultaran con el esplendor merecido copiaremos algunos pormenores de los festejos celebrados en Alba. Por su semejanza á cuantos verificáronse en la Península pueden ilustrar á nuestros lectores de la alegría con que fué acogido el decreto de beatificación.

Es la villa de Alba, cabeza de los Estados y títulos de la ilustre casa de los Toledos y por este renombre de Duques de Alba se han dado á conocer sus dueños.

Con ser un lugar de moderada grandeza y vecindario, pues escasamente tiene 700 vecinos (si bien de sus ruinas, espacio y comprensión de muros, número de parroquias que llegan a diez y de monasterios que son cinco, se colige haber sido en tiempo atrás lugar más populoso) se ha alargado á gastar en competencia de las más ricas ciudades.

Han hecho lucidas grandemente estas fiestas, la magnificencia y liberalidad con que los Duques, llevados de su gran piedad y devoción, contribuyeron por su parte á los gastos, enviando desde la Corte toda la grandeza de sus recámaras, vajillas y colgaduras, y mandando se acudiese al sostén de los religiosos Descalzos Carmelitas durante el tiempo de las fiestas. Por no tener los religiosos convento propio aposentáronse en el Palacio del Duque franqueado y ofrecido liberalmente por su excelencia.

Tomaron morada suficiente para sí y para los demás que habían de acudir á la fiesta. Se encerraron, guardando su modo de clausura, pues á ninguna mujer se abrió y á hombres con escasez y orden.

Por la prolijidad con que nos ha sido transmitida la descripción de estas fiestas omitimos mucho de lo referente á la parte religiosa, pues no habría en estas columnas espacio bastante á contener el minucioso relato que á la vista tenemos.

El día 3 de Octubre de 1614, á las cuatro de la tarde llegó á la vista de Alba el señor Obispo de Salamanca, electo de Málaga, Don Luis Fernández de Córdoba, juez que fué delegado en la causa é informaciones de la beatificación, el cual llevaba consigo 14 prevendados de su iglesia, (á costa suya los gastos), y muchedumbre de diocesanos que le acompañaban en solemnísima procesión.

Acudieron á presenciar las fiestas de Alba, caballeros, damas y gran tropel de gentes de Avila, Salamanca, Medina, Toro, Zamora, Hontiveros, Arcualo y de las demás ciudades y villas comarcanas.

Despertaban grande curiosidad cinco figuras de estaturas de gigantes, condenadas al fuego (castigo bien merecido á los sujetos que representaban). Eran los cuatro más famosos Heresiarcas contemporáneos, con el hábito y traje de sus naciones: y la quinta, el padre de todos, Satanás, de horrible y artificiosa compostura. Por caminos secretos, alambres y cordeles poniánlo en movimiento con gran pasmo del vulgo y admiración de los entendidos.

A una con las tinieblas de la noche aparecieron luces artificiales, sin número, y en el aire dos caballeros armados á guisa de pelear, caladas las celadas, las lanzas en ristre y escudos embrazados. Con asombro de los circunstantes combatían los caballeros, corriendo el uno contra el otro con increible velocidad; iba cada uno hecho un Etna vomitando fuego por las cabezas, lanzas y colas de los caballos.

Corría la noche sin sentirse con estos fuegos, cuando no sé cuál atrevido, mal considerado é impaciente incendiario, no pudiendo sufrir la dilación, quiso él por su mano poner fuego á los herejes.

Lástima dió verlos arder fuera de sazón; porque á la verdad gran ser diera á esta quema la traza que para ella estaba dada, pues en la parte opuesta asistía con majestad la Santa Madre Teresa para arrojar sobre aquella vil canalla rayos de fuego con que se abrasasen.

Maravilloso geroglífico del valor y fuerza de

sus oraciones, del celo por nuestra santa fe y propagación del santo Evangelio.

El lunes celebró la villa su fiesta (la del día precedente salió toda en nombre de los Duques).

Hízose voto de guardar y solemnizar este día de la Santa, para siempre jamás, y el señor Obispo lo confirmó.

A la tarde representaron Morales y su compañía, "La vida de la Santa Madre". Por la noche hubo fuegos de artificio, y acabados que fueron salió la máscara compuesta de caballeros con libreas de rasos, cuajadas de pasamanos de oro, y ataviados con turbantes y tocas de velos de plata con muchedumbre de plumas. Acudieron con los de la villa los caballeros de la comarca.

A la máscara siguió un carro triunfal, sobre cuatro ruedas, tirado por fuerzas ocultas. Era tan grande, que en algunos sitios arrancó las tejas de los tejados. Era el cuerpo primero de orden dórico, y todo el carro. semejante á los antiguos Pegmas, era una alegoría de la casa del Duque.

El Martes hizo la fiesta el cabildo y clerecía de la villa. Representó Morales la comedia intitulada "De la serrana de la Vera".

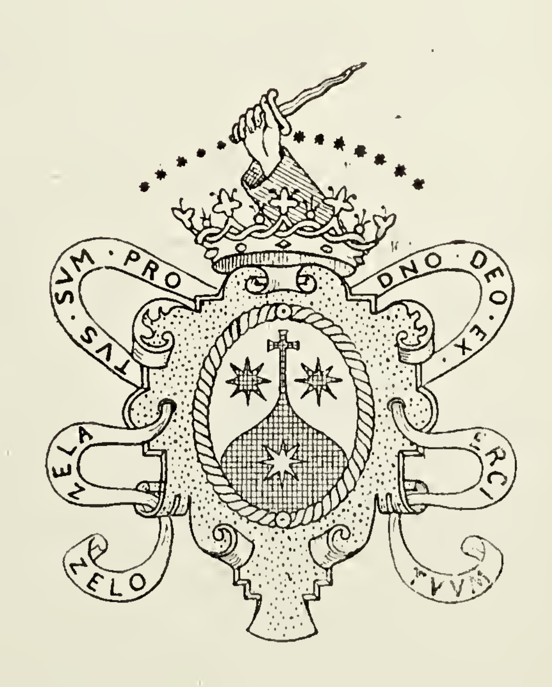
A la tarde se corrieron toros, con gran frecuencia de pueblo y buenas suertes de á pie y de á caballo, en la Corredera, sitio de los mejores de España para este efecto.

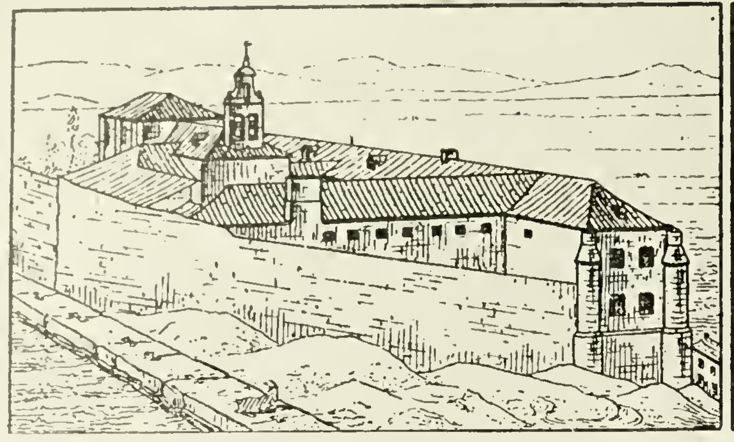
Y por este tenor continuaron las fiestas durante la semana, y el domingo dióse remate con una solemnísima procesión, paseando en andas de plata, á hombros de religiosos revestidos, el corazón magnánimo de la Santa Virgen por la placeta y compás que hay ante la iglesia.

Con más ó menos ostentación celebráronse fiestas en Avila, Alcalá, Andújar, Alcaudete, Arjona. Arjonilla, Burgos, Barcelona, Baeza, Béjar, Bujalance, Córdoba, Calahorra, Calatayud, Corella, Ciudad Real, Cuenca, Cuerva, Caravaca, Cogolludo, Consuegra, Criptana, Ecija. Granada, Guadalcázar, Girona, Jaén, Lérida, La Bañeza, León, Loheches, Málaga, Medina del Campo. Mataró, Ocaña, Osuna, Manzanares, Malagón, Palencia, Pamplona, Pastrana, Perpiñán, Peñaranda, Reus, Rioseco, Santiago de Galicia, Sanlúcar, Sabiote, Sevilla, Segovia. Soria, Sigüenza, Toledo, Taragona, Tarazona, Tudela, Tortosa, Talavera, Tamarit, Ubeda. Udés, Valencia, Valladolid, Vitoria, Villanueva de la Jara, Valera, Vélez y Zaragoza.

Era la España de Santa Teresa, la que con tanto entusiasmo y fervoroso júbilo celebraba las glorias de la Virgen Avilesa; la España del siglo XVII, pueblo de teólogos que se deleitaba con los autos Sacramentales de Calderón. y sabía leer "El camino de perfección" y "Las Moradas", apreciando la sutil y elevada doctrina de la Mística Doctora; pueblo fuerte y sabio en la ciencia de los Santos.

X

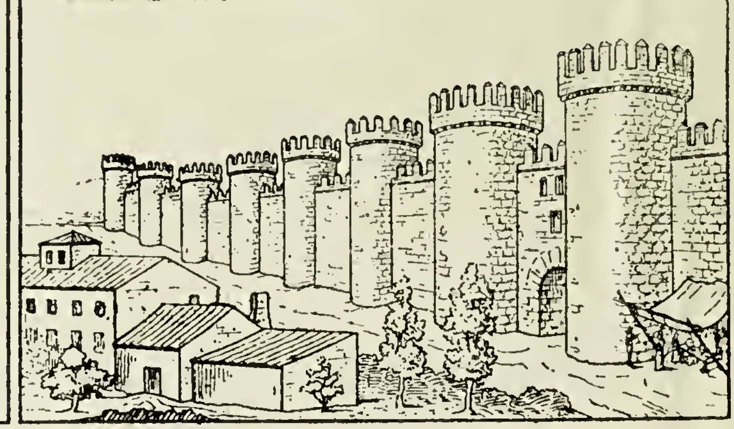




VISTA DEL CONVENTO DE AGUSTINAS



MARÍA BRICEÑO, MAESTRA DE LA SANTA EN EL COLEGIO DE LAS AGUSTINAS



PUERTA DEL ADAJA, POR LA CUAL SALIÓ SANTA TERESA, SIENDO NIÑA, EN BUSCA DEL MARTIRIO Á TIERRA DE MOROS

Á MI PATRONA

TERESA DE JESÚS

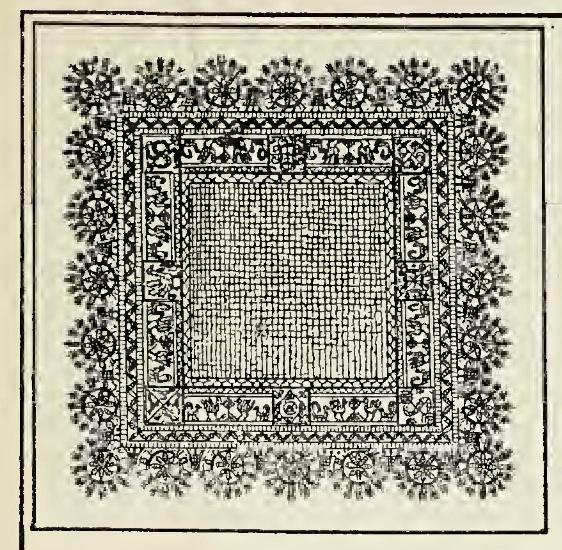
En tu día nací. Clara centella
sobre mi cuna dibujó el destino;
que al punto de nacer Dios me previno
blando camino y amorosa estrella.

Luego en la ruta abandoné tu huella,
Santa Doncella; el resplandor divino
de tu estrella perdí; perdí el camino,
y ando sin tino y con mortal querella.

Mas, peregrino de la noche oscura,
siento el fino aguijón de tu ternura
por donde quiera que mis pasos muevo.

Tú que morías porque no morías,
clava tu dardo en las entrañas mías;
¡muera de amor para nacer de nuevo!

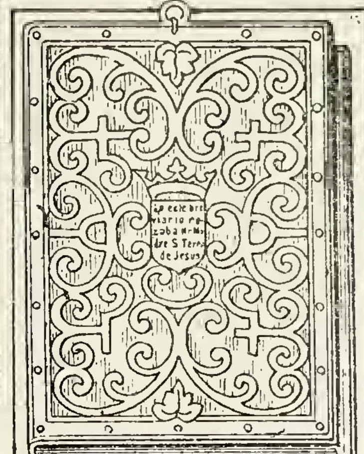
Ricardo León.



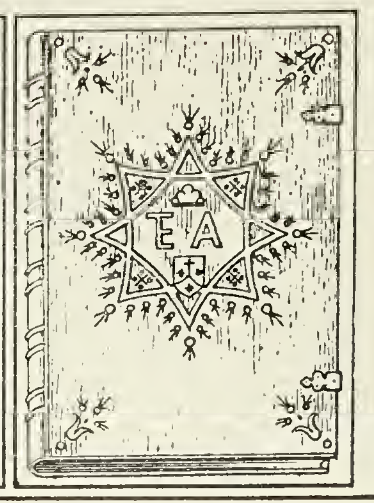
VELO DE CALIZ HECHO POR LA SANTA CON HILOS DE ORO Y SEDA



BOLSA DE CORPORALES BORDADA POR LA SANTA EN SEDA Y ORO CON GRANATES Y PERLAS FINAS



BREVIARIO DE LA SANTA



LIBRO DE CUENTAS. EN ALGUNAS HOJAS SE VE LA FIRMA DE LA SANTA

Romance primero.

Dormía la tarde, perezosa y caliente, y en el vasto aposento los recios postigos entornados atenuaban la luz.

Una vocecilla brotaba del silencio, clara y dulce, como hilo de manso regajal, leyendo las proezas cristianas de los mártires atormentados por su Dios y por su fe. Los más fieros relatos de la crueldad humana pasaron en trágico desfile al través de la cándida lectura, juntos con los más resplandecientes ejemplos de fortaleza y santidad: hasta que el suave acento cantarín fué tiñéndose de profunda inquietud.

Entonces dos cabezas infantiles y hermosas se alzaron sobre el "Flos Sanctorum" abierto encima de labrada mesa: quedó rota la relación ferviente y una grave y señoril figura de mujer se dibujó de pronto en la penumbra.

—¡Rodrigo... Teresa!—llamó celosa la dama, avizorando el fondo del salón.

—¿Qué manda vuesamercé?—respondieron á una los dos niños.

—¡Ah!—murmuró ella descubriéndoles en la semioscuridad—temí que andoviéseis al huerto an con esta calor.

—No, señora madre—pronunció con blandura Teresa, hojeando otra vez el libro mientras su hermano clavó los ojos soñadores en una pavesina que decoraba el muro.

Doña Beatriz, sonriendo á sus hijos, atravesó la estancia para desplegar un poco las puertas del balcón.

Un haz espléndido de luz bañó el dulcísimo semblante de la castellana, y su monjil, negro y casto, sin aderezos ni perfumes, destacóse ceñido por la viva llama del sol.

Desanduvo la dama los pasos con tenue languidez. Su interesante belleza daba señales de enfermiza juventud, y toda su persona trascendía á virtudes humildes, á sacrificios y ternuras maternales.

Luego de enviar á los niños otra blanda sonrisa, desapareció bajo un rico arambel de aceituní.

Quedáronse la lectora y el oyente mudos un instante, como sugestionados por la solícita aparición. Después juntaron las miradas y los acentos en recatado palique, con el aire misterioso de quienes traman algún lance fuerte y secreto. Al fin se pusieron de pie y cambiaron casi al oído algunas palabras que debían encerrar suma trascendencia...

Entra la luz ahora hasta los dos hermanos con más holgura que antes, y aparece muy donoso el porte de la niña, que contará sus nueve primaveras. Es arrogante, blanca y alegre; tiene los ojos arrobados y negros, encarnadas las mejillas, la guedeja rizosa y obscura, los labios gruesos y rojos, la expresión á un tiempo resuelta y apacible. El niño, poco mayor que su gentil hermana, es también agraciado y robusto.

Viste ella adamascado y pomposo faldellín, y fresca basquiña de Ruan; luce en las orejitas arracadas de oro, en los rizos un favor sonrosado, y pendiente del cuello un alcorcí. Lleva el mancebillo jubón de terciopelo atacado con agujetas, gola blanca y calzón corto.

—¿Vamos?—dice Teresa resoluta, encendido el semblante y la voz conmovida.—Agora están adormizados todos en la casa.

Rodrigo consiente algo confuso y ella le induce alentadora.

—No hayas miedo; tray la mano...

Huyen con furtivo paso de avecillas, corredores adelante, evitando con habilidad que los descubran. En retirado aposento revuelve Teresa los almizclados arcaces para decorar el pecho de Rodrigo con un escapulario devoto, hurtado á cierto paletoque. Aún logran adquirir una prudente ración de pan y miel, y salen al huerto, hazañosos y felices.



Santa Teresa y su hermano Rodrigo, detenidos por orden de su padre cuando salían para tierra de moros.

El sol, sin ocaso entonces en el imperio de Castilla, caldea la tierra madre, bruñe los caminos. enciende los horizontes, anchos y abiertos al valor, á la aventura, al ímpetu de los héroes, á los quijotes de la espada y de la Cruz. Arden las brisas, los pájaros ayean, y las plantas nacientes se abaten mustias entre los rodrigones. Sólo el cantueso y el mirto lucen su perenne verdor en el abrasado verjel. Un bancal de alheñas despide en torno penetrantes aromas.

Sin cuidarse del calor, los dos aventureros salvan el jardín, cruzan una lonja de prado, y alcanzan al extremo de la finca un servicial postigo.

Al abrirle se queja una alguaza enmohecida, y ambos caminantes detienen el paso con emoción temerosa.

—¿Tú sabes del rumbo nuestro?—pregunta el muchacho un poco indeciso.

—A naciente, por la mesma ruta del sol—dice la niña con iluminado gesto. Luego reflexiona:

—Haberá que salir al campo por la Puerta del Adaja y se determinar en la puente hacia las adefueras.

—¿Por el valle Amblés?

—Eso...

Atraviesan las calles sin apenas mirarlas, pensando que así nadie les conoce. Y la fuga de aquellos pies menudos levanta un curioso rumor de celosías en la siesta profunda de la ciudad. Alguna voz ha dicho con asombro:

—¡Los hijos del "Toledano"!

Ellos se apresuran hasta deslizarse fuera de la muralla, y sólo entonces vuelven atrás los ojos para medir, con cierto orgullo, el conquistado terreno: allí queda el murado recinto con sus adarves erizados de torres, bravo y hermoso como un símbolo de la pujanza española.

La magnificencia del espectáculo parece que impulsa á los peregrinos con mayores prisas en la escarpa de los senderos. Corren los dos hermanos buscando el puente, no muy ciertos del rumbo que persiguen.

La nava y la dehesa tienden su dorada llanura en el paisaje y todos los caminos declinan hacia el Adaja, en cuya linde, sauces y fresnos, batanes y molinos ponen una línea de sombra placentera.

Cunde el río menesteroso, en pleno estiaje, y los viajeros se paran en el puente á escuchar el débil murmullo de las ondas.

—¡Señor, dadme agua!—prorrumpe la niña con extraña vehemencia.

—¿Tienes sed?—la pregunta su hermano.

Ella vuelve los ojos al cielo y repite con exaltación:

—¡Señor, dadme agua!

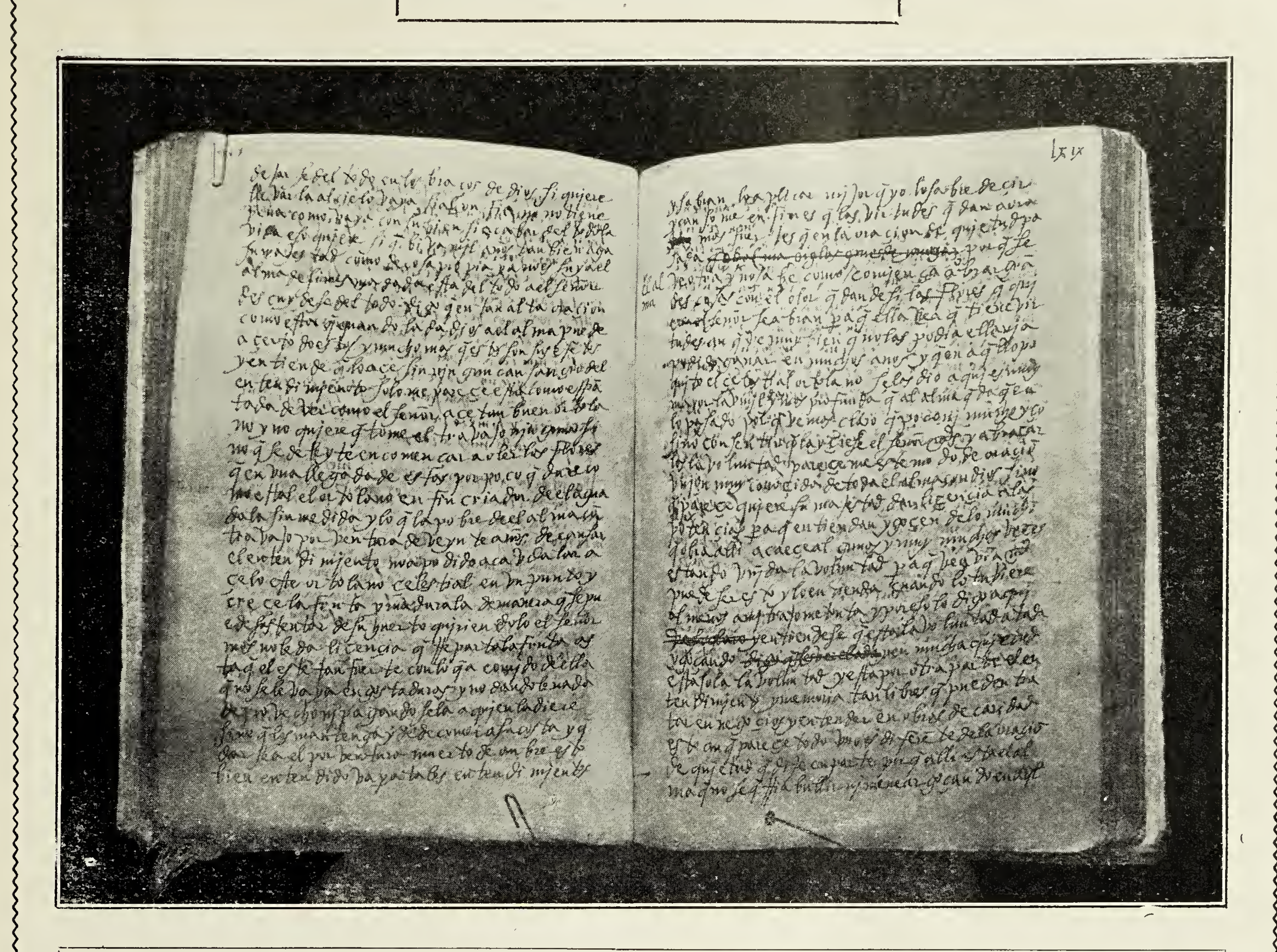
Rodrigo sonríe: está acostumbrado á sorprender los deliquios fervorosos de la hermanita, que le pide agua á Dios con misteriosas intenciones: agua espiritual, sin duda, fuente de consuelos y luces.

Pero el muchacho siente la boca seca. padece sed humana, y murmura señalando al río:

—Yo quería de estotra.

—¿Ya estás penado tan aína?—le reprocha Teresa.—Es menester luchar, y ansí habremos la gloria siempre, siempre...

La palabra "siempre" cobra en estos labios infantiles una expresión de perdurable felicidad



A este libro de su vida llama Nuestra San‘a Madre, *libro de las misericordias del Señor*, y también *su propia alma*. Se escribió dos veces, la primera en 1561 por mandato del P. Fr. Pedro Ibáñez, dominico. Lo comenzó en Avila y lo terminó en Toledo, en el palacio de su grande amiga Doña Luisa de la Cerda, Duquesa de Medinaceli.—En 1565 lo escribió segunda vez por mandato del P. Soto, también dominico, y lo hizo con más extensión y método y división de capítulos, para consultar al P. Maestro Avila, con cuyo juicio y aprobación se pintó del todo el espíritu de Santa Teresa. Este último autógrafo es el de El Escorial, llevado allí por Felipe II con los demás originales, para ser venerados entre tantas y tan preciadas reliquias como en tan majestuoso relicario se veneran.

que subyuga al sediento. Viéndole resignado á sufrir, la niña le fortalece cariñosa:

—¡Qué no te caya nengún mal pensamentillo!

Y siguen caminando, ella delante, audaz y alegre, pidiéndole al sol noticias de la divina quimera que ha fraguado esta singular aventura. Aquí pisan las algarrobas, allí la jara, más allá gustan el cobijo del saucedal entre los mimbres ribereños. Si el hermano suspira, la hermana vuelve el rostro y sonríe:

—Habremos gloria para siempre, para siempre... ¡veráslo!...

Palidece la tarde, se recoge en los cielos la luz, y los niños huyen y tornan por la lindera del Adaja, sin acertar con una ruta que les lleve al soñado triunfo.

Sentados ahora en las gradas de un humilladero, sufren hambre y fatiga. Pero Teresa quiere resistir valiente aquel primer quebranto de sus bríos.

—¡Si llegase una algara de soldados á nos facer prisioneros!—pronuncia heróica.

Y se levanta creyendo percibir un trote de caballos en el vecino carrascal, mientras Rodrigo se aturde pesaroso y considera que, en esta misma hora, su madre les andará buscando con enflaquecido corazón.

Un caballo aparece entre las bardagueras, y el hidalgo que le monta se dirige hacia el humilladero así que descubre, con harta inquietud, la presencia de sus sobrinos.

Don Rodrigo Alvarez de Cepeda descabalga absorto y pregunta:

—¿Quién os trayó aquí desta guisa?

Baja Rodrigo la frente muy turbado y su hermana responde con voz firme:



PATIO DE LA CASA DE LA SANTA (SALAMANCA)

«Otro día por la mañana se dijo la primera Misa y procuré que fuera por mis monjas que habían de venir de Madrid. La Casa era muy grande y desbaratada y con muchos desvanes, y mi compañera no había modo de quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole, que como se habían enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella. Ellos lo pudieron muy bien hacer, según había donde.»

—Andamos para tierra de moros á que nos descabecen, tal que á los mártires de Dios.

Toma el hidalgo la guarda de los niños haciéndose mil cruces, y los devuelve á la ciudad á tiempo que la sombra desciende á la llanura desde la sierra y los alcores...

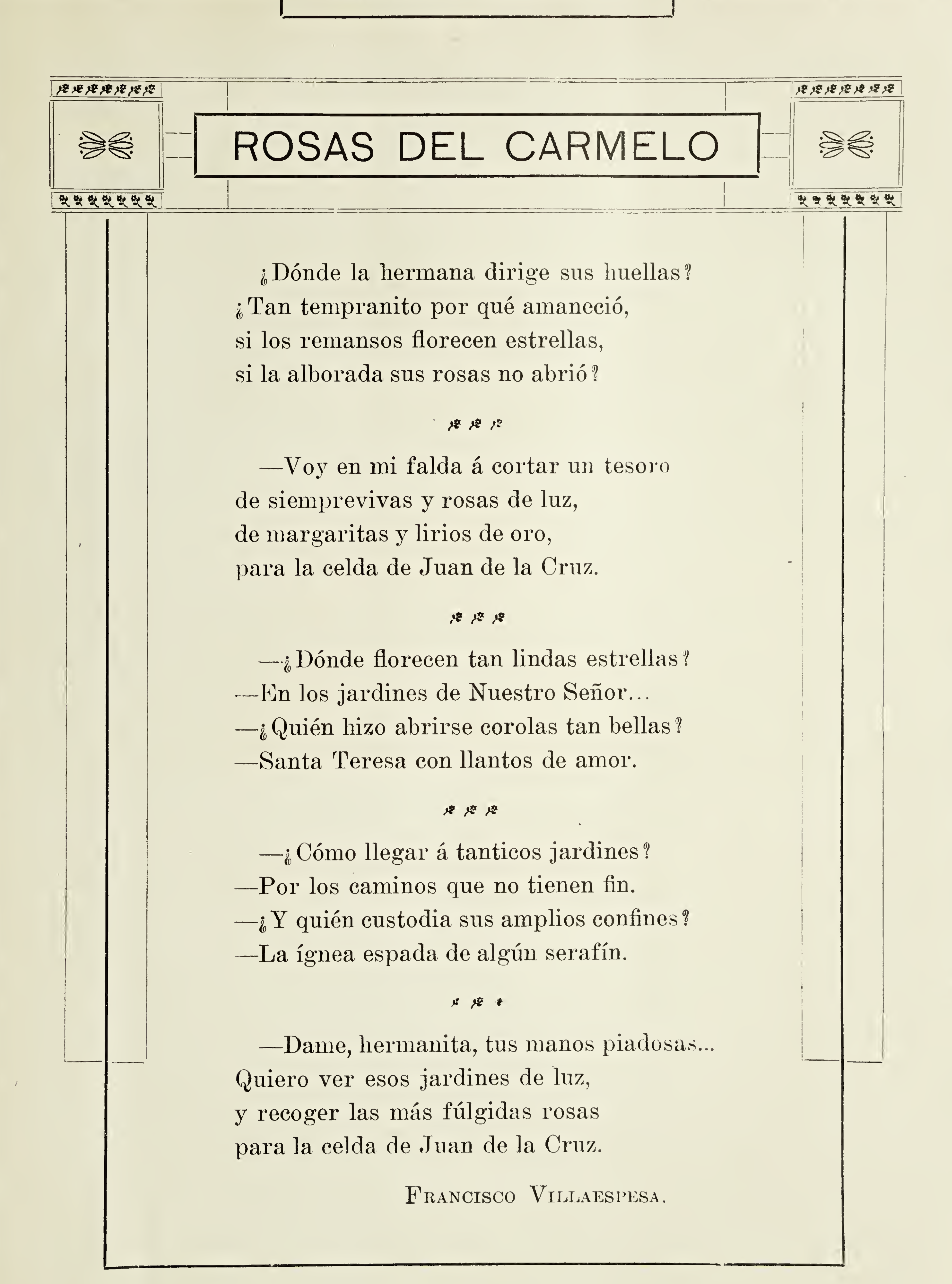
Avila de los Santos y de los Caballeros iluminada por los últimos resplandores del sol, fuerte y altiva como un enorme castillo feudal, parece sonreir á la andariega niña en este primer romance de sus gloriosas aventuras.

Y volviendo humilde á sus abandonados lares, ya obedece los designios de Dios la predestinada criatura que ha de ser el más rico blasón cristiano de la mujer española, la santa á quien un día ha de decir el divino Zagal:

—"Yo me llamo Jesús de Teresa..."

CONCHA ESPINA DE SERNA





ROSAS DEL CARMELO

¿Dónde la hermana dirige sus huellas?
¿Tan tempranito por qué amaneció,
si los remansos florecen estrellas,
si la alborada sus rosas no abrió?

* * *

—Voy en mi falda á cortar un tesoro
de siemprevivas y rosas de luz,
de margaritas y lirios de oro,
para la celda de Juan de la Cruz.

* * *

—¿Dónde florecen tan lindas estrellas?
—En los jardines de Nuestro Señor...
—¿Quién hizo abrirse corolas tan bellas?
—Santa Teresa con llantos de amor.

* * *

—¿Cómo llegar á tanticos jardines?
—Por los caminos que no tienen fin.
—¿Y quién custodia sus amplios confines?
—La ígnea espada de algún serafín.

* * *

—Dame, hermanita, tus manos piadosas...
Quiero ver esos jardines de luz,
y recoger las más fúlgidas rosas
para la celda de Juan de la Cruz.

Francisco Villaespesa.

Peregrinación.

Para escribir de Santa Teresa de Jesús doctorando, ni bastan pocas páginas, ni se puede evitar labor de consulta, arduo estudio. Para escribir de Santa Teresa de Jesús sintiendo, basta descender al corazón: no al de Ella, ese corazón que atraviesa de parte á parte una herida abrasadora, sino al nuestro propio, donde siempre habrá heridas también, aunque no vengan del cielo, sino de la vida, que empieza por vulnerar, y acaba por matar. Dichosa la Madre Teresa, cuyos dolores la acercaron á Jesús, cuyos sufrimientos fueron éxtasis.

Y á la Santa, no la encontramos solamente dentro de nuestros corazones que envidian la herida del suyo, sino en nuestras admiraciones estéticas y en nuestros entusiasmos patrióticos; raro privilegio de esta fémina española. Santa Teresa es como las radiantes Catedrales, que, además de encerrar el Sagrario, afirman perpetuamente la belleza artística, creada por un momento de la historia. Sus escritos, moviendo á devoción á los sencillos y humildes, hacen inclinarse á los sabidores, y los entendidos los paladean, discerniendo en ellos, lo mismo que en la miel de abeja se discierne el gusto especial de los cálices aromáticos, los elementos populares y cultos que compusieron un estilo tan individual, tan de mujer, ó mejor dicho, tan de varona; enérgico en la expresión, insinuante en el modo, claro en la substancia, conceptuoso en lo elegante, eficaz en lo amante, misterioso en lo sugestivo, candoroso y humilde á ratos, hidalgo y remontado en otros, y siempre transparente, dejando ver un alma que es una humana maravilla. La esencia, la fragancia, el vigor de la complexión castellana, hay que buscarlo en Santa Teresa, en su mezcla de realismo vivaz y milagrosa elevación de espíritu.

La fecha del tercer Centenario de la Beatificación de Santa Teresa, ha sugerido la idea de una peregrinación á su cuna y su sepulcro. Bien está que se celebre este recuerdo, entre varias razones, porque no tan aina fué beatificada la Madre. Hubo para ella en vida y muerte, combate, contradicción y desconocimiento, como lo hubo para la de Agreda, no canonizada á estas fechas aún, y que fué otra portentosa criatura, aunque no tenía el hechizo de Santa Teresa. El secreto de este hechizo, es el mismo de toda la literatura castellana, y lo definieron los grandes señores y los cortesanos contemporáneos de Santa Teresa, al exclamar: "Gracias á Dios que vemos una Santa que come y habla y se ríe como nosotros". La literatura castellana, impregnada de realidad, en medio de su hondo é interno raudalear místico, ha sido igualmente algo que come, habla y se ríe como las muchedumbres, como la casta ibérica, de donde procede.

Y esta peregrinación á la cuna y al sepulcro de la Madre, ¿quién no la hizo, si es español?

Más de tres veces fuí yo á Avila, ya en compañía de la apasionada teresiana Gabriela Cunninghame Graham, que escribió dos tomos en inglés sobre una Vida tan digna de llamarse Vida (pues no todos viven, aunque anden, charlen, duerman y se nutran), ya hospedándome en la magnífica Casona del Duque de Valencia, llena de obras de arte, castizas como las aficiones de este prócer. Con respeto y ternura seguíamos las huellas de la sandalia de la Madre, recogíamos una hoja de la vegetación de su jardincito, donde soñó las empresas caballerescas del hidalgo manchego, la predicación á los infieles, el martirio. Ansia de martirio, no habrá espíritu escogido que no la experimente. Ansia de martirio sufrió, como Teresa Cepeda, aquel iluminado Ramón Lull, á quien las ondas del mar latino cantaron la misma estrofa que á Teresa los arroyuelos exiguos y frescos de la serranía castellana, sembrada en Avila de cantos rodones, como enormes testas truncas de gigantazos moros. Y la inglesa y yo, (la inglesa había realizado verdadero y documental estudio de las andanzas de la Madre), oíamos con fruición las inocentes explicaciones de las monjitas, apresuradas, intercaladas con exclamaciones infantiles. "Nuestra Madre dijo entonces..." "Como era una señora de calidad nuestra Madre..." "A nuestra Madre le hicieron una cosa muy mala, pero Ella..." Y, al terminar la conferencia, de reja á locutorio, de entre los barrotes salieron dos dedos de una mano pálida: "Ahí va una reliquia, que es de nuestra Madre..."

El encanto de Avila, la grave impresión de Alba de Tormes, por más que se hayan probado, llaman de nuevo. Además de la peregrinación propiamente dicha, conmemorando la fecha, debiera ir, en concepto de apéndice, un grupo de literatos, filólogos, eruditos, historiadores, estilistas, no menos venerador, á su manera. Porque Santa Teresa no infunde sólo la devoción que las heróicas virtudes reclaman: Santa Teresa es uno de los cimientos de la nacionalidad,

que se afirma por la perfección de la lengua, por las individualidades extraordinarias. por los hombres representativos, que, de cualquier sexo que nazcan, ostentan aquellas barbas ideales, signo de la virilidad mental y psicológica, que se reconocieron en Santa Teresa, (tan profundamente mujer, por otra parte.)

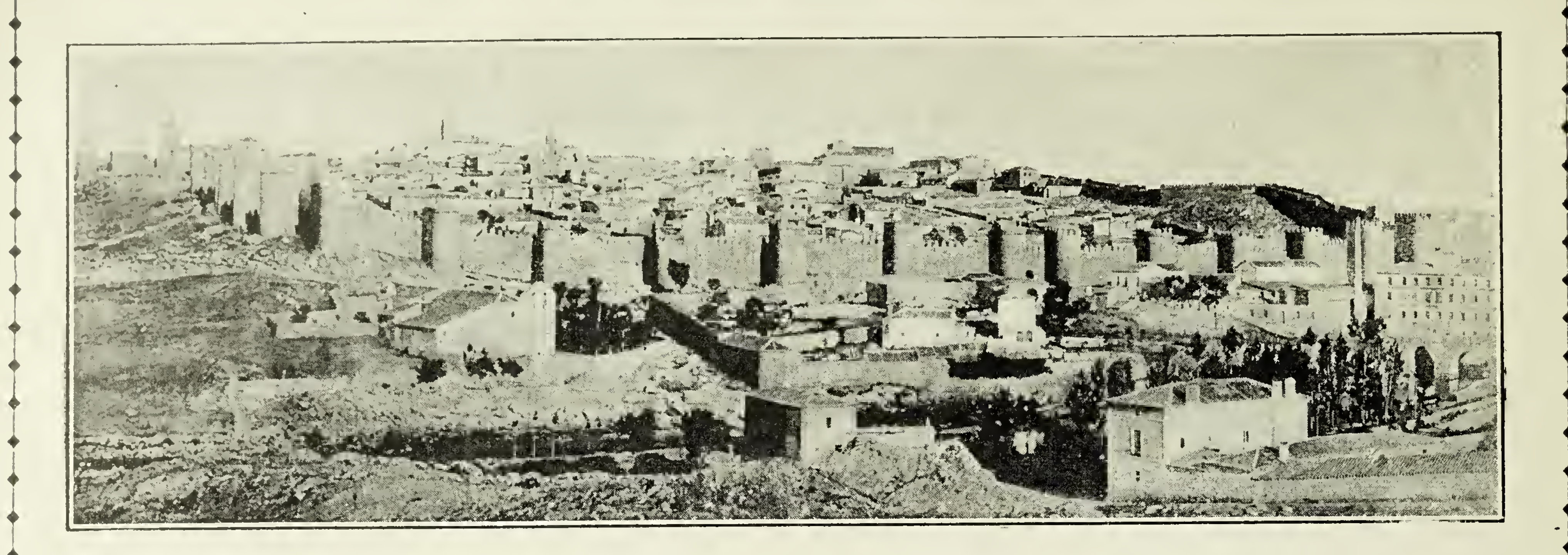
Yo creo que todos los escritores estarían obligados á tributar este rendimiento á Santa Teresa. Cervantes fué más vario y prestigioso; Juan de Valdés, más nervudo; Quevedo. más popular y amargo; Fray Luis de León, más refinado y bañado en filosofía; pero todos estos clásicos, y otros cien que se omiten por brevedad, rinden el pabellón ante la escritura de Santa Teresa, que es literaria por su acendrada y rica dicción, y no es literaria, porque nace del arrobo, ó chispea al ímpetu de la lucha y de la necesidad del presente. Literatura, sí, y no existe modelo más ejemplar; pero sin propósito libresco, ni rastro de cálculo é intención; documento asombroso de un carácter. de una mentalidad ardiente, alada, y con todo, adherida á la tierra. No se ha podido escribir mejor que Santa Teresa, porque tampoco se puede vivir mejor existencia, toda entendimiento y voluntad de amor. No es ella, es su amor el que escribe, el que se adorna con el birrete del místico Doctorado, el que sonríe, el que persuade, el que de la cruz á la fecha mueve, inspira, caldea la materia literaria.

Y como por esto hay que admirarla más aún, á la Madre transververada, sería grato que cuantos emborronan papel fuesen á rendir tributo á la que ostenta en la mano una pluma... Pluma que es un dardo, que cuajan de brillantes lágrimas divinas, y cuyas barbas arremolina un hálito de fuego y lumbre. Peregrinemos á Santa Teresa.

La Condesa de Pardo Bazán



BOCETO DE LA ESCULTURA DE BERNINI, QUE SE CONSERVA EN ROMA



VISTA GENERAL DE LA CIUDAD DE ÁVILA

AVILA

Breve en la extensión y escasa de población cuanto grandiosa por la historia, excepcional, única por la originalidad de sus monumentos religioso-militares, Avila no es una ciudad, es una época murada, es la Edad Media con almenas; la catedral con coraza; las casas estribando en el adarve, como para gentes que habían de defender el templo y el hogar con la almena y con el pecho, y que vivían sin desceñir la armadura.

Cuando se mide la estrechez del murado recinto con la suma y grandeza de las heroicas Memorias de Avila, la visión histórica desborda de sus muros, é involuntariamente recordamos aquellas muchedumbres de guerreruelos liliputienses que parecían zumbar y bullir como enjambres, rebosando por sobre las dislocadas perspectivas murales en las ingenuas pinturas de códices y vidrieras.

Toda la historia de Avila, desde la fabulosa intervención de Hércules en sus orígenes, y la fantástica edificación de sus murallas, construídas con piedras de tres civilizaciones (romana, goda y árabe), y los amores de Nalvillos con la infanta mora Aja Galiana, parece un enorme ciclo de leyendas, donde la gesta heroica alterna con páginas de florilegio sacro; un Romancero magnífico, que se cierra gallardamente con los sucesos que siguieron á la afrentosa degradación de Enrique IV, allí á las puertas del Alcázar; los solemnísimos funerales con que la ciudad quiso desagraviar al muerto rey de aquel público baldón; el imponente dramatismo del mudo cortejo luctuoso; el arrastrar de luengas jergas; el quebrar de los escudos á las voces lastimeras de "¡Ah por el buen rey e señor!"; el "facer grandes llantos" y el rasgar el pendón real tras de los fúnebres oficios.

E "incontinenti", sin márgenes entre el pesar y el júbilo, el vestirse de "ropas rozagantes", el tañer de trompetas y tamboriles, y el clamar y el alegrarse de la ciudad entera para festejar como con júbilo profético la unión gloriosa de Isabel y de Fernando, de Castilla y de Aragón, alba del Renacimiento y de la unidad y grandeza nacional.

Después, la visión histórica se agranda y se acerca al llegar á los días épicos del Emperador, á la trágica lucha de las Comunidades, que ensangretó la faz de Castilla; y ya bajo el cetro de Felipe II, por causa de unos audaces pasquines contra la derrama de millones que el monarca pedía, turbóse la paz en Avila y vino la omnipotente majestad á asestar el golpe de gracia á las turbulencias sediciosas y á la nobleza levantisca, segando con la cuchilla del verdugo la altiva y rebelde cabeza de D. Diego de Bracamonte, cuyo cuerpo fué sepultado en la capilla de Mosén Rubín de Bracamonte, fundación de la insigne familia del ajusticiado.

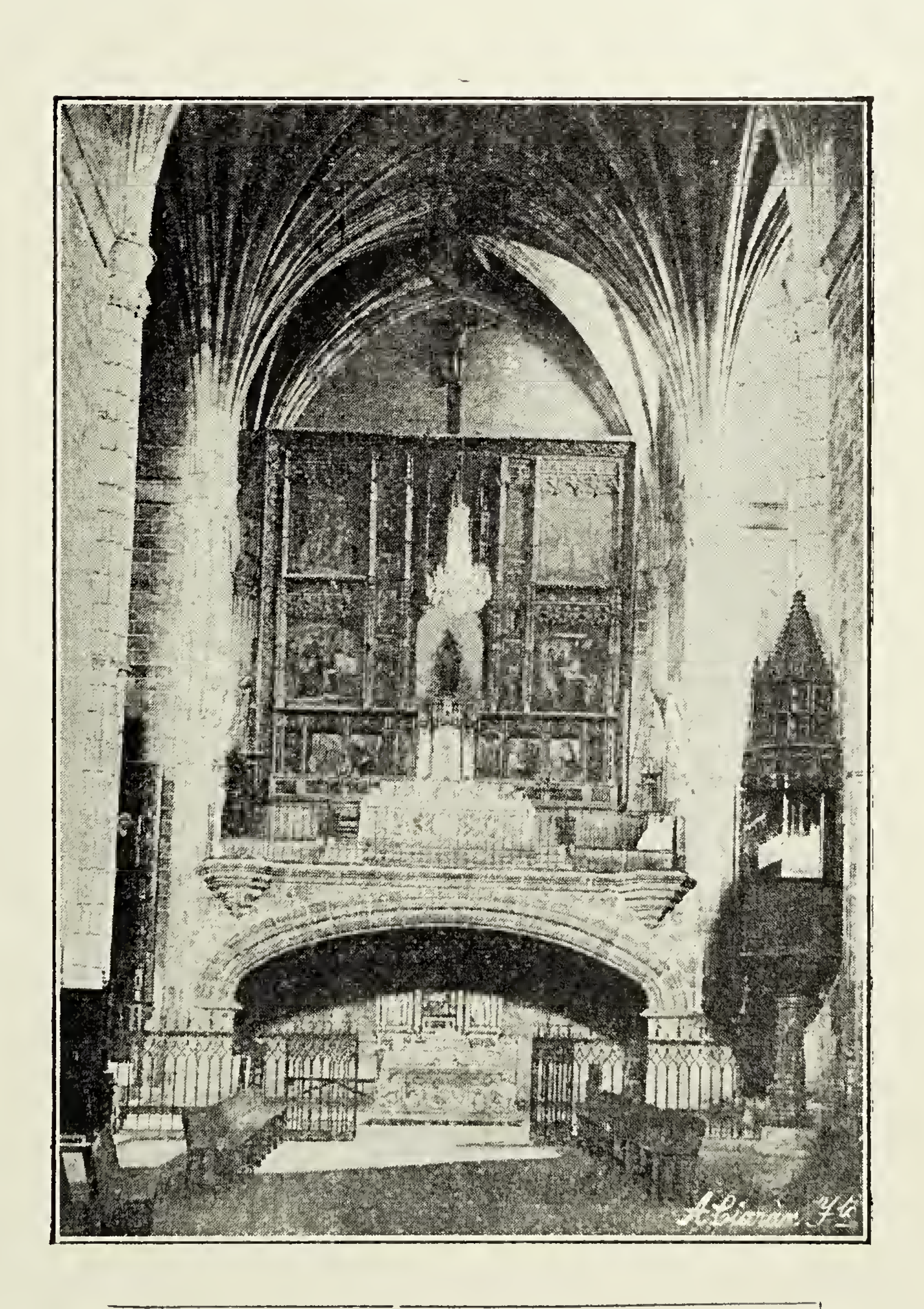
El ilustre argentino D. Enrique Rodríguez Larreta perpetúa este episodio en su célebre novela "La gloria de Don Ramiro"; en ella la figura del fiero é indómito D. Diego de Bracamonte, que parece el emblema del eterno revolucionario español, del brioso individualismo de la raza, aunque episódica, es capital por la ejecución y tiene alcance y reciedumbre de símbolo; el trágico fin de aquel "último Cid", del último "reptador", es una página que me-

rece vivir incorporada á la visión de Avila y de sus almenados muros; tan evocadora y emocionante es aquella expectación de la ciudad ante el suplicio de D. Diego; las ochenta y ocho torres que esperaban con extraña lividez la rotura de aquella cerviz, donde parecía haberse encarnado la fiereza de las murallas.

Toda Avila es Romancero y Florilegio: su catedral-fortaleza, su romántica basílica de San Vicente, cimentada sobre cenizas de mártires; su capilla de Mosén Rubín de Bracamonte, sus conventos, sus blasonados caserones señoriales, sus herbosas plazuelas silentes, sus íntegras murallas medioevales... Pero dentro de aquel recinto cerrado y hostil, como un arnés de guerra, la ciudad, que no es monumental ni histórica, sino que toda ella es monumento é historia viviente, guarda un alma mística como una azucena: el alma mística de Avila es Teresa de Jesús, "la Santa", como allí se dice, porque en Avila no hay derecho á nombrar otra Santa que á la celestial autora de las Moradas, al poeta de la Mística, que llena la ciudad con el esplendor de una gloria tan grande, que es, á la vez, gloria de España, gloria de la estirpe, de la humanidad y del cielo. En la tierra bendita de Avila se apoya la escala invisible por donde ascendía al Amado aquel espíritu que encendió en fulgores de bienaventuranza la lengua adusta y recia de los teólogos y conquistadores; que ungió en ungüento de nardo nuestro casticismo adusto y nuestro fiero espíritu étnico.

¡Españoles de las dos Españas, venid á la ciudad de los Santos, que es la capital del Romanticismo y la Jerusalén de la Mística!

Blanca de los Ríos de Lampérez



SANTO TOMÁS DE AVILA

Dos retratos de Santa Teresa.

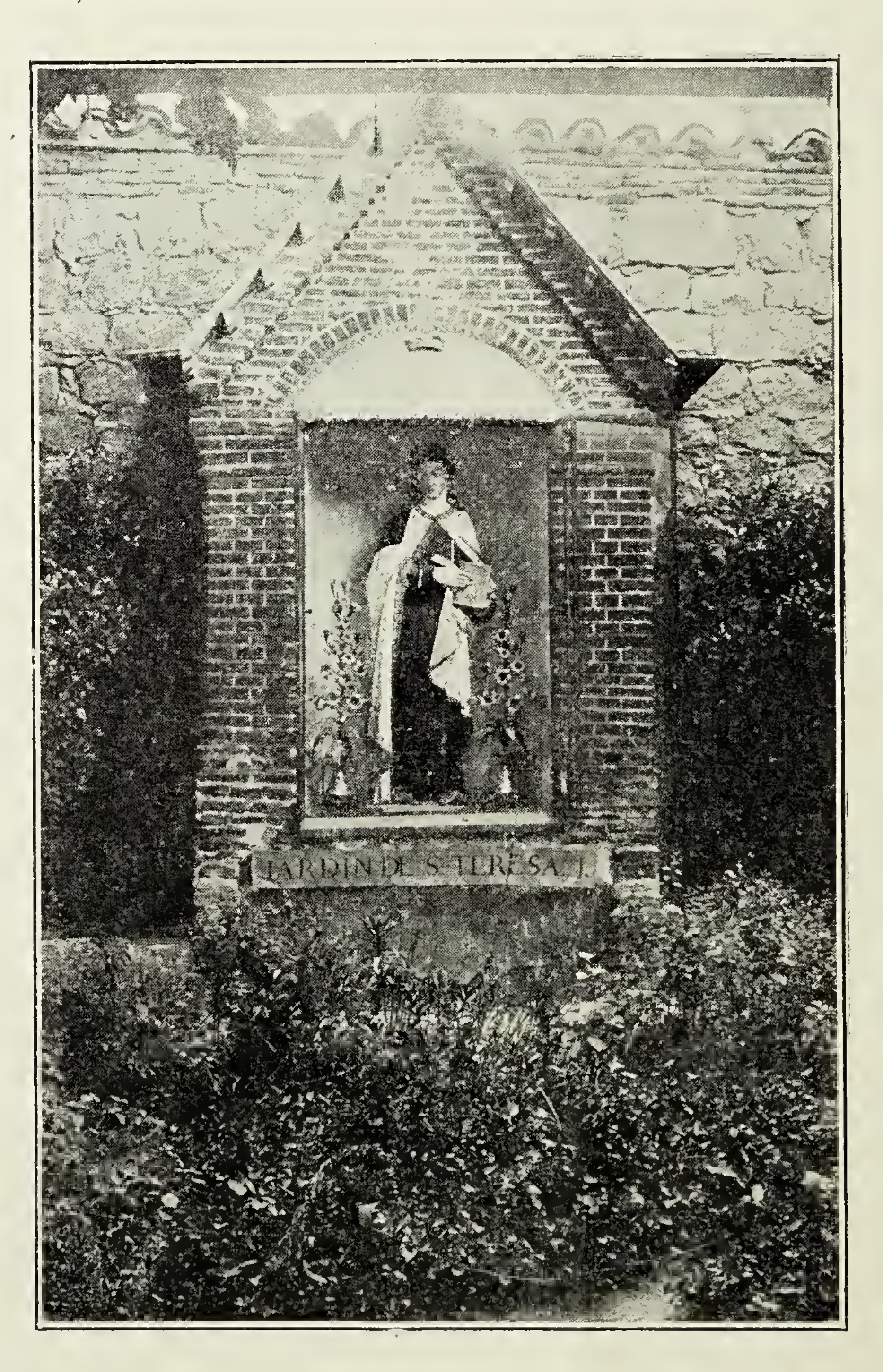


Imagen de la Santa en el acto de ser transverberada, como se venera en los PP. Carmelitas Descalzos de Avila, ó sea en la Iglesia de la Santa.
El 27 de Agosto, día de la Transverberación, la hacen gran fiesta los obreros avileses, que la tienen por Patrona, y la llevan en procesión al convento de la Encarnación, donde la Santa Madre recibió tan señalada merced.

He aquí como nos presenta uno de estos retratos, el retrato físico. una religiosa carmelita, superiora de Sevilla y de Lisboa, muy literata, muy amante de Santa Teresa, en compañía de la cual vivió muchos años. "Era nuestra madre Santa Teresa de mediana estatura, antes grande que pequeña; tuvo en su mocedad fama de muy hermosa y hasta su última edad mostraba serlo. Era de rostro no nada común, extraordinario, y de suerte, que no se puede decir redondo ni aguileño; los tercios dél iguales; la frente ancha é igual y muy hermosa; las cejas de color rubio obscuro, con muy poca semejanza de negro, anchas y algo arqueadas, los ojos negros, vivos y redondos. grandes y muy bien puestos. La nariz redonda y en derecho de los lagrimales para arriba, disminuída hasta igualar con las cejas, formando un apacible entrecejo. En el rostro, al lado izquierdo, tres lunares en derecho unos de otros, comenzando desde abajo de la boca el que mayor era, y el otro entre la boca y la nariz y el último en la nariz, más cerca de abajo que de arriba. Tenía muy lindas manos aunque pequeñas. Era gruesa más que flaca, y en todo bien proporcionada".

Este es el retrato físico de Santa Teresa, tal como lo trae en su libro de Recreaciones la V. M. María de San José, á quien la Santa en su epistolario llama "monja letrera". De él tomaron los PP. Yepes y Ribera cuanto nos dicen al hablar de la fisonomía de Santa Teresa.

El retrato moral de la milagrosa é inmortal Fundadora lo han trazado muchos sabios y santos, muchos Pontífices y teólogos y literatos in-



JARDÍN EN QUE JUGABA LA SANTA EN SU NIÑEZ EN ÁVILA
(Primera y única reproducción.)

signes. He aquí el último trazado por el Papa Pío X en su carta al reverendísimo P. General y demás religiosos de la Orden Carmelitana, con motivo del Centenario Teresiano.

"Generosa y pródiga fué con Santa Teresa la naturaleza, disponiéndola maravillosamente para el celestial magisterio de la santa doctrina que había de enseñar, pues fué dotada

de singular penetración,
de grandeza de ánimo,
de bondad de corazón,
de energía de carácter,
de admirable sentido práctico
en el manejo de los negocios,
de una índole apacible y
de muy discretas y gentiles formas

con las que lograba conquistar todas las voluntades de una manera irresistible. Pero mucho más admirables eran todavía los dones sobrenaturales que adornaban su alma; pues con ser tantos los preclaros varones que honraron el siglo y la nación de Teresa con el esplendor de su Santidad y de su doctrina, por lo cual, no sin razón, fueron llamados edad de oro aquellos gloriosos tiempos de la católica España, ella sola, Santa Teresa, reunió en sí las grandes virtudes y ricos carismas de todos aquellos varones insignes, cuya dirección y amistad cultivó con tanto cuidado."

Al fijarse en los retratos que preceden, luego le vienen á uno deseos y ansias de ver y contemplar el original, como sucedió á Felipe II cuando oyó hablar de las empresas y carácter de Santa Teresa, que al punto exclamó: "¿Y dónde está esa mujer? Deseo verla".

Bendito sea Dios, que, gracias á un canónigo de Avila, del tiempo de Santa Teresa, que la vió y trató y confesó y luego fué Obispo de Segovia, podemos con lo que él dijo *bajo juramento*, en las informaciones de esta ciudad, templar esta nuestra pena de ahora por no haberla visto ni tratado entonces. Dice, pues, el mencionado señor Obispo D. Pedro de Castro: "Iten digo: Para los que no conocieron ni trataron á esta Santa y que tan solamente han leído sus libros, les quiero advertir de camino, de una cosa, y es, que los que los han leído ó leyeren pueden hacer cuenta que oyen á esta Santa Madre, porque no he visto dos imágenes ó dos retratos tan parecidos entre sí, por mucho que lo sean, como son los libros y escritos y el lenguaje y trato ordinario de la Santa Madre.

Aquel enmendarse en algunas ocasiones y decir que no sabe si lo dice como lo ha de decir, y otras cosas á este tono, son todas suyas. Y si yo no la hubiera tratado y comunicado en vida, dudo si acabara de creer que aquel modo de decir de los libros tan alto y tan extraordinario podía ser ó era de mujer. Y por eso me ha parecido certificar á los que la leyeren y no trataron á esta Santa en vida, que pueden hacer cuenta (y será cierta) que la oyeron hablar; porque, como he dicho, no he visto cosa más parecida."

Vamos á Avila, españoles, vamos á Alba de Tormes á ver á Santa Teresa, á percibir aquel olor del cielo, que es superior á todos los de acá y á ninguno de ellos se parece, ese olor á gloria que se siente junto al trasverberado corazón y cabe el sepulcro, donde, entre otras, se lee esta quintilla de Yanguas:

Aquí yace recogida
la mujer dichosa y fuerte,
que en las sombras de la muerte
quedó con más luz y vida
y con más felice suerte.

Fr. Gabriel de Jesús, C. D.



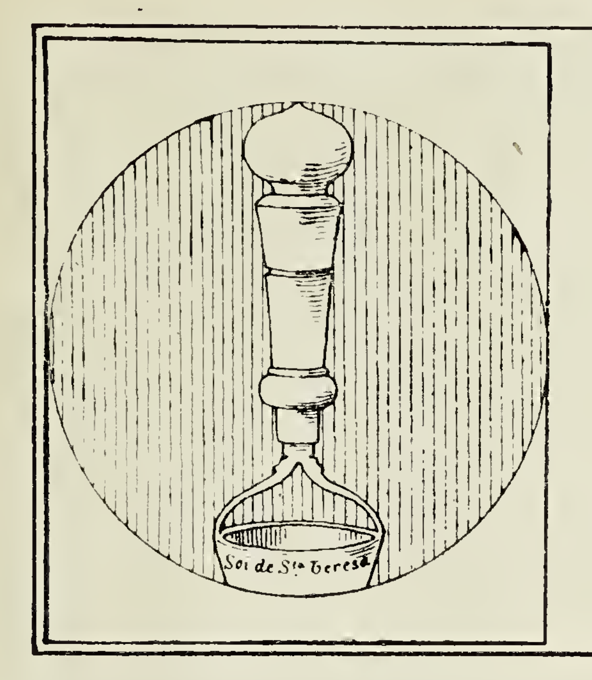


Esta capilla y la unida á ésta, ó sea la de la Virgen del Carmen, forman la antigua habitación en que nació Santa Teresa el 28 de Marzo de 1515.

La imagen de la Santa Madre que está en el altar es un prodigio de arte. No existe cosa mejor ni tan buena ni tan devota en toda España, y por lo tanto, en todo el mundo. La comenzó Gregorio Hernández, y la terminó y pintó el extremeño Morales, llamado *el divino*.

Fueron muchos los ayunos á pan y agua y oraciones que hicieron frailes y monjas Carmelitas Descalzos porque la obra saliera acabada, como consta en los archivos de la Orden.

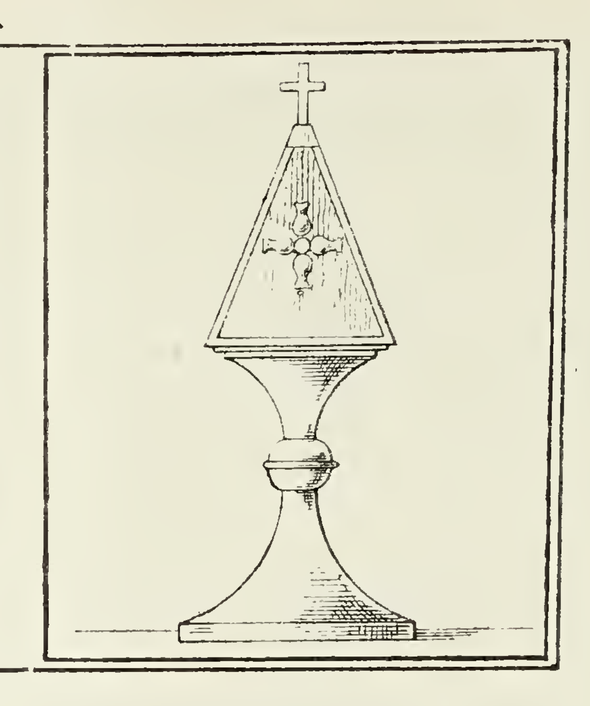
Salir de su casa la Santa en procesión y ponerse toda la ciudad de Avila en conmoción y movimiento, es todo uno.



HIERRO QUE SERVÍA Á LA SANTA PARA CORTAR LAS HOSTIAS



ESTATUA DE LA SANTA COLOCADA EN LA CELDA QUE HABITÓ



CRUZ DEL ROSARIO DE LA SANTA, TRANSFORMADO POR NUESTRO SEÑOR EN CRUZ CON CUATRO PIEDRAS PRECIOSAS SOBRE LAS QUE ELLA VEÍA LAS LLAGAS DEL SALVADOR

La escritora.

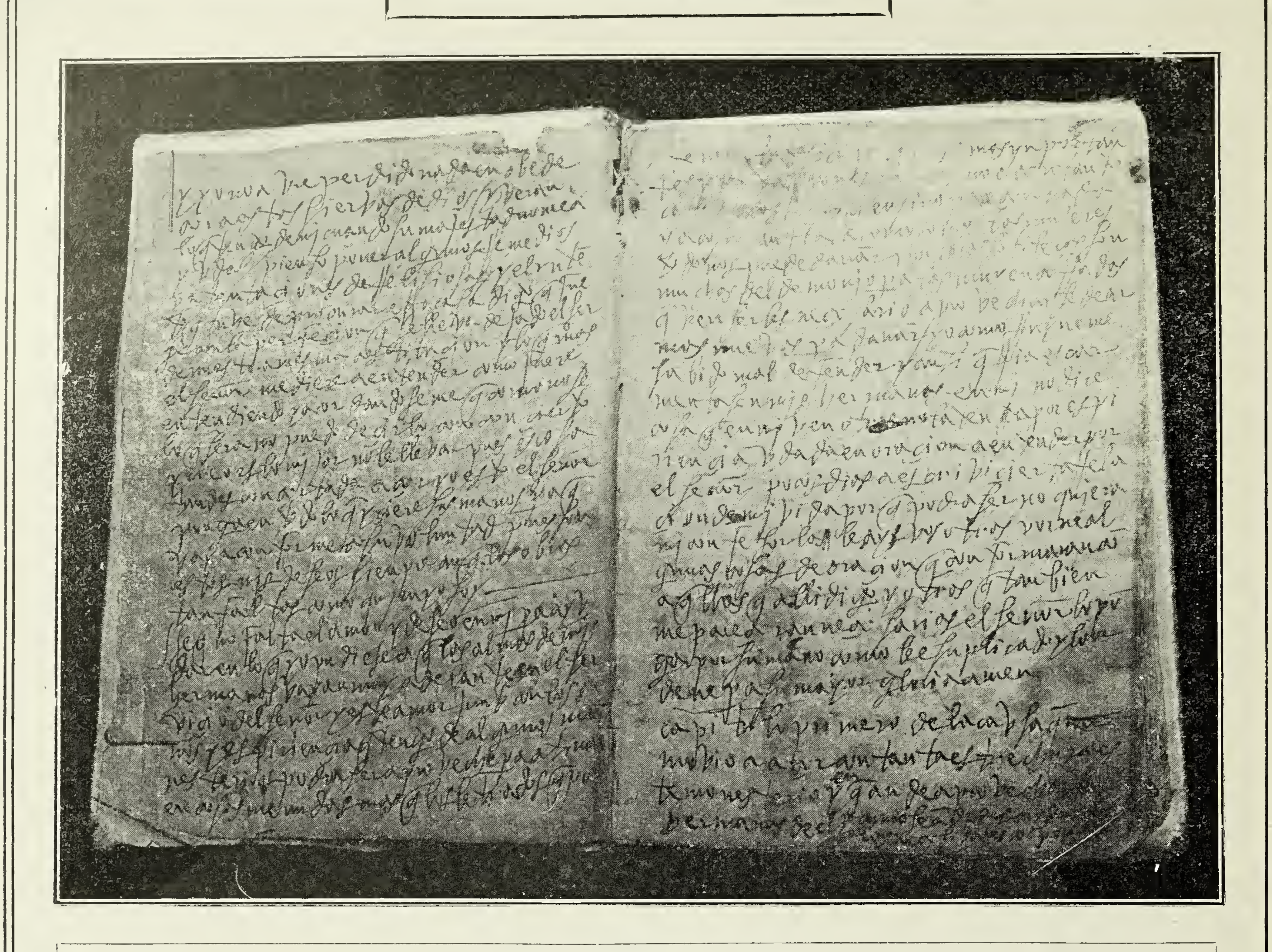
Santa Teresa fué magna escritora, de las más excelsas del Siglo de Oro de nuestra literatura, y lo fué sin ser escritora propiamente dicha. ó, quizás, ó, al menos en parte principal, por no serlo.

Teresa Sánchez de Cepeda y Blázquez de Ahumada, como la hubiéramos llamado en nuestros días siguiendo el uso establecido para los apellidos, ó Teresa de Ahumada, como la llamaban en su tiempo, era una señorita de la clase media, de familia más distinguida por los pergaminos que por el caudal, aunque con lo suficiente para vivir con decoro. En este medio social formó espontáneamente su manera de hablar que fué la ordinaria en las gentes de su condición, ó sea, según Don Vicente Lafuente, el lenguaje familiar de las personas finas en Castilla la Vieja; lenguaje claro. con tendencia á lo conciso, más expresivo que pintoresco, muy moderadamente festivo, y, sobre todo, llano. La llaneza es la cualidad castellana por excelencia, y, manifestada en el lenguaje, excluye todo énfasis; la grandilocuencia, el sentimentalismo, el preciosismo en las palabras y frases y la zumba constante que es propia de los andaluces.

La retórica natural en Castilla está resumida en el adagio: "al pan, pan; y al vino, vino". El castellano habla siempre para decir lo que quiere, desea ó le interesa, y no da á las palabras otro valor que el de expresión del pensamiento. No es como el andaluz que. sintiendo directamente la necesidad de conversar, aunque nada tenga que decir, construye ideas, ó cosas que lo parezcan, sólo por el gusto de no quedarse callado, ó juega ingeniosamente con los vocablos, convencido de que bastan ellos, cuando se acierta á componerlos y descomponerlos con gracia, para entretener y embelesar á un auditorio.

Santa Teresa no conoció más retórica que esa natural de su tierra, y ha sido en vano buscar "influencias literarias" explicativas de la forma de sus escritos. Que de muy moza leyera el "Amadís de Gaula" y algún otro libro de caballerías, que es como si en nuestra época lee una niña las "Aventuras de Rocambole", y aunque con su hermano compusiera una narración de ese género, nada significa en orden á preparación literaria, y es menester estar muy preocupado con eso de las "influencias", para ver en "el Castillo interior de las Moradas" una remembranza de los castillos en que vivían ó que asaltaban los caballeros andantes. La Santa vió en el mundo muchos castillos para no necesitar de los imaginarios del Amadís como término de comparación para su graciosa alegoría. Su misma ciudad natal ¿no es un precioso castillo, el más insigne monumento de la arquitectura militar del siglo XI?

No, en las obras de Santa Teresa, por mucho que se rebusque y alambique, no se halla el menor rastro de preocupación literaria. Lo mismo en las Cartas que en las "Moradas"—el libro que parece cuidó más—la espontaneidad, por lo que se refiere á la forma, es completa, y á su lado el "Cantar del Mío Cid" resulta erudito y retórico. La Santa escribía como hablaba, pre-



CAMINO DE PERFECCIÓN (ESCORIAL)

Tres autógrafos del «Camino de perfección» existen: El de las Carmelitas Descalzas de Valladolid, que es el que corre en todas las ediciones, el del Escorial de donde están sacadas estas páginas, y el de las Carmelitas Descalzas de Madrid que es copia del primero y solo tiene correcciones de la Santa que le revisó.

Escribió la Santa este admirable y celestial libro á ruegos de sus Lijas.

«Sabiendo—dice—las Hermanas de este Monasterio de San José de Avila, como tenían licencia del Padre Presentado Fray Domingo Bañy, que al presente es mi Confesor, para escribir algunas cosas de Oraciones me han tanto importunado les diga algo della que me he determinado á las obedecer.»

ocupándose mucho de lo que tenía que decir; nada de cómo lo había de decir, á no ser de la claridad para que la entendiesen. Por esto de la claridad, después de escrita una cláusula, solía poner otra expresiva de la misma idea, mas con alguna variante de forma que en el momento se le ocurría manifestar mejor el pensamiento. ó cortaba el hilo del discurso con paréntesis, y á veces con paréntesis de paréntesis, formando todo un conjunto que á los correctos enfada, á las personas de poco gusto parece pesado, y hasta machacón; pero en el que un hombre del fuste de Fray Luis de León veía la suprema elegancia de nuestra lengua.

Denúnciase también, y de muy excelsa manera, la encantadora espontaneidad de Santa Teresa en sus admirabilísimas comparaciones. tomadas siempre de lo que había ella visto en el mundo. Para "sensibilizar", por ejemplo, una idea tan abstrusa como que el alma, al contemplar á Dios, queda ciega ante el conjunto esplendoroso de sus perfecciones, y luego por la reflexión va considerando cada una de aquéllas separadamente, nada se le ocurrió más á propósito que recordar una visita que había hecho á la Duquesa de Alba. la cual la recibió en un gabinete tan recargado de muebles y adornos que, al entrar allí la Santa, sólo pudo ver un como resplandor de cosas bellas, sin distinguir nada en particular, y después, ya más serena, fué descubriendo y admirando cosa por cosa.

Razón tuvo Menéndez Pelayo al decir que Santa Teresa habló de Dios y de los más altos misterios teológicos, como en plática familiar de vieja castellana junto al fuego". Ahora que para hablar de Dios. como lo hizo la Santa, no basta ser vieja castellana, ni para escribir, como ella escribió, abandonarse á la espontaneidad. ni usar del lenguaje finamente familiar de su pueblo y de su época. La espontaneidad y el len-

guaje popular, refiriéndose á gentes vulgares, se llaman de otro modo: vulgaridades. Bien es cierto que también los eruditos y retóricos, si son de suyo vulgares. por muy enterados que estén de su arte, por correctamente que lo ejerciten, no hacen más que "correctas" vulgaridades.

Lo grande, lo excelso, lo admirable é inimitable de Santa Teresa es que con su falta de retórica y de preparación literaria, concurrieron cualidades de las superiores que cabe hallar en humanas criaturas. No hay para que hablar aquí de los dones sobrenaturales con que Dios la enriqueció; quede eso para la Iglesia y los teólogos. Desde nuestro inferior punto de vista, hemos de señalar su soberano entendimiento, su ardiente corazón y su gracia. Con semejantes prendas, si Santa Teresa hubiese recibido una excelente educación literaria, si su carácter y aficiones la hubiesen inclinado al culitvo de la literatura como arte, es indudable que también hubiera sido escritora insigne, como lo fueron los dos Luises, San Juan de la Cruz, Malon de Chaide y otros de su época.

Mas ¿hubiese ganado ó perdido siendo de esa otra manera? Por lo pronto, hubiese perdido en originalidad. Sería una gloriosa literata del siglo XVI; pero no sería Santa Teresa. Y nosotros creemos, además, que aparte de esta consideración, habría perdido muchísimo. Porque no hay que renegar del arte, no, pero ¡es tan encantador, tan profundamente sugestivo, tan íntimamente simpático, ese talento de primer orden, ese corazón inflamado, esa gracia espontánea, destacándose en una sociedad, saturada de literatura, como la española del siglo XVI, con la candorosa ingenuidad de un Primitivo! Párrafos cincelados, obras conocidamente bellas tenemos de sobra; pero no tenemos ni tiene el mundo más que una Santa Teresa.

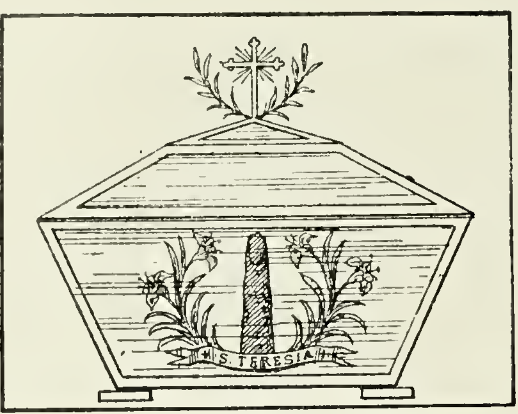
Angel Salcedo Ruiz

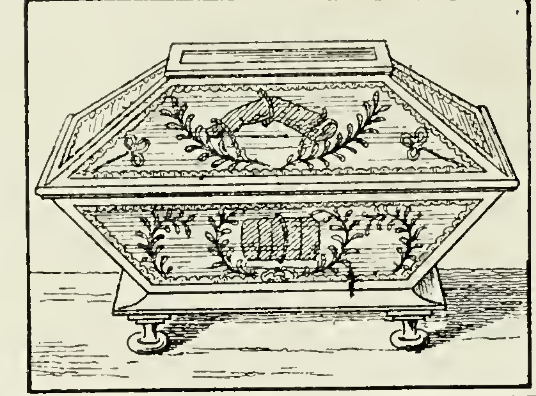
Ampáranos.

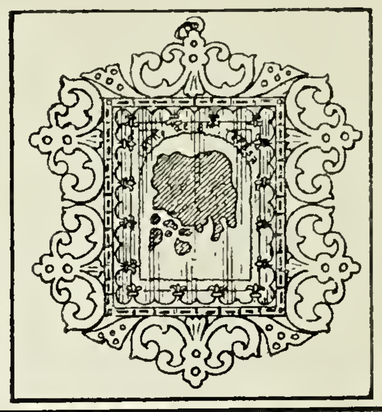
Rosa encendida del vergel cristiano
que perfumaste al mundo con tu aroma,
casta azucena, lirio de los valles,
rojo clavel de porte soberano.
mariposa del Sol enamorada
que en alas del amor subiste al Cielo
y en perpetuo deliquio
cruzaste los desiertos de la vida
sin que tus blancas alas se rasgaran,
y bebiste la luz en donde nace
su límpida corriente,
apagando tu sed en esa fuente,
que mana sin cesar y no se agota.
Peregrina de amor, alma gigante,
que sin descanso alguno hasta la cumbre
llegaste del Carmelo,
pisando del sendero los abrojos,
los pies ensangrentados, doloridos,
alta la frente, la cerviz erguida,
apartados del mundo los sentidos,
los ojos fijos siempre allá en el Cielo
viendo la faz de Dios casi sin velo,
mirando al Sol que alumbra á los querubes
que para ti brilló siempre sin nubes.
Gloria de España que asombraste al orbe
con tu talento luminoso y grande,
espejo en cuya luna reflejado
el rostro vióse siempre del Amado,
que llenando tu vida de esplendores
por dó pasaste tú vistió de flores
el árido desierto,
labrando en él su florecido huerto.
Mujer incomparable
por quien tu patria siempre grande fuera,
aunque otra gloria alguna no tuviera:
España está á tus pies puesta de hinojos,
pálida y triste, pobre y apenada,
roto el egregio manto que vestía;
sus leones sin fuerza, agotados
sus tesoros inmensos, sus jardines
de maleza cubiertos, y poblados
de plantas venenosas;
casi apagado el sol, ya casi muerto,
sin calor y sin luz, en el ocaso,
aquel sol tan hermoso que esplendía
alumbrando dos mundos y que nunca
en sus vastos dominios se ponía.
El sol divino de la fé se esconde,
la España muere helada, si no enciendes
tú otra vez aquel fuego generoso
que le daba calor, y fuerza y vida
en todo el orbe haciéndola temida.

Filomena Dato Muruay









MANO IZQUIERDA DE LA SANTA Consérvase en el Convento de Lisboa.	DEDO MEÑIQUE DE LA MANO IZQUIERDA Consérvase en el Convento de Regina Cœli de Roma.	DEDO MAYOR DE LA MANO DERECHA En el Convento de Carmelitas de París.	RELICARIO CON RELIQUIAS DE LA SANTA En el Convento de Segovia.

Las hablas de Dios.

¡Teresa de Jesús! Al sonido de este nombre despiertan las potencias de mi alma y se prosternan cuatro veces ante la excelsa española á quien reverencio como á Santa, admiro como á escritora iluminada, como á verdadero evangelista femenino que suscitó Dios á la hora de la mayor difusión de su doctrina por los dos mundos; evangelista de amor que recogiendo á dos manos el habla generosa de Castilla, no la hierática, latinizante y sabihonda disecada en las páginas de los libros, la cálida y fuerte habla del pueblo, la lengua en que se vive y se ama sin retóricos aliños, encendiéndola en su hoguera interior, vertió en ella la suavidad de las hablas recónditas del Amado, y la lengua hirviendo en alta vida derramóse como maná de gracia sobre las muchedumbres de ambos continentes, ofrecióse al arte que puso en ella impronta de gloria y quedó fecundada para toda grande creación y ungida para la inmortalidad desde que por labios de Teresa mereció conversar con Dios: y sobre reverenciarla como á Santa y admirarla como á escritora, como á iluminado evangelista femenino, admírola porque en ella y con deliberada conciencia de ella, incorporóse la mujer á la vida espiritual del mundo (1), porque después de Teresa de Jesús no es lícito discutir siquiera la inferioridad intelecutal del sexo. Y aun la reserva mi espíritu otra íntima, personalísima devoción: mi madre—mujer de alma teresiana, no sé enaltecerla mejor— se llamaba Teresa: y en mis labios, desde que se abrieron á la luz de la palabra, el nombre de Dios y el de Teresa se juntaron como dos rayos de un mismo amor.

Así cuando evoco á la gran Santa española no quiero recordar que hay libros, ni literatura, ni técnicas para escribir, pongo los labios en el raudal vivo de la prosa teresiana caldeada en el regazo de fuego de su espíritu, y aquel contacto transfunde al mío lo que yo no sé verter á la palabra, la certidumbre, hasta físicamente sensible, de que en aquella prosa arde una llama que no se enciende sólo en nuestro humano espíritu, que es la fusión de dos llamas, la momentánea fusión del alma de la enamorada Teresa con el propio foco del Amor, con el Amado, cuya proximidad se presiente primero como perfume ul-

(1) El siguiente párrafo de los *Conceptos del amor de Dios*, es elocuente y precioso testimonio del generoso anhelo y de la plena conciencia que la Santa ponía en esta asociación del sexo á la vida intelectual y espiritual del mundo (digo intelectual porque se trataba de interpretación de pasajes difíciles de la Escritura); refiriéndose á Dios, dice la Santa: «Tengo por cierto que no le pesa de que nos consolemos y deleitemos (las mujeres) con sus palabras y obras, como se holgaría y deleitaría el rey si á un pastorcillo amase y le cayese en gracia y le viese embobado mirando al brocado y pensando qué es aquello y cómo se hizo: *que tampoco no hemos de quedar las mujeres tan* fuera de gozar las riquezas del Señor...» Las palabras son terminantes, y duele pensar que justamente esta obra escrita con tan caritativo propósito expresado tan humildemente, fuese mandada quemar á la Santa autora, cuanto regocija saber que la obra se salvó como providencialmente, para que se cumplieran y fuesen manifiestos los deseos que la Santa consigna aquí de que el sexo todo participase de las espirituales *riquezas del Señor*. Lo mismo deseaba Fr. Luis de León respecto al pueblo.

trarreal, como calor suprasensible á través de la simplicidad sublime con que la palabra de la Santa, declarándose insuficiente á expresarla, nos la deja percibir con penetrante, inconfundible sensación de realidad espiritual, como si nos hincase de súbito la punta del dardo místico, y se siente. después, y como que se respira y se bebe en el asombro jubiloso, en el resplandor inocultable que la presencia de Dios dejaba en aquel alma, en quien la irresistible efusión de caridad por comunicar á los hombres las suavidades de la comunicación con Dios de que ella gozaba insaciablemente, pueden más que todos sus anonadamientos de monja santa, y con castellana llaneza, con femeniles transportes, como de intacta alma de niño, nos abre el misterio de sus "Moradas" interiores y nos deja percibir á lo íntimo de ellas la celeste armonía de las secretas hablas del Esposo.

Y estas hablas de Dios que suenan á lo hondo de las Moradas teresianas, estas hablas de Dios de que la Santa tenía tan gloriosa experiencia (1); esta su frecuente comunicación con el Amado que trasciende de su prosa, á la vez apocalíptica y maternal, flamígera y refrigerante con frescor de nardos místicos, es el secreto de la irresistible elocuencia, del esplendor de Dios que irradia la celeste prosa teresiana que pega á las almas sed del Eeterno Amor y filtra en ellas sensibles anticipaciones de la bienaventuranza.

Sabía Teresa por revelación del místico Esposo cuánto es el poder de su palabra divina, y ya lo dice: "...porque como las palabras del Señor son hechas como obras en nosotros... (2)"; y como el amor á Dios era en ella inseparable del amor á las criaturas no sabía gozar sola de la comunicación con el Amado y ardía en ansias de compartir aquel bien sumo con las almas todas, segura de que en gustándole, nunca más querrían perderle. Se ve que la Santa cuando gozaba de la presencia del Esposo y se sentía henchir de su gloria, tenía la conciencia de su apostolado de Amor y se ofrecía á ejercerlo; ella lo dice:

"No sabéis Vos, Señor, hacer semejantes grandezas y mercedes á un alma, sino para que aproveche á muchas". Ya sabéis, Dios mío, que de toda voluntad y corazón os suplico y he suplicado algunas veces y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee sobre la tierra porque los hagais vos á quien con este bien más aproveche, porque crezca vuestra gloria (1)".

Después la humildad de la Santa Madre como que se arrepiente y desdice de aquel ímpetu de Caridad que la llevaba á ofrecerse como intermediario y apóstol de la gracia entre el cielo y la tierra. Pero no sólo su ímpetu de Caridad, también el Esposo habíale ordenado á Teresa, después de mostrarle grandes secretos y aquella su luz ante la cual es sombra la del sol: "Mira, hija, qué pierden los que son contra mí, NO DEJES DE DECIRSELO (2)". Y el mandato del Señor y el ímpetu de caridad de la esposa mística se cumplieron.

Y por virtud de las hablas de Dios que sonaban en lo celado de su alma, allí donde no llega tumulto de sentidos, ni penetra punta de sensaciones, la humilde monja de Castilla convirtióse en evangelista moderno; y escribió entre resplandores de gloria—como las monjas de Toledo atestiguaron — el nuevo "Apocalipsis" del Amor: "Las Moradas", y predicó á los hombres en su vida y con sus obras todas, el amor. Y ante ella como ante un viento de lo alto, se doblan como espigas las frentes de los incrédulos al par de las de los creyentes; en su palabra de luz arde la afirmación de Dios con la triunfadora certidumbre de quien mereció conversar con El y vivir tan dentro de El, como aquel árbol de que nos habla ella que "está cabe las corrientes de las aguas... y está hecho uno con el agua celestial (3)..." de que beben la vida sus raíces. Porque de Dios se alimentaban las raíces de su espíritu, su prosa jugo de aquella celeste esencia. es maná suave á todos los paladares, es agua divina para la sed de todos los espíritus.

¿Cómo. sin un poder sobrehumano, sin el poder de Aquél que no habiendo escrito nunca sino en el arena, renovó el mundo con la virtud de su palabra, que "es obra", y que creó los astros y las almas, nos explicaríamos el influjo inmenso, incalculable y aún no bien medido ni estimado que los escritos de aquella humilde monja descalza—que escribía sólo para sus hijas en Religión—han alcanzado sobre el habla, sobre el arte, sobre la vida toda de España, sobre toda la cristiandad, más aún, sobre la humanidad entera, ya que para las hablas de Teresa de Jesús no hay almas sordas. ni corazones impenetrables, pues sobre todos se ejerce, como el de la luz, el influjo de su arrebatadora palabra de amor?

(1) Santa Teresa «Las Moradas» Moradas Sextas, Capítulo III: «Mas quien tuviese mucha experiencia de las hablas de Dios, no se podrá engañar en esto, a mi parecer de la imaginación», pág. 465 de la edición Rivadeneyra, 1861.

(2) Moradas Séptimas, Capítulo II.

(1) Santa Teresa: Libro de su vida, Capítulo XVIII, página 59.

(2) Idem id.. Capítulo XXXVIII, pág. 116.

(3) Las Moradas: Moradas Séptimas, Capítulo II, página 484.



POZO DE LA CASA DE LA SANTA (SALAMANCA)

Ya en otro lugar hablé de este influjo magno de la mística y sobre todo de Teresa de Jesús sobre nuestro grande Arte nacional. Ya dije que sin los místicos, sin Fray Luis de León y Santa Teresa, sobre todo, acaso no se hubiera producido ni se explica con rigor de lógica nuestro grande arte realista, aquel arte nuestro tan robusto, sano y opulento de complexión, tan lleno de alma, tan insuperable, tan nuestro, el de Cervantes y el de Tirso. Porque no pudo ser casualidad que del surco que abrieron los místicos brotase tan abundante la miés del arte nuevo; que tras los grandes maestros en psicología experimental viniesen los grandes psicólogos del teatro y de la novela; el autor de "El condenado por desconfiado", y el autor de "El Quijote". Ya dije que cuanto faltaba de calor, de alma y naturalidad de expresión, de efusivo amor por todos, de realidad, de intimismo, todo el aire libre y la doble infusión de alma y de vida que faltaban á la lengua, á la prosa y al espíritu del siglo XVI, hállanse largamente prodigados en la obra de Teresa de Jesús; y que de aquellos gérmenes fecundantes y en el encendido ambiente de la mística nació nuestro grande arte nacional (novela, teatro y pintura). Dije que prescindiendo de la prosa y del espíritu de Santa Teresa no se puede escribir la historia de la prosa castellana; ni puede seguirse el progresivo desarrollo de la novelística, forma estética cuyo elemento primordial y esencialísimo es la prosa; pero la prosa, que es el barro genesiaco donde se amasa la novela, no vive sin espíritu; y los vivificadores y renovadores de la prosa precursores de los grandes novelistas, fueron siempre los místicos; el Dante (1), Raimundo Lúlio; y en nuestro siglo XVI, Santa Teresa.

Pero Santa Teresa no se limitó á emancipar la prosa castellana; libre ya y respirante entre sus manos el habla nacional, lo intentó todo; su prosa en que late su alma, desborda de sus libros, hierve en actividad, lo intenta y lo realiza todo: la autobiografía, la carta, el apunte de viaje, el cuadro de género, el retrato digno de Theotocopuli, la visión del infierno, la ascensión á las cumbres del éxtasis, la revelación asombrosa de las "Moradas" íntimas, la dirección del espíritu, la representación de la esencia divina, el cántico de infinito amor.

Y era que no renovaba la prosa; renovaba el espíritu; roturaba las ignotas tierras del alma; con la luz que le comunicaba el Amado exploraba asombrada la maravillosa geografía del mundo interior; y, determinándose proféticamente en la linde de las dos vidas, trazaba con sobrehumano acierto la divisoria entre la vida fisiológica y la espiritual; rechazaba inflexiblemente de los caminos de la santidad cuanto era flaqueza morbosa, ó antojo de santidad hechiza; discernía con celestial certidumbre la claridad inconfundible del habla de Dios que la sorprendía "á deshora" y "viniendo á ella", de la imaginación, diciendo que "lo uno (el habla de Dios) es como quien oye", y lo de la imaginación, como quien va componiendo lo que él mismo quiere que le digan". Así los afectos lograron en Santa Teresa la expresión más sincera, la elocuencia más comunicativa, porque la prosa de Santa Teresa es inseparable de su espíritu, es la estética de su santidad; es amor efusivo, inmenso, que hierve y estalla bajo la delgada envoltura de su habla transparente.

Merced á esa constante proximidad del Amado, Santa Teresa, amadora insaciable de Dios y de sus criaturas, fué el filósofo iluminado, y, sobre todo, el poeta, el poeta divino de la mística. Ni la arrebatadora elocuencia del Maestro Granada, ni la encendida poesía de nuestros místicos, aunque de ellos queden estrofas dignas de ser cantadas por los serafines ante el trono de la Divinidad, alcanzan á expresar bastantemente aquel sobrehumano rapto, vuelo é incendio de las almas que fué nuestra mística en sus dos heróicos siglos. Santa Teresa sí; ella es la palabra divina de la Mística, no en sus versos, en su divina prosa. No hay versos ni armonías, ni rimas humanas, ni refulgir de entendimientos que compitan con aquella onda etérea, más diáfana y resplandeciente que el éter mismo, de la bienaventurada prosa teresiana, en cuya marea de luz sentimos flotar y arden exhalándose en destellos y en aromas, la suavidad inefable de "las hablas de Dios" que ella guardaba en sus "Moradas" sublimes.

Y Santa Teresa, ese poeta sobrehumano, es íntimamente nuestro; su decir está pegado á las entrañas étnicas, al concepto de nuestra nacionalidad, su fusión de misticismo y realismo, su doble naturaleza de "Marta y de María", fué la "causa eficiente" de nuestro grande arte nacional (que nació al confluir magnífico de la corriente realista con la corriente espiritualista); ella inspiró á los que lo crearon y sigue inspirando á los que lo resucitan; pero siendo tan nuestra que no sabemos rezar, ni hablar, ni escribir, ni atinamos con los caminos del cielo sin valernos de ella, es tan universal que aun sus adversarios en religión la sienten suya y se rin-

(1) Aunque su gran poema esté en verso, sabido es cuanto influyó en toda forma literaria, y conocido es el calor de intimismo que su *Vita nuova* aportó ó inició en la novela.

den ante sus avasalladoras fuerzas de amor que detuvieron en su avance á la Reforma (1). y encienden sed de Dios aun en las almas de los incrédulos.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

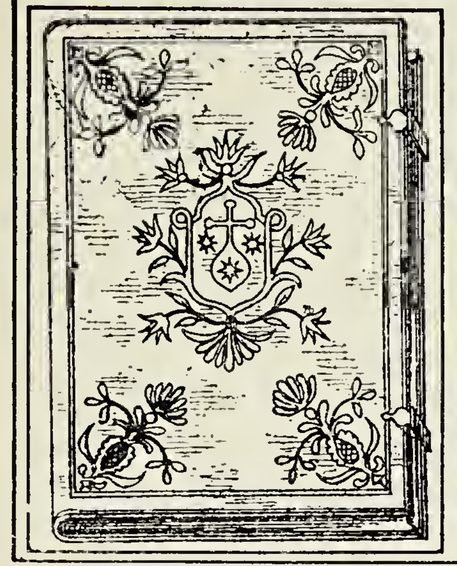
Madrid, Abril de 1914

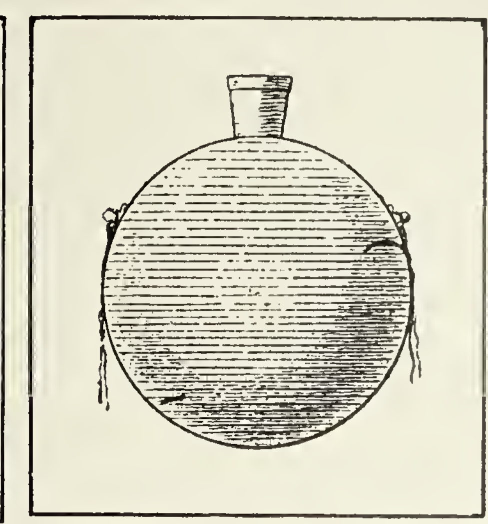
(1) Macaulay declara en uno de sus *Ensayos,* «que el Protestantismo no ha ganado una pulgada de terreno desde mediados del siglo XVI. San Ignacio de Loyola y Santa Teresa son el alma y el cerebro de la reacción católica...» (Fitzmaurice-Kelly: «Historia de la Literatura española», págs. 266-267).

Es singular y elocuentísimo el fervor de entusiasmo que Santa Teresa ha sabido inspirar siempre á los protestantes, singularmente á los ingleses: aparte las conversiones al catolicismo que el venerable Palafox (Prólogo á las Cartas de la Santa), Pellicer y otros cuentan haberse operado mediante la lectura de las obras de la Santa Madre, recordaremos que el pastor protestante Jeremías Taylor (1613-67), famoso como orador sagrado, citaba á Santa Teresa en una oración pronunciada ante el Parlamento en Irlanda (1661): el poeta R. Crashaw (+ 1650), eclesiástico inglés que se convirtió al catolicismo, era entusiasta de la Santa y decía de su prosa divina: *¡Oh; esto no es idioma español, sino celestial!:* el célebre historiador inglés J. Antony Froude compara á Santa Teresa con Cervantes; la Sra. Cunninghame Graham—ya fallecida—realizó un concienzudo y estimabilísimo estudio biográfico de Santa Teresa (Londres, 1894) Fitzmaurice-Kelly; loc. cit., el autor dice de Santa Teresa: «Su situación como potencia espiritual es tan excepcional como su puesto en literatura».



INTERIOR DE LA IGLESIA DEL CONVENTO DE CARMELITAS (ALBA DE TORMES)
En el altar mayor está el sepulcro de la Mística Doctora.






LIBRO DE LAS PROFESIONES HECHAS EN VEAS DESDE SU FUNDACIÓN HASTA NUESTROS DIAS, CON AUTÓGRAFOS DE LA SANTA Y SAN JUAN DE LA CRUZ

CUADRO COMPRADO POR LA SANTA EL DIA QUE LLEGÓ Á SALAMANCA

CALABAZA EN QUE LA SANTA LLEVABA EL AGUA BENDITA Y QUE SE CONSERVA EN SALAMANCA

P. JERÓNIMO GRACIAN DE LA MADRE DE DIOS. PRIMER PROVINCIAL DE LA REFORMA Y DIRECTOR DE LA SANTA

A Santa Teresa de Jesús.

Fortis est ut mors dilectio.

¿Luego es verdad? ¡Oh, Patria, hermoso día
Es éste en que resurge la esperanza
Del seno de la muerte en que yacía!
Mi esperanza por ti; pues desde el cielo
En que tu historia lanza
Lluvia de soles, te miró mi anhelo
Como estrella sin órbita, arrojada
Desde el cenit sublime al bajo suelo.
¡Pues qué! ¿Tanta mirada
Que se fija en tu ayer desvanecido,
Es sólo indicio vano
De admiración fugaz que un pueblo siente
Mientras dura un sonido,
Y otra voz indolente
Vuelve al soñar liviano,
Sol que se extingue en su rosado Oriente?
Si anima nuestra empresa
De añadir sólo un rayo á la aureola
De la Virgen Teresa,
La fe, que la seráfica española,
Llenó de Cristo el corazón, cantemos,
Su santidad, su ciencia, su hermosura,
Y al pie de los altares
De esa alma creatura
Doblando las rodillas,
Celebrémosla en himnos seculares,
Y al que hizo en ella tantas maravillas.

¿Pero quién su conjunto peregrino
De dones celestiales,
Sin el pincel divino
De Overbeck ó de Fiésole, se atreve
A bosquejar, si á impulso de raudales
De inspiración sagrada no se mueve?
La apostura gentil, la gallardía
De su noble y severo continente,
La majestad, la gracia y la armonía
De la belleza física esplendente
Que en la hermosa Teresa refulgía,
Aquel mirar sereno y transparente
Donde la gracia del Señor moraba,
Aquel decir suavísimo y sereno
Que con amor celeste enamoraba,
Todo su aspecto, en fin, de encantos lleno,
Ni aun merecen memoria
Con su interior excelso comparados,
Con su espíritu, asiento de la gloria.
Con su espíritu, sí; venid, varones
Ilustres que, viviendo atormentados
Por la sed de justicia, siempre en guerra
Con el mal, en utópicas creaciones
Explorasteis remedio á las pasiones
Que el depravado corazón encierra;
Cicerón, Campanella, Tomás Moro,
He aquí á Teresa, edad perpetua de oro,
Y reinado de Dios sobre la tierra.
Ebria de luz, trepando en derechura
A la hoguera del sol, fijos los rayos
De su pupila ardiente en la hermosura
Del astro rey, la reina de las aves
Como en éxtasis vuela, se sublima,
Y allí con majestad, desde la cima
Del espacio, su vista se dilata,
La dirige otra vez sólo un momento

Sobre la tierra. le parece ingrata,
Y con ímpetu nuevo se arrebata
Por el imperio azul del firmamento:
Como el águila así, reina y señora
Teresa de Jesús de otras regiones
Que el Sol divino con su esencia dora,
Burlando las prisiones
De su cuerpo, en beatíficas visiones
Muere viva en el Dios que la enamora.
Y allí ve la infinita
Vanidad del placer, mira el mundano
Delirio en que se agita
La Babel de los siglos, la maldita
Soberbia del gusano
Que á sí propio insensato se corona.
Que á Dios maldice y que de Dios reniega,
Que himno triunfal á su miseria entona,
Y en su mezquina adoración se anega.
Allí mira que apenas nace el hombre
Cuando le aguarda el féretro, y lo mismo
Que si lo eterno fuera sólo un nombre,
De lo eterno se lanza en el abismo;
Cree que su mente es árbitra é inmensa,
Y cuanto existe de ella se origina;
Quiere y nacen las leyes, cuanto piensa
Tiene esencia divina.
Y allí Teresa de Jesús advierte
Que cuanto más se ciega
El alma, Jesús vierte
Más sobre ella el tesoro de su muerte,
Y en lucha así el Señor, el Justo, el Sabio
Con el esclavo injusto y con el necio.
Cristo ofrece perdón y el hombre agravio.
¡Cristo más sangre: el hombre más desprecio!
Teresa ve del Todopoderoso
La locura de amor, y su alma llena
Con las caricias del divino Esposo;
Su corazón se apena,
Por hallar un obstáculo en la vida
Para el hambre de Dios que la enajena;
Ve en la muerte la unión apetecida
Con el Ser de su anhelo,
Ve en la angustia sufrida
Firme escala del cielo;
Y abrasado su espíritu gigante
Por la celeste llama,
Padecer ó morir pide á su Amante,
Ya que es vida el morir por quien se ama.
Desde entonces, cual ciervo que anhelante
Va buscando una fuente de agua viva,
En pos corre Teresa
De Dios y en El cautiva,
Con El vive, en sus llagas se embelesa,
Y allí pone de asiento
Vida, palabra, amor y entendimiento.
En aquellos coloquios celestiales
Con el Rey de su espíritu se siente
Como arrancar los lazos terrenales.
Y en languidez sublime falleciendo,
La circuye un ambiente
Increado, y delicias ideales,
Su corazón purísimo envolviendo,
Paran su movimiento á los sentidos:
Cesa de respirar, nada perciben
Sus ojos, aunque abiertos;
A su mente no llegan los sonidos,
Y aunque sus miembros viven,
Parece que es la vida de los muertos.
Mariposilla triste,
De alas quemadas por el fuego impío,
Que á caer se resiste,
Cayendo al fin, parece su memoria,
Mientras raudo y potente su albedrío
Sin comprender el modo
Vuela á do está su gloria,
Su Dios, su fe, su voluntad, su todo.

Tiene dique el torrente, el mar muralla,
Límite el pensamiento, su carrera
Invariable la esfera,
¡Sólo para el amor no existe valla!
Por eso como Elías va Teresa
En su carro de fuego
Doquiera se interesa
La gloria de su Dios, y cunde luego
La celestial empresa
De la Reforma, y muéstrase potente,
Ya derribando obstáculos, ya el ruego
De su voz persuasiva y elocuente
Sin tregua levantando;
Ya la persiguen, ora es calumniada;
Y más crece el consorcio venerando
De su fe y caridad acrisolada.
Thabor perpetuo el alma de esta virgen,
Como rauda centella
Que el espacio colora, celestiales
Rasgos de amor imprime donde huella,
Ya en sus hechos, ya en libros eternales,
Y hasta en su misma muerte,
Porque murió de amor, no de ruptura
Del alma hermosa y la materia inerte.

¡Oh virgen! ¡Santa hechura
Del Creador y el Fuerte!
Vuelve desde esa altura,
Do estás, á mí tus ojos,
Y á esta España, la tierra en que naciste,
Hoy ante ti de hinojos.
¿Verdad que no es la misma
Que cuando tú su atmósfera radiante
Con tu aliento de amor divinazabas?
¿Por qué tan grande ayer la que hoy se abisma?

¿Dónde están sus perínclitos varones?
¿Dónde su sol perpetuo? ¿Do el triunfante
Himno con que vencidas las naciones
Daban gloria á su imperio sin segundo?
¿Por qué solo es nación y ayer fué mundo?...
Teresa, hermosa virgen, del Carmelo
Flor de perfume santo,
De aquel tu amor más fuerte que la muerte.
¿Por qué no envías á tu patrio suelo
Un recuerdo que alivie su quebranto?
¿No habrá de conmoverte
La aflicción de tu patria?... Aquí naciste;
Ella te dió su sangre y tu alimento;
Ella te dió la carne en que envolviste
Tu voluntad gigante y tu talento;
Te dió con la existencia
Campo en que realizases la victoria
Que hoy te tiene de Cristo en la presencia,
Y... es ella, está á tus pies, mira cuál baña
Sus ojos el placer de tu memoria,
Es tu madre y mi madre, ¡pobre España!
¡Págale en bienes, y en virtud y en gloria!

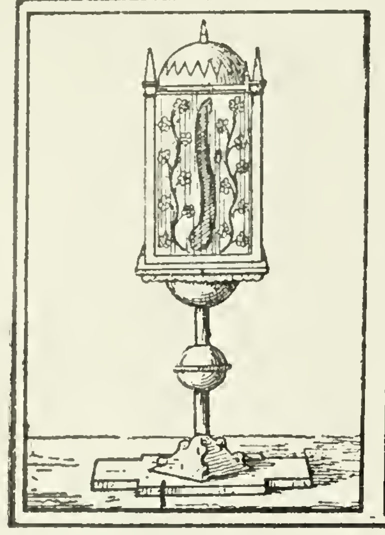
José Devolx



SEPULCRO PRIMITIVO DONDE ESTUVO EL CUERPO DE LA SANTA (ALBA DE TORMES)

Hacia el medio de la nave mayor de la Iglesia, al lado del Evangelio, está la Capilla donde fué enterrada la Santa, que en aquel tiempo formaba parte del coro de las religiosas.

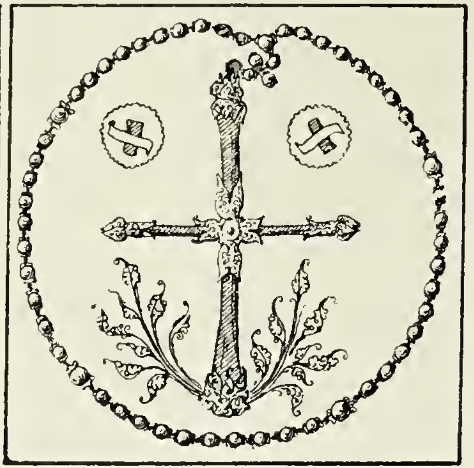
Quedó fuera de Clausura en 1615. En esta devota capilla están enterrados el Conde de Arcos y el Duque de Alba, D. Francisco Alvarez de Toledo y Selva, que murió en 1739.



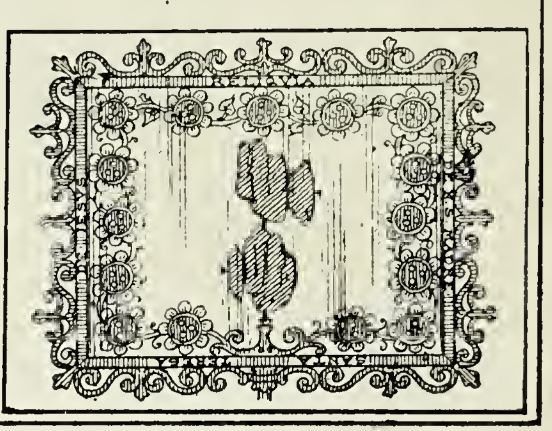
CLAVÍCULA IZQUIERDA
Convento de San José.
Avila.



MUELA DE LA SANTA
Convento de Génova.



CRUZ
HECHA CON HUESOS
DE LA SANTA, Y UNIDA
Á UNO DE SUS ROSARIOS
Convento de Alcalá.



RELICARIO
CON CENIZA DE LA SANTA
Convento de Medina del Campo

LA PERLA DE AVILA

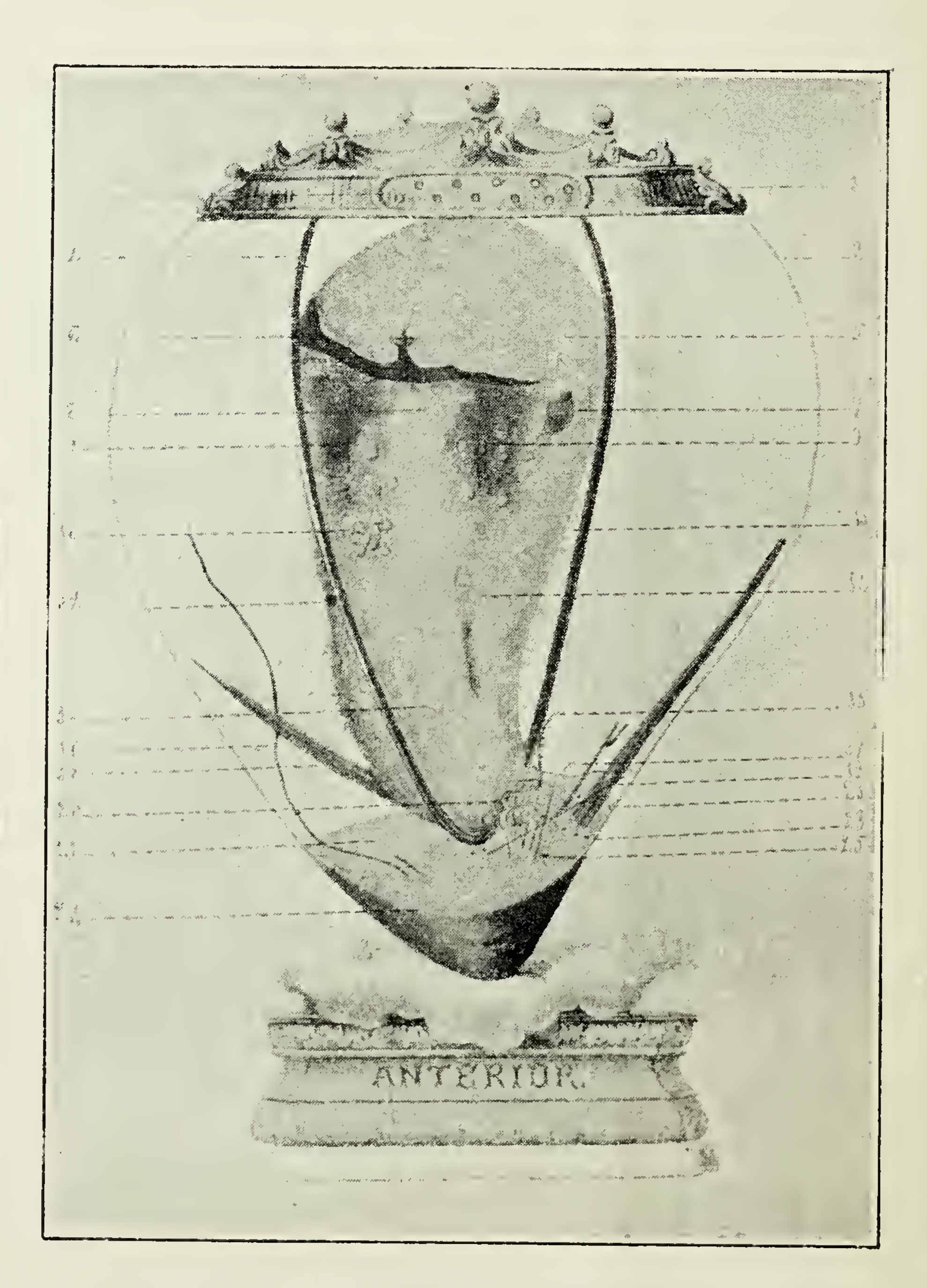
NACIMIENTO Y BAUTIZO DE SANTA TERESA

«Santa Teresa de Jesús es la joya más preciada del abundante y riquísimo tesoro espiritual de nuestra Patria, ornamento preclarísimo de la Iglesia católica y orgullo legítimo de la humanidad».
(El actual Obispo de Madrid-Alcalá).

En día y mes consagrados á San José, ó sea el miércoles 28 de marzo de 1515, á la hora de romper el alba, hizo su aparición en el mundo una niña ideal y encantadora, que por sus virtudes y pureza y rara hermosura y grandísimo amor de Dios, llegaría andando el tiempo, y no mucho tiempo, á hacer morir de celos y envidia á los serafines de la gloria que la contemplasen, si con éstos pudiese algo la muerte.

Esta niña, especie de creación aparte, recibió en la pila bautismal de San Juan de Avila el atrayente, inmortal y simpático nombre de Teresa, que, por haber nacido en esta ciudad de los caballeros, y para mostrar á la Santa más amor y hacerla más nuestra, solemos sus hijos, los religiosos y religiosas Carmelitas Descalzos, y los aviles sus paisanos, llamarla á boca llena: la Santa, la Santa Madre, nuestra Santa, la Perla de Avila. Al igual que con aquella otra gente leída, sana y noble de Salamanca, con sus charros simpáticos y con los verdaderos sabios de la afamada Universidad, solemos apellidarla: la Doctora, la seráfica Doctora de la Iglesia, el Salomón de las mujeres, la Estrella de Alba.

"Fueron—según se lee en un cuadro del locutorio de San José de Avila—sus padrinos Vela Núñez, de quien descienden los condes de Guevara y de Oñate, y los marqueses de Tabladillo, hoy duques de la Roca, y Doña María del Aguila, de la familia de los marqueses de Villaviciosa, las Navas y Villafranca".



CORAZÓN TRANSVERBERADO DE SANTA TERESA
(cara anterior).
Consérvase en Alba de Tormes.
Los números indican la herida ó transverberación hecha por el dardo del Serafín y las espinas, filamentos, rugosidades y demás prodigiosos detalles que se observan en el Corazón de la Santa Madre.

En el nacimiento de la niña Teresa de Cepeda vieron no pocos, dice la Crónica carmelitana, la fecha de época memorable en los anales de la cristiandad. Y los poetas españoles de entonces, contemplando más tarde las heroicas y celestiales hazañas de esta niña traviesa, celebraron aquella su característica acometividad y bravura y

"la extraña santidad, el sin segundo
valor, cual en mujer no sé si hubo,
y en los más altos hombres fué muy raro".

Tornaban á mirarla y contemplarla los cultivadores de la ciencia, y viendo á Teresa que por su nacimiento emparentaba con lo más linajudo y rancio de la nobleza española, ya que tienen relación ó entronque con la Santa hasta catorce duques, más de veinte marqueses, catorce condes, un vizconde y setenta y cuatro títulos de apellido ilustre, si bien los que se encuentran, según Fernández de Béthencourt, con más derecho á este abolengo, son la familia Cepeda de Osuna y los de las casas de Marchelina, del Salar, San Felices, Bermudo, Superunda, Navamorcuende, Peñaranda de Bracamonte, Velada y otros; al ver, digo, todo esto junto los poetas en sujeto tan digno, tan excepcional y santo, aseguraban, y como videntes profetizaban, que los afortunados que tratasen á esta niña singular y embelesante en su mayor edad, por fuerza habían de ver, aunque no quisieran,

"...por el hermoso y blanco velo
de aquella pura carne salir fuera,
por más y más que el alma se encubriera,
toda virtud y toda gentileza,
valor y fortaleza,
toda gracia y dulzura y real costumbre,
una divina lumbre,
y en esta región oscura y fría
un serafín que en viva llama ardía".

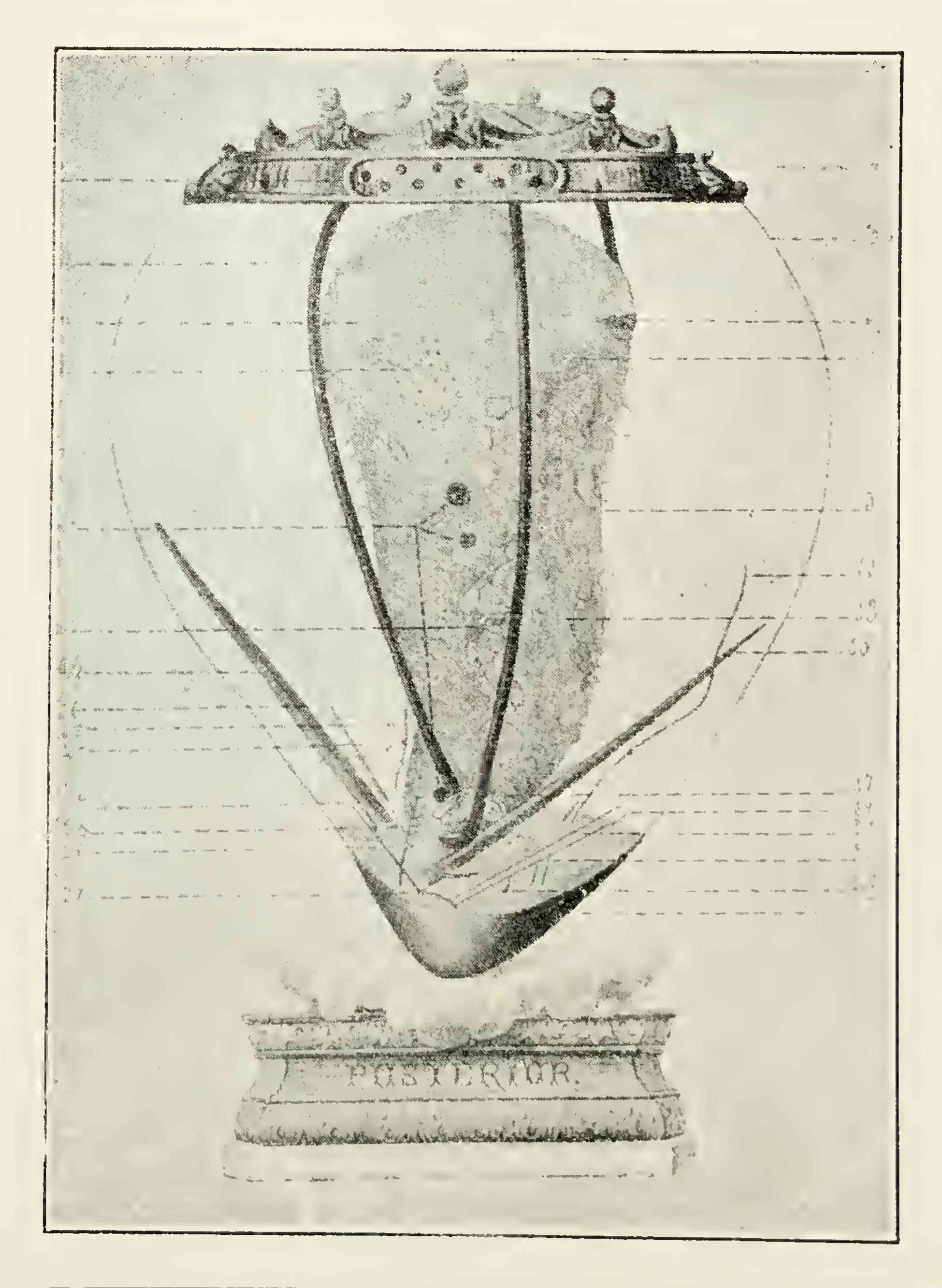
—

Mas, dejando á un lado á poetas y videntes, digamos algo de lo rumboso que debió ser el bautizo de la Perla de Avila. Nada nos dicen los libros viejos del lujo de los padrinos y acompañantes ni del espléndido convite, rebosante de alegría y satisfacción, tenido con motivo de la augusta ceremonia.

Pero aunque nada nos digan, algo podemos rastrear nosotros por una antiquísima carta-cuenta que nos dejó de su puño y letra el propio D. Alonso de Cepeda, padre dichoso de Santa Teresa.

Por lo que dice este documento, que por ser largo no se copia aquí, vemos que la casa de D. Alonso, cuando la niña Teresa nació, era muy capaz, pues tenía habitaciones grandes y espaciosas y salas ocupadas de grandes sillones, de mesas artificiosamente labradas; vemos que de las paredes, á vuelta de imágenes y pinturas, colgaban adargas y broqueles, paveses y pavesinas, lanzas y ballestas y otros enseres de los que sirven ya para la guerra, ya para la caza, y hasta de los que se usan en las justas y torneos populares; vemos, por otra parte, que en dicha casa no faltan los arreos del caballo, que suele montar D. Alonso, como son la caparazón y la silla, el pretal, las cabezadas, las estriberas y las espuelas de filigrana. Dicha carta-cuenta nos dice también que "en una sera y dentro de un pedazo de litre" están las armas de D. Alonso, que son "un capacete e babera e cosetes e armadura de brazos, con unos copos e mandiletes e escarpanas".

Internándonos más en la casa donde nació Santa Teresa, nos descubre la dicha carta-cuenta que las arcas y arquetones están atestados de vestidos de terciopelo y aceituní, de jubones de damasco, de monjiles, palotoques, camisas y camisones de holanda, paños alemaniscos, basquiñas de Ruan y de chamelote, alhajas de oro y



CORAZÓN TRANSVERBERADO DE SANTA TERESA
(cara posterior.)

plata, cruces y cadenas. anillos y sortijas. Un paso más, y nos encontramos con el estante de libros piadosos y de recreo, como la "Vida de Cristo", "Los siete pecados", "Tratado de la misa", "Morales de San Gregorio" y "Amadís de Gaula" y otros. En algunos de los anaqueles, en el superior, se encuentra, dice el citado documento, un poquito de almisquita y estoraque, candelas benditas y el tablero con su juego de ajedrez.

Pues díganme ahora los lectores teresianos, que en esta casa que queda descrita, convertida hoy en iglesia de padres Carmelitas Descalzos; díganme, por su vida, si en día tan grande como del bautizo de Santa Teresa, no se volcarían las arcas y arquetones con cuanto tenían dentro, y que la gente de casa luciría los vestidos de terciopelo y aceituní y los jubones de damasco y las camisas y camisones de holanda, y las basquiñas de Ruan y las cadenas de oro y anillos, y etc., etc. Esto y mucho más se lució aquel día, ó nunca. Pensar otra cosa sería hacer ofensa y agravio á los ilustres padrinos, ya que D. Francisco Núñez Vela ó Vela Núñez, como se le suele llamar era hermano del entonces virrey del Perú, D. Blasco Núñez Vela.

Por lo que hace al convite, éste debió quedar á la altura de los grandes convites de aquella época, en la que, si bien no existían fondas y restaurants á lo Tournier, cada casa gorda, como se decía entonces, tenía de sobra, no sólo cuanto se necesita para el sustento, sino para el regalo. Por lo que hace á la de D. Alonso de Cepeda, su despensa estaba bien abastecida y repleta, y sus paredes con muchas colgaduras y no de iglesias, ya que la carta-cuenta nos asegura que en ella había harina en abundancia, aceite, vino y manteca en iguales proporciones; tocinos, jamones, embutidos, quesos, conservas, miel y "otras cosillas", que dice el documento antigüo, y que serían de seguro floretas, rosquillas, perrunillas. alfajores, polvorones, almuégado, almendras dulces y demás golosinas, que buen papel desempeñan en las bodas y bautizos y misas nuevas.

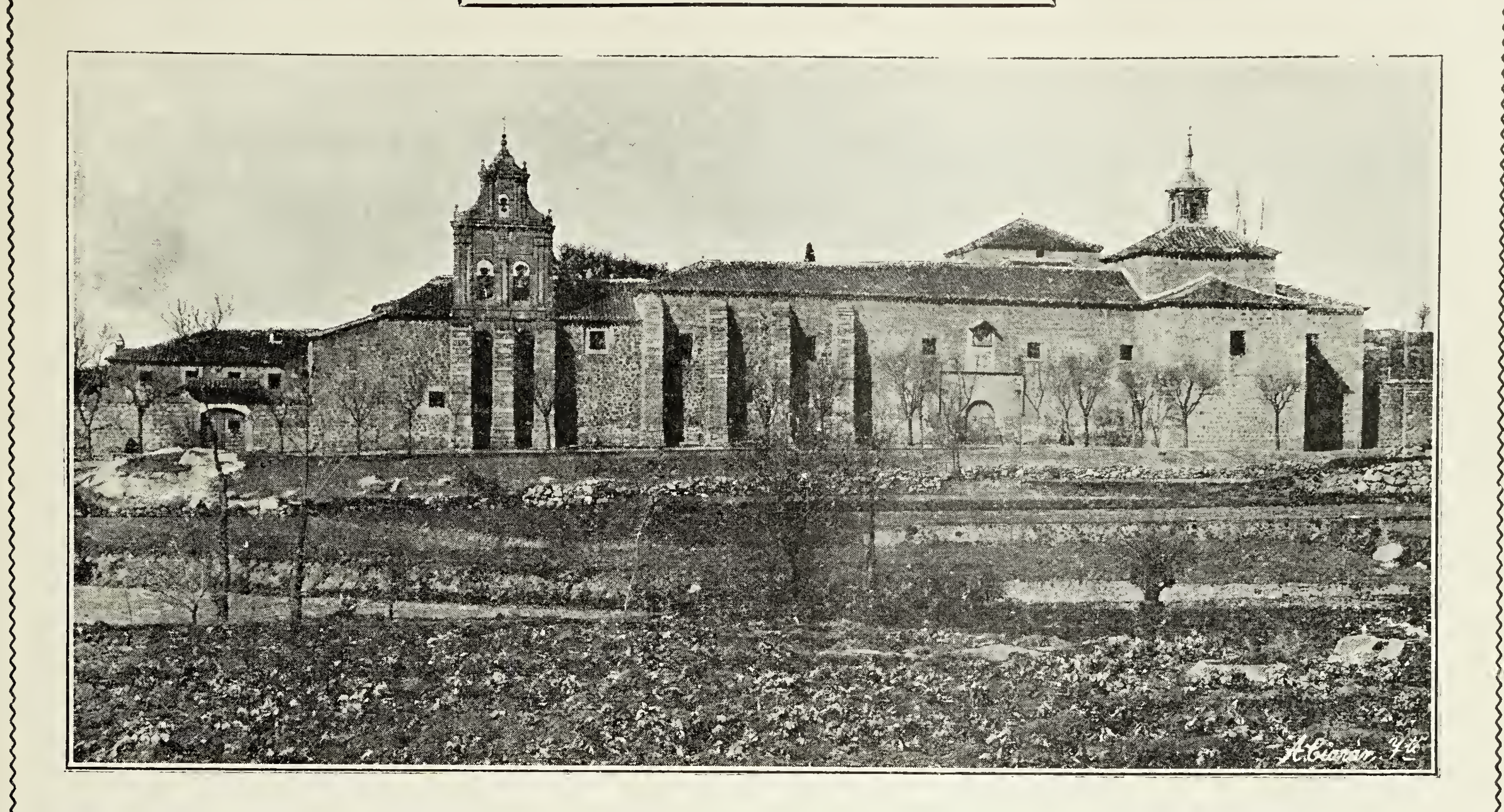
En suma, que debió ser un gran bautizo, rumboso bautizo, el de nuestra Perla de Avila y refulgente Estrella de Alba, donde se lucieron lujosos trajes, donde se comió bien y donde menudearon las propinas á los criados de casa y las enhorabuenas y parabienes á D. Alonso y á Doña Beatriz por el pinpollo recién nacido, transformado por las aguas regeneradoras del sacramento en hija de la luz y de la hermosura.

Fr. Gabriel de Jesús, C. D.

A la mujer más grande que jamás existió.

Esa que al orbe asombra con su pluma,
Fuerte mujer, invicta Fundadora,
De la Iglesia seráfica Doctora.
Cuyo nombre embelesa cuanto abruma;
Esa, que con su hálito perfuma
El nido de palomas donde mora,
Que de gracias un cúmulo atesora,
Y de todo lo heroico es cifra y suma;
Esa virgen, azote del pecado,
Y juntamente madre, cual fecundo
Origen del Carmelo Reformado;
Esa, de quien con ansia espera el mundo
Salve á la sociedad presente; ésa...
Es de Jesús la gran Santa Teresa.

José María Sbarbi



CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN (ÁVILA)

Camino de perfección.

I

Comenzaba á despertar el día cuando el desvencijado carromato dejó atrás las murallas de Avila y se internó en la Paramera.

Era en Enero.

El camino que conduce de Avila á Toledo era áspero, bravío, lleno de peligros. entre bosques y páramos.

Dos religiosas iban en el carro. Enferma y achacosa la una; débil y amedrentada la otra.

Escoltaba el carromato un caballero.

Ya se esfumaban en el horizonte los muros y las torres de Avila, cuando una de las monjas, Sor Teresa, que hasta entonces permaneciera entregada á la oración, asomó la cabeza por entre los lienzos del carro para escudriñar el camino y dar un adiós de despedida á la ciudad.

Allí quedaba su primer monasterio de la Reforma comenzado á edificar y abandonado luego por los azares de la persecución iniciada; allí quedaba también la enconada revuelta de odios y pasiones, hostilidades y luchas.

¿Qué sería de su obra? La obediencia la llamaba á Toledo, y lo dejaba todo sin vacilaciones, emprendía el penoso viaje segura de que Dios dispondría las cosas de suerte que todo redundase en bien de la Reforma.

Saltaba el carro, rechinando, sobre las sinuosidades del camino; comenzaba á bordear las estribaciones de la sierra de Gredos. Había salido ya el sol, aunque aterido y envuelto en nieves; azotaba el viento las lonas del viejo vehículo. ¡Y aún quedaban veinte leguas que andar de áspero y fragoso camino!

Sor Teresa, cuyo espíritu fuerte é imperturbable se agigantaba con las adversidades, mostrábase serena y alegre. Un rincón del camino, que ha divisado al pasar, le recordaba cierto gracioso episodio de su niñez, y, para animar á su compañera, comenzó á narrarle cómo un día, siendo ella muy niña, abandonó la casa paterna con su hermano Rodrigo, y emprendieron un fantástico viaje á tierra de moros con ánimo de evangelizar infieles y sufrir el martirio...

II

La llegada á Toledo fué un triunfo. En el Palacio de doña Luisa de la Cerda recibieron á Sor Teresa como á una enviada de Dios.



Grabado del siglo XVII que representa á la Santa escribiendo su célebre jaculatoria: «O padecer ó morir».

La ilustre dama, hija del duque de Medinaceli y viuda del Sr. D. Arias Pardo de Tavera, había sido herida tan cruelmente por el dolor—con la muerte de sus hijos y su esposo,—que su alma quedó desgarrada y su razón anduvo errante por las fronteras de la locura. Hubiera sucumbido de fijo si la Providencia no atendiera á su socorro.

Hasta la afligida dama llegaron noticias de la santidad extraordinaria de cierta monja avilesa, cuyas palabras tenían el don de calmar las tempestades del alma.

Sintió vivos deseos de conocer á la bendita monja y lo solicitó con tanto ahinco, que al fin obtuvo el privilegio; cuando Sor Teresa, obediente al mandato de su Provincial, llegó al Palacio de doña Luisa, la noble castellana salió al encuentro de la religiosa y la recibió como á una reina.

III

Seis meses vivió la Santa en el Palacio toledano, y las misericordias de su alma escribieron entre los muros del Palacio y en el alma de sus moradores páginas eternas de apostolado, de fecundas iniciativas y de trascendentales sucesos.

Llegóse un día á la Santa una vieja dueña del Palacio, y, postrándose á sus pies, le pidió que la curase de un mal que padecía. Estaba enferma y dolorida, sin encontrar alivio. y como aquella mañana hubiera pedido al Señor durante la Santa Misa, con más fervor que otras veces, el alivio de su mal, sintió que Su Majestad poníale en el ánimo la seguridad de que la Madre Teresa la curaría. Lo creyó firmemente. Tenía mucha fe en la Santidad de la bendita Madre, porque la curiosa dueña, codiciosa de ver algo de lo que se contaba, había mirado alguna vez por entre la puerta de la habitación de la monja. cuando ésta se encerraba, y con sus propios ojos la vió arrebatada. en éxtasis, envuelta en una luz como de aurora; por eso tenía la dueña fe en el milagro, y, arrodillada ante la monja, con actitud suplicante, clamaba como los enfermos de Palestina cuando Jesús pasaba: "¡Si tú quieres. puedes curarme!"

Y, á través de los espejuelos, unos ojillos vivarachos centelleaban de esperanza. Alguna que otra doncella del servicio asomaba tímidamente la cabeza entre cortinas sin atraverse á pasar.

Sólo María de Salazar, traviesa y decidida, acercóse á la dueña, y quedó suspensa, pasando la inquieta mirada del rostro de la Santa al de la enferma, en espera del "fiat" milagroso. Sonriendo bondadosamente la Santa, dejó sobre un escabel el libro que leía y se inclinó cariñosa hacia la enferma:

—Levántese, hermana, que sólo ante el Señor debe doblarse la rodilla; ¿qué desea de mí?

—Que haga vuestra Merced la cruz sobre mi rostro enfermo...

Entonces María de Salazar escuchó estas palabras que se grabaron para siempre en su alma:

—Quítese allá, buena mujer; hágase V. m. mesma la señal, que la Santa Cruz no tiene virtud de mi mano, sino de sí.

Hízose la dueña la cruz sobre el rostro, como quien se persigna, y sanó. Y en tanto que las doncellas del servicio corrieron á contar el prodigio á las demás, María de Salazar sintió como si, á través de un rompimiento de nubes, hubiera contemplado las maravillas de un mundo desconocido.

Esta María de Salazar, que más tarde fué religiosa Carmelita, y llegó á priora del convento de monjas descalzas de Lisboa. recordará siempre, con emoción y gratitud, que un día, de los que convivió con la Santa en el Palacio, se le acercó ésta y reprendiéndola "por que andaba galana", diciéndola además "que no eran ejercicios los suyos para monja". Fué la primera vez que Santa Teresa le habló del claustro, y lo hizo como de cosa ya convenida entre ambas, siendo así que hasta aquel momento María de Salazar no había deseado ni pensado nunca entrar en religión.

Pero Sor Teresa "sabía más que ella" de los secretos de su alma y de su vocación.

IV

Una extraña mujer con traza de peregrina solicitó ver á la Madre Teresa. Ante los obstáculos puestos por la servidumbre del Palacio, alegó la desconocida que había hecho el viaje desde Granada á Toledo sólo por ver á la monja avilesa, y que no se movería de la puerta del Palacio hasta que lo consiguiera.

Fué María de Salazar quien llevó la noticia y al punto franqueóse la puerta á la peregrina.

Era una mujer de dudosa edad y humildísimo aspecto. Iba descalza, tenía los pies y el rostro curtidos por el sol y las inclemencias de los caminos, vestía un áspero sayal carmelitano y se apoyaba en un rústico báculo.

Recibióla la Santa con su habitual bondadosa cortesía. La hizo sentar á su lado y conversó con ella.

Llamábase la peregrina María de Jesús, era granadina, hija de un relator de la Cancillería.

Alma sencilla y fervorosa, tan humilde y tan ingenua, que mereció ser elegida por Dios para muy altos fines. Fiel á la vocación vendió cuanto tenía, consagrando toda su vida á la piedad. Nuestro Señor inspiróle el pensamiento de fundar un monasterio de penitencia. Las personas piadosas de Granada la tacharon de visionaria. Surgieron obstáculos. Y entonces ella decidió emprender un viaje á Roma para alcanzar del Santo Padre los despachos necesarios para la fundación.

Había ido á pie, con la planta por el suelo. en peregrinación de penitencia.

Arrodillóse á los pies del Papa y consiguió que éste la bendijera. Nunca olvidará la peregrina aquel momento. Con los ojos encendidos por la fé contaba cómo el Pontífice la había acogido paternamente, informándose de sus propósitos y ordenando á sus camareros que la llevaran al Convento de "las Emparedadas", donde podría ver de cerca la práctica de su proyecto de vida austera y penitente.

En cuanto á su viaje á Toledo, aquel bendito Padre Gaspar de Salazar, tan amigo de la Madre Teresa, fué quien la dirigió hacia el Palacio toledano. Díjola que había allí una monja de Avila que tenía un santo proyecto muy semejante al suyo, y que convenía se conocieran y comunicaran sus ideas para gloria de Dios y perfeccionamiento de la obra emprendida.

Aquellas almas se entendieron; cada una expuso con sencillez sus pensamientos, las dudas que tenía y las luces con que el Señor las inspiraba. Sólo una duda inquietaba á la Santa Fundadora: vacilaba al decidir la vida de pobreza que había de observarse en sus Monasterios; dudaba si había de ser mitigada y restringida con rentas y bienes propios, ó absoluta, sin más bienes que la limosna de los fieles. Sabios teólogos y prudentes letrados — con el domínico Fray Pedro Ibáñez á la cabeza—habían estudiado detenidamente el caso, y la enviaron copiosos pliegos llenos de ciencia teológica en los que se demostraba terminantemente que los propósitos de absoluta pobreza eran desatinos, que ya la caridad estaba muy resfriada y costaría mucho cuidado y solicitud procurar el sustento, siendo grave daño para la oración, porque los cuidados, cuando son demasiados, ahogan el espíritu.

Mas estas razones no la llegaban á convencer del todo, porque en volviendo á la oración y mirando á Cristo en la Cruz tan pobre y desnudo no podía tener á paciencia ser "rica".

Diéronle mucha luz y alegría las palabras de la peregrina.

Por ella supo que la primitiva orden del Carmelo antes de relajarse observaba una pobreza absoluta, mandando no tener más bien que la limosna. Dió muchas gracias á Dios porque aquel "argumento" tenía para ella harto más fuerza que las disquisiciones de Fray Pedro Ibáñez.

V

Comenzaba ya á sanar la melancolía de doña Luisa de la Cerda.

Sin aparato de milagro, el milagro esperado se iba realizando. Como la savia vuelve en primavera á llenar de hojas y flores las ramas de los árboles, así había vuelto la salud al corazón herido. Tornó el color de la alegría á las pálidas mejillas de la dama, cambiándose en actividad para el bien la triste misantropía, y en dulce conformidad con la voluntad divina, la enconada rebeldía del espíritu.

Como síntoma de suave convalecencia, quiso la noble dama, cierto día, mostrar á su providencial bienhechora las joyas que atesoraba, y, llevándola al interior de su aposento, abrió un cofrecillo de hierro y desgranó en la falda de la monja un fabuloso tesoro. Brillaban los diamantes como pedazos de sol, relampagueaban las esmeraldas con cambiantes de aguas marinas, simulaban los rubíes luminosas gotas de sangre, y la contemplación de tanta riqueza hacía latir el pecho de Doña Luisa.

Estaba sentada la Mística Doctora en un sitial, y, á sus pies, con infantil abandono y apoyada en un escabel, permanecía Doña Luisa; rebuscaba las alhajas más valiosas, las entresacaba del montón, ponderando el valor de cada una, relatando la historia de las más preciosas. "Este joyel costó tantos ducados, es lindo como una estrella; estotro lo llevó su madre al pecho en el día de su boda; vale una fortuna; estos diamantes... encierran una negra historia de sangre..."

Era la actitud de la noble dama como de niña mimada que juega con sus muñecos... Sonreía la Santa condescendiendo bondadosa con las "boberías" de doña Luisa; luego, suavemente, fué valiéndose de la belleza y del valor de las joyas para elevar la atención de la dama, despierta ya á las impresiones de la vida, hacia otro tesoro más valioso que aquél.

Diríase que comenzaba á nacer en el alma de la noble señora aquella sed que movió un día á la Samaritana, junto al pozo de Sicar, á pedir á Jesús: "Señor, dame ese agua". Sor Teresa se valía de ejemplos y parábolas para expresar con más claridad su pensamiento. Había conocido ella un alma enferma de hastío, que moría de sed espiritual sin encontrar el agua viva que calmara sus ansias. Escudriñó todos los rincones del placer, engolfóse en los libros de sabiduría, dióse luego á las pompas y concupiscencias del mundo, y sólo encontró en todo vanidad y aflicción de espíritu. Cansada y sin esperanza se abandonaba á la más negra melancolía cuando llamó á su puerta un mendigo tan herido y maltrecho que recordóle al del camino de Jericó. Movióse á compasión, ungió con amor las heridas, dióle generosa hospitalidad y le depositó sobre mullido lecho. A la mañana siguiente cuando acudió solícita á seguir sus cuidados, había desaparecido el mendigo. En el lugar que ocupara en el lecho encontró un crucifijo.

Y vendió aquel alma cuanto tenía, se abrazó á la cruz y encontró en ella la fuente de agua viva que saltaba hasta la vida eterna.

Quiso el Señor que cuando estaban en esta divina plática llegara para Sor Teresa una carta de su santo director Fray Pedro de Alcántara. Recibióla con gran veneración y quiso leerla en alta voz ante la noble castellana.

La carta empezaba así:

"A la muy magnífica y religiosísima señora Doña Teresa de Ahumada, que Nuestro Señor haga Santa." Toda la epístola, llena de santo fervor, se encaminaba á aconsejar á la Fundadora que adoptara en su Reforma la pobreza absoluta que enseña el Evangelio: porque "el consejo de Dios no puede dejar de ser sino bueno, ni es dificultoso de guardar sino á los incrédulos, y á los que fían poco de Dios y á los que sólo se guían por la prudencia humana. Porque El que dió el consejo dará el remedio". Era la luz que iluminaba con resplandores de santidad el camino de perfección por donde Sor Teresa quería dirigir sus valerosos pasos...

Aún permanecía abierto el cofrecillo de las joyas, pero ya los diamantes no brillaban á los ojos de Doña Luisa como antes. Palidecían y se apagaban como las estrellas del alba cuando llega el día.

VI

Han pasado algunos años.

Sor Teresa y Doña Luisa de la Cerda atraviesan la campiña del señorío de Malagón buscando el lugar más conveniente para la edificación de un monasterio.

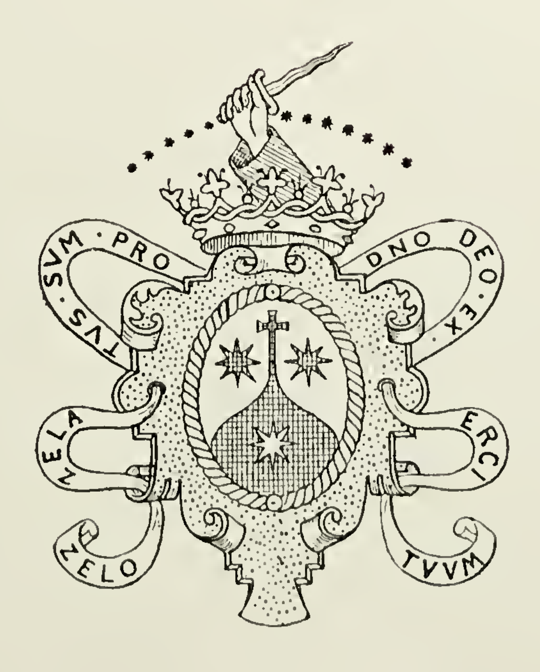
Ha querido la noble dama, en gratitud á los favores recibidos, fundar en sus propios feudos y á expensas de su tesoro, un Convento para la Orden del Carmen Reformada.

Juntas recorren el olivar, de acuerdo eligen el sitio, trazan sus planes, deliberan, proyectan, y en tanto que Doña Luisa levanta con la fantasía, en el más pintoresco lugar, las líneas y los muros del Monasterio tal como ella lo imagina, la Madre Teresa queda extática contemplando una celestial visión.

Es su amado Esposo Jesús, que ha querido santificar con su presencia el lugar elegido. Allí mismo levantaráse el templo y en el lugar de la visión descansará el sagrario.

Las joyas del tesoro de Doña Luisa se invertirán en los gastos del edificio. Los rubíes, las esmeraldas y los diamantes, que un día brillaron entre las manos de la Santa, se convertirán en piedras sagradas del Monasterio.

LUIS LEÓN





LA IMAGEN DE LA VIRGEN Y EL NIÑO BORDADO POR LA SANTA EN UN RELICARIO



EL PADRE DIEGO DE YEPES



PALAFOX, OBISPO DE OSUNA, COMENTADOR DE LAS CARTAS DE LA SANTA

La desafeitada elegancia.

Fray Luis de León. en el prólogo de la edición príncipe de las obras de Santa Teresa, hecha en Salamanca en 1587, expresó en esta frase feliz la impresión que sus escritos producen, haciendo el mejor elogio que puede hacerse de su estilo, verdaderamente único en nuestra literatura.

Todos los autores del siglo XVI participan, en grado mayor ó menor, del influjo del Renacimiento; todos siguen más ó menos el impulso avasallador de aquel movimiento, generoso y fecundo, sin duda alguna, pero que tuvo mucho de pagano en el fondo y mucho de artificioso en la expresión, y sólo un genio de primer orden, como el citado Fray Luis de León, á quien venero como una de las más altas glorias de nuestra patria, tuvo penetración bastante para comprender y adivinar lo que en él había de eternamente humano y de verdaderamente artístico, y bastante maestría para unir y armonizar el espíritu cristiano con la forma clásica, haciendo algo semejante á lo que hicieron los que consagraron á Dios los templos de los gentiles, ennobleciendo y aún santificando aquellas formas perfectas del arte antiguo con el fuego del eterno amor que le abrasaba y encendía; pero no todos alcanzaron esta soberana perfección, y tomando lo accesorio por principal y lo circunstancial por permanente, sembraron los gérmenes de decadencia que habían de desarrollarse en el siglo siguiente hasta ahogar con su viciosa y exuberante vegetación la literatura española.

La simpática y poderosa originalidad de Santa Teresa, nace precisamente de no ser una escritora del Renacimiento en el sentido estricto de la palabra; su espíritu es el genuino espíritu español, su estilo es la rehabilitación del habla del pueblo, y su encanto está principalmente en el predominio de la inspiración sobre el arte; hay en sus obras como una prolongación del carácter de la Edad Media (pero de la Edad Media española más democrática que feudal y más realista que quimérica), que le hace construir su "Castillo interior" del amor divino, como había construído Jorge Manrique el del amor humano en aquellas gallardísimas "coplas" que están como olvidadas y obscurecidas por la fama universal de las otras suyas que todos repiten de memoria; y sabe llenar sus recónditas "moradas" de la sana alegría que produce la fe inquebrantable que nunca se rinde ni vacila; sus versos más se avienen con el gusto castizo de Cristóbal de Castillejo que con las aficiones italianescas de Boscán y de Garcilaso; su prosa que es, como decía Don Vicente de la Fuente, "plática de castellana junto al fuego", se escribió no para pulirla sino para conservarla, y brotó abundante de las fuentes de que mana el lenguaje del pueblo con esa sencillez suprema de lo que no cambia ni se altera con las modas caprichosas y tornadizas; tiene su valor propio,

y forma un género aparte, que no es literatura, pues con ella no se persigue un fin artístico, sino un fin más generoso y más alto que, sin artificio y hasta sin arte, se logra, cuando de veras se persigue, como lo persiguió la Santa, quien, al escribir, no pensó siquiera en que la hermosura de la expresión y la elocuencia arrebatadora y la fama literaria habían de dársele por añadidura.

Así su hipérbaton no nace del afán de remedar la sintaxis latina sino de seguir el libre curso del pensamiento y de no alterar los giros de la conversación; así sus arcaismos no son, como los del Padre Mariana (de quien dijo Saavedra Fajardo que se teñía el pelo de blanco en vez de teñírselo de negro) hijos del deseo de dar autoridad al estilo, con la venerable "pátina" de la vetustez, sino los arcaismos que usaban, y usan aún, sus paisanos, los labradores y menestrales de Avila; así su sencillez no es aquella que se consigue cuando el arte llega á alcanzar la suprema perfección y el exquisito refinamiento de encubrirse y disimularse, es la sencillez casi infantil de la sinceridad absoluta, es aquella veracidad segura de sí misma que no cuenta, en su ingenuo candor y en su locuacidad efusiva, con que el descreimiento, la frivolidad, ó la indiferencia han de atender más á la letra que mata que al espíritu que vivifica; es la limpieza de alma, semejante á la limpieza de la fuente, que, á la vez que refleja la luz del cielo, deja ver las pedrezuelas de su cauce, que la hacen temblar, reir y cantar mientras corre; es la expresión del espíritu de España, bastante amplio y bastante complejo para que en él se unan amorosamente Marta y María.

Todo esto y mucho más que se comprende mejor que se explica, quiso, á mi juicio, expresar, y expresó de modo admirable el glorioso autor de "Los nombres de Cristo", al hablar de "la desafeitada elegancia de la madre Teresa de Jesús".

MANUEL DE SANDOVAL

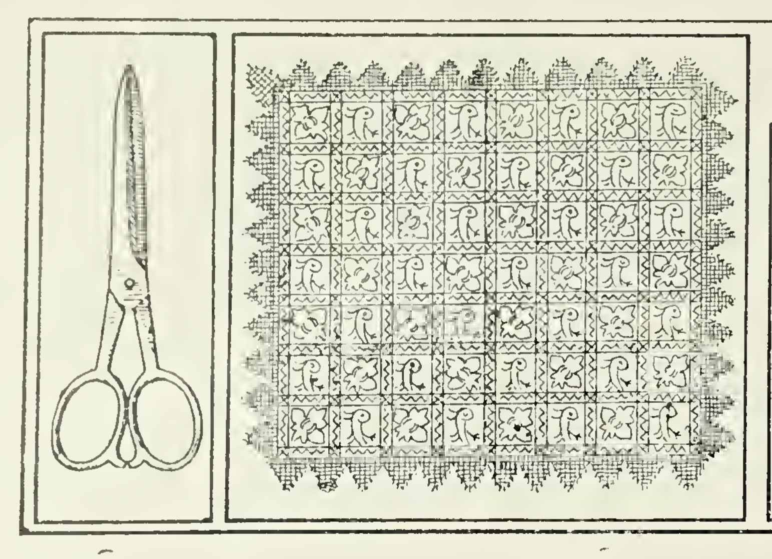
VERSOS AL ALMA DE SANTA TERESA

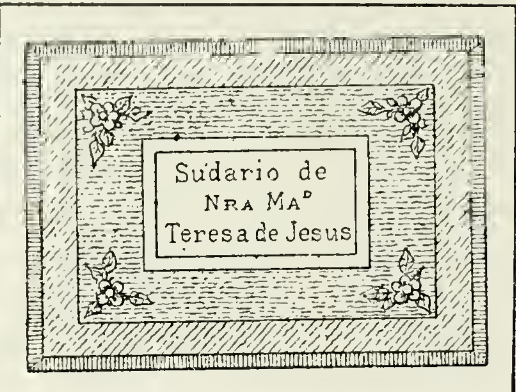
¡Toda eres alma, sublime Teresa!
¡Alma sedienta que sólo Dios sacia!
Tienes los ojos henchidos de gracia,
plena de arrobo la boca de fresa,
toda tu carne trocada en pavesa
que se desprende del suelo que pisas...
¡Oh, cuál te inflama la luz que divisas.
alma anhelante de Santa Teresa!...

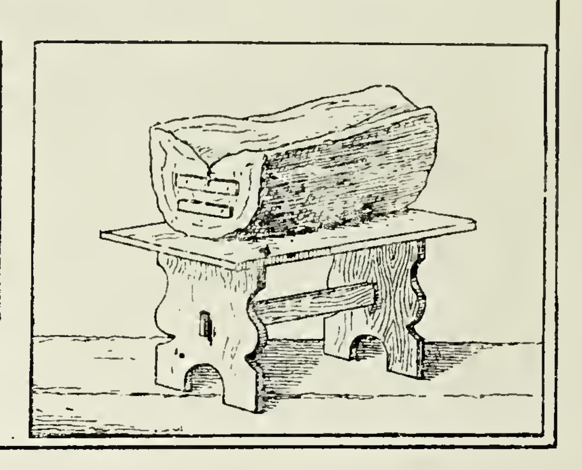
¡Toda eres alma. divina princesa
en el destierro del mundo encantada.
con el anhelo de ser libertada,
con la nostalgia de verse tan presa! ..
¡Ah, la princesa del alma inflamada
que en el incendio de su misticismo
anardecía la tierra apagada,
y estremecía de amor el abismo
de la infinita quietud azulada!...
¡Oh, el misticismo de la alta prioresa
que en su inefable fulgencia nos baña
cuando del vuelo sublime regresa!...
¡Santo tu arrobo, que luego es hazaña.
porque te inunda de fe su promesa!
¡Eres lo mismo que el alma de España.
alma gloriosa de Santa Teresa!...

¡Alma riente de santa española!:
Desde la gloria feliz de tu trono.
¡mira á tu España tan triste, tan sola!
¡no la desprecies en este abandono
donde se muere sin luz su aureola!
¡Alma riente de santa española!:
¡Rompe las nieblas de nuestra cañada!
¡mira cual duerme tu cuna avilesa
en la quietud de la patria amargada!
¡oye cuál gime la tierra apagada.
lejos del cielo que ya no la besa!
¡¡ven á inflamarnos en tu llamarada,
alma encendida de Santa Teresa!!...

J. ANTONIO BALBONTÍN







TIJERAS
Convento de Medina del Campo

VELO DE CÁLIZ BORDADO POR LA SANTA
(Convento de Génova).

SUDARIO
(Convento de Medina del Campo).

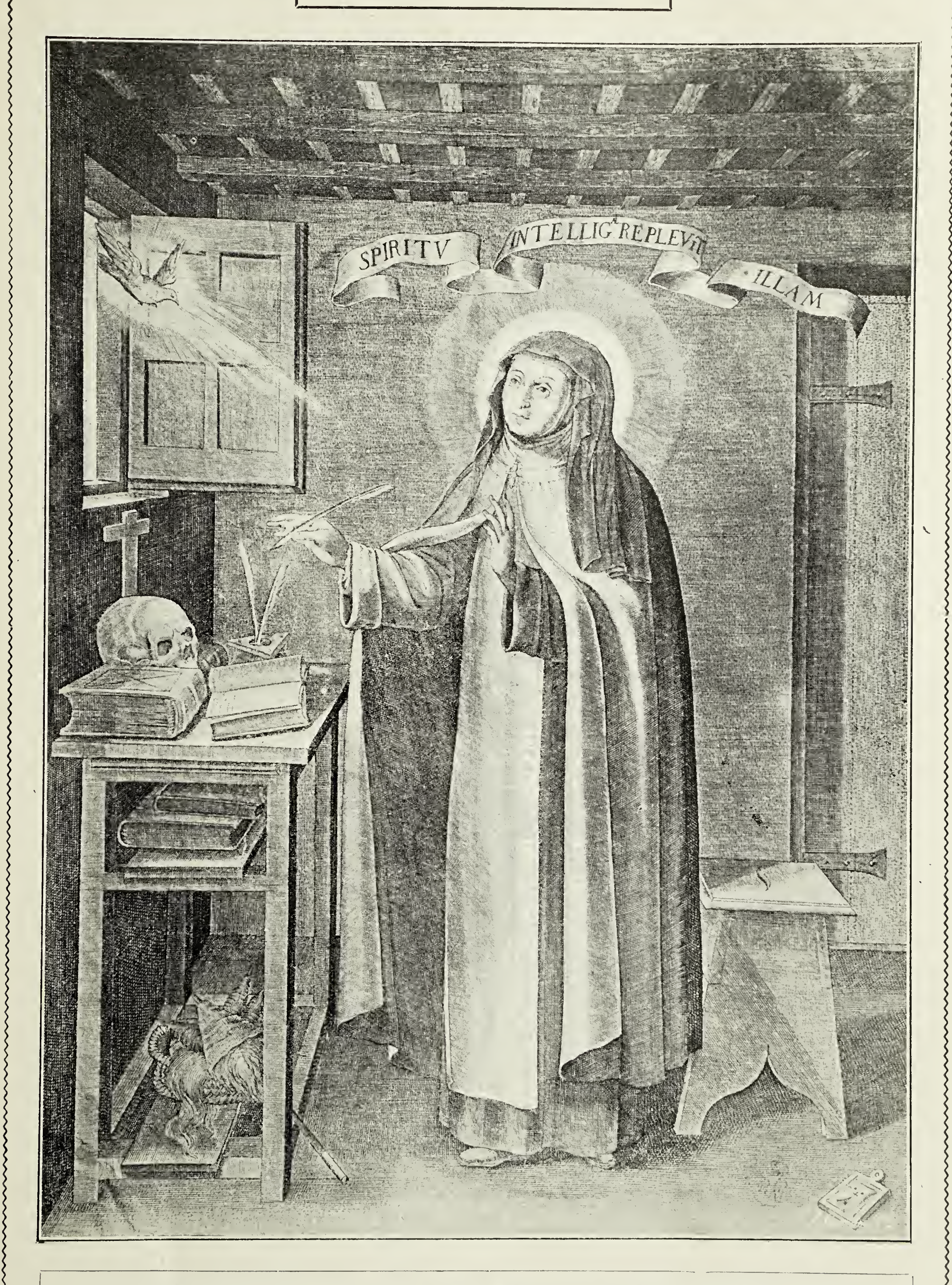
MADERA QUE SERVÍA DE ALMOHADA Á LA SANTA
(Avila).

APUNTES

ACERCA DEL CARÁCTER DE SANTA TERESA DE JESÚS

Aun prescindiendo de las magnificencias y de los prodigios inefables que obró el amor divino en aquel corazón verdaderamente de serafín; omitiendo, si se quiere y como cosa de todos sabida, la muchedumbre de empresas maravillosas que llevó á cabo, desamparada y sola y sin otro poder ni valimiento en muchas ocasiones que el de su propia humildad y el de su entera confianza en Dios; sin hacer cuenta además de esos frutos de bendición, innumerables, como las estrellas del cielo y las arenas del mar, que han brotado sin treguas en las almas en que prendió la semilla de sus enseñanzas y de su ejemplo; en suma; con sólo atender al carácter eminentemente humano de aquella vida, por otra parte toda de Dios, henchida totalmente de Dios y consagrada por entero al servicio de Dios, es sin género de duda Santa Teresa de Jesús una de las almas más generosas y simpáticas que han descendido á este mundo y que han habitado entre los hijos de los hombres. Por eso es ella tan querida como admirada, con serlo tanto y tan de veras por toda suerte de gentes y durante siglos y siglos.

¡Y, cosa bien singular! Por encima de las excelencias más asombrosas que en ella resplandecen; sobre el cúmulo de dones de naturaleza y de gracia que el Señor puso en aquella alma sobremanera extraordinaria y privilegiada, sobresale, como carácter inconfundible y triunfador que informa por igual toda su vida, todos sus escritos y todas sus empresas, lo más opueto cabalmente á la singularidad, lo que al parecer más contribuye á confudirse con el resto de los hombres: la naturalidad en sumo grado; la llaneza más franca y absoluta en sus ideas lo mismo que en sus palabras y en sus afectos; esa ingenuidad, en fin, tan reñida con todo artificio y tan angelical, que nada teme y de nadie desconfía, difundiéndose como manantial de aguas vivas, sin reservas ni recelos de cualquier especie, lo mismo al declarar los misterios del castillo interior y de la unión estática que en el relato á veces humorístico de las vicisitudes acaecidas en sus viajes y fundaciones. Alma, ante todo y sobre todo, sincerísima y leal como ninguna, con sólo mostrarse tal cual es, y sin otros recursos ni otros procedimientos que su misma sinceridad, alcanza como los grandes líricos la originalidad más alta y legítima. Y lo que es todavía más asombroso; en alas de esa ingenuidad hermanada íntimamente con la viveza natural de su ingenio y con la gracia y bizarría en el decir, hiende con vuelo soberano los espacios insondables de la ciencia del amor divino, en cuyo fondo se siente la cercanía de la majestad de Dios y se perciben las reverberaciones de su gloria; recorre sin temor los horizontes del pensamiento sin hallar fronteras ni obstáculos que embaracen la triunfal carrera de su humildad, y ora se remonta á las cimas más encumbradas del arte, sin pretenderlo y sin pensar para nada en él; ora desentraña y expone lo más arduo y sutil de la especulación teológica, no con el énfasis de la ciencia del mundo ni menos con la forma desabrida y seca de las aulas, sino al contrario, "como en plática familiar de vieja castellana junto al fuego", dejando fluir, como vena generosa el raudal del sentimiento por entre la exposición, y como ungiendo todas sus pa-



Rarísima estampa grabada en Flandes en la época de la Gobernadora Isabel Clara Eugenia, por el artista Cornelio Galle que reprodujo á más del retrato de la Santa todos los pormenores de la Celda, siguiendo la descripción hecha por Sor Ana de Jesús.



CELDA DE LA SANTA EN SALAMANCA

«Quedamos la noche de todos Santos mi compañera y yo solas. Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, que me da gana de reir. Encerrámonos en una pieza donde había paja, porque en teniéndola no nos faltaba cama. Como mi compañera se vió cerrada en aquella pieza, parece se sosegó algo cuanto á los estudiantes, aunque no hacía sino venir á una parte y á otra, todavía con temores.

Yo la dije qué miraba, pues allí no podía entrar nadie. Díjome—Madre, estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí, ¿qué haríais vos sola? Como era noche de ánimas, y el doblar de las campanas ayudaba, hízome pensar un poco en ello. Yo la dije—Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer. Ahora déjeme dormir.»

labras con el bálsamo de las ternuras más regaladas; ya penetra en los senos más ocultos del análisis psicológico con sólo abrirnos de par en par su corazón y declararnos con entera lealtad las finezas é íntimos afectos que en él descubren sus ojos; ya finalmente, ahondando en su propia conciencia y describiendo del modo más enérgico y fiel lo íntimo y profundo de su vida, entra por derecho de conquista en la gloriosa categoría de los ingenios más excelsos, cuya ambición suprema y cuyo mérito más alto se cifran siempre en el descubrimiento de lo universal y perpetuo, al interpretar el mundo de la realidad humana, y en la expresión artística del fondo esencial y permanente de nuestra naturaleza, profundizando en las entrañas de lo particular y transitorio de la vida. Maravillosa sinceridad la que obra tan estupendos prodigios, consiguiendo como galardón inapreciable lo que siempre fué negado al que falsifica ó adultera la realidad; llegar con su voz á lo más hondo de las almas, encender en los corazones la llama viva del entusiasmo, ser el lenguaje de la lealtad y del amor y sobrevivir con vida inmortal al derrumbamiento ignominioso de las vanas ficciones y de las imposturas de los hombres.

No se intenta establecer aquí que baste la sinceridad, aislada de toda otra virtud, para lograr la perfección en la esfera del arte, como tampoco hasta por sí sola para alcanzarla en el orden científico ni en el orden moral. Condición primaria y esencialísima es ciertamente en la vida del espíritu, hasta el punto de que, en faltando ella, sólo queda, como acontece con la caridad, el triste poder de producir obras muertas y de que aun hablando el hombre la lengua de los ángeles, sería su voz como metal que suena ó como campana que tañe. Pero esa sinceri-

dad de ideas y de afectos, de estilo y de lenguaje además de ser blasón altísimo de la honradez, voz generosa de la lealtad, hija y expresión cabal de las almas grandes. lleva siempre consigo el poder prodigioso de suscitar y encender con invencible eficacia lo que vale incomparablemente más que la admiración de un día ó la ráfaga de entusiasmo ó frenesí que despierta una locura: la simpatía inextinguible, el atractivo y el cariño más fecundos y ese amor entrañable y universal que nunca desfallece.

De ello es ejemplo acabadísimo y sin igual en la historia de las letras humanas Santa Teresa de Jesús, y ella personifica mejor que nadie á la vez que la franqueza más absoluta y la total correspondencia entre el corazón y la palabra, ese género antirretórico que todavía no tiene nombre en las escuelas, que es exclusivamente suyo y en el cual el ingenio perspicaz y vivo de la Santa campa dominador y ufano, discurriendo á su placer de aquí para allá, con el aleteo de golondrina voladora, dejando siempre en pos de sí á modo de una estela luminosa y centellante en aquel estilo suyo, parecido también á un gorjeo por lo espontáneo y genial, por lo libérrimo y caprichoso, vivo. fácil y gracioso en extremo, todo ingenuidad y frescura, todo gracejo y donaire de pura cepa, castizo y casero, pero sin asomo de vulgaridad y hasta con aires de hidalguía castellana; estilo, en fin, lo más antípoda del empaque académico y del artificio laborioso de la frase, pero suelto, gallardo, animado y gentil como el que más. No todos los críticos otorgarán á los escritos de Santa Teresa el título de clásicos, tomando la palabra en su sentido etimológico, ó sea de libros á propósito para servir de norma y de modelo en las clases á los que empiezan á ejercitarse en la composición literaria; habrá de seguro quien no encuentre su ideal en ese arte especialísimo de las transiciones bruscas y de los incisos, del huir y del volver con gracioso mariposeo á la misma idea, y de entremezclar, según acuden á la memoria, cosas y razones diversas; hasta cabe también que los acérrimos partidarios de la prosa elegante y magistral y del estilo numeroso y rotundo no se avengan de buen grado con el dictamen del mismo Fray Luis de León al afirmar que el lenguaje de la Santa Madre es la misma elegancia y que "en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale".

Cosas son éstas en las cuales es lícito disentir por haber realmente en ellas sus más y sus menos y por referirse tales cuestiones más bien á la calidad del gusto individual que á principios ó teorías de estética. Pero lo que está por encima de toda controversia es el encanto y la perenne juventud con que realzan el valor intrínseco de toda obra de arte, la naturalidad y la gracia, la ingenuidad y el luminoso centelleo del estilo y del lenguaje; y en esto, se puede afirmar muy alto que bien pocos ó ninguno arrebatarán esa palma á Santa Teresa de Jesús.

Por solo estas excelencias artísticas figuraría con inmarcesible gloria entre los que más han esclarecido nuestras letras y mejor han personificado el temple y el espíritu de nuestra raza. Que aun mirando sus escritos únicamente con los ojos de la carne; aun juzgándolos con el análisis y con el criterio profano que se emplea en cualquier obra vulgar, esa condición altísima de la ingenuidad se impone necesariamente á toda crítica por sin entrañas y justiciera que sea, obligándola á reconocer una encantadora genialidad que reina en campo aparte: que no se confunde con otra alguna y que sin teorías ni fórmulas de escuela, sin otra norma ni otro camino que la verdad y el amor, sin más ley que el instinto natural y el presentimiento ó adivinación de la belleza, logra sin esfuerzo alguno encarnar en la palabra, avivada por la gracia, las abstracciones más sutiles, los conceptos más encumbrados y complejos y todo ese mundo de matices y delicadezas del sentimiento que tan duramente se resisten á fundirse y moldearse en el troquel del lenguaje.

Pero no solamente han obtenido y seguirán obteniendo las cualidades altísimas que campean en estas obras el aplauso y la admiración de cuantos entiendan en materias de arte y no estén aferrados brutalmente á los cánones de un sistema. Cómo toda obra que nace en lo más íntimo del alma y trae consigo lo más puro y exquisito del alma y habla la lengua encendida y vibrante del alma que se pone por entero en la palabra, y se nos da totalmente en ella, las de Santa Teresa de Jesús tienen además la fuerza irresistible de atraer y subyugar el ánimo que no sea enteramente sordo á la voz de la ternura y del cariño más leal; la virtud incomparable de hacer brotar en todo corazón, por árido que él sea, generosa corriente de simpatía y hasta la llamarada viva del entusiasmo; y sobre todo, esa unción mística ó prodigiosa comunicación de almas por medio de la cual sus palabras son entendidas y sentidas por todos y obran eficacísimamente en provecho de todos. dejando siempre en cuantos las oyen, aparte de

cierta suavidad y alegría en el espíritu, como la visitación de algo divino, como el contacto de algo inefable y celestial.

Y esto atendiendo simplemente á la forma exterior y á la superficie del estilo y del lenguaje, lo cual tiene sin duda gran importancia para el crítico literario pero que en el concepto de la Santa y en el mismo valor positivo de sus escritos no es de seguro la parte principal, aunque sea, como realmente lo es, la revelación más luminosa y fiel de su carácter. Porque ¿á quién es dado penetrar con criterio firme y seguro en ese mundo interior del pensamiento de Santa Teresa y enumerar y encarecer debidamente todos los riquísimos tesoros de aquella su especulación mística, más propia de ángeles que de hombres, y de exposición profunda é incomparablemente sugestiva; de enseñanzas tan encumbradas y de luces y vislumbres celestiales; de soberana doctrina ascética y de elocuentísima filosofía del amor; de sutil análisis del alma, aquilatando todo afecto por fugaz y delicado que sea, y de inspiraciones originalísimas y verdaderamente sublimes; de admirables triunfos de inventiva artística, y de eficacísima virtud pintoresca y descriptiva; de imágenes y alegorías y en fin, de todo cuanto constituye el fondo y el fundamento de esas obras tan difíciles de clasificar, como queda dicho, en los cánones tradicionales? Y ¿quién sobre todo se sentirá con alientos, no digo para analizar según la ciencia fría y despiadada, sino para encarecer con lengua digna de tan alto asunto y sin temor de irreverencia y de profanación las magnificencias y los prodigios tan estupendos de aquella alma purísima, transformada en trono y tálamo del amor divino, en objeto de las delicias del amor divino y en ascua verdadera del mismo amor divino? ¿En qué voz hallarán íntegra y perfecta expresión el hervor de aquellas ansias en que alientan los anhelos más vivos de un serafín; el lenguaje sobrehumano de aquellos dulcísimos coloquios, de aquellos éxtasis y arrobamientos en que sentía fundirse las entrañas en raudales de gozo y de ternuras; aquel acezar de su espíritu, desfalleciendo, jadeante de amor, y temiendo morir de tan regaladas suavidades, por no poder padecer más..., todas las finezas y ternuras tan exquisitas, todos los deliquios y efusiones de aquel corazón transverberado, todo el sentir y toda la vida y todo el ardor sin igual de aquella alma endiosada, prorrumpiendo á cada momento en apóstrofes y en exclamaciones ardentísimas, en gritos y en acentos de inapreciable lirismo, en suspiros, en sollozos y en sublime balbuceos, semejantes á los gemidos del profeta, cuando sentía, trémulo de estupor, acercarse ante sus ojos la visión de la gloria del Señor?

Por grandísima fortuna mía, no soy yo quien deba poner mano en asunto tan delicado y subido, ni mi ingenio tampoco da de sí para tanto. Cabe, sin embargo, añadir como término de estas pobrísimas observaciones, el hecho singular, que confirma lo expuesto anteriormente, á saber: la ingenuidad suma que resplandece aun dentro de esos tratados de pura mística y de especulación altísima, lo mismo en el relato de sus "Revelaciones" que en la celestial filosofía del amor en la "Moradas". Y quizá resplandece más aquí, si bien se mira, ese carácter de sinceridad y de llaneza, de naturalidad y de gracia con que todo lo humaniza y pone al alcance de los ojos. Nadie habló de materias más altas que las que ella expone, y nadie las trató en forma más genial y sencilla, ni con mayor comunicación de afectos, ni tampoco con lenguaje más espontáneo y simpático. ¡Bendita el alma en quien habitó tan gloriosamente el espíritu del Señor y la cual tan por entero se puso en sus palabras y en sus obras!

RESTITUTO DEL VALLE RUIZ
Agustino.



DEMOSTRACIÓN DE REGOCIJO

que hizo la Universidad de Salamanca en la beatificación de la Santa Madre Teresa de Jesús.-Año 1914.

Al conmemorar el tercer Centenario de la Beatificación de Santa Teresa me ha parecido oportuno referir lo que la Universidad salmantina hizo en demostración de júbilo al ser beatificada en 1614 la insigne Reformadora del Carmelo.

No podía faltar nuestra gloriosa Escuela en el concierto de elogios y fiestas que Salamanca ofrendó en dicha centuria al ver elevada á los altares la Santa de su predilección. Sin embargo á fuer de veraces é imparciales, hemos de recoger un hecho que nos descorazonó no poco y que con la frialdad narrativa de una seca acta claustral hemos visto en los viejos libros del Archivo universitario. Quiero copiar sus mismas lacónicas frases: "E luego se fizo Relación avera dado Cédulas para Juntar Claustros de Diputados y Pleno para la demostrazión que la Vniversidad debía fazer en la beatificazión de la Santa Madre Teresa de Jesús y por no se juntar algunos de los señores que se hallaron presentes, ordenaron que los señores m.° fr. P.° Cornejo y Don Pedro Ruiz Barrio hiciesen la demostración que pareciese necesaria..." "¡Por no se juntar!..." ¿Tan atareados andaban los catedráticos salmantinos que no pudieron acudir al llamamiento de las "Cédulas" en que se les invitaba á festejar un acontecimento esperado con universal regocijo por toda la Cristiandad...?

No nos han transmitido los libros de Claustros los nombres de los "señores presentes" que diputaron con el m.° Cornejo y con el Doctor Barrio la Comisión y lo sentimos para haberles tributado ahora nuestro agradecimiento póstumo pero efusivo.

El teólogo carmelita calzado Maestro Pedro Cornejo y el Catedrático de Leyes, Doctor Ruiz Barrio, nombrados comisarios como queda dicho, dieron cuenta en el Claustro de Diputados celebrado en 14 de Octubre de 1614, de los gastos hechos que ascendían á "trescientos y quarenta" reales, acordando la Universidad que era justo se pagasen á dichos Comisarios.

Y es todo cuanto dicen los libros claustrales del año 1614. Así que tuvimos que acudir á otras fuentes para saber en qué se invirtieron los "trescientos y quarenta" reales, cantidad respetable para dicha época en que el real suponía con relación á hoy un valor cuatro ó cinco veces mayor como se induce de las valoraciones de antaño y hogaño. Después de laboriosa pesquisa dimos en los libros de Cuentas de esta Universidad con la relación detallada de los gastos, por donde se deduce que la demostración de regocijo hecha en la Beatificación de Santa Teresa por esta Universidad fué una iluminación, espléndida para aquella época y seguramente muy del gusto del pueblo aunque suponemos que serían poco agradables los humos de las materias combustibles que para ello se utilizaban, con toques de campanas del reloj, fuegos de artificio y música de atabaleros y trompeteros.

He aquí la relación copiada á la letra de los libros de Cuentas:

"Memoria de lo que se ha gastado por mandado de los señores m.° fr. P.° y Doctor Barrio, es lo siguiente:

»Primeramente veynte y tres libras de velas á real y dos mrs.	24 1/2
»De siete mellones de leña á dos reales y m.° cada uno	17 1/2
»De nuebe manos de papel siete reales y m.°	7 1/2
»De dozientos candeleros de barro á dos mrs.	11 3/4
»De traer los dichos candeleros un real	1
»De diez y seis barreñones á diez mrs.	4 3/4
»De traer los barreñones	1
»De los tascos para encender los barreñones un real	1
»De pez y pegotes para los barreñones diez y seis reales	16
»De engrudo para las luminarias dos reales	2
»De clavos para los acheros quatro reales	4
»Diose á la gente que me ayudó quatro reales à cada uno por colación cuando se fueron	4
»Trabajo Xptobal (1) de Tolosa y se le dió por su trabajo	11

(1) Nótese la manera de escribir Cristóbal usando el anagrama griego.



BALCÓN Y ENREDADERA DE LA CASA DE SALAMANCA

Ante este balcón se detiene todos los años la procesión de Santa Teresa que hacen los Religiosos Carmelitas Descalzos el 15 de Octubre.

Como aún viviendo la Santa trasladó el Convento á otro sitio de la Ciudad, las Religiosas Josefinas que hoy habitan esta primitiva fundación llamada *Casa de la Santa*, cantan durante la procesión el inmortal

"Vivo sin vivir en mí
y tan alta gloria espero,
que muero porque no muero",

compuesto en esta misma Casa.

»Trabajo Xptobal Sánchez medio dia y la noche quatro reales.................. 4
»Trabajo al dicho Sànchez lo mismo..... 4
»Trabajo pedro hernández lo mismo..... 4
»A tres personas que estubieron haziendo las luminarias se les dió seis reales.... 6
»A Martín García medio dia y la noche.. 4
»A Antonio peón lo mismo.............. 4
»A Juan peón lo mismo................. 4
»A Franco García aquella noche y se le dió quatro reales...................... 4
»Montaba el gasto ciento y cuarenta reales.....................................140

que a gastado Xptobal de Tolosa por mandado del Sr. Doctor Barrios Comisario por no saber firmar lo firmo por su ruego. fecho en Salca a nuebe de Octubre de 1614.

A ruego y por testigo
Juan Coman (rubricado).

»Mas se compraron trecientos quetes á quartillo montan setenta y cinco reales. 75
»mas se compraron doçe hachas grandes de pez para poner alrededor de la Universidad y alumbrar arriba los oficiales para poner luminarias y braseros y para andar alrededor de la Universidad ençendiendo las ogueras costaron á tres reales cada una son treynta y seis reales.................................. 36
»mas se gastaron cinco libras de polbora á tres reales menos cuartillo. .4 menos (borrado)
»mas se gastaron en nuebe alcabuzeros quatro que subieran alrededor de las almenas y los cinco que fueron mosqueteros que andubieron por abaxo de la Universidad y sus cantones á dos reales cada uno.............................. 18
»mas de mechas todo recaudo y de traer tres mosquetes siete reales............ 7
»mas se dieron al reloxero ocho reales... 8
»mas dos reales de traer los cohetes y las hachas de pez........................ 2
»mas se dieron á siete trompeteros y atabaleros por su asistencia aquella noche quarenta reales 40
mas se gastaron por mano de Tolosa ciento y quarenta reales en belas, papel, leña para las ogüeras, en candeleros de barro para poner las belas de las luminarias, en pez y braseros que se compraron para poner en los tejados y en pagar á Tolosa y á los oficiales que andubieron en los tejados y alrededor de la Universidad á poner las hachas y á encender las ogueras con va en esta cedula rretrocontenida.............................340

Fray P.º Cornejo (rubricado).
Doctor P.º Ruiz Barrios (rubricado).

A continuación se halla el recibo de los Comisarios que dice así:

"El maestro fray P.º Cornejo y el Dr. P.º Ruiz Barrio confesamos haber Recivido del señor Antonio de Medina mayordomo de la Universidad de Salamanca y en nombre del señor Juan García Beltrán su yerno, trescientos y quarenta Reales contenidos en la libranza de la Universidad que dió para pagar los gastos que se hicieron en la Universidad en la demostración del Regocijo de la beatificación de la Santa Madre Theresa de Jesús y por ser así verdad que los Recivimos los firmamos de nuestros nombres en Salamanca á catorce días del mes de Octubre de mill y seiys cientos y catorce.

Fray Pedro Cornejo (rubricado).

Dr. P.º Ruiz Barrio (rubricado).

Haremos constar finalmente que la Universidad dió además á las Religiosas carmelitas de Salamanca para ayuda de la fiesta que las Madres hicieron con motivo de la Beatificación diez mil maravedíes y les prestó los doseles y plata según pedía la madre Beatriz del Sacramento á la sazón Priora, cuya súplica, dirigida á nuestra Escuela, llena de candor y de la ingenuidad tan femenina heredada de su Santa Madre, queremos que selle estas cuartillas:

"La madre Priora y Monjas Carmelitas descalzas desta Ciudad supplicamos á V. S.ª nos haga merced y limosna conforme á su grandeça y liberalidad para ayuda á celebrar la fiesta de la beatificación de nuestra Santa madre Teresa de Jesús, atento de que nuestro convento está muy enpeñado y con gran necessidad por los grandes gastos que se han hecho en el edificio del.

"Y ansi mismo supplicamos á V. S.ª se sirva mandar se nos den para la dicha fiesta las colgaduras de terciopelo y doseles de plata que todo lo trataremos como cosa propia, en que recibiremos muy gran merced y limosna

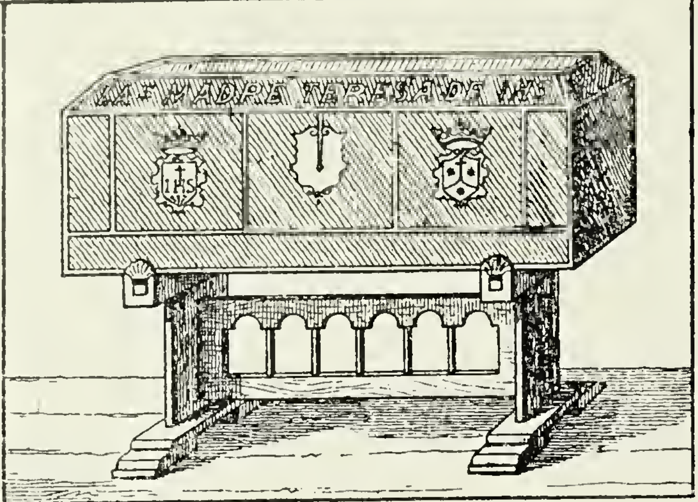
Beatriz del Sacramento S.ª (rubricado)".

Antonio García Boiza

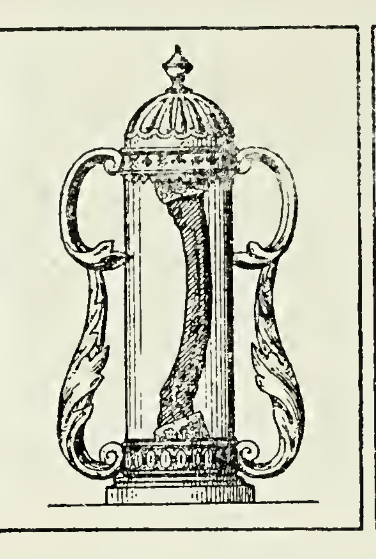




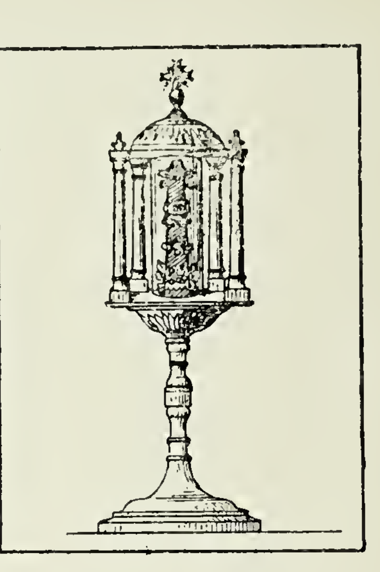
DEDO MEÑIQUE
DE LA MANO DERECHA
Bruselas.



CAJA EN LA QUE ESTUVO DEPOSITADO
EL CUERPO DE LA SANTA



CLAVÍCULA DERECHA
DE LA SANTA
Convento
de Carmelitas
Descalzos
de Bruselas.



DEDO ANULAR
DE LA MANO DERECHA
Convento
de PP. Carmelitas
de Avila.

Un libro sobre Santa Teresa.

Entre la legión innúmera de héroes de la virtud, cuyos nombres forman constelación gloriosa a lo largo de las áureas páginas del Santoral cristiano, de ninguno sé—si se exceptúa acaso a San Francisco de Asís—que tan universal y poderosamente haya logrado imponerse a la devoción y entusiasmo de las almas como la gloriosa Virgen Avilesa.

¿Es la grandeza de su genio, el encanto de su apacible y dulce misticismo, la maravilla de sus escritos inimitables, la gracia de su carácter expansivo y alegre, la luminosidad de su espíritu, transparente y claro como el cielo azul de Castilla. la reciedumbre de su voluntad firme y heróica lo que determina y produce esa corriente de simpatías hacia Santa Teresa, haciendo que a Ella converjan las miradas y admiraciones aun de aquellos espíritus menos propensos a las exaltaciones de un piadoso entusiasmo?

Difícil, por no decir imposible, me sería contestar a esa pregunta. Si en la popularidad y prestigio de la excelsa Reformadora del Carmelo entra por mucho el portento de su inteligencia soberana y de sus clarividencias inefables, no menos cabe atribuir su avasallador ascendiente sobre las almas a las dulces sugestiones de su corazón, que. como río de fuego, se derrama por todas sus obras, encendiendo llamaradas celestiales en todos los pechos.

Ello es que hasta los menos acostumbrados a sutilezas y finas disquisiciones descubren a primera vista en Teresa de Jesús algo tan singular, inconfundible y propio de Ella que da a la Santa una fisonomía espiritual de rasgos extraordinarios. Y mientras de la mayor parte de los Santos y Santas puede afirmarse con verdad que son de un siglo, que pertenecen a una época determinada y llevan sobre sus frentes el sello de la raza, del pueblo o de la nación en que nacieron, Santa Teresa de Jesús, con ser una alma toda española, genuína y castizamente española, aparece como desprendida de toda nota particularista, abarcando con su universalidad todos los tiempos y todos los lugares, sin limitaciones de siglos ó de épocas, de patrias ó fronteras.

Se la conoce y ama en España y tiene fuera de España, en Europa, en América, en el mundo entero legión de admiradores y devotos, no sólo entre los católicos, sino también entre aquellos que ausentes viven de nuestra comunicación y son ajenos a nuestro credo religioso.

De los libros modernos en que con más cariñosa atención se describen la vida y obras de Santa Teresa, justo es hacer especial mención del que trazó la vigorosa pluma de Gabriela Cunninghame Graham, ilustre escritora inglesa, gran enamorada de la Santa, cuyos libros leyó, estudió y glosó con piadoso deleite y cuyas huellas siguió paso a paso en tierra española, visitando todos los parajes santificados con su presencia

y deteniéndose complacida junto a todos los conventos por la Santa fundados o reformados en sus largos años de incesante peregrinación y apostolado.

No es mi intento hacer un estudio, y mucho menos una crítica, del libro de la escritora inglesa, cuyos juicios y afirmaciones estamos, por otra parte, lejos de suscribir, en general. Mi propósito es únicamente hacer una ligera indicación acerca de la diferencia de orientaciones y criterios que en el estudio de los grandes Santos se nota entre los antiguos y los modernos escritores hagiógrafos.

¡Cosa singular y digna de señalarse! Nuestra época, materialista y frívola, enemiga de lo sobrenatural y refractaria, comunmente, a cuanto ostenta la señal y el bautismo de lo grandemente heróico, vuelve a interesarse por los Santos. Diré más, los Santos son hoy de actualidad, y los libros a ellos consagrados adquieren difusión y popularidad que en vano se empeñan por conseguir libros profanos de las más acreditadas firmas. Diríase que en medio de la oleada de frío y seco positivismo que nos ahoga y empequeñece, la sociedad actual siente la necesidad del aire de las alturas, de la vibración de lo sobrenatural, de la grandeza y luminosidad de los claros horizontes, de la atración de las sublimes virtudes y los sobrehumanos esfuerzos, que tienen a Dios por objeto y término.

En la asfixia moral de ese positivismo que pretende encerrar al hombre en los estrechos confines de la materia, el alma contemporánea corre a abrir la ventana que mira al ideal y sobre todas las altas cumbres que dominan la tierra contempla con éxtasis las figuras serenas, luminosas y eternamente bellas de los Santos.

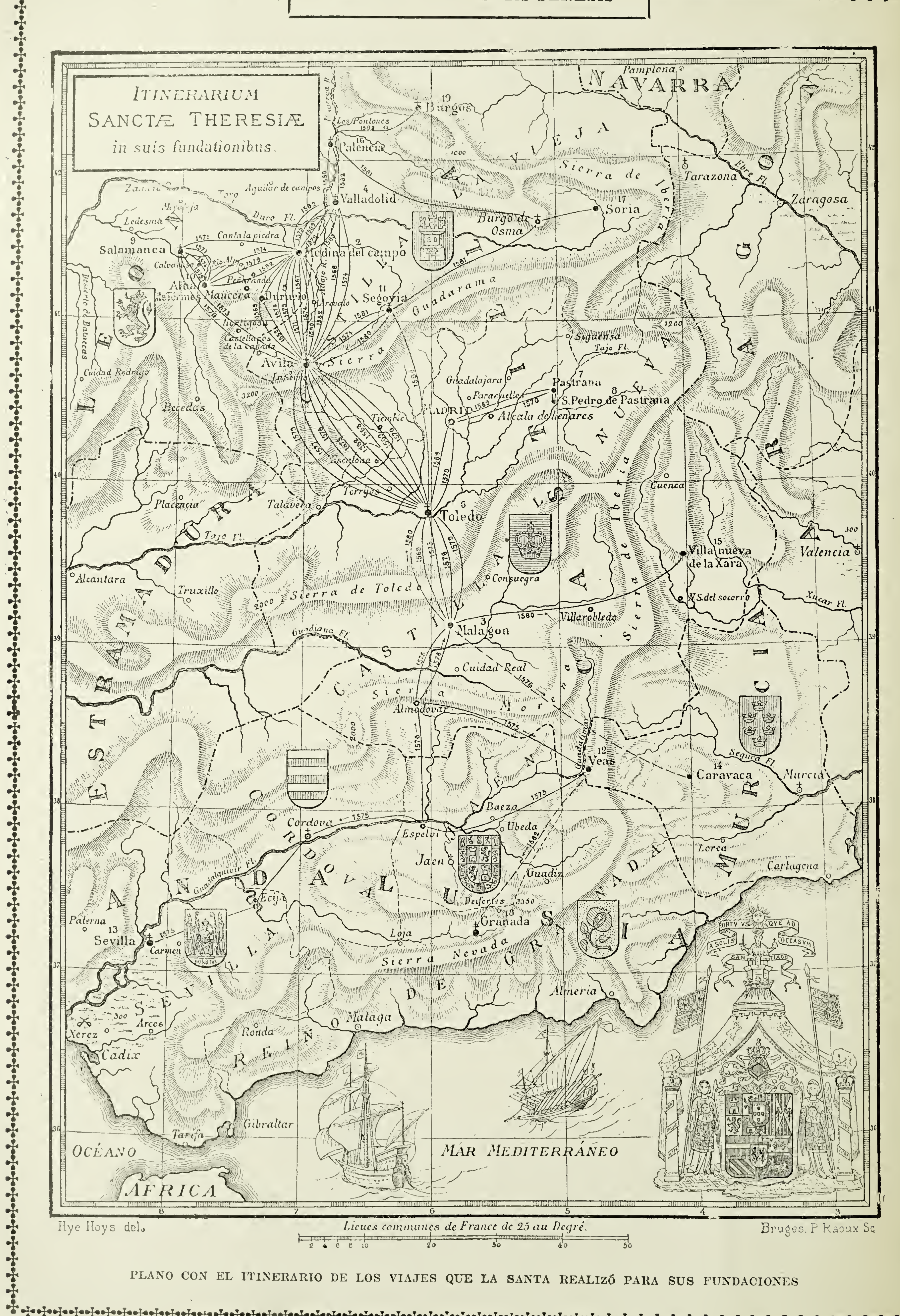
De este modo, en el momento mismo en que una escuela mezquina y desconsoladora pregonaba á los cuatro vientos cerrado y terminado para siempre el ciclo de lo sobrenatural y ultraterreno, un coro de voces más fuerte que la de todos los sectarios juntos se eleva en todas partes cantando el himno de "los grandes amigos de Dios" que otra vez salen de la penumbra de los viejos templos para encantar los ojos y los corazones de los hijos de un siglo frívolo y descreído.

¿Será que como un presentimiento ó una intuición feliz la generación presente comprende toda la verdad de aquella frase de Toniolo, con tanta oportunidad y elocuencia citada pocos días há por Mella en el Congreso de Terciarios Franciscanos, de Madrid, de que "en definitiva, quién llevará a salvamento la presente sociedad no será un diplomático, no será un sabio, no un héroe, sino un santo, o, más bien, una sociedad de santos?" ¡Quién sabe!

Los Santos, repito, vuelven a ser de actualidad. Y adviértase que no es de las calladas soledades del claustro, de las celdas y de los presbiterios, sino de los gabinetes de los hombres de mundo, de los liceos, de las Universidades y de los famosos cenáculos literarios, de donde salen hoy las más exquisitas páginas dedicadas a estudiar las vidas y hazañosas empresas de los grandes héroes de la virtud cristiana.

De ahí el diferente modo de ver y presentar a las gentes los admirables modelos y ejemplares de la santidad. Los antiguos biógrafos e historiadores de los Santos propendían a hacer de estos unos seres en todo extraordinarios, maravillosos, extrahumanos, inaccesibles casi a nuestra debilidad, pequeñez y flaqueza. Eran personajes un poco legendarios, hombres y mujeres colocados fuera, lejos y aparte de las condiciones del resto de la humanidad, moviéndose continuamente en la esfera de lo milagroso y envueltos sin cesar en la atmósfera de lo extranatural y ultraterreno. Eran, en una palabra, astros fulgentísimos, á los que, como á los luminares del alto firmamento, sólo podían llegar nuestras miradas atónitas y reverentes, sin esperanza apenas de poder seguirles en nuestra imitación y modo de vida, por ser infinita la distancia a que de nosotros se hallaban.

No hay duda que esa concepción era un poco falsa, aunque piadosamente disculpable. Los hagiógrafos modernos, sin desposeerse de la veneración y reverencia a los Santos debidas, se han acercado a ellos, los han mirado cara a cara, a través del polvo y de la oscura pátina de sus rostros, les han interrogado sobre el misterio de sus vidas, a veces quietas y sosegadas como las aguas de los azules lagos de las montañas, a veces dramáticas y agigantadas como las olas del hirviente océano, han procurado penetrar, curiosos, en el santuario de sus puras conciencias, y como resultado de sus pacientes investigaciones y estudios han llegado á esta conclusión verdadera: "No, los Santos no son esos tipos de una sola pieza, inmóviles y rígidos en su hieratismo impenetrable, que el cincel del imaginero medioeval nos ha dejado en las severas portadas de nuestras góticas catedrales y austeras abadías. Sus exitencias ondulantes y varias, tienen el claro-oscuro de la humana vida, presentándonos armoniosos contrastes de luces y de sombras. Son á manera de gigantescos árboles, cuyas floridas ramas tocan en el



PLANO CON EL ITINERARIO DE LOS VIAJES QUE LA SANTA REALIZÓ PARA SUS FUNDACIONES

cielo, pero cuyas raíces se hunden en la tierra. Ninguna de nuestras tribulaciones, luchas y fatigas les fueron desconocidas. Las tormentas que a nosotros nos combaten y azotan, les azotaron y combatieron también a ellos. Sobre sus espíritus gravitó y marcó huella el medio social y el medio físico en que vivieron. Fueron grandes porque fueron fuertes y su victoria sobre el mundo y sus pasiones no se logró sin un perseverante y continuo esfuerzo de su voluntad, robustecida por la gracia y los auxilios de lo alto, esfuerzo que todos nosotros podemos y debemos realizar también para acercarnos à la perfección, en que ellos, los Santos, sobresalieron y descollaron.

Para llegar a esa conclusión, los hagiógrafos modernos no estudian a los Santos en abstracto y desde lejos, sino en vivo y de cerca, siguiendo paso a paso sus huellas, recostruyendo pacientemente las etapas y fases de su historia. empuñando el bordón de peregrinos y poniéndose en marcha hacia todos los lugares que exhalan un eco de sus voces, un aliento de sus almas, un perfume de su santidad o un recuerdo de sus afanes y fatigas.

Así Montalembert, al día siguiente de una honda y dolorosa crisis de su espíritu, va à buscar. mitad caballero, mitad trovador, à la sombra de los viejos castillos feudales y de los melancólicos claustros de la Edad Media, en el corazón de Alemania, la figura sublime de la Santa Duquesa de Turingia para escribir aquel libro inmortal que, en feliz expresión de uno de sus apologistas, leerían con gozo los mismos ángeles. Así Joëngersen. al ver caídas de sus ojos, como Saulo las espesas cataratas que le impedían bañar su alma en la luz de las místicas lámparas del santuario católico, emprende sus deliciosas "Peregrinaciones Franciscanas" para sorprender en toda su frescura y virginal encanto los rasgos de aquel inmortal "Pobrecillo", de cuya presencia están aún llenos todos los amables parajes de la Umbría. Así Luis Bertrand, gran literato y profesor de retórica, profundamente enamorado del santo obispo de Hipona, hácese tambien peregrino en pos de su adorable maestro y vive largos años de vida estudiosa y contemplativa vagando por Tagaste y Cartago, bañándose en los ardientes soles de Madauro y del desierto africano para recoger las más íntimas y sutiles palpitaciones del alma de Agustín, tan ondulante, dramática y prodigiosa. Así, en fin, la señora Cunninghame Graham, atraída por los resplandores de gloria de Teresa de Jesús, deja gustosa su patria y su hogar, y se viene a España, viajera infatigable è intrépida, para empapar su pluma, después de haber empapado su fantasía y su corazón. en el perfume teresiano que se desprende de las viejas calles de Avila y Alba de Tormes, de Toledo y Salamanca, de Medina del Campo y Veas, de Malagón y Pastrana, testigos un día de la gracia y gentil donaire de aquella Mujer singular, cuyo más cumplido elogio parece encerrarse en lo que las Franciscanas Descalzas de Madrid decían de ella, cuando después de haberla tenido quince días en su compañía y convento, exclamaban: "¡Bendito sea Dios, que nos ha permitido ver una Santa, a la que nosotras podemos imitar, una santa que habla, duerme y come como nosotras!"

Influída por añejos prejuicios de tradición y raza, no siempre la escritora inglesa acierta en sus apreciaciones sobre la España tradicional y católica. Sin embargo, la señora Cunninghame Graham sabe hacer justicia a la grandeza moral de la Santa Española, por antonomasia. desgranando en loor suyo las frases más admirativas y vindicándola de los ataques absurdos de la ciencia racionalista.

¿Quién dijo que Teresa de Jesús era una pobre enferma, una histérica? La señora Cunninghame Graham se revuelve, entre compasiva y airada, contra semejante falsedad è impostura, y, segura de sí misma, con el hondo y absoluto convencimiento de una realidad, severamente contrastada por los hechos, exclama: "Ningún nacido fué menos histérico que Teresa." Mirad su vida, añade, una vida calmosa, ordenada, sometida à la disciplina más rigurosa. Ved sus acciones, libres siempre de toda precipitación y apresuramiento. Sondead su espíritu, claro, luminoso, penetrante y agudo, lo mismo cuando relata una de sus visiones que cuando hace la historia de la fundación de algunos de sus conventos.

¿Qué hay en todo eso que, ni de cerca ni de lejos se parezca al histerismo ò denuncie el estado psicológico de una enferma? (1).

Acabo de doblar la página última del libro de la escritora inglesa, dedicado à nuestra gran Santa. libro de investigación, de análisis, de crítica, de detalle, documentado, concienzudo, sin dejar de ser ameno, vibrante y sugestivo.

El austero paisaje castellano encuentra en la señora Cunninghame Graham intérprete adecuado y digno, inspirándole pinceladas de justo color y apropiada belleza. A través del pincel de su pluma, reviven ante el expectador y adquieren, fisonomía, color y movimiento las

(1) «Santa Teresa—Her life and times» por G. Cunninghame Graham, cap. II, pág. 103. Londres, 1907.

vetustas casas solariegas, los recios muros de las viejas iglesias y conventos, los sosegados campos cubiertos de olivos. de espigas y amapolas, los pobres huertecillos con sus norias chirriantes y meláncolicas, tal como debieron aparecer a los ojos de Teresa é impresionar su vivo y fecundo espíritu en su niñez, en su juventud y en su edad madura, marcando el curso de sus ideas y pensamientos.

Cuantos personajes altos y bajos, aristócratas y plebeyos, se movían en aquel siglo y en aquella sociedad en contacto personal con la Santa, por las páginas de la escritora inglesa desfilan con un gesto de resignada mansedumbre, de exaltado misticismo, de belicoso entusiasmo ó de aventurero ardor dándonos la sensación de que nosotros los hemos conocido también, los hemos visto pasar por debajo de nuestras ventanas en una hora de holganza, al caer de la tarde, y hemos cruzado con ellos nuestra mirada ó nuestra palabra. Y vamos en compañía de Santa Teresa a lo largo de los rudos y ásperos caminos de Castilla, por montes y por llanos, bajo el sol y la lluvia, escuchando sus amenos decires y recreándonos con la gracia de su conversación inimitable. Y asistimos al movimiento de curiosidad y alborozo que en las gentes pueblerinas produce la noticia de la llegada de la Santa, cuya fama la ha precedido desde muy lejos. Y escuchamos las aclamaciones y vítores con que se la recibe en todas partes. Y sabemos de sus tribulaciones y dificultades, de sus pruebas y trabajos, de sus horas de gloria y de sus días de padecimiento.

En suma, de las páginas de ese libro, como de las del arriba citado Luis Bertrand con respecto á San Agustín, sale una Santa Teresa menos legendaria y poética. si queréis, que la que en otros libros estamos acostumbrados á ver, pero más humana, más femenina. más accesible á nuestra comprensión y estado psicológico de hoy.

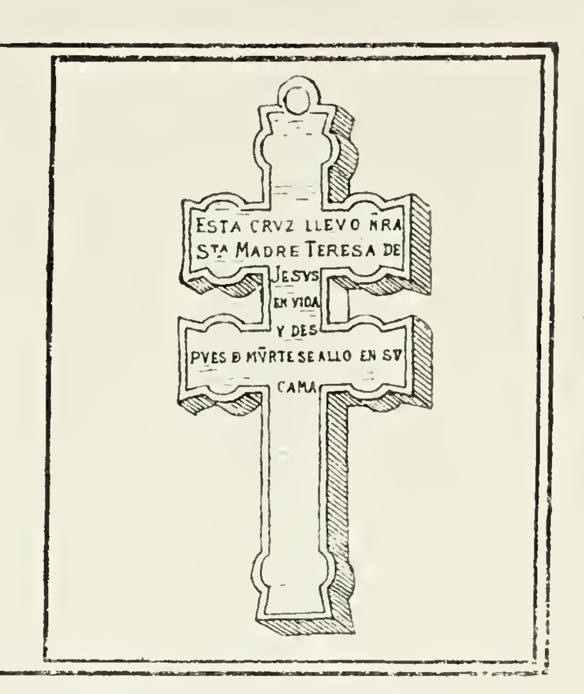
Yo creo que es esta de los hagiógrafos contemporáneos una labor meritoria y digna de aplauso. Al acercar los Santos á nosotros, presentándonoslos tales como ellos fueron con sus complejidades psicológicas y sus varias modalidades y aspectos, abren a nuestro espíritu horizontes de claridad y esperanza, que alientan nuestra timidez y vencen nuestras vacilaciones y desmayos, haciéndonos sentir la fuerza de aquella hermosa interrogación con que San Agustín en los momentos supremos de su lucha con el error y el mal, se animaba a sí mismo: "¿Y tú no podrás lo que éstas y éstos (los Santos) pudieron?"

Norberto Torcal









ESTATUA DE SAN JOSÉ TALLADÁ SEGÚN LAS INDICACIONES DE LA SANTA

IMAGEN DE LA VIRGEN ENVIADA POR LA SANTA Á LA FUNDACIÓN DE CARAVACA

CRUZ DE CARAVACA QUE PERTENECIÓ Á LA SANTA Y QUE HOY LLEVA LA SUPERIORA DE LAS CARMELITAS DE BRUSELAS

El retrato de la Santa.

Pocos días antes del Domingo de la Santísima Trinidad de 1575 llegó á Sevilla Santa Teresa para fundar uno de sus conventos en aquella ciudad, en la que hubo de permanecer todo un año padeciendo terrible contradicción y trabajos, que la hicieron alguna vez decir que la fundación de Sevilla había sido su Calvario. Serenada al fin la tempestad y arreglado todo, llegó el suspirado día de quedar fundado canónicamente el nuevo Convento, y aunque la Santa y sus monjas deseaban que esto se hiciera modesta y calladamente, se rindieron al parecer del venerable Prior de la Cartuja y de Garci Alvarez, favorecedores ambos de la naciente comunidad, que opinaban que se hiciera la fiesta muy solemnemente. para que el Convento fuera más conocido. Determinaron, pues, que el Santísimo Sacramento se llevara de la parroquia en procesión ostentosa, para la que, según dice la Santa, "se aderezo la claustra" (el claustro bajo), "que servía entonces de calle, la ilesia estremadísimamente, con muy buenos altares y invenciones, entre ellas una fuente que el agua era de azahar... Las calles tan aderezadas y con tanta musica y menestriles que me dijo el Santo Prior de las Cuevas que nunca tal había visto en Sevilla" (1). Y poco después: "esta fiesta fué el Domingo antes de Pascua del Espiritu Santo, año de MDLXXVI, y luego el Lunes siguiente me partí yo... No fué el Señor servido que siquisiera oyese un dia Misa en la ilesia". Fué este domingo de la fiesta 3 de Junio, y el lunes 4, muy de mañana, salió la Santa de Sevilla. El sábado 2, últimando ya el "aderezar la claustra", estaba pintando en ella fray Juan de la Miseria, el artista de la naciente familia Carmelitana, y le ocurrió al P. Gracián aprovechar la ocasión para dar gusto á Santa Teresa, mortificándola de un modo que ella no esperaba y que le dolía de veras. Lo dice así el mismo P. Gracián en su interesantísima autobiografía (1).

"En este convento mandé hacer á la M. Theresa dos mortificaciones que ella sintió mucho, porque pedía que la mortificase, y yo andaba buscando en que la mortificar que lo sintiese de veras, no como las mortificaciones ordinarias de salir al refitorio con la Cruz á cuestas, que le fuera recreación y gusto; y assí la dije que se aparejase para una confesión general y pensase todos los pecados de su vida toda, que la quería confesar generalmente. Sabía yo que ninguna cosa sentía tanto esta sierva de Dios como acordarse de sus faltas y hícela andar con los pecados en la boca aflijidissima, dilatandola de dia en dia la confesion por muy livianas causas, hasta que al cavo le dije, que no la queria oir, lo cual sintió ella mucho.

"Tambien acaesció que pintaba dentro del claustro Fr. Juan de la Miseria, y un día le mandé que la retratase y á ella que estuviese queda y se dejase retratar; esto sintió ella mu-

(1) *Libro de las Fundaciones,* cap. XXV.

(1) *Peregrinación de Atanasio.* Burgos, 1905, pág. 229.



EL RETRATO DE SANTA TERESA PINTADO POR FRAY JUAN DE LA MISERIA

Se conserva en el Convento de Carmelitas Descalzas de Sevilla.

cho. por que era muy humilde y no sintió tanto la descomodidad y groseria conque Fr. Juan la retratába (que la hacia estar sin menearse la cabeza ni alzar los ojos mucho tiempo) cuanto que hubiese de quedar memoria y figura de ella en el mundo; y al cabo la retrató mal, porque aunque era pintor, no era muy primo, y assi decia la Madre Theresa con mucha gracia: Dios te lo perdone, Fr. Juan, que ya que me pintaste, me has pintado fea y lagañosa. Y ese es el retrato que agora tenemos de la Madre, que hubiera me holgado hubiera sido más al vivo, porque tenia un rostro de mucha gracia y que movía á devocion."

Está probado, por tanto, que el retrato (que lleva la fecha del 2 de Junio) hubo de hacerse en una sola sesión, y ésta, dada la distribución de tiempo y ocupaciones reglamentarias de las carmelitas, no muy larga; puede calcularse á lo sumo hora y media ó dos horas; después ya no hubo tiempo; al día siguiente, á más de domingo. era la gran fiesta, y al otro ya Santa Teresa no estuvo en Sevilla. Tuvo, pues, que ser el retrato, máxime no siendo ningún Goya el pintor, apenas un bosquejo concluído. Busto sin manos (¡bonita cosa son las manos para prisas!). Lo más probable es que sólo hiciera con la posible conclusión el rostro, y que indicara y manchara muy sumariamente lo demás, concluyéndolo después de memoria.

No salió muy bien librado el humilde artista de su trabajo, puesto que el P. Gracián, tras llamarle "no muy primo", dice lo de "la descomodidad y groseria" con que hacía estar al modelo, sin consentirle ni mover los ojos (¿cómo querría el bendito P. Gracián que el triste pintor hiciera su oficio?), y la misma Santa Teresa tuvo para él un dicho jovial poco favorable.

Y conviene notar de paso que el P. Gracián usa una frase inexacta al decir que el pintor no permitía "alzar los ojos". Tomado esto en rigor, se deduciría que los tenía bajos al retratarse, lo cual, impropio del espíritu de Santa Teresa y del P. Gracián. no fué así, y prueba de ello es la misma frase de la Santa: "me has sacado lagañosa"; en ojos bajos no podía notarse esto. El P. Gracián, que escribía eso muchos años después, puso el alzar los ojos que-

riendo decir que la hacía estar sin pestañear.

Otra persona importante, presente en la ocasión del retrato, hizo en sus escritos mención de él, aunque breve, muy interesante á nuestro propósito para revelarnos una cosa que ni se trasluce en lo dicho por el P. Gracián. Es esta la venerable María de San José, monja particularmente querida de la Santa, compañera suya en el viaje á Sevilla y que quedó por Priora en aquel Convento. Esta, en su libro de "Las recreaciones", cuyo original autógrafo se conserva en la Biblioteca Nacional y que ha publicado en parte D. Manuel Serrano y Sans en su "Ensayo de una biblioteca de Escritoras españolas", traza con cierto cariñoso apasionamiento el retrato de la Santa Teresa, terminándolo con unas palabras sobre el pintado por fray Juan. Dice así:

"Era esta santa de mediana estatura, antes grande que pequeña; tuvo en su mocedad fama de mui hermosa y hasta su última edad mostraba serlo: era su rostro no nada común, sino extraordinario, y de suerte, que no se puede decir redondo ni aguileño; los tercios del yguales, la frente ancha y ygual y muy hermosa, las cexas de color rubio obscuro con poca semejanza de negro, anchas y algo arqueadas; los ojos negros, vivos y redondos, no mui grandes, mas mui bien puestos; la nariz redonda y en derecho de los lagrimales para arriba, disminuida hasta yguelar con las cexas formando un apacible entrecexo; la punta redonda y un poco inclinada para abajo; las ventanas arqueaditas y pequeñas, y toda ella no muy desviada del rostro. Mal se puede con pluma pintar la perfección que en todo tenía: la boca de muy buen tamaño; el labio de arriba delgado y derecho; el de abajo grueso y un poco caido de mui linda gracia y color; y así la tenia en el rostro, que con ser ya de hedad y muchas enfermedades dava gran contento mirarla y oirla, porque era muy apacible y graciosa en todas sus palabras y acciones.

"Era gruesa mas que flaca y en todo bien proporcionada; tenía muy lindas manos aunque pequeñas; en el rostro al lado izquierdo tres lunares levantados como verrugas pequeñas, en derecho unos de otros, començando desde abajo de la boca el que mayor era, y el otro entre la boca y la nariz, y el último en la nariz mas cerca de abajo que de arriba. Era en todo perfecta como se ve por un retrato que al natural sacó Fr. Juan de la Miseria, un Religioso nuestro... Consintió que la retratase vencida de las lagrimas de las hermanas de Sevilla, á quien mucho avia resistido, pareciendole ser inhumanidad dejallas desconsoladas, de quien por causa de volverse á Castilla se apartaba con mucho sentimiento y ternura."

Callóse el P. Gracián esto, como María de San José se calló lo del mandato de aquél; pero como ambos son personas veraces dignas de todo crédito, se ve que las compañeras de Santa Teresa, movidas por la buena proporción de estar allí pintando Fr. Juan de la Miseria, andaban con el pío de que aquélla se dejara retratar, á lo que se resistió, hasta que el padre Gracián, por mortificarla, y de paso satisfacer el piadoso deseo de las monjas, se lo mandó como Superior suyo. No hay, pues, duda de que el retrato hubo de quedar desde luego en el Convento; se deduce claramente de esas palabras de María de San José, la que de no ser así no hubiera dejado de lamentarse de ello; ni se puede presumir que el P. Gracián, carácter dulce, condescendiente y humano, hiciera lo que María de San José llama inhumanidad. Pero que el retrato con que se quedaron las monjas fuera el mismo hecho ante el modelo el día 2 de Junio ó una repetición hecha poco después, es más difícil de averiguar, puesto que el P. Gracián conservó siempre uno, y bien pudo ser el primer original. Y tan buena maña se dió para conservarlo, ó tan buena suerte tuvo, que aun después de las grandes pruebas á que lo sometió la Providencia, después de tan largos azares, de la expulsión de la Orden, del cautiverio en Africa, etc., aún paraba el retrato en su poder. Prueba esto un documento poco conocido cuyo original autógrafo he visto. Es una declaración de lo que á su muerte se había de hacer con todo lo que estuviera en su poder ó pudiera en algún modo pertenecerle.

Palomino, en la "Vida de Fr. Juan de la Miseria", dice que retrató á la Santa, y añade:

"El qual retrato se conserva hoy Original vinculado en la casa de los Señores Marqueses de Malagón, heredado de aquella Señora Doña Leonor Mascareñas á cuya instancia se ejecutó. Aunque otros dicen ser el que está en el convento de sus monjas en la ciudad de Sevilla; pero siendo uno y otro de la mano de Fr. Juan, todos son originales. Hizo de este retrato varias copias, que se repartieron en los conventos de la Religion y entre personas devotas de la Santa."

Poco crédito merece esta noticia de Palomino, en la que, desde luego, se trasluce enredo. Si el retrato hubiera estado vinculado en la casa del Marqués de Malagón, no hubiera sido por heredarlo de doña Leonor Mascareñas, que nada tenía que ver con aquel título, sino doña Luisa de La Cerda, mujer de Arias Pardo, señor de Malagón, hermana del Duque de Medi-



FUENTE QUE SE HALLA CAMINO DE ALBA Á SALAMANCA, LLAMADA «FUENTE DE SANTA TERESA»

naceli, amiga y favorecedora de Santa Teresa, á la que tuvo alguna vez en su casa. De haber sido vinculado el retrato, como dice Palomino, habría pasado á la casa de Medinaceli, á la que pertenece hoy el título de Malagón y en ella debiera encontrarse ahora. Pero ni en tal casa existe retrato ni pintura alguna de Santa Teresa, ni hay memoria de que la haya habido. Nuestro compañero el Sr. Paz y Melia, Archivero de la casa, que ha arreglado los papeles relativos al Estado de Malagón, nada de esto ha visto. Debe, pues. de ser tan infundado y tan dicho al aire esto de la vinculación, como lo de que el retrato se ejecutó á instancias de Doña Leonor Mascareñas, que, si no es que la misma señora lo reveló al buen Palomino, no sabemos de dónde lo sacaría.

En la mayor parte de los Conventos de Carmelitas Descalzas existen repeticiones ó copias del retrato, la que las respectivas Comunidades reputan siempre el "verdadero original", en lo que no irán enteramente engañadas las que posean una de las repeticiones que hizo Fr. Juan de la Miseria. Pero como hemos visto, el verdadero original, el hecho con el modelo delante, ó es el que conservó el Padre Gracián, ó el del Convento de Sevilla. Este, si no es el original mismo, es, indudablemente. la repetición primera y principal por todos conceptos. Las demás, probablemente no se harían hasta después de la muerte de la Santa, ya todas con la añadidura de las manos, que puede bien datar del mismo Fr. Juan de la Miseria, y luego cuando la Beatificación, añadirían la paloma y la filacteria.

Del retrato de Sevilla logré yo hace muchos años una fotografía por un amigo mío entonces, Jesuíta hoy, José de la Puente y Olea, que me la regaló como favor señalado, por no ser fácil obtenerla. Me impresionó el sello de verdad de la fisonomía, que acusa perfectamente el natural y la expresión sencilla, serena, trivial y profunda á un tiempo... Sí. sí, pensé; esta es Santa Teresa, tal como la muestran sus escritos, sobre todo, sus cartas! El buen Fr. Juan de la Miseria, con no ser pintor "muy primo", fué pintor muy ingenuo, gran condición artística, y la aprobación que no le dió el Padre Gracián ni la retratada, yo, que, aunque pecador, soy más del oficio que ellos, se la doy muy "ex corde" al cabo de tres siglos.

Conservada por mí la fotografía siempre con gran aprecio, y para usar la palabra propia, con sentida devoción. me pareció ahora muy del caso publicarla. Al tratar de hacerlo tropecé con el grave inconveniente de no haber visto el cuadro original. Por fortuna, ya que el ir á Sevilla me era imposible, tenía allí persona de quien poder servirme para esto con plena confianza, mi buen amigo D. Manuel de Torres y Torres, Deán de aquella Catedral (1), que, como pintor, como muy inteligente en la materia, y aun como Deán, que todo podría hacer falta, era persona aptísima para el caso. Acudí á él, y por excusar molestias y tardanzas. le dije que me hiciera saber lo que tuviera por bien por nuestro común amigo Don José María de Valdenebro. Pocos días después recibí la siguiente carta, que traslado puntualmente:

"Sevilla, 5 Enero 1909.

"Mi buen amigo: Esta mañana, que ha sido de las frías del invierno, llegó á casa un mensajero de aspecto clerical, á conminarme en nombre del Deán para que, á las diez y media en punto, estuviera en el Convento de las Teresas, como aquí llaman á las buenas Carmelitas Descalzas. Acudí puntualmente á la cita; su Reverencia Colendísima se tomó el cuarto de hora de cortesía, y algo más, y, por último, apareció acompañada de Muñoz Pavón, el Canónigo poeta y novelista, y de Bilbao. el escultor. Preguntóme el Deán si yo había tenido en estos días carta de usted respondíle que no, y él, entonces, dióme á leer la en que usted le felicita y da el encargo de que vea el retrato de Santa Teresa, que de allí á poco salió como cosa de encantamiento por una rendija de la puerta reglar; púsímosle en el lindo patio sobre una silla; le miraron de lejos y de cerca, habló cada cual lo que quiso, y al fin pusiéronse de acuerdo para opinar: que el cuadro está pintado al óleo sobre un lienzo primitivo; que fué forrado en tiempo bien lejano, aumentando con esta operación el tamaño unos tres centímetros por cada lado, quedando con el tamaño actual de 82 centímetros de alto por 78 de ancho. Está repintada la mayor parte del fondo; la paloma, la filactoria y el resplandor que hay alrededor de la cabeza son bastante posteriores, y seguramente no de Juan de la Miseria. La cabeza está intacta y es del natural; la ropa puede serlo también. Las manos están pintadas después, dan color obscuro sobre el hábito y claro sobre la capa; pueden ser del mismo autor del rostro, según la opinión de Bilbao. pero no copiadas del natural.

Al lado derecho de la imagen hay tres inscripciones:

(1) Hoy Obispo de Plasencia.

B. V.° Teresa de Jesús.

ANNO SVÆ
ÆTATIS
61
1576
DIE SECVDO ME
SIS IVNII

Este retrato fue sa | cado de la madre | Teresa de Jhesus | Fundadora de las des | calsas carmelitas | Pinctolo Frai Juan | de la Miseria reli | gioso de la dicha or | den.

"La primera y última, posteriores. El cartelito, contemporáneo.

"El cuadro está en buen estado.

"Hace rato entró Beruete y he tenido que concluir precipitadamente, aunque sin olvidar nada.

"Muy de Vd.—José María".

Todo lo cual concuerda con lo que me había hecho pensar la fotografía y confirma plenamente lo dicho acerca del retrato.

Carderera, en su "Iconografía Española" (1), da un retrato de Santa Teresa y dice algo sobre él. Como se trata de obra importante, con grandes pretensiones y de sujeto tan entendido en estas materias, conviene decir lo que hace al caso. En cuanto al retrato, no tiene absolutamente valor alguno iconográfico. No es, como veremos por el texto mismo de Carderera, reproducción fiel de ningún otro, sino composición de un par de ellos, hecha á gusto del autor, para que resultara bonito (práctica singular de que hay más de un ejemplo en la obra). Y, en efecto: aparece una monja Carmelita de unos treinta años, bien parecida, llena de cara y con cierto aire de familia con Santa Teresa. Busto sin manos, paños á lo Julien y filacteria con el "Misericordias Domini".

En cuanto al texto, dejado lo referente á la biografía de la Santa. que es la mayor parte, y á las citas del Padre Ribera y del Padre Gracián, del retrato reproducido sólo dice esto:

"El retrato que publicamos está sacado de una tabla coetánea á la Santa, y que debió copiarse poquísimo tiempo después de pintado el original, y con la circunstancia de ser nuestra tabla muy vieja y de carecer de aureola la cabeza de la Santa. Hemos tenido también presente copia puntual de otro retrato con aureola, la cual poseía una religiosa de esta Corte".

Gracias á la loable franqueza de Carderera, sabemos que el retrato es "copia puntual" de uno, "teniendo en cuenta" otro, y, por consiguiente, que nos quedamos á obscuras sobre lo que sería el original.

Se calla Carderera la procedencia de la tabla y que era propiedad suya; pero de esto no queda duda al encontrar en el catálogo de sus retratos (1); "53. Santa Teresa de Jesús.—Representa unos sesenta años de edad. Dirige al cielo la vista: sus manos juntas en actitud de orar. Aunque la pintura está muy bien conservada, lo viejo y carcomido de la tabla, el hallarse la cabeza de la Santa sin aureola (signo de no haber sido aún canonizada) nos hace presumir que este retrato fué de los primeros copiados del original que pintó en Sevilla Fray Juan de la Miseria, por mandato del confesor de la Santa Madre. Tabla. Al. 40. An. 34". Si en vez de la desdichada componenda hubiera publicado en la "Iconografía" una fiel reproducción del retrato, sabríamos mejor á qué atenernos y si podría ser, no ya copia sino repetición del primitivo original. Y quién sabe si la hecha para Doña Leonor Mascareñas, que, como hemos visto, no fué vinculada como dice Palomino, y que por pertenecer á persona seglar es más fácil que andando los años viniera á parar al comercio.

Ya de una ya de otra de estas antiguas copias se han hecho en diversas épocas estampas, mejores ó peores artísticamente, pero todas con pretensión de ser "el verdadero retrato", y no teniendo ninguna de ellas de tal otra cosa que una lejana reminiscencia ya embellecida, ya afeada, á gusto del autor. Entre éstas recuerdo una horrenda litografía grandota que apareció hace años, que rezaba al pie: Retrato de Santa Teresa de Jesús, cuyo original se conserva en el Convento de Religiosas Carmelitas Descalzas de San José de la Ciudad de Avila. Pintado en el año 1576 á los 61 años de su edad y litografiado por Don... (callaremos el nombre por caridad), Canónigo de la Santa Iglesia Apostólica de dicha Ciudad. Litografía de Bachiller." La Santa aparece una vieja feísima y mal acondicionada. Si hubiera visto el tal retrato de seguro queda obligada á enconmendar á Dios fervorosamente al buen Canónigo, porque esta era su acostumbrada paga á las injurias y calumnias.

Y aunque saliéndome un poco de mi propósi-

(1) Tomo 2,—LXXXIV.

(1) *Catálogo y descripción sumaria de retratos antiguos*... Coleccionados por D. Valentín Carderera y Solano. Madrid. Imprenta y fundición de M. Tello... 1877.

to, no quiero dejar de decir algo de dos estampas de Santa Teresa, que ciertamente no pueden tenerse por retratos, aunque tienen sus pretensiones á ello, sobre todo la una.

Cita ésta Carderera en su "Iconografía" estimándola como contemporánea de la Santa, preciosa y de extremada rareza, de la que no había logrado ver más que una sola prueba, que es la que él poseía y que se conserva hoy en la Biblioteca Nacional. Aunque aparece anónima, es sin ninguna duda obra de Jerónimo Wierix, y á mi juicio no de tan "extremada rareza" como Carderera dice. Está la Santa de pie, extendido el brazo derecho y en la mano la pluma; delante de una mesita en la que se ven libros, tintero y calavera. Por cima de la mesita una ventana pequeña, por la que entre resplandores entra la paloma. Sobre la cabeza de la Santa gran filacteria en que dice: "spiritu intelligae replevit illam". El fondo, el interior de la celda, y en un ángulo de la parte inferior tableta con el escudo de la Orden. Lo curioso de esta estampa es que evidentemente es un retrato "dictado", hecho cuidadosamente según la descripción oral ó escrita de otra persona. Parece que la Venerable Ana de Jesús, la discípula y compañera de Santa Teresa, que fué á fundar á Flandes, hubo de dar explicaciones al grabador sobre las facciones y aspecto de la Santa, y aun sobre los pormenores de la celda. El artista logró sacar lo que era de esperar: una flamenca neta, parienta lejana de la Castellana Doña Teresa de Ahumada. La estampa tiene 223 milímetros de ancha por 307 de alta.

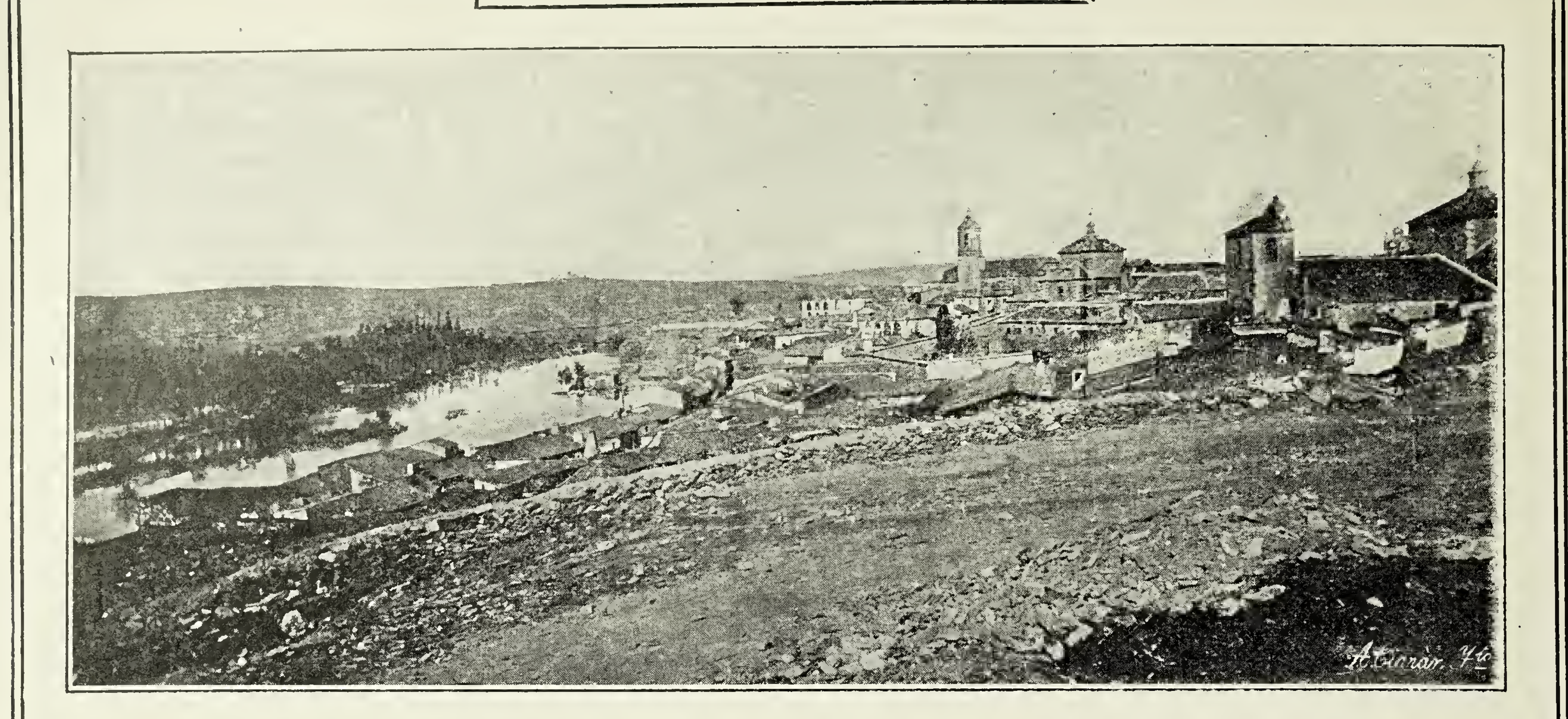
La otra, de la que también hay prueba en la Biblioteca Nacional, es la bella estampa que Mellan dedicó á la Reina de Francia María Teresa de Austria, grabada magistralmente como Mellan lo hacía, á sola una talla. La Santa, arrodillada, cruzadas las manos, ora ante el crucifijo puesto sobre un sencillo altar. En el fondo, bajo un cuadro, le "Misericordia Domini...", y más en segundo término el interior de la celda. El rostro de la Santa apenas conserva vaga reminiscencia del tipo conocido; pero se ve que no es enteramente imaginario. Al pie, grabada en la misma plancha, la inscripción:

S. THERESA CARMELI CHRISTIANI REGINA
Theresiae Reginae suae Christianissimae,
*Cl. Mellan Gall.*ᵍ *D. D*

El ancho de la plancha es 288 milímetros, y el alto, 445.

Y no será bien concluir sin decir dos palabras del pintor, que si el retrato, por ser de una Santa, y tal, se ha de estimar como reliquia, lo es también por ser obra de quien por su eximia virtud ha llegado á merecer el título de Venerable. Tipo simpático de humildad y sencillez al que hace desmerecer algo el exótico y poco grato nombre que le plugo adoptar. Italiano y de temple religiosamente artístico, vino á vivir y morir entre gente castellana muy santa y muy poco artista. Más en su ambiente se hubiera hallado sin duda entre los compañeros del "poverello" de Asís. Los que le tocaron por acá, se ve que no eran ellos "muy primos" en achaque de Bellas Artes. Con todo, por lo que dice Pacheco, Palomino, y Ceán, nuestro Fr. Juan fué estimado como pintor "razonable", como se decía entonces. Su apellido era Narduc, nombre bien poco italiano, sino es que era Narduchi; había nacido en Casar Chiprano, Condado de Molico, en el Reino de Nápoles, y criádose en Boyano. En este punto, y acaso en algún otro de Italia, tuvo alguna educación artística, principalmente para escultor. Vino á España como peregrino para visitar el cuerpo de Santiago. Recorrió varios eremitorios y al fin el Desierto del Tardón, en término de Hornachuelos, diócesis de Córdoba, en el que se quedó, movido á ello en parte, sin duda, por haber encontrado en él á un compatriota suyo, hombre notable, llamado Ambrosio Mariano. En compañía de éste, que, como Superior de aquel Desierto, tuvo que pasar á la Corte á negociar ciertos asuntos, vino á Madrid. La Princesa Doña Juana, hermana de Felipe II, fundadora de las Descalzas Reales, lo acomodó en casa de Alonso Sánchez Coello, para que recibiera lecciones de éste mientras estuviera en Madrid. Parece que las aprovechó bien y que llegó á ser conocido y estimado en la Corte. Doña Leonor Mascareñas, aya que había sido de Felipe II, quiso que le hiciera ciertas pinturas en su casa. Y la misma señora, que trataba á Santa Teresa, los presentó á la Santa, que desde luego vió en ellos sujetos excelentes para la incipiente reforma carmelita. En efecto, ambos ingresaron en ella y dieron gran fruto. Fr. Juan murió de más de noventa años, en olor de santidad en su Convento de Madrid el 15 de Septiembre de 1516. Fué enterrado en la capilla de San Bruno (en la sacristía) de la iglesia, hoy San José, colocando en el sepulcro una lápida con larga inscripción conmemorativa de sus virtudes.

ANGEL M. DE BARCIA.



VISTA GENERAL DE ALBA DE TORMES

La música y los grandes místicos.

El ilustre polígrafo Henri Collet ha escrito una notable obra titulada "El misticismo musical español". En esa obra—de la que he tratado con la extensión debida en la Revista Musical hispano-americana"—se estudia el arte de aquellos grandes artistas místicos que se llamaron Victoria, Morales, etc.; pero no se dice nada, ni ese era su objeto, claro está, de las relaciones de la música con aquellos otros grandes místicos artistas, que se llamaron Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz. De ello voy á escribir las breves líneas siguientes, sobre asunto al que con mayor espacio y reposo dedicaré quizá algún día un trabajo algo extenso.

Toda la vida y la obra de San Juan de la Cruz se puede decir que es una "Canción espiritual". Su voz, han dicho los que le oyeron hablar, tenía el atractivo del canto de los pájaros. El era un encantado, á su vez, cuando oía cantar.

Una vez, estando enfermo, quisieron sus superiores que unos músicos distrajeran su ánimo. Se negó primeramente á ello, diciendo que "no era bien", que siendo regalado por Dios con los sufrimientos, fuera á olvidarlos, para atender al agrado de la música. Insistieron, en su buen deseo los religiosos, y el enfermo se resignó al placer de la música. Pasados unos momentos suplicó que se les diese las gracias á los músicos, y se retiraran, porque no le dejaban oir otra música interior que escuchaba en el silencio... ¡La música callada, la soledad sonora!

En otra ocasión, habiendo salvado milagrosamente, como él lo declara, de la prisión en que lo tuvieron encerrado en Toledo, los adversarios de la reforma carmelitana, al pasar por el convento de religiosas de Veas, quisieron las pobres monjas obsequiarle, y no hallaron mejor cosa que cantar, ante Juan de la Cruz, aquella sentida canción:

"Quien no sabe de penas,
en este triste valle de dolores,
no sabe de buenas,
ni ha gustado de amores,
pues penas es traje de amadores".

No pudieron imaginar obsequio más del alma del místico.

De repente cayó en éxtasis, y estuvo fuera de sí por espacio de una hora, ante el espanto de aquellas benditas monjas, que no sabían si llorar ó alegrarse de haber entonado la canción...

Santa Teresa nos ofrece otro notable ejemplo de casi idéntica impresión.

Estaba la noche de Pascua de Resurrección en su convento de Salamanca, cuando á una novicia, natural de Segovia, llamada Isabel de

Jesús, se le ocurrió cantar aquella copla popular religiosa:

"Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno.
Véante mis ojos,
muérame yo luego"
....

"Como la tocaron en lo vivo, porque la tocaron en la muerte"—dice con hermosa expresión el Padre Yepes—la gran mística cayó en aquel famoso arrobamiento, tras del cual compuso la celebrada glosa:

"Vivo sin vivir en mí, etc."

Después, siempre que iba Teresa de Jesús á Salamanca, buscaba á la novicia para decirla: "Venga acá, hija mía, cánteme aquellas coplillas".

Gustaba la gran mística de que sus monjas anduviesen siempre alegres. "Ella misma cantaba, y se acompañaba el compás dando suaves palmadas con armoniosa cadencia"—escribió en su "Vida de Santa Teresa" el Padre Rivera.

"Este mundo que contiene todas las cosas que Dios hizo, tiene ciencia de voz"—dice el "Libro de la Sabiduría".

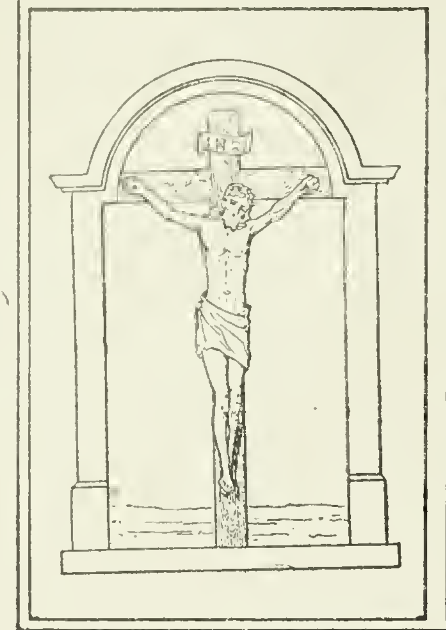
En esa admirable "ciencia de voz" ven los místicos una "música subidísima" que forma el concierto de las cosas creadas con que cada una muestra "lo que en ella es Dios". como dice con profundísima filosofía San Juan de la Cruz.

Saber escuchar esa "música" es aprender la "ciencia escondida", la "ciencia mística".

Reducir toda esa honda especulación á escuchar una música es la obra de esos grandes artistas que se llaman San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús.

JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA
Salamanca, Abril, 1914.

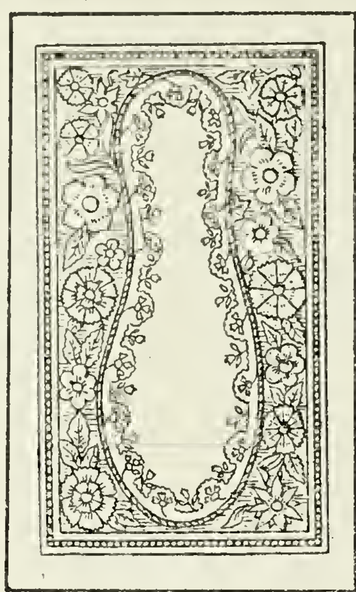




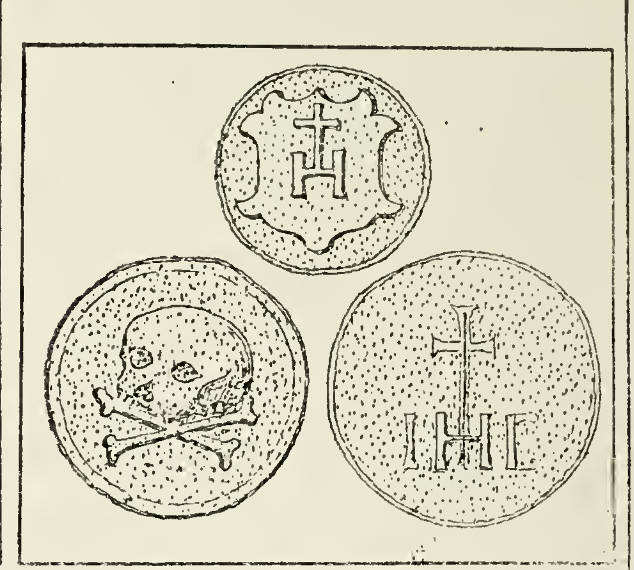
CRUCIFIJO LLEVADO POR LA SANTA Á ALGUNAS FUNDACIONES Y QUE TUVO EN SUS MANOS EN EL MOMENTO DE ESPIRAR



IMAGEN DE LA VIRGEN DE LA SOLEDAD, QUE LLEVÓ LA SANTA Á ALGUNAS FUNDACIONES



SUELA DE CUERO DE UNA SANDALIA DE LA SANTA



SELLOS USADOS POR LA SANTA

Una nueva edición de las obras de Santa Teresa.

Confortador en extremo es el movimiento teresiano que se advierte con ocasión de celebrar el tercer Centenario de la beatificación de la ilustre Reformadora del Carmen, que ha traspasado nuestros límites penisulres y se ha comunicado á casi todas las naciones de Europa y América española. Este hecho glorioso no puede menos de halagar justamente nuestro orgullo patrio en tiempos de tanto desprestigio nacional.

Sabíamos que Santa Teresa era uno de los pocos españoles que se habían salvado del universal é injusto olvido á que nos han condenado pueblos que en otros tiempos fueron tributarios nuestros y hoy se nos han adelantado hasta el extremo de ser nosotros los que les rendimos pleitesía y admiramos su progreso. Por eso nos gustan tanto estas manifestaciones inequívocas de aprecio, y más cuando recaen en almas que por manera tan levantada encarnan las excelentes cualidades de la raza.

La estima que las naciones extrañas hacen de la gran Santa Española, no se limita á un acto pasajero de devoción, ni á demostraciones estériles de palabra ó de pluma, siempre abundantes en las fechas centenarias de algún personaje ilustre, sino algo más sólido y trascendente, más provechoso y duradero. Laudable manera de honrar á Santa Teresa es leer atentamente sus obras, y en esto es evidente que nos aventajan otros países. Evidente es también que en España se lee poquísimo; más con relación á lo poco que se lee, no sale tan mal parada la Santa. Es asombrosa la rapidez con que se suceden las ediciones de Santa Teresa en los pueblos cultos, sobre todo en Francia, y las obras de mística y ascética y aun de argumento menos relacionado con ellas, en que se hacen ponderativos encomios de estos escritos celestiales y se reconoce en la Santa autoridad de doctora eximia en la ciencia de la perfección cristiana.

En consideración á lo muy leídas que son sus obras y la grande y creciente autoridad que gozan en el mundo católico, nada más justo que divulgarlas cuanto sea posible, bien depuradas y ajustadas á los originales, que por fortuna todavía se conservan. Este es el noble propósito que abrigan hoy los Carmelistas Descalzos de España, y que muy pronto esperan ver realizados.

Notable es el reflorecimiento místico que se observa en nuestros días, y como no siempre lleva caminos rectos, es necesario publicar las obras clásicas de mística teología, (entre las cuales nadie niega la primacía á las de Santa Teresa) para evitar desvíos peligrosos en asuntos tan delicados. A esto nos convida nuestro santísimo Padre Pío X en la magnífica Carta al R. P. General de los Carmelitas Descalzos.

En ella el Padre común de los fieles invita á todos los cristianos á celebrar con esplendor y magnificencia el tercer Centenario de la beatificación de la insigne Reformadora y propagar y leer sus obras como medicina eficaz contra las demasías de muchos escritores que tratan de la llamada psicología mística.

Los trabajos para la nueva edición están ya muy adelantados y se prosiguen con grande actividad y cariño. Para que salga esmeradísima no se escatimará diligencia ni gasto alguno. Se han sacado en fotografía y fotocopia todos los escritos que aun no lo estaban, como el "Camino de Perfección" que se venera en las Descalzas Carmelitas de Valladolid, así como de innumerables documentos antiguos, la mayor parte inéditos, que se han encontrado en el rebusco paciente y laborioso que hace tiempo se viene haciendo en los archivos carmelitanos, del Estado, de los Municipios y otras corporaciones y aun de casas particulares.

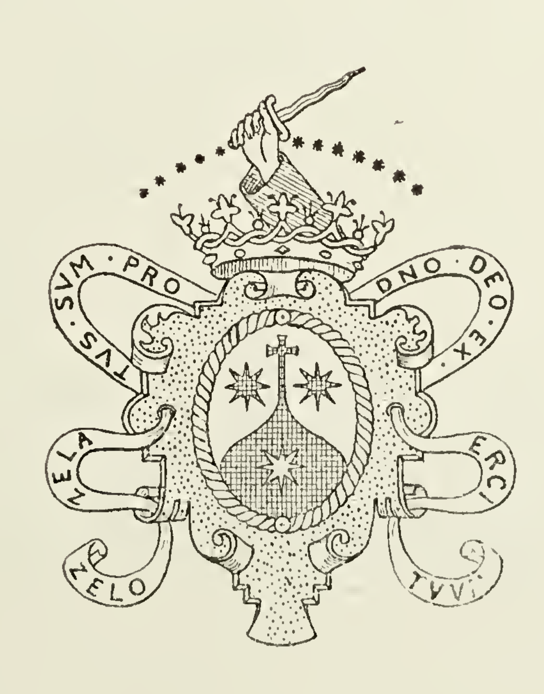
La corrección de pruebas se hará con todo escrúpulo por los mismos originales fotográficos, y cuando los originales falten, por las copias más antiguas y autorizadas. Con este procedimiento se conseguirá dar un largo paso de avance sobre la edición de Rivadeneyra, considerada casi por todos, en mi humilde sentir sin fundamento, como la mejor de las publicadas. En apéndices se darán muchísimos documentos inéditos y relaciones importantes de los procesos de beatificación y canonizazión que se han podido reunir.

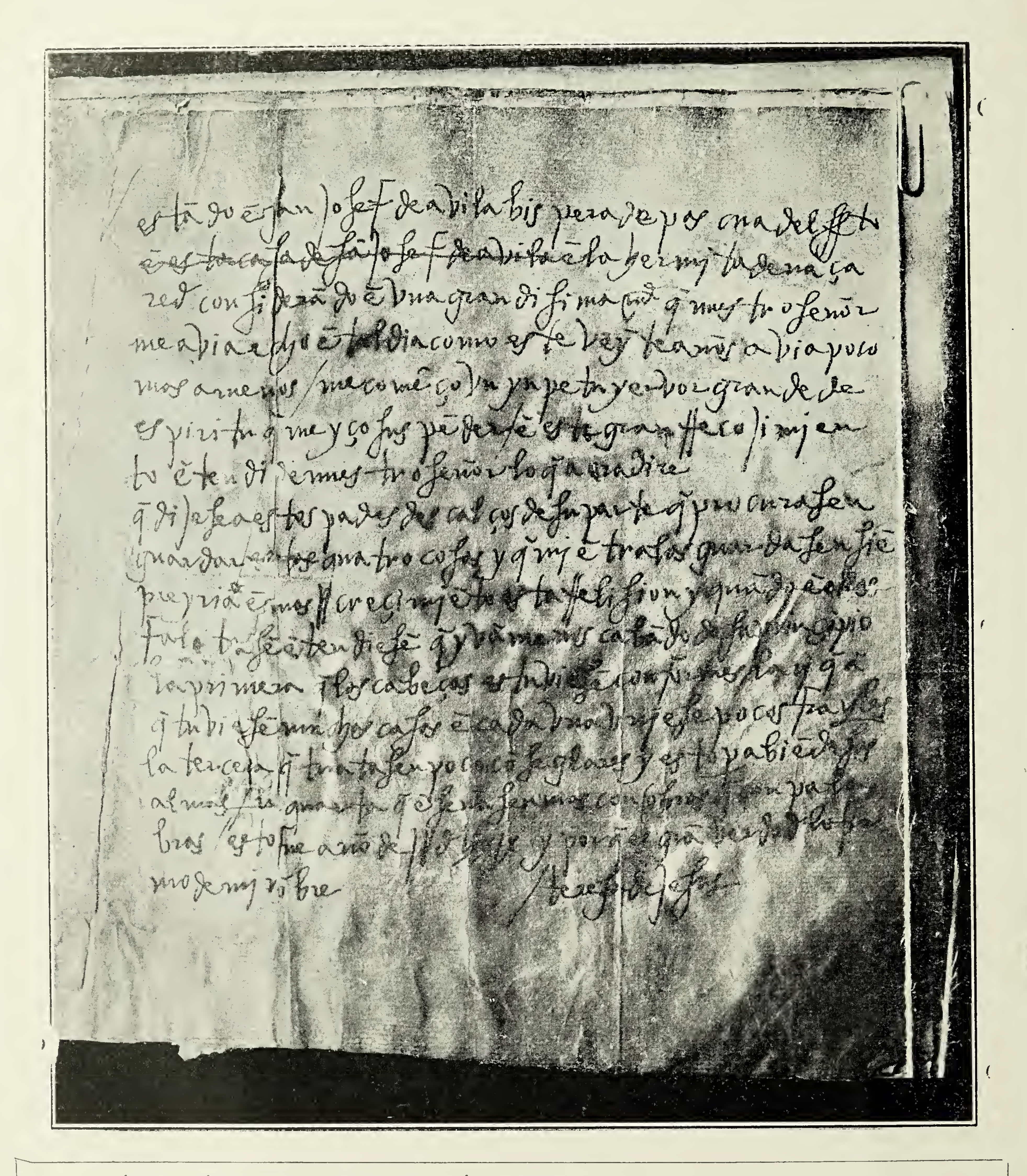
Podemos adelantar á nuestros lectores que las Obras de la Santa se publicarán íntegras dentro del año próximo, tercer centenario de su nacimiento, excepción hecha de las Cartas, para las cuales se necesitará más tiempo por las grandes dificultades que ofrece su ordenación cronológica y la fotografía de las que aún existen desperdigadas por España, Francia, Italia, Bélgica y otros países.

Más amplios proyectos acarician los Carmelitas Descalzos españoles y no será difícil que dentro de algunos años presenten al público instruído y devoto una "Biblioteca" donde se dé cabida á las principales producciones místicas y ascéticas castellanas en que tan fecunda se ha mostrado la Descalcez carmelitana.

Como ignoro el espacio concedido á los colaboradores de este número, no me extiendo más; pues sería imperdonable osadía robarlo á plumas más calificadas, no teniendo otros títulos este pobre Descalzo para figurar aquí que un amor entrañable á su santa Madre y Reformadora.

Fr. Silverio de Santa Teresa, C. D.





ÚLTIMA PÁGINA DEL "LIBRO DE LAS FUNDACIONES" CON LA FIRMA DE LA SANTA (ESCORIAL)

Refiriéndose la Santa Madre á este su libro de las *Fundaciones*, dice: "Ahora, estando en Salamanca, año de 1573, confesándome con el Rector de la Compañía, llamado el Maestro Ripalda, habiendo visto este Libro de la primera fundación, le pareció sería servicio de Nuestro Señor que escribiese la de otros siete monasterios, que después acá, por la bondad de Nuestro Señor, se han fundado, juntamente con el principio de los monasterios de los Padres Carmelitas Descalzos de esta primera Orden, y ansí me lo ha mandado".

Todas las demás que siguen á estas siete y completan el libro, las escribió la Santa por mandato de Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

En la escalera del convento.

Envuelta en tocas monjiles
Y desnudo el pie de nieve.
Por un claustro solitario
Una virgen se aparece.
Y tanto cielo en los ojos
Y en todo el semblante tiene,
Que no parece que el cuerpo
Al alma espléndida envuelve;
Sino que Naturaleza
Ha quebrantado sus leyes,
Y al cuerpo el alma aprisiona
Entre flamígeras redes.
Distraída va la virgen
De cosas del mundo aleve,
Sonámbula peregrina
Que nada terreno siente;
Cuando de pronto despierta,
Trémulo el paso detiene
Y el alma llama á los ojos,
Porque se asome y se huelgue.
Blanco como la inocencia,
Rubio como el sol poniente;
Tierno como los pimpollos
De la rosa que florece,
Baja un Niño la escalera,
Como un alba que se viene
Orlada de rayos mansos,
Que iluminan y no ofenden.
—¿Quién eres?—dijo la virgen
Toda absorta, toda alegre,
—Que siendo muy niño, en casa
Como dueño te apareces?
Quién eres, cielo abreviado
Sin un terreno accidente.
Infantico, blanco y rubio,
Que en tus sonrisas me prendes?
¿Quién eres, que siento un horno
Que en el corazón me hierve,
Y me quemo, y de cenizas
Renazco cual ave fénix?
Eres imán, pues me atraes;
Eres mar, pues me sumerges;
Eres sol, pues me iluminas;
Eres vida, vida eres.
No eres tierra, pues te quiero;
Ni sombra, pues no obscureces;
Ni tentación, pues no caigo;
Ni muerte; muerte no eres.
Eres majestad sin ceño
Y amor sin negros desdenes.
Y verdad sin amargura,
Y vida. la vida eres;
Pues absorta en tu presencia,
Si la amenaza la muerte,
Mi vida apenada y triste,
"Se muere, porque no muere".
¿Quién eres cielo abreviado
Sin un terreno accidente,
Infantico, blanco y rubio,
Que en tus sonrisas me prendes?
—Y tú—dijo el Niño hermoso,
Con voz regalada y tenue,
Cual si cantaran las brisas,
Como si hablara una fuente;—
Tú, que en tal lumbre te quemas,
Y que en este mar tan breve
Que en mí cabe y no se explaya,
Te engolfas y te sumerges;
Tú. paloma arrulladora,
Que á los cielos siempre tiendes,
Teniendo en la tierra el nido
Sufridor de tus desdenes;
Tú, que de la luz te gozas
Y las sombras aborreces,
Que á la caridad te rindes
Y en las tentaciones vences;
Tú, que elevas más altares
Que arenas las playas tienen,
Pues son altares las almas
Que á seguirte se resuelven;
Tú, que llevas en los hombros
La cruz que al mundo entristece;
Tú, abierto volcán de amores,
¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?
—Yo. una hormiga.
—Yo soy grano.
—Yo. triste abeja.
—Yo, mieles.
—Yo, vil ceniza.
—Yo, fuego,
Lumbre y llama que te enciende.
—Me enciende el amor divino,
Sólo ése loca me vuelve;
Soy Teresa de Jesús.
—¿Teresa de Jesús eres?
Y yo Jesús de Teresa.—
Dice el niño, y desparece
Entre rayos y entre aromas
Y nubes como las nieves,
Como un barco que se aleja,
Como un astro que se pierde,
Dejando sumida al alma
En una amargura alegre.

Francisco Jiménez Campaña
De las Escuelas Pías.



COLEGIO TERESIANO DE MEDINA DEL CAMPO, DIRIGIDO POR LOS RR. PP. CARMELITAS DESCALZOS

Patología Teresiana.

Como base fundamental de mi diagnóstico retrospectivo, quiero dejar consignado que los datos necesarios para la confección de esta historia clínica son absolutamente fidedignos, puesto que los he tomado de la historia que de su vida escribió la presunta enferma. Si algún error hubiese en mis apreciaciones científicas, lo descubrirá el examen y discusión de los técnicos. Son éstos de dos clases: creyentes é incrédulos. Yo escribo para los primeros, pues los segundos tienen contraído consigo mismos (según dice el P. Benisa) el compromiso de no creer, lo cual no es óbice para que pierdan lamentablemente su tiempo discutiendo lo indiscutible.

Con insidiosa torpeza (la envidia es siempre torpe) ha querido desvirtuarse la obra magnífica de Teresa de Jesús, considerándola como labor de una inteligencia desequilibrada por el histerismo y la epilepsia, y algunos llevaron su ensañamiento hasta el extremo de unir las dos enfermedades en una sola, histero-epilepsia.

Vamos á investigar algo acerca de esto.

A principios del siglo XVI vino al mundo Teresa de Cepeda y de Ahumada, sus apellidos pregonan noble prosapia, y al hablar ella en su autobiografía de las altas cualidades morales de sus progenitores, nos permite descartar de antemano la existencia de males que pudieran, por ley de herencia inmediata, influir en su salud como precedentes etiológicos de sus dolencias.

No hace conmemoración de las enfermedades de su infancia, pero nos proporciona un detalle de gran interés que sirve para predecir el altísimo vuelo que más tarde había de tomar su inteligencia privilegiada.

Refiere la Madre Teresa que cuando en compañía de su hermano predilecto leía las vidas de los santos, solía tropezar con una palabra que, con particularidad á otras muchas, fijaba su atención como clave misteriosa de su vida futura, y la niña se obstinaba en repetirla, uniéndola quizás á una mental interrogación: ¡Eternamente, eternamente, eternamente!, decía, y en esta palabra repetida y meditada, en esta palabra entonces enigmática, veo yo sus ansias de infinito.

Novicia en el convento de la Encarnación, y á consecuencia del cambio de vida, especial régimen alimenticio é intensificación de sus trabajos mentales, se quebranta su salud hasta el extremo de que su padre la exclaustró para ponerla en cura. "La cura á que fuí sometida fué más recia que pedía mi complexión". Me figuro todos los horrores de la farmacopea medioeval, puestos á contribución, para tormento de Teresa. El hidromiel fermentado con simiente de orugas para obtener el famoso vinagre

filosófico. La jalea ó gelatina de cráneo humano. licor de lombrices, agua destilada de víboras y otros farmacos nauseabundos que produjeron á la enferma fiebre continua, anorexia invencible y dispepsia de origen medicamentoso, sin contar con la extrema debilidad á que la llevaron los purgantes administrados á diario durante un mes.

"A poder de medicinas, me tenían casi acabada la vida."

Desengañada y sin fe posible en la humana ciencia, decídese á morir en su convento, donde con desprecio absoluto de sus males físicos, reanuda sus intensas oraciones. Describe más tarde su estado lamentable de postración que apenas le permite beber agua con gran trabajo, y dice que permaneció cuatro días sin sentido, durante los cuales debió de padecer convulsiones clónicas á juzgar por el estado en que se encontró al despertar. "con la lengua hecha pedazos de mordida" y paralizada hasta el punto de que sólo podía mover un dedo de la mano derecha.

¿Constituye este síntoma un dato definitivo en pro de la epilepsia?

No; porque al establecer el diagnóstico de esta enfermedad es preciso fijarse bien en que la "epilepsia es una enfermedad crónica, constituída por la repetición de ataques". Así. pues, clínicamente sólo es lícito calificar de epileptiforme á un ataque que no ha sido precedido por otros análogos. Faltan además para poder admitir esta hipotética epilepsia, los llamados fenómenos pre y postepilépticos que dejan huellas imborrables en el sistema nervioso que preside la vida de relación.

Para catalogar en vuestra lista de ilustres epilépticos á Mahoma, César, Pedro el Grande, Carlos V, Petrarca, Napoleón I y Rousseau, teníais datos y pruebas que no podéis alegar respecto á Teresa de Jesús.

El histerismo de que hablan algunos literatos que invaden el terreno científico, sin parar mientes en que no es lo mismo escribir cosas bonitas que cosas sabias; tampoco tiene visos de probabilidad en su aplicación á la Teresiana patología.

Las dudas y vacilaciones en el diagnóstico de la histeria, quedan desvanecidas tan pronto como se comprueban perturbaciones en la esfera psíquica. ¿Habéis encontrado la menor de ellas en la Madre Teresa?

Mujer de una inteligencia polivalente, ordenada y metódica, constante y previsora, administra y dirige sus fundaciones, es arquitecta, diplomática, teóloga y literata, goza de un sobrenatural poder inhibitorio como lo prueba el estar escribiendo con estilo de insuperable elegancia y gran profundidad de concepto, mientras siente su cerebro atormentado por un ruido comparable al de ríos caudalosos que se despeñan. silbidos y otros fenómenos indicativos de intensa cefalalgia de origen probablemente congestivo.

"Y no será mucho que haya querido el Señor darme este mal de cabeza, para entenderlo mejor; porque con toda esta barahunda della, no me estorba á la oración, ni á lo que estoy diciendo, sino que el alma se está muy entera en su quietud, y amor, y deseos, y claro conocimiento."

Analizado este párrafo con imparcial criterio por los psicópatas más eminentes, puede servir de argumento fundamental para negar en absoluto la pretendida existencia del histerismo en Teresa de Cepeda. Tanto más, cuanto que, siendo el histerismo una neurosis de origen central, habría de influir precisamente en las manifestaciones funcionales de los centros, cuya intensa labor constituye la característica de la vida física y psíquica de Teresa de Jesús.

Pero, ¿y esos cuatro días sin conocimiento. esas convulsiones tónico-clónicas, que atenazaron la lengua entre los dientes y paralizaron la inervación motriz durante ocho meses, cómo pueden explicarse científicamente?

No es necesario invocar el milagro, ni razonable recurrir á lo sobrenatural. Con un criterio puramente materialista y basado en hechos físicos, de los más vulgares, podemos seguir afirmando que no se trata de un ataque histérico ni epiléptico.

Desaparecidas las manifestaciones tumultuosas de morbosidad que tanto atormentaran á Teresa, dijérase que entre ella y sus males hubo un armisticio; pero poco más tarde comenzó á sufrir vómitos matutinos que persistieron durante veinte años, acabando por hacerse nocturnos. Sentía entonces Teresa gran inquietud y molestia en el estómago, afecto de atonía, y sólo cesaban estas molestias cuando la víscera se vaciaba. Muchas veces este vaciamiento no era espontáneo, sino que la enferma lo provocaba con una pluma excitando mecánicamente la sensibilidad de la mucosa que tapiza las fauces y estimulando el reflejo de la úvula (campanilla), titilación uvular.

La membrana mucosa de la faringe es insensible en las histéricas (zonas parciales de anestesia).

El reflejo de la úvula no existe en ellas y la excitación mecánica de esta parte, provoca en

los epilépticos el ataque inmediato. Teresa de Cepeda ignoraba estos hechos clínicos, y se valía de una pluma para provocar el vómito. lo cual conseguía. porque tenía sensibilidad normal en las mucosas, puesto que no era histérica, y la repetición de estos actos prueba también que tampoco era epiléptica, puesto que impunemente soportaba la excitación de la úvula sin producir otro efecto que el vómito por reflejismo.

Quédanos todavía una enfermedad de patogenesia desconocida, cuyos síntomas coinciden con los de la muerte: enfriamiento, insensibilidad, parálisis, dilatación pupilar, etc. Enfermedad consecutiva á las grandes anemias, más frecuente en las mujeres que en los hombres, y que ataca de preferencia durante la edad adulta. Puede ser provocada por intensas emociones psíquicas, entre las que se cuenta el gran fervor religioso. ¿Queréis que hablemos de la catalepsia? Los más sabios tratadistas declaran que no conocen sus causas, solamente han observado que los músculos. obedientes de ordinario á nuestras voliciones, hállanse desconectados con la voluntad, pero la inervación involuntaria, es decir, el sistema nervioso regulador de la vida vegetativa, sigue funcionando con regularidad. El corazón late, respiran los pulmones. Pronunciad las palabras "inhibición psíquica, ausencia espiritual, concentración anímica". Os aconsejo la lectura del párrafo IV, capítulo XI de "Las Moradas", que trata de unos deseos tan grandes é impetuosos que da Dios al alma, de gozarle, que ponen en peligro de perder la vida.

Después de leído el supradicho párrafo, no vacilo en escribir la palabra "éxtasis".

Toda la patología Teresiana queda reducida á trastornos dispépticos. producidos por la persistencia de las causas ocasionales, variaciones bruscas en el régimen alimenticio, calidad y cantidad de los manjares, irregularidad en las refecciones hechas durante larga y fatigosa peregrinación, con el espíritu siempre hondamente abstraído, contrariedades múltiples, dominio constante de la impetuosidad inherente á un carácter enérgico y decidido, cambio de aguas, aires y lugares, falta de reposo y desprecio absoluto de una salud harto quebrantada por tantísimo trabajo.

Guardárame yo bien de hablar de la Santa, después de haber analizado á la mujer, si no fuese porque, leyendo sus obras admirabilísimas, tropecé con una palabra cuyo significado cae dentro de mi jurisdicción facultativa.

Sus "Conceptos del amor de Dios" han sido adjetivados con insidia calificándolos de eróticos. Esta palabra tiene dos valores. uno etimológico (su valor real) y otro convencionalmente vulgarizado que la convierte en sinónima de "deshonesto". Erótico es todo lo relativo al amor, y refiriéndose á las humanas pasiones se da el nombre de erotismo á la violencia amatoria, al amor excesivo, que nunca lo es (aunque sentido sea por humanos corazones) cuando á tan gran altura y á tan divino fin como el amar á Dios se dedica.

¿Qué escrituras hay (dice Fr. Luis de León), aunque entren las Sagradas en ellas, de que un ánimo mal dispuesto no pueda concebir un error?

Santa Teresa de Jesús, habla de la dificultad que hay en entender el sentido de las divinas letras y lo explica con grandísimo acierto, haciendo salvedades que deben de tenerse muy en cuenta para no causar infame ofensa á la memoria de tan honestísima mujer, ni cometer pecado de blasfemia contra la Santa Doctora.

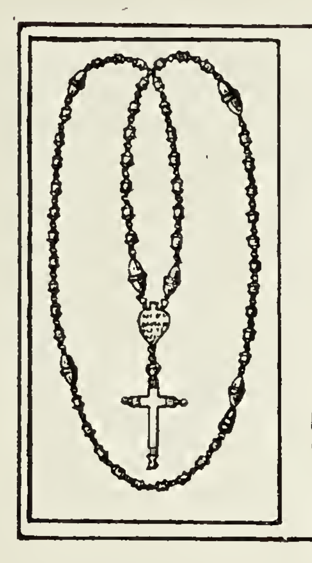
Uno de los aspectos más interesantes y sublimes de Santa Teresa, es el análisis que hace de sus sensaciones. Teme ser víctima de alucinaciones, conoce la vehemencia de su sentir, la exuberancia de su imaginación y duda, vacila, consulta. Sus fenómenos espirituales fueron considerados como obra diabólica. prohibiéndola estar sola y hacer oración. Su portentosa sabiduría traía desconcertados á muchos y muy doctos maestros, hasta que Juan de Avila, Luis de Granada y San Pedro de Alcántara coincidieron en juzgar que las luces de Teresa eran luces divinas.

Con metódica clarividencia trazó la Santa lo que Ernesto Hello califica de mapa espiritual de las divinas moradas.

Va en ellas ascendiendo hasta llegar á la última, donde adquiere el pleno conocimiento de las cosas. donde cesa el atormentador misterio de la palabra enigmática. ¡Eternamente, eternamente!

Ya tiene la seguridad de que "el reino no tendrá fin", y parafraseando á San Pablo, exclama la Santa Madre Teresa de Jesús: "*Mihi vivere Christus ets, mori luorum;* así me parece puede decir aquí el alma. porque es adonde la mariposilla, que hemos dicho, muere. y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo."

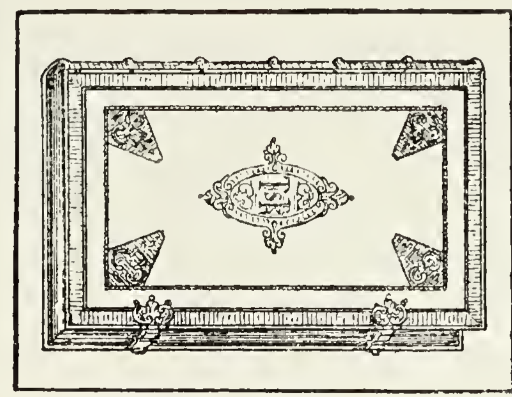
Dr. Juan López de Rego



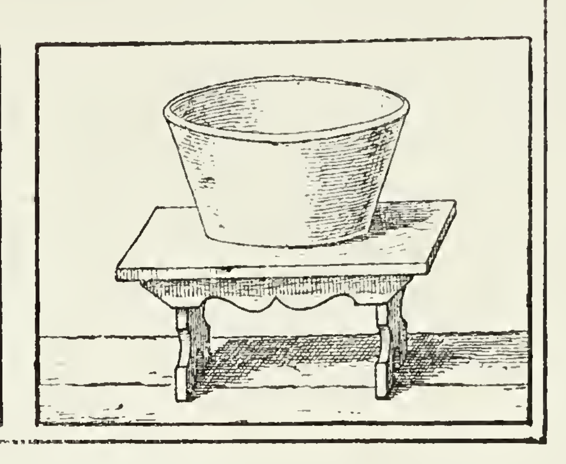
ROSARIO DE LA SANTA
Avila.



ALPARGATA
Convento de Burgos.



MANUSCRITO ORIGINAL DE «LAS MORADAS»
Convento de Sevilla.



VASO DE QUE SE SERVÍA LA SANTA CUANDO LA SANGRABAN
Avila.

La fisonomía de la Santa.

Refiere San Agustín en el capítulo once del libro de sus Confesiones que deliberando romper la cadena de una pasión que le impedía llegar á Dios. como no acabara de resolverse á ello y se sintiera impotente para desarraigar un hábito tan inveterado, se le apareció personificada la forma augusta de la santa Continencia, y poniéndole ante de su vista una multitud inmensa de niños delicados y tiernas doncellas que la seguían constantemente, le reconvino diciendo: "Pues qué ¿no podrás tú lo que pueden todos éstos?" He aquí puntualmente lo que ha hecho el Vicario de Jesucristo al trazar en la magnífica epístola que todos conocemos un esbozo del Serafín del Carmelo.

En efecto, dirigiéndose á nosotros desde la Cátedra de San Pedro, nos muestra la imagen de la Santa orlada con el brillo de sus virtudes, y con la autoridad de maestro infalible de la verdad nos dice: Ved aquí un modelo acabado de perfección cristiana, seguid sus huellas, considerad sus virtudes y ellas os conducirán á las cumbres de la santidad. ¿Habéis manchado, siquiera levemente, la estola de la inocencia? ¿Han herido vuestro pecho los dardos mortíferos de la vanidad mundana? Ella os enseñará el modo de limpiar esas manchas y restañar vuestras heridas.

¿Observáis que el vendaval de la incredulidad reinante conmueve hasta en sus cimientos el edificio de la fé divina? Someted como Teresa vuestra débil razón al magisterio de la Iglesia, no escuchéis las falacias de los herejes ni admitáis cosa alguna que se halle en pugna con las enseñanzas emanadas de la Sede apostólica.

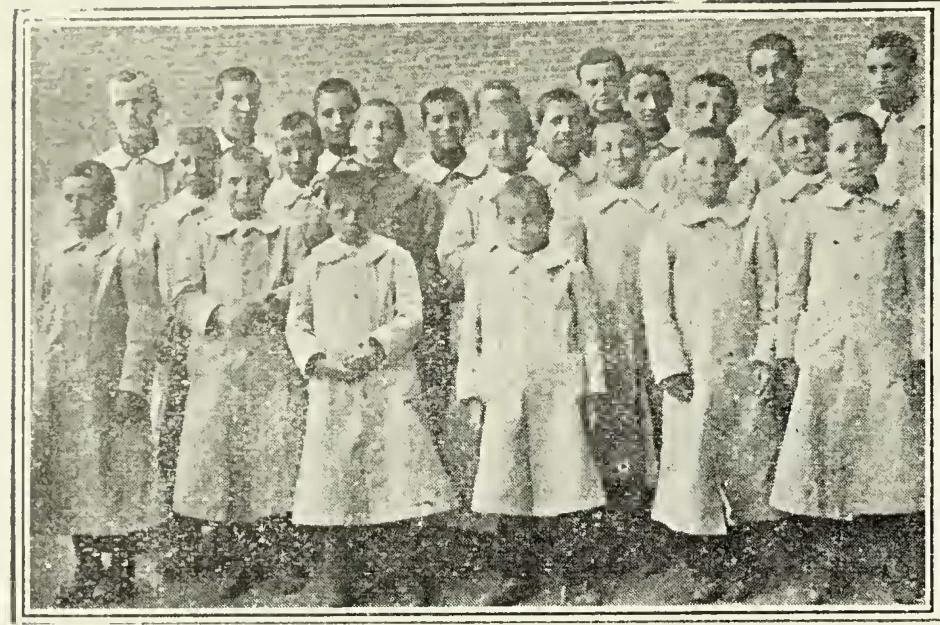
¿Sentís que la llama de la caridad devora vuestro corazón, y al ver á tantos hombres sumidos en las tinieblas del error deseáis conducirlos á la luz de la verdad y á la práctica de la virtud? Pues, si vuestro estado, sexo ó condición no os permiten consagraros á las funciones del ministerio apostólico, alistaos en la cruzada de oración y penitencia que ella promovió, y para que estas oraciones sean más eficaces unidlas á una vida de inocencia y santidad.

¿Buscáis la senda real que conduce á Dios? ¿Queréis romper los lazos de las aficiones terrenas para volar con libertad al cielo? Arrojaos con ella á los pies del Crucifijo y no os levantéis de allí hasta que vuestra vida se confunda con la suya y quedéis trasformados en El.

¿Deseáis desagraviar al buen Jesús de las ofensas que recibe en el augusto Sacramento de su amor? Acercaos á recibirle con aquellas ansias de caridad y trasportes de agradecimiento con que ella se llegaba á la mesa eucarística.

¿Os apena ver á vuestra madre la Iglesia blanco de las persecuciones, befas é invectivas de la impiedad? Procurad endulzar sus amarguras, siendo como ella hijos sumisos y obedientes.

¿Se os ofrece ocasión de hacer alguna obra en servicio de Dios, pero que está erizada de peligros y dificultades? No os arredren los trabajos. Mirad cómo esa regalada Esposa de Jesucristo, con ser una virgen débil, pobre y desvalida, emprende con gran denuedo la obra gigante de la reforma carmelitana, y arrollando los obstáculos que la oponen la astucia del demonio, la prudencia de la carne y la soberbia



GRUPO DE NIÑOS DEL COLEGIO TERESIANO DE MEDINA DEL CAMPO



HUERTA DEL COLEGIO

del mundo, la lleva á feliz término con una rapidez pasmosa.

Finalmente, leed todos devotamente sus admirables escritos, pues en ellos aprenderéis las vías de la perfección y hallaréis los más eficaces estímulos para abrazaros resueltamente con la virtud.

Al tratar de la santidad de la Seráfica Madre, no se puede pasar en silencio lo que podríamos llamar su carácter diferencial. Los que creen descubrir en la vida de los santos una fastidiosa uniformidad que las hace antipáticas y repulsivas, se engañan miserablemente. Si bien es uno mismo el Espíritu que los mueve y produce en ellos las operaciones sobrenaturales, su acción es muy diversa. Cada santidad tiene su rasgo dominante. su carácter distintivo que la diferencia profundamente de las demás. Así como cada hombre tiene su fisonomía peculiar y cada espíritu su grado de intelectualidad, sus aptitudes y su vocación distinta. de igual modo las vidas de los santos difieren prodigiosamente en mil circunstancias diversas á través de las cuales brilla con más subidos resplandores el principio que á todos les da unidad en medio de tan admirable variedad.

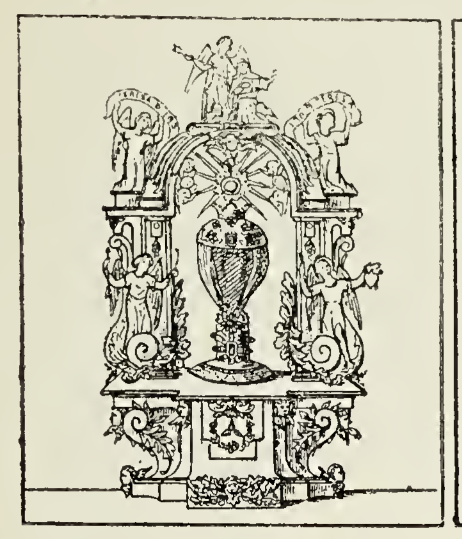
No hace á nuestro propósito detenernos a examinar los caracteres fisonómicos de los Santos, aunque este estudio sería la confirmación más patente de la verdad de nuestro aserto. Tan sólo nos fijaremos en los rasgos propios de la santidad de Teresa de Jesús, que son: la atracción y la adaptabilidad.

La amósfera luminosa en que generalmente viven los grandes contemplativos, sobre todo cuando su vida es fecunda en manifestaciones exteriores de lo sobrenatural, produce en las almas flacas cierto temor reverencial que repele y ofusca á los que todo lo ven á través del prisma de la razón pura, los mueve á risa y atraen su ironía. Pues bién, la Virgen Avilesa, no obstante que se mueve en lo sobrenatural como en su propia órbita, lejos de repeler atrae con fuerza irresistible los corazones, ejerciendo sobre ellos un imperio que nadie puede disputarla. El impío la respeta, el hereje la admira y el católico guarda para ella los afectos más encendidos de su espíritu. Quizás sea la santidad de Teresa la única respetada por la incredulidad, y su nombre el único que se pronuncia siempre con veneración y amor. Los que se hallen versados en el estudio de la literatura heterodoxa y hayan alguna vez cultivado relaciones sociales con cismáticos y herejes confesarán que mis apreciaciones no son inspiradas por el amor filial.

Si yo fuese pintor y quisiera representar en el lienzo la apoteosis de nuestra Santa, no la pintaría arrollando al hereje, al judío y al infiel con su carro triunfal. sino antes bien llevándolos tras de sí atados con las dulces ligaduras del amor.

Por lo demás, si fuésemos á investigar la causa de este fenómeno la encontraríamos sin duda en su fisonomía física, intelectual y moral, que se manifiesta en aquella penetración de espíritu, grandeza de ánimo, bondad de corazón. ardiente y compasiva caridad, en aquella sencillez ingenua, insinuante y verídica, energía de carácter, admirable sentido patriótico y destreza en el manejo de los negocios, de que dió tan gallardas pruebas en su vida fecundísima y que supo reflejar en sus escritos como el rostro se refleja en un limpio lago, como la inocencia, en la sonrisa del niño.

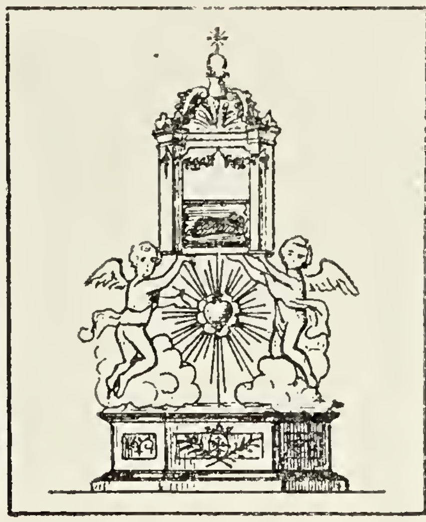
Fr. Casimiro de la V. del Carmen, C. D.
Director de «El Monte Carmelo».



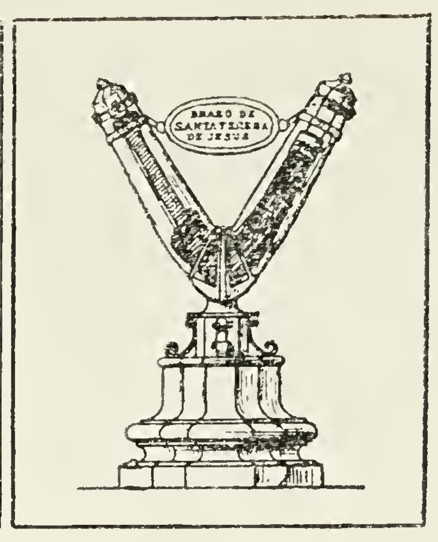
RELICARIO DEL CORAZÓN TRANSVERBERADO DE LA SANTA
Alba de Tormes.



SOR ANA DE SAN BARTOLOMÉ
Compañera inseparable de la Santa en los últimos años de su vida.



RELICARIO DEL PIE DERECHO
Convento de la Scala Roma.



RELICARIO QUE CONTIENE EL BRAZO IZQUIERDO
Convento de Carmelitas Descalzas de Alba de Tormes.

Santa Teresa y los libros de caballerías.

Sin la declaración terminante de Santa Teresa no habríamos sospechado el tiempo que allá en sus mocedades "perdiera" leyendo obras andantescas (1); y sin la noticia de su proto-biógrafo el jesuíta Francisco de Ribera, ignoraríamos que á las plumas vírgenes de Teresa y de Rodrigo de Cepeda se debió otro libro de la literatura caballeresca (2). El testimonio de Ribera lo confirma el Padre Gracián de la Madre de Dios, confidente y amigo de la Santa, en sus anotaciones marginales á la Vida, del P. jesuíta "La mesma lo contó á mí" (3).

Y los demás biógrafos se limitan á citar ambos datos, atacando de paso aquellas obras nocivas: "libros de caballerías, sino de vanidades" (Ribera): "que hacían gran daño á las almas que los leían" (Julián de Avila).

Algunos, como Coleridge, luego de tratar con más sentido la moralidad de estos libros, apunta el deseo de conocer la perdida novela de ambos hermanos, de analizar cómo manejarían á dueñas y doncellas, endriagos y encantadores (4). Otros dan por bueno que el libro fué conocido por las amistades de la familia en Avila, y que encontraron "ingeniosa" la obrilla (1).

Pero la nota más extravangante y absurda, la da un escritor francés, el abate Jacquin, que atribuye la discutida paternidad del Amadís de Gaula, á ¡Teresa de Jesús! (2).

En tal estado de la cuestión, ¿podría hacerse algo para investigar las obras que leyera la Santa?

Verdad, que para este trabajo respecto á las novelas nos falta el dato seguro, que nos guía en cuanto á los libros de devoción: la declaración propia, ó los libros que recomienda á sus religiosas (3). Indiscutible resultan la lectura y estudio por Teresa de Jesús, del "Tercer Abecedario Espiritual", de Fr. Francisco de Osuna; del "Arte de servir á Dios", de Fr. Alonso de Madrid; ó de la "Subida al Monte Sión", de Bernardino de Laredo.

Probable, casi cierta, es la lectura de las "Confesiones" de San Agustín, durante su es-

(1) «Era tan en extremo lo que en esto me embevía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento».—Vida de Santa Teresa, escrita por ella misma, cap. II.

(2) Ribera: Vida de Santa Teresa de Jesús; libro I, cap. V.

(3) Nota al cap. V del lib. I.—Notas marginales que da á conocer D. Miguel Mir en su obra «Santa Teresa de Jesús, su vida, su espíritu, sus fundaciones». Véase libro I, cap V.

(4) The life and letters of S. Teresa: tomo I, cap. I.—En el mismo sentido se expresa Mir; loc. cit.

(1) «Arvède Barine Psychologie d'une Sainte»: Revue des deux Mondes: 1.^{er} juin 1886. Publicado después, formando parte de una serie de trabajos, titulados: «Portraits de femmes».

(2) «Entretiens sur les romans»: citado por Menéndez Pelayo. «Orígenes de la novela»; de una noticia de Pellicer en el discurso preliminar de la edición del Quijote (1797).

(3) A estas fuentes suma Morel-Fatio, la declaración de María de San Francisco en las informaciones de Medina del Campo. Es interesante el trabajo de Morel-Fatio. «Les lectures de S. Tésère (Bulletin Hispanique, tomo X).

tancia en el monasterio de Gracia (1); y la vida de Santa Catalina de Sena, dadas sus relaciones espirituales con los Padres Dominicos, en especial con Domingo Bañez.

La Sagrada Escritura, supuesta la ignorancia de la Santa en el latín, y las dificultades que el estado de los espíritus imponía para hacer su lectura en castellano; y confirmados por las obras de Teresa sus conocimientos bíblicos, en especial, "Cantar de los Cantares", "Psalmos" y "Evangelios": habría de estudiarlos á través del Breviario. ó en concordancias, como la "Vita Christi", de Ludolfo de Sajonia. De los "Ejercicios Espirituales", del Santo de Loyola no hay que ocuparse; pues aún en el caso dudoso de que los recibiera bajo la dirección del Padre Juan de Prádanos, el procedimiento de los primitivos jesuítas no colocaba la obra de su santo Padre al alcance de todos los dirigidos (2).

Pero si de obras religiosas, pasamos á la novela, falta el documento muy autenticado, como diría Don Miguel Mir. Pero existe un camino de investigación llano á nuestro parecer. Tenemos las obras de Santa Teresa; poseemos libros de caballerías; compárense. Se notarán influencias, se formarán conjeturas; y la penumbra, el crepúsculo que de este estudio pueda obtenerse, siempre es preferible á la obscuridad. ¿Por qué no se ha hecho esto?, ¿por qué los biógrafos, los escritores teresianos pasaron como sobre ascuas por tal asunto? No creemos temeridad afirmar, que la causa es una devoción mal entendida á la Monja de Avila.

Aparte de la vergüenza que podría suponer el paralelo entre obras de mística y de entretenimiento; debió existir el miedo á encontar algo que pulverizara esa vida artificiosa, de una pieza, que de Santa Teresa, como de muchos Santos y héroes. se ha formado.

En una palabra, se temía la crítica. Debió ocurrir lo que con las enfermedades: la voz "histeria" escandaliza, no á devotos adocenados, sino á escritores distinguidos como los Padres Luis de San y Gregorio de San José (3).

Nosotros iniciamos este ensayo, ciertos de que la verdad no teme la luz: y sometiéndonos en todo á la Santa Iglesia, nuestra Madre.

Desde luego, cronológicamente se han de limitar nuestros apuntes á libros de Caballerías, publicados lo más tarde en 1528; pues el período de las lecturas de la Santa acaba en 1530 ó 31, en que entrando en el Monasterio de Agustinas de Gracia, termina la "vida de novela": que así nombra un jesuíta alemán á este período de su juventud (1).

Respecto á los lugares de impresión de los libros conocidos por Teresa; en igualdad de otras circunstancias, es más fácil suponer llegasen á sus manos los de Valladolid, Toledo ó Alcalá, que los muchos salidos entonces de las prensas sevillanas.

Por fortuna para la Santa no alcanzó su juventud la época decadente de la novela caballeresca, su aplicación, disparatada muchas veces, al terreno místico. No ya la "Cavallería celestial de la Rosa Fragante" (1554), de Jerónimo de San Pedro, prohibida por el Santo Oficio; pero ni "El Caballero del Sol", de Pedro Hernández, ni la "Cavallería Christiana", de Jaime de Alcalá, infiltraron de mal gusto su formación artística (2).

Del Padre Amadís pudo alcanzar nueve libros pues los restantes hasta el 14 (Penalva) son posteriores á los límites de nuestra historia; de los Palmerines, sólo tres, los cinco restantes de la familia empiezan en 1533 (Platir); de los independientes hay varios, imitados especialmente de Amadís, que pudo leer, como el Caballero Cifar, Clarián de Landanís, D. Floriseo, etc., sin contar los más antiguos, como el célebre Tirante el blanco (3).

Pero notemos algunas influencias: abordemos algunas hipótesis probables.

Comparad, por ejemplo, el siguiente párrafo del Amadís de Gaula (4) con un capítulo del "Camino de Perfección" (5).

Escribe Vasco de Lobeira: "...por donde se da á entender, que así como las mujeres, apartando sus pensamientos de las mundanas cosas, despreciando la gran hermosura de que la natura las dotó, la fresca juventud que en mucho grado la acrescienta, los vicios y deleites que con la sobrada riqueza de los padres esperaban gozar, quieren, por la salvación de su alma, ponerse en las "casas pobres" encerradas. ofreciendo con toda obediencia sus libres volunta-

---

(1) Véase Bonifacio Moral. Vida de Santa Teresa; part. I, cap. III.

(2) Véase Mir, ob. cit.; lib. I, cap. XXVIII, (y también su «Historia interna documentada de la C.ª de Jesús; part. I, cap. XIX).

(3) Etude pathologico-théologique sur Sainte Térèse y «La prétendue hysteric de Sainte Thérèse».

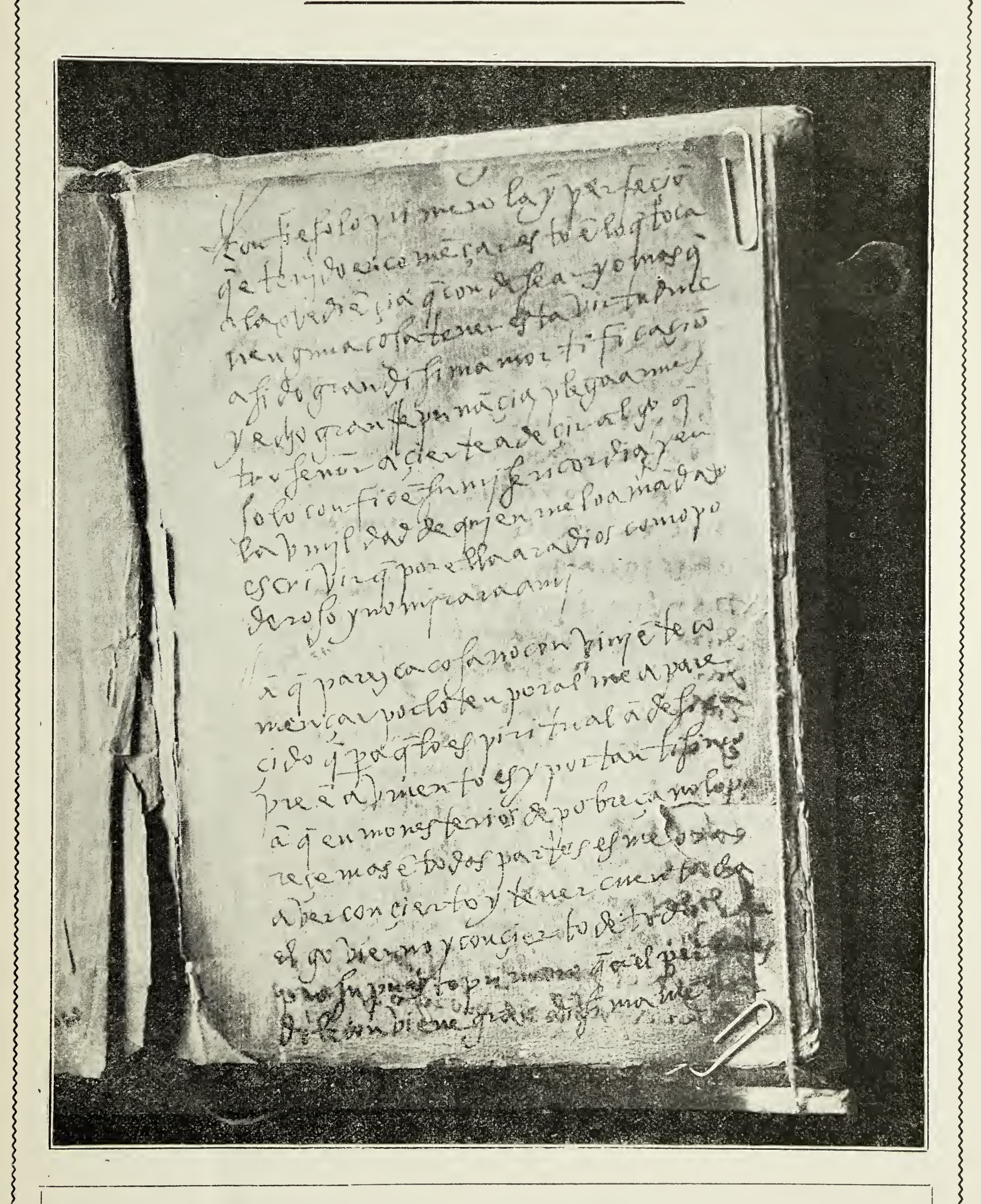
(1) R. P. Baumgartner (Stimmen aus Maria-Laach) septiembre, 1882.

(2) Véase «Origenes de la novela, ya citado, y el prólogo de D. Pascual Gayangos al tomo 40 de la Biblioteca de AA. EE.

(3) Véase el catálogo de libros de Caballerías en el tomo citado.

(4) Amadis; lib. I, cap. I.

(5) Camino de Perf., cap. IX.



PRIMERA PÁGINA DEL «MODO DE VISITAR LOS CONVENTOS» (ESCORIAL)

Este libro lo escribió la Santa por mandato y ruego del P. Fray Jerónimo Gracián, primer provincial de la Reforma Carmelitana, que reconociendo en la Santa á la única fundadora de Descalzos Carmelitas le pidió, como á Santa y experimentada maestra el modo de visitar los Conventos. León XIII estudiando, en cierta ocasión, este prodigioso libro, no pudo menos de exclamar: ¡O, magna legífera! (¡Oh, gran legisladora!)

des á que sujetas de las ajenas sean, viendo pasar su tiempo sin ninguna fama ni gloria de mundo, como "sepan que sus hermanos ó parientes lo gozan": así deben, con mucho cuidado, atapar las orejas, cerrar los ojos, "excusándose de ver parientes y vecinos", recogiéndose en las devotas contemplaciones en las oraciones santas, "tomándolas por verdaderos deleites, así como lo son": porque con hablar, con las vistas, su santo propósito dañan..."

La Santa habla del peligro de los deudos en sentido más espiritual; pues no son ya las orejas y los ojos lo que hay que cerrar á la seducción; el mal viene del demasiado amor. "No sé yo—escribe—que es lo que dejamos del mundo las que decimos que todo lo dejamos por Dios, si no nos quitamos de lo principal, que son los parientes".

No se ocultaría á la Santa la alteza de miras de Amadís cuando enseña, que la virtud consiste en hacer deleite de la oración y contemplación.

También debió seducir á la Santa, el "ofrecimiento de la obediencia", ensalzado por el escritor caballeresco, hasta constituir el último (14.°) grado de humildad, que el Arzobispo Talavera dice consiste en "gozarnos en que nuestra voluntad y querer no se cumpla ni se haga" (1).

Pero debemos advertir que analogías de orden moral son muy frecuentes; pues á los comienzos del siglo XVI (1510-1512) las obras de caballería adquieren un tinte moralista, probablemente para darles acceso más fácil á estos libros entre las damas y gente devota; aunque algunas veces tiene razón Cervantes al condenar al Caballero de la Cruz, pues tras ella suele estar el diablo.

Así tenemos que algunas obras del ciclo bretón llegan á tales deshonestidades, á tal refinamiento sensual, que se resiste pasara por ellas la vista Santa Teresa.

Copiemos algunos párrafos de "D. Tristán de Leonís":

Una loca de amor, la infanta Belisenda, exclama á la vista del caballero: "Ay Dios, é agora tuviese Tristán conmigo en mi cámara— é echol los brazos al cuello."—(2). Pero la virtud del caballero, que resistiera á la infanta "salida de seso", cae en brazos de una dama adúltera, la "dueña del lago del Espina": "... et luego que ovieron cenado, fuéronse acostar en una rica cama, é allí comenzaron una tal obra, que Tristán no avía fecho en toda su vida, ni sabía qué cosa era amor de mujer..., y estando en aquel solaz llamó á la puerta del castillo su marido" (1).

Aún hay más. La aventura pasada no tuvo arraigo en el caballero: lo que "en su vida no se les olvidó" fué la "tal obra", en el amor infame de Tristán é Iseo (2). Y no obstante, se encuentran noticias, analogías en el tal libro, que nos hacen creer lo leyera la Santa. Tristán es abandonado en el campo, y la doncella que lo tenía en brazos pone "la teta en la boca del infante, y ella no avía leche".

Explicando la Santa los grados de oración, advierte á sus monjas noten una comparación, puesta por el mismo Dios: "Está el alma como un niño que aún mama quando está á los pechos de su madre, y ella sin que él paladée échale la teta en la boca para regalarle" (3).

Sabido es que el número de monjas que puso la Santa en sus conventos de la Reforma, fueron primeramente "trece" (4), pero que en definitiva quedaron "21" (5).

Pues bien, ese número, y precisamente de mujeres escogidas, lo hallamos en el Tristán.

Preséntase en la corte un enano con un cuerno encantado, que servía para probar la honestidad de las mujeres, porque las virtuosas beberían en él; en cambio, á las culpables se le derramaría el agua por los pechos. De 380 dueñas "no ovo sino "veinte é una", que con el

(1) Breve forma de confesar, reduciendo todos sus pecados mortales y veniales á los 10 mandamientos.—Nueva Biblioteca de AA. EE.

(2) Tristán, V.

(1) Tristán, XV.

(2) Tristán XXI. El adulterio, pretenden ocultarlo al rey, haciendo que Tristán é Iseo coloquen una espada entre ambos cuando duermen; esta hipocresía no puede ser más refinada. El libro de «Oliveros de Castilla y Artur Dalgarbe», no obstante la crudeza de algu nos pasajes, tiene otros de gran sentido moral. Artur, que se hace pasar por Oliveros, está con Helena, esposa de aquél, é inventa la existencia de un voto, que le impide tocar á la dueña, para ser fiel á su amigo. Ignoramos si Teresa de Jesús conoció la leyenda de Scholastica y su esposo, ligados por voto de castidad; leyenda paganizada elegantemente—con elegancia que la hace más peligrosa—por Anatole France.

Téngase en cuenta, que el amor loco de Tristán é Iseo procede de un *hechizo*.

Si los bebedizos, encantos, etc., no fueran cosa corriente en aquella época, acaso pretenderíamos buscar alguna relación con el episodio del clérigo de Becedas, que Dios mediante estudiaremos cual merece, en nuestra obra en preparación.

(3) Camino de Perfección, cap. XXXI.

(4) Fundaciones, cap. I.—Carta á D. Lorenzo de Cepeda 30 de Diciembre de 1561.

(5) En carta á M.ª de S. José, Priora de Sevilla (Magón, Enero de 1580; carta 269 de La Fuente, y 62 de las anotadas por el V. Palafox) dice la Santa, que *veynte y una* es el número *cumplido* de monjas.



CAMARÍN DEL ESCORIAL DONDE SE CONSERVAN LOS MANUSCRITOS DE LA SANTA

cuerno pudiessen beber" (1). También se encuentra el número en la "Demanda del Sancto Grial" (2), pues el Rey Artur, queriendo saber los caballeros muertos en la Demanda, hizo mirar las sillas de la Mesa Redonda, y halló "veinte y unos".

Y siguiendo estudiando el ciclo artúrico, nada hallamos en el "Tablante de Ricamonte", para suponer lo leyera la Santa..., y. sin embargo, es la obra más honesta del grupo bretón (3)

Vemos únicamente aparecer, aunque incidentalmente, la idea "subjetiva" del "honor", tan fija en la mente de la Santa. Jofre tiene miedo un instante "... y no osó volver de "vergüenza de sí mismo" (4): idea, que también aparece violentamente expuesta en el "Baladro del Sabio Merlín", cuando el caballero de las "Dos Espadas", después de presenciar la escena ultratrágica de un crimen pasional, seguido de suicidio—capts. 286 al 91 del Baladro—exclama: "no me ayude Dios si me torno, fasta que vea el castillo de dentro, que por malo é covarde me ternía si me tornase" (ib. 293).

Para el perfecto caballero, esta honra subjetiva es su "vida". En el mismo Baladro (5) grita otro caballero á punto de muerte: "ca después que yo conosciese mi covardía, jamás non avría honrra".

Mas no falta igualmente la honra exterior, dependiente de las circunstancias. del concepto de los demás.

En la Demanda del Sancto Grial (6), Galván, que luego resulta ser un caballero felón, promete al Rey Arturo ir en busca del Santo Vaso. El monarca quiere disuadirle, y él, cobarde, obedeciera de buen grado, sin el temor á humillarse junto á los otros caballeros: y el ridículo ante la Reina, dueñas y doncellas, conocedoras de su decisión. Y para acabar estos puntos de honra y cumplimiento del deber (7), recordemos un párrafo del Amadís de Gaula, que trae á la memoria, no las obras de la Santa. sino la carta de un gran Rey. Felipe II. al Emperador, cuando la rota de Argel. "Jamás—escribe (1)—conviene enojarse con las cosas: obre cada cual lo que le ha tocado, que si dispuso bien, obró prósperamente".

Dice el Amadís (2): "Que no es vencido aquél que sobre su defendimiento no mostrando cobardía, face todo lo que puede fasta que el aliento y las fuerzas le faltan, y cae á los pies de su enemigo; que el vencido es aquél que deja de obrar por falta de corazón".

El Baladro, á cambio de las ideas del honor que hemos expuesto, llegó en su sensualismo á la grosería; no obstante pueden verse máximas tan notables, por ser dirigidas á caballeros andantes, como ésta: "por sus pecados devía honbre llorar, é non por al" (3).

En la Demanda se respira un ambiente ideal, debido á su protagonista, Galaz. hijo de don Lanzarote del Lago, que según la leyenda ha de ser puro y santo para terminar las aventuras del reino de Londres: Y alrededor del héroe giran también algunos personajes de superior virtud. Tal es la doncella Ingluida. La doncella "quantas buenas obras podía facer contra Dios, facíalas escondidamente (4), y ninguno no podía aver tan gran alegría en las riquezas del mundo, como ella avía plazer en las cosas de Dios. Y ella verdad es quando entendía bien en la divinidad, mas por gracia ó por otorgamiento de Nuestro Señor y (que) por enseño de sus maestros.

Digoos que si quantos maestros ha en Roma, do aquella sazón eran mantenidas las clerezías, que fueron mudadas de gran tiempo é aún antes de Atenas, que assi metió Dios su espíritu en la donzella, que los maestros que la enseñavan eran maravillados del seso que en ella hallaban. Y sabed, que ella, fablando primeramente de la leyenda de los Santos Padres. "que amostraba la gran partida de la Trinidad". ¿E qué os diré?, que aquella donzella fué "semejante á Sancta Catalina. en sciencia y en bondad..." (5).

Dada la grandeza del misterio de la Santí-

(1) Tristán, XXXIII.

(2) Demanda, 194.

(3) Aunque se titula Tablante de Ricamonte y Jofre, éste es el verdadero protagonista, que realiza portentosas hazañas, para libertar al Conde D. Millán, caballero de la Tabla, preso por el de Ricamonte.

(4) Tablante, XVII.

(5) Número 319.

(6) Cap. XXVII.

(7) Notable es la doctrina de Sancho, cuando la aventura de los batanes (D. Quijote, parte I, cap. XX): «ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes».

(1) Luis Cabrera. «Historia de Felipe II, pág. 6 de la edición, Madrid 1876). Maurembrecher (Estudios históricos, trad. de Ricardo Hinojosa) dice se debe dudar de lo auténtico del manuscrito. Prescott indica, que bien pudo no ser obra personal de D. Felipe.

(2) Lib. II, cap. 12.

(3) Baladro, 270.

(4) También Galaz oculta sus penitencias, la estameña que lleva bajo la armadura, y así se avergüenza cuando sus vestidos han de servir para curar á cierta doncella enferma.

(5) Demanda, 156; es la aventura de la *fuente de la Virgen*.

sima Trinidad (1), no debía extrañarnos que su consideración, que la Santa llega á entender por visión intelectual (2) cuando alcanza el supremo grado de virtud, se presentara á la reformadora carmelita, sin recordar para nada este libro caballeresco. Pero la extrañeza aparece cuando se advierte, que otro Santo, más célebre acaso por sus hijos que por su vida—con ser tan notable,—Ignacio de Loyola, también alcanza á ver este sagrado misterio.

Oigamos sobre esto al P. Rivadeneira (3): "De donde, como él fuere devotísimo de la Santísima Trinidad, y á cada una de las personas divinas tuviese devoción de rezar cada día su cierta y particular oración, un día estando en las gradas de la Iglesia de Santo Domingo rezando con mucha devoción las Horas de Nuestra Señora, comenzóse á levantar en espíritu su entendimiento; y representósele, como si la viera con los ojos, una como figura de la Santísima Trinidad, que exteriormente le significaba lo que él interiormente sentía".

Pero el hacer estas advertencias no es discutir las visiones de ambos Santos, sino confirmar (tal es al menos nuestra pobre opinión) la más pura doctrina católica sobre visiones y revelaciones.

Como la "gracia" perfecciona "naturaleza", no obrando en contra de ésta: las visiones, los regalos del Señor, para hacerlas asequibles á sus siervos, han de conformarse—salvo siempre los inexcrutables designios de Dios—con el carácter de los favorecidos. Así, la primera visión de Ignacio—Cristo y Belial—las luego célebres dos banderas de los Ejercicios, representan su espíritu de lucha, amor y aborrecimiento, muy en consonancia con el militar herido en el cerco de Pamplona (4).

Cuando la Santa, años adelante, tuvo una revelación sobre su hermano Agustín de Ahumada, no se le representa en ninguna de las 17 batallas á que asistiera, sino en los peligros que corría su ánima en los puestos honrosos y lucrativos de Indias. Esto sentado, ¿es temerario conjeturar, que la "Virgen de la Fuente", la que asombra á los doctores hablando de la Trinidad, pudo inspirar á ambos santos, no la visión—que esto fuera abandonar los derroteros de la Iglesia Católica,—sino la "devoción" al misterio; que ocasionaría el deseo de vislumbrar algo de las Divinas Personas, y como consecuencia, las visiones con que Su Divina Majestad los regalara? (1).

Nosotros apuntamos la idea.

Pero entrando en el último párrafo copiado de la Demanda, encontramos la comparación de Ingluida con Santa Catalina de Sena. Esta Santa, que con Brígida y Gertrudis aparecen cuando se habla de revelaciones, las cita, por ejemplo, el P. Ribera incidentalmente, estudiando las revelaciones de nuestra Santa (2).

Pero no consideramos casuales las frases del P. Domingo Báñez, quien en su oración fúnebre, en las Carmelitas Descalzas, de Salamanca, dijo de Teresa de Jesús ser tan santa como la de Sena, pero que en los libros y doctrinas la excedía (3).

¿Hubo de por medio conversaciones de la monja con el P. Báñez sobre Santa Catalina, cuyo modelo aparecería á la de Avila como en sueño, efecto acaso de la lectura ha tiempo olvidada del Santo Grial?

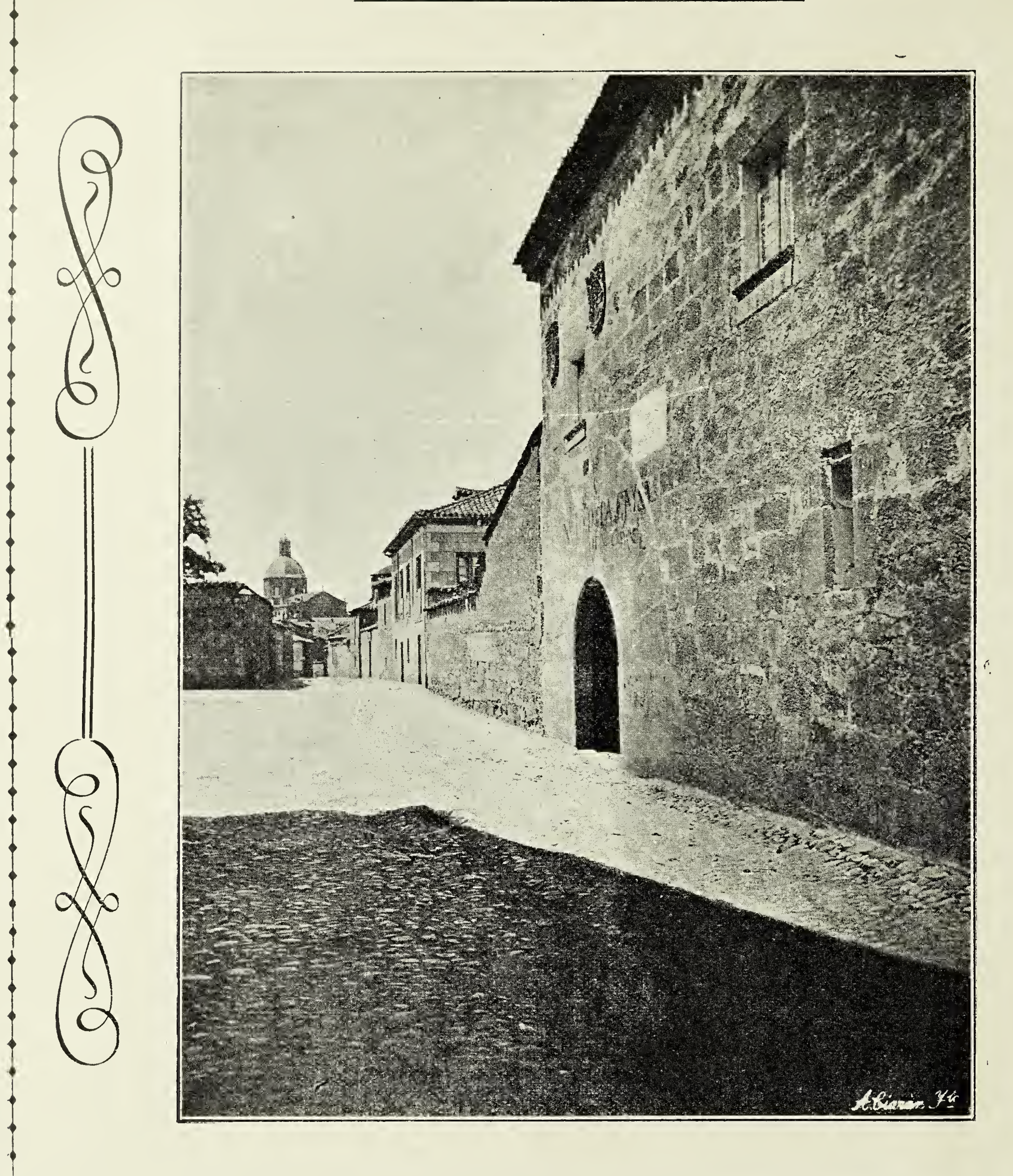
¡Quién sabe!

Mas terminemos con la "Demanda". Los caballeros de la Mesa Redonda han desaparecido de la escena. Se entabla la lucha entre el linaje del Rey Van y los sobrinos de Artur. Galaz muere rey, luego determinar sus hazañas, y de volar al cielo el Santo Vaso. Lanzarote también acaba sus días. Pero he aquí, que los caballeros se tornan ermitaños, y que haciendo vida ascética encontramos en los últimos capítulos de la obra á D. Lanzarote, á Brioberis y al Arzobispo de Conturbel. Citemos lo que á nuestro entender puede relacionarse con Santa Teresa. "Mas aquella ora que finó (Lanzarote) no estava ay el Arçobispo ni Brioberis, ca dormían fuera, so un olmo. E avino assi, que Brioberis despertó primero, y en durmiendo yacía riendo, é facía el mejor semblante de alegría

(1) Véase el discurso de Vázquez Mella. Examen de un nuevo derecho á la ignorancia religiosa. Apéndice.
(2) Moradas séptimas, cap. I.
(3) Vida de S. Ignacio de Loyola; lib. I, cap. VII.
(4) Ib., cap. II.

(1) Sobre la visión de la Sma. Trinidad informa Gil González Dávila (inf. de Madrid, ap. de La Fuente). «No hay que confundir esta visión intelectual,—dice el Cronista de la Descalcez Carmelitana. Fr. Francisco de Santa María; lib. IV, cap. XXVIII—por muy elevada que pueda ser, con la visión intuitiva; tal sería decir que la Santa Madre vió á la Sma. Trinidad, como los bienaventurados en la Gloria, lo que no puede admitirse», cit. en la Histoire de Sainte Thérèse d'après les Bollandistes, cap. XXI.

De la visión de S. Ignacio dice el P. Juvencio «que le patentizó á las claras el misterio de la adorable Trinidad, y los demás arcanos de la Religión». V. Crétineau Joly; Historia religiosa política y literaria de la Compañía de Jesús; cap. I, Compárense. Huelgan comentarios.
(2) Vida de Santa Teresa de Jesús; lib. I, cap. I.
(3) Paulino Alvarez; Santa Teresa y el P. Báñez, citado por el P. Felipe Martín. Santa Teresa y la Orden de predicadores; capítulo preliminar.—Declaración de la M. Guiomar del Sacramento (inf. de Salamanca).



FACHADA DE LA CASA DE LA SANTA (SALAMANCA)

"Vísperas de Todos Santos, á mediodía, llegamos á la Ciudad de Salamanca.

Procuré saber de un buen hombre allí á quien tenía encomendado me tuviera desembarazada la casa llamado Nicolás Gutiérrez, harto Siervo de Dios, que había ganado de Su Majestad, con su buena vida, una paz y contento en los trabajos grande.

Como vino, díjome que no había podido acabar con los estudiantes que salieron de ella... El fué á cuya era la casa, y tanto trabajó, que se la desembarazaron aquella tarde. Ya casi noche entramos en ella.

Fué harto consuelo para mí, según había mal aparejo de los estudiantes como no deben tener esa curiosidad estaba de suerte toda la casa que no se trabajó poco aquella noche.

"Fundaciones"—cap. XIX.

que nunca hombre vió, é decía: "¡Ay Dios, bendito vos seays que agora veo y o quanto deseava ver!" E quando Brioberis vió que assi dormía, é oía lo que decía, maravillose é ovo gran pavor de ser el diablo que entrara en él, é despertóle, é dixo: "¡Ay, Señor, que me quitastes del alegría en que estava?" "¿Y en qué alegría estavades vos?" dixo Brioberis. Yo era, dixo, en tan gran fiesta y en tan gran compaña de ángeles, que nunca vide gente tan gran asonada" (1).

Veamos cómo describe el P. Ribera, el paroxismo que duró á la Santa tres días, tan semejante á la muerte, que tuvo cavada su sepultura en la Encarnación. "Al cabo de cuatro días revivió, y según á mí me han contado personas de mucha autoridad y religión, á quien yo creo muy bien, porque las conozco mucho, y sé cuán amigos son de verdad, y ellas lo saben de boca de la misma madre, comenzó á decir que "para qué la habían llamado, que estaba en el cielo" y había visto el infierno.—Bien es verdad que siempre que de esto se hablaba, la madre decía que eran "disparates y frenesí— me parece no hay que hacer mucho caso, que debió de ser alguna representación á que ella "daba poco crédito", y por eso decían que era disparates" (2).

El maestro Julián de Avila no se hace eco de estas visiones, limitándose, en cuanto á la enfermedad y paroxismo, á copiar á la misma Santa en su Vida (3).

Para los Bollandistas y la Carmelita de Caen (4), que sigue á aquéllos en todo, vuelven á adquirir importancia estas revelaciones incidentales: suponiendo que el concepto de "disparates" que Santa Teresa les atribuye, fué debido á su gran humildad: y que ya en edad madura, y ante varias religiosas, hubo de ratificarse de la visión del cielo y del infierno; así como de la bienaventuranza que Juana Suárez y D. Alonso Sánchez de Cepeda gozaban por su intercesión.

D. Miguel Mir se limita á copiar la narración del P. Ribera (5).

Mas para nosotros lo importante es que la Santa no quería ser despertada de sueño tan feliz, cuyo disparate, cuyo extravío de imaginación reconoce al punto...

(1) Demanda, 449.

(2) Ribera, ib., lib. I, cap. VII.

(3) Vida escrita por ella misma, caps. V y VI. Julián de Avila; Vida de Santa Teresa (publicada y anotada por La Fuente); parte I cap III.

(4) Bollandos, núm. 95.—Histoire de Sainte Thérèse; cap. V.

(5) Mir., ob., cit. lib. I, cap. XV.

¿Habría en el fondo de la conciencia de la Santa alguna relación vaga, imperceptible, si se quiere, entre su sueño y la visión del Arzobispo de la Demanda? Al darse cuenta la Santa de esta "relación misteriosa", ¿rechazaría sus visiones por "miedo" á la influencia fantástica del libro caballeresco?

Nada podemos afirmar.

Y dejando la Mesa Redonda, veamos la leyenda carolingia.

En el cuento del Emperador Carlos Maynes aparece un enano, calumniador de la reina Sevilla, que luego resulta ser el demonio, y que como tal, ocasiona desastres y penalidades doquiera. Está descrito con gran lujo de detalles.

"El enano era tal, que de más laida catadura non sabería ome fablar. El era gordo e "negro", e beçudo, e avía la catadura muy mala, e los ojos pequeños e encorvados, e la cabeza muy grande, e las narices vanas, e las ventanas de ellas muy anchas, e las orejas pequeñas e los cabellos erizados, e los braços e las manos vellosas como osso, e canos, las piernas tuertas, los pies galindos e rresquebrados".

Y aquí conviene apuntar algo sobre las visiones demoníacas de Santa Teresa, terreno movedizo, en cuya discusión se presentaron ideas atrevidas, no de impíos y racionalistas — que éstos lo niegan todo,—sino de un jesuíta, el P. Hahn, en memoria presentada en Salamanca el tercer centenario de la muerte de la Santa, y que originó una controversia, á que resistió firme el sobrenaturalismo teresiano.

Su tesis se puede resumir en estos dos puntos: 1.° Considerada la Santa en cuanto á su cuerpo, y en cuanto al alma, en sus facultades inferiores: Teresa es un tipo nada común, extraordinario de la grande histeria. 2.° Respecto al alma en sus facultades superiores, y en sus relaciones con lo "sobrenatural-divino", Teresa es el polo opuesto de la histeria. Consecuencia inmediata, que Teresa es una visionaria en las apariciones diabólicas (1).

Pero oigamos hablar á la Santa de los espíritus infernales: "Pocas veces lo he visto (al demonio) tomando forma, y muchas sin ninguna forma, como la visión que sin forma, se ve claro está allí". (Vida, cap. XXXI). E idéntica afirmación se hace de los ángeles en la sublime escena de la Transverberación: "Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos". (Vida, cap. XXIX).

El exceso de visiones "intelectuales" sobre las "imaginarias", si por una parte refuta al-

(1) Revue des questions scientifiques de Bruxelles; tomos XIII y XIV (año 1883).

gunos argumentos del P. Hahn, confirma también la acción de Dios sobre las criaturas, á base de la "naturaleza" de éstas.

Teresa niega el poder de sus facultades imaginativas: habían de predominar las visiones intelectuales.

Pero lo "imaginario" tiene su fundamento en los sentidos—no hay que identificar "imaginario" y "falso",—en el mundo exterior, en la misma "realidad vivida" por la Santa.

¿Quiere esto decir que la Santa "forjase" sus visiones imaginarias?—Nunca.

La Santa tenía, sí, un fundamento (sedimento) "sensible", memoria sensitiva, imaginativa; que en los altos designios de Dios permitiría lo utilizase el demonio para hacerse presente á Teresa de Jesús.

Creemos que las aclaraciones de nuestro punto de vista nos llevan á ver en el párrafo del Cuento del Emperador Carlos Maynes el "sedimento imaginativo" de la visión diabólica de "aquel negrillo muy abominable" (1); y en la visión del "sapo grande" (2) huellas de los monstruos de los libros de caballerías, como el "endriago", muerto por Amadís en la ínsola del "Diablo" (3), ó el extraño animal vencido por Artur Dalgarbe (4).

Y terminemos con una referencia al Padre Amadís, aquel libro que leyera la señora Luscinda, por cuya lectura únicamente, Don Quijote la declaró honesta, discreta y hermosa.

La "sexta" y "séptima" moradas las compara Santa Teresa al "desposorio" y al "matrimonio". La visión intelectual de Dios, cuando da la "Paz" al alma con quien se une en la última morada, "es un secreto tan grande..."; y las palabras de amor del Divino Esposo, "son más para sentir que para decir" (5).

Vasco de Loveira excusa narrar: "los autos é cortesías con que Amadís y su señora se recibieron, porque como quiera que fasta aquí como de "enamorados" se facía de ellos mención, agora, ya, como de "casados" se deben poner en olvido" (6).

¿Recordaría la Santa esta transición del "amor" al "matrimonio", honestamente velada por el escritor caballeresco? ¿Tendría en cuenta para explicar la "unión", los amores repentinos de las novelas, en que la doncella queda tan enamorada. que hace "de su parte lo que puede para que no se desconcierte este" (divino) "desposorio"? (7).

(1) Vida, cap. XXXI.
(2) Vida. cap. VII.
(3) Amadís; lib. 3.°, cap. XI.
(4) Oliveros. cap. 55.
(5) Morada séptima, cap. II.
(6) Amadís; lib. IV, cap. 49.
(7) Moradas quintas, cap. IV.

Terminaremos sentando, que la novela caballeresca, contra la "amatoria" y la "pastoril": es el tipo del "realismo" en el siglo XVI.

En el glorioso pueblo español de aquel tiempo, en que se fundieron la "epopeya" y la "historia" (1), en que lo más ideal y fantástico es llevado á la realidad por los españoles; las hazañas de Amadises y Palmerines; las penitencias y virtudes sublimes de los santos medioevales, no causan extrañeza.

¿Era "idealismo" hablar á España de países y mónstruos desconocidos, de empresas bélicas desiguales, cuando acababa de descubrir un Mundo?

Las leyendas de los Santos, ¿no resultarían demasiado "naturalistas" en la patria de Javier, Teresa de Jesús y Pedro de Alcántara? A quienes trataban familiarmente á Francisco de Borja, Luis Beltrán ó Tomás de Villanueva, no podía hablarse de nada extraordinario.

Y haremos punto final en este ensayo, con la génesis de unos versos, los más conocidos de la Santa, la letrilla,

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
"Que muero porque no muero".

En ciertas coplas de D. Juan de Meneses (Cancionero de Resende), y en una poesía de Duarte Brito (ib.) encontramos el último verso, el estribillo.

He aquí los textos (2):

Porque es tormento tan fiero
La vida de mí, cativo
Que no vivo, porque vivo
"Y muero porque no muero".

Y con tanto mal crecido
Como son vuestras cruezas
Que por vos, triste, cativo
Ya no vivo, porque vivo
"Y muero porque no muero".

Si, como cree Menéndez Pelayo, esta sutileza era lugar común de la poesía lírica del siglo XV, bien pudo llegar á oídos de la Santa transmitida de boca en boca.

Pero si la frase pudo encontrarla "hecha carne" en algún poeta. ó leído por ella directamente, ó transmitido por el pueblo, la idea y su origen los encontró Julián de Avila explicándonos la "muerte espiritual del amor", que

(1) Vázquez Mella. Discurso en el Teatro de la Princesa en honor de M. Pelayo.
(2) M. Pelayo. Antología de poetas líricos castellanos; tomo VII, prólogo; págs. 133 y 138.

es: "apartarse el alma, y el corazón y la voluntad de sí mismo, y de todo lo que no es Dios, y vivir más en el amado que en sí mesma; y decir con San Pablo: "Vivo yo, ya no yo, porque Jesucristo es el que vive en mí (1); palabras que confirma la Santa, diciendo acordarse infinitas veces del dicho de San Pablo... "que me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y da fuerzas" (2).

Cervantes, que hace á su héroe exclamar:

(1) Julián de Avila; ob. cit.; cap. XV, parte I.
(2) Relación II.

"Ella (Dulcinea) pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser"; ¿se inspiraría en algún libro devoto, ó en algún pasaje caballeresco que sirviera de fuente común á la Santa y al manco ilustre? (1).

No estamos documentados para responder, siquiera hipotéticamente.

Dios mediante, algún día ampliaremos estos apuntes. El haga que sea para honra suya y de Teresa de Jesús.

RAFAEL CALATRAVA

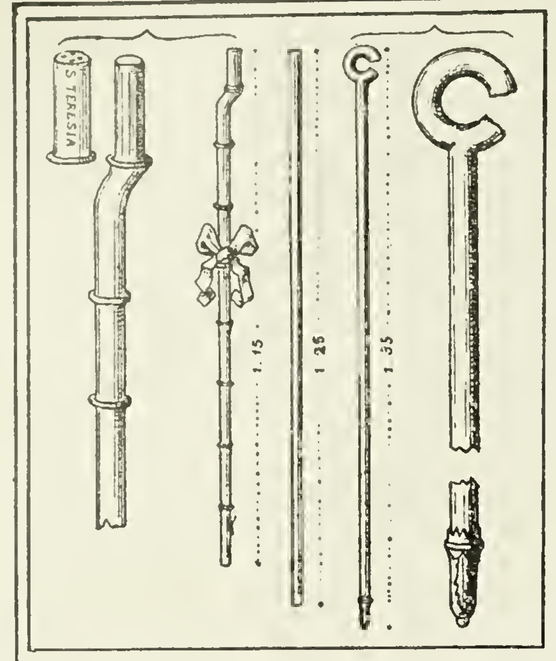
(1) D. Quijote; parte I, cap. XXX.



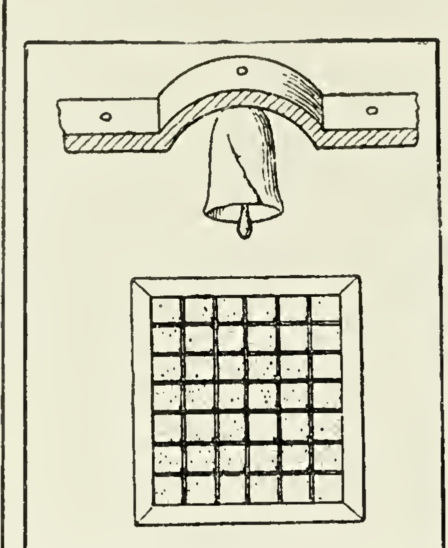
FACHADA DEL CONVENTO DE SAN JOSÉ
(VULGO LAS MADRES)

Este es el primer Convento que fundó Santa Teresa. "Pues todo concertado—dice la Santa.—fué el Señor servido que el día de San Bartolomé tomaron el hábito algunas, y se puso el Santísimo Sacramento. Con toda autoridad y fuerza quedó hecho nuestro monasterio del glorioso Padre nuestro San José, el año de 1562.

"Estando todas en el Coro en oración, vi á Nuestro Señor con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo dél parecía ampararnos á todas. Entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor á las de esta Casa." (Vida, cap. XXVI).



DIFERENTES BÁCULOS DE LA SANTA QUE SE CONSERVAN EN AVILA, ALCALÁ Y PASTRANA



CAMPANILLA COLOCADA POR LA SANTA EN SAN JOSÉ DE ÁVILA CON LA QUE SE CONVOCABA Á LOS CAPÍTULOS GENERALES DE LA ORDEN



CUADRO DE NUESTRO SEÑOR ATADO Á LA COLUMNA LLEVADO POR SANTA TERESA Á LA FUNDACIÓN DE PASTRANA



ECCE HOMO, PINTURA AL FRESCO DE FRAY JUAN DE LA MISERIA EN LA CAPILLA DE SAN PEDRO

La senda escondida.

Son las cosas espirituales indiferentes á la mayoría y arma de controversia para muchos y no debe escandalizar á los timoratos mi modesto propósito de señalar una característica de la Vida Interior, en las almas que conocen la "senda escondida" de Cristo.

Nadie puede verse libre del interrogante anatema del pozo de Jacob; cuando la Samaritana se oye decir: "Si tú supieses el dón de Dios?"—eso que no pretendemos, á cuyo bien aspiramos es un principio de sabiduría, porque el que busca á Dios, lo ha hallado... así ignorando el salivazo de los impíos y la mística (¡!) heterodoxia que desvirtúa lo que analiza partiendo de un principio falso, hemos de dar fe del caso sobrenatural... Y como fué mi infancia claustrada, y piadosa la memoria de almas virtuosas y sabias que me fueron maestras, hube de formular el "Si tú supieras..." amenudo... pero nunca con más razón que ante la obra de aquel escritor vibrante y moderno que osó profanar con burda fábula la persona de Santa Teresa de Jesús. Cuando la pluma tan parisinamente detractora y audaz de Catulle Mendès hizo de su "Virgen de Avila" una iluminada teatral, monja andariega y seductora, de la cual no sospechó el ascético y españolísimo espíritu; probóse una vez más, que la licencia, la impiedad y el refinamiento "boulevardier" y sensual,—junto con la ignorancia crasa de los franceses por lo que no les pertenece—confundieron en una Babel de impotente soberbia, el lenguaje dorado, sugestivo de un poeta que no sabía "nada" del "dón de Dios". El pretendió reencarnar en su obra la altísima figura de Teresa; ¿sin estudiar á fondo ni su vida ni sus obras; sin prepararse con lecturas de la época; sin asimilarse ni profundizar en el momento español y prescindiendo del tesoro de nuestra mística y de la autoridad de sus comentadores?

¡El fracaso fué enorme! ¿Qué podía venir de un cenáculo literario de París que tuviese forma siquiera de anécdota española? ¿Y cómo esperar que hubiese en ella místico soplo, si el autor en su epicureo mundanismo ignoraba el Templo Invisible donde sólo penetran los iniciados, sin sandalias y ungidos?...

Acontece con las vidas de los santos como con los hechos heróicos, que juzgamos casos excepcionales de imposible imitación; nuestra rutinaria observancia de la ley divina no indaga el significado de los grados de perfección, ni modos de oración; exceptuada la circunstancia de morir por la fe,—como hija de los tiempos de persecución,—tiénese por menos extraordinario el suplicio, que la existencia de algunos santos, que parece un milagro de santidad sobrehumana y señalan los "maestros" como astuto ardid demoníaco el deseo de su imitación, hijo de la soberbia que precipita en las sombras del error ó de la locura morbosa á no pocas gentes. Pero

si el sacrificio heróico, la penitencia excesiva, que responde á tentaciones terribles y extraordinarios favores. se apartan del camino trillado del cristiano, no es menor el mérito de las vocaciones excepcionales, como ejecutoria de la Iglesia y asombro de los creyentes.

No debemos extrañar que eso sea letra muerta para descreídos y sectarios, que puede haber heterodoxos como aquel Teodoro de Beza, teólogos y versados en cosas del espíritu sin embargo; pero habríamos de meditar en los inexcrutables designios y "escondidas sendas" que Dios tiene preparadas para sus electos y con sencillez y buena voluntad decir ante los santos "Tu quoque"! "Tú también eres de los que estaban con Jesús"! Allí donde no llega la concupiscencia de los hombres carnales, que no ven el patrimonio de los escogidos...

De éstos fué Teresa de Ahumada, que reunió en su persona los dones de virtud y sabiduría que la hicieron reformadora y maestra, porque aunó el ideal divino, con la lucha humana y escalando cumbres de santidad, midió abismos de desolación y llena de serenidad y gracia, sufrió la persecución de los hombres, que la llamaron "Histérica visionaria, embaucadora, (véase Ribera, La Fuente, Foppel y otros), monja de Satanás"! cuando era una santa insigne, un serafín de amor, una "enviada" que á través de la vida, siguió "la escondida senda", como la más grande enamorada de Cristo.

¿Qué podía saber de eso el escritor francés, que en el alambique de una lógica hecha de noticias superficiales, de puntos de vista equivocados, llevó á la escena una elucubración dramática, que merecía una represalia española? Bien dijo Gerson: "No creerán en revelaciones los sabios del mundo, que no saben las cosas del corazón ni del espíritu..." ¡Para esos es un mito siempre el caso espiritual!

Detengámonos ahora un momento en el místico jardín donde florecen las rosas de perfección. Se llaman Teresa, Catalina, Rosa, Margarita, Magdalena, Gertrudis, Imelda, Juana (son tantas) y el plantel del Carmelo está frondoso y perfumado como el huerto hermético de la Esposa del "Cantar de los Cantares"... Entre esas almas que vieron distintos siglos, y patrias diferentes; separó una época, un lugar; el ambiente, la condición y la orden religiosa, hay la extraña semejanza de los que amaron á Jesús sobre todo.

Ved cómo se repiten sus vidas crucificadas, sus favores extraordinarios; la contradicción y el milagroso resisitr. y qué magnífica proporción toma entre ellas la santa más española. Su hermosura; su natural apacible y vivísimo ingenio; puestos al servicio de una gran causa; la empresa ardua de una Reforma llevada á cabo con el solo prestigio de una pobre mujer,—que como instrumento del Cielo, asume una responsabilidad providencial y heróica,—y es doctora en el consejo, clarividente en el empeño, oportuna en la acción y autorizados su palabra y su gesto por el valor de su sacrificio. No importa que en sequedad y desolación cuente los ladrillos de su celda; sus páginas de oro van llenas de la ciencia de ese Dios que se le esconde y en cartas admirables y rimas fervientes al alma seráfica se nos muestra trasnverberada. A su paso siembra los conventos como un trigal de penitencia; padece enfermedades la tentación la conturba y el regalo divino la colma. La "mentirosa", la "demente" no retrocede en su misión; no importa que sus escritos sean discutidos, sujetos á censura y expurgo; tachados con meticuloso celo en concepto de heréticos; que su virtud y condición no la libren de la cárcel y del Santo Oficio; porque desde su calvario y en esas cumbres de sufrimiento, va cimentando la monumental empresa de reformar el Carmelo. Leed sus obras; un soplo divino las orea; una singular "presciencia" las informa; el amor de lo alto las inflama y su verbo es siempre espontáneo, castizo, "estupendamente español" en su clasicismo imperecedero y hasta para los que aludía Gerson: "como ignorantes de las cosas del corazón y del espíritu" llega el convencimiento de una autoridad indiscutible. Del hondo sentir, del alto pensar, de la prosa que fluye fácil y fresca como el agua del manantial, es maestra Teresa de Jesús; si á los dotes de proporción. claridad, amenidad y sabiduría añadimos la inspiración celeste, comprenderemos cuánto significa su legado joya mística, de arte literario, como pocas. Si ahora dijese yo que es lo antes dicho "una característica" innegable de las grandes enamoradas de Cristo, me tacharían quizá de ilusa, ó quizá de pretender restar importancia á la estupenda figura moral de Santa Teresa de Jesús; pero cuando se ha crecido en un claustro, siendo cotidiana la lectura de los místicos y familiares muchas crónicas y escritos de almas extraordinarias, el criterio sobre cosas espirituales no puede ser del todo erróneo; en las horas conventuales de la adolescencia, nos ocupamos en piadosos comentarios sobre las vidas más santas, algo sabemos de ellas, y de la semejanza de "momentos" interiores y del extraño coincidir en los conceptos, de las que fueron doctas y el amor divino hizo maestras, con las ignorantes que llegaron á escribir



Convento de PP. Carmelitas Descalzos de Alba de Tormes, perpetuos capellanes y confesores de sus hermanas, las Religiosas Carmelitas Descalzas, de la Iglesia donde se venera el cuerpo incorrupto de Santa Teresa. Ellos son los que enseñan el Corazón transverberado de la Santa á los peregrinos y devotos teresianos.

cosas profundas. Y ese paralelismo de las almas á través del tiempo es pasmoso; hay que poner á salvo la sugestión é influencias; el modelo á la vista; el piadoso deseo de imitación, "por virtud" y el acopio de documento vivido y escrito y aun así resulta evidente, conmovedor, maravilloso y confirma nuestro aserto; en la unidad y en el detalle es prueba palmaria de que existe y se repite á través del tiempo "el caso" ó fenómeno espiritual y que no "necesita" de la sugestión emuladora muchas veces. porque lleva en sí una fuerza inconsciente; tiene providencial solución de continuidad con sus precedentes y en los grandes rasgos se repite como en lo más característico, esencial y auténtico...

Las embaucadoras de todos los tiempos, que dan el cambiazo de la falsa devoción, se desenmascaran fácilmente en sus escritos y más pronto que en sus actos. De lo que ocurre en el fondo de las conciencias es difícil el juicio; pero no así el análisis de la obra cuya sinceridad en la

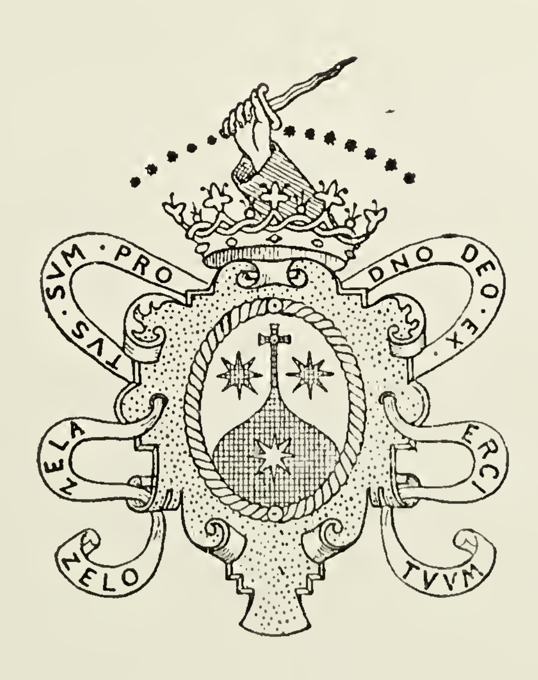
expresión y transcendencia de la emoción, dará luz sobre muchos puntos capitales, que tiene la verdad su acento propio y hay una lógica que rara vez se falsifica y que en cosas del espíritu es imposible mistificar; luego el escollo de la doctrina, por un lado y de la emoción justa, por otro, son dos brechas que nos muestran el error, la impostura é intención pecaminosa y es fácil destruir esos "castillos de naipes" de la supuesta santidad donde se parapetan impostores, ilusos y farsantes.

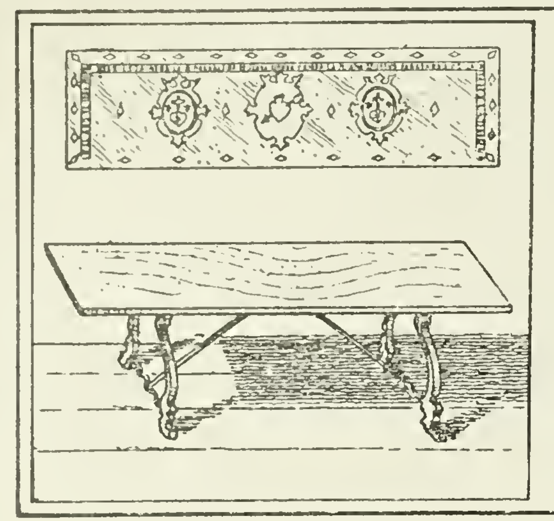
En cambio las grandes enamoradas de Cristo que se llaman Teresa, Margarita, Juana Inés, Mariana, Rosa, Gertrudis, Magdalena... ¿de Jesús? ¡Sí! "de Jesús" son todas, y fácilmente cognoscibles, porque amaron mucho y en su vida crucificada se hicieron semejantes á su divino Dueño; rudo padecer, constante esfuerzo por poseer á Dios; solidez y expansión de las obras que fundaron, de las páginas que escribieron y cuya llama prendió como fuego en tantos corazones, bastan á probar su alta misión, que no debe analizarse con el impío espíritu del siglo. ¿Cómo negar el paso de esos espíritus elegidos que hallaron la "senda escondida" de la ciudad mística de Dios? Eso equivaldría á negar el mundo de las fuerzas invisibles; el misterio de las almas; el poder sobrenatural y el fenómeno psíquico: sería dudar de la metafísica; del constante milagro que nos envuelve y nos rodea. El valor de los fenómenos magnéticos, hipnóticos, telepáticos, psicológicos está en relación de otros que aun no nos explicamos. Deslindamos las fronteras de sueño y de realidad; confines de la razón y locura; sabemos los errores de la memoria y de la voluntad; las clarividencias afectivas; los casos de autodidaccia que parecen de ciencia infusa; los prodigiosos inventos y ¿negaremos el poder del Espíritu Santo y el milagro de la santidad?

Que el mundo interior se nos revele un punto y sabremos más que un tratado de perfección y una suma teológica.

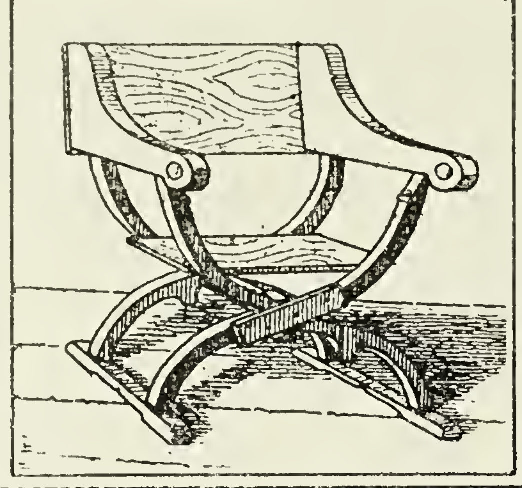
Sería arduo definir el prodigio que ocurre en lo que Fr. Interiám de Avila llamó "alcázar del pecho" que es el castillo de que habla, místicamente el evangelio" y hemos de atenernos á su evocación escrita en revelaciones, visiones, soliloquios, rimas y admirables cartas autobiográficas: ya desde los días de Santa Brígida, Santa Paula, Santa Catalina, Santa Gertrudis, Santa Mechtildis á los días de la Baronesa de Chantal, de la Beata Alacoque, de las que se llamaron Agreda, Silva, Galindo, Borja, Paredes, Asbaje, Enmerich, Chaugy, Rochebardoul, Mendoza, Marcillach y tantas que recuerdo y omito, de varia épocas, naturaleza y condiciones; tantas que olvido ó ignoro, que fueron prez de su sexo y de la cristiandad y forman una verdadera literatura femenino-mística, que por comparación hace valer y constar la soberana personalidad de Santa Teresa; que entre excelencias. descuella y predomina y aparece como el verbo y arquetipo de "la electa" y maestra en esa doctrina "que enseña la comunicación directa del hombre y la divinidad, en la visión intuitiva ó el éxtasis" según decía Don Juan Valera; mujer que tuvo tanta virtud como merecimiento y la "característica" innegable que señalo: "la obra escrita" que la confirma genial y santa y demuestra un caso estupendo de fenómeno espiritual.

Condesa i el Castellá.

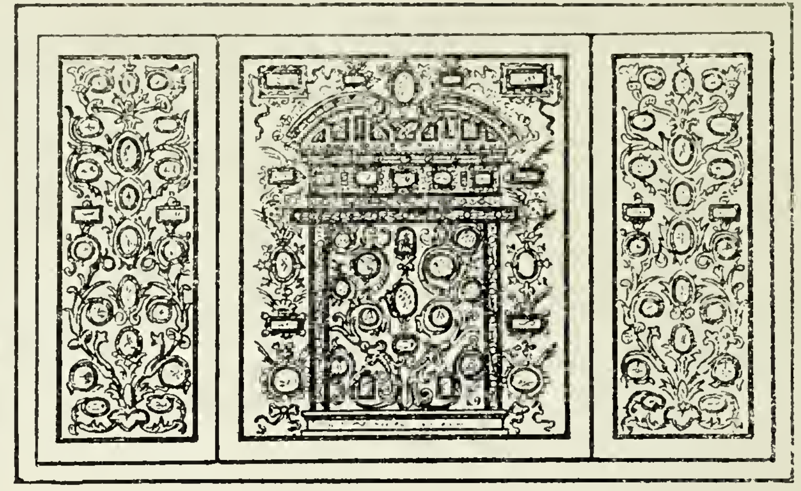




MESA DEL REFECTORIO DONDE TOMABA SU REFECCIÓN LA SANTA



SILLA DEL LOCUTORIO EN QUE ESTABA SENTADO SAN JUAN DE LA CRUZ AL EXTASIARSE EN EL CONVENTO DE VEAS



RELICARIO TRÍPTICO BORDADO POR LA SANTA

Santa Teresa y la ascética modernista.

Al hojear por vez primera la Encíclica "Pascendi", de S. S. el Papa Pío X, que anatematiza soberanamente las mostruosas doctrinas del modernismo, no acabábamos de comprender los españoles cómo era posible que tamañas aberraciones intelectuales llegaran á tener cabida en cerebros modelados dentro de la Iglesia católica. Y sin embargo, la explicación resulta por demás sencilla y obvia, si nos atenemos á la infalible y luminosa sentencia del admirable libro de la sabiduría, en que Salomón explica el origen de las teorías idolátricas y de las abominables leyes del paganismo: "Con el andar del tiempo, dice, tomando cuerpo la inicua costumbre (de adorar los ídolos), este error vino á ser observado como ley" (1).

No es cosa rara, efectivamente, en la historia del pensamiento humano el triste fenómeno de constituirse escuelas y teorías filosóficas para canonizar los extravíos del corazón y la perversidad de las costumbres, que previamente habían invadido las diversas capas sociales con el andar de los tiempos. Y sin salir de nuestro caso, notorio es á cuantos hayan seguido el curso de la historia contemporánea, que mucho antes de fraguar los modernistas su descabellado sistema filosófico-religioso, y primero que los americanistas de los Estados Unidos cuajaran su insostenib'e doctrina pseudo-ascética, refundida luego en el modernismo, ya el espíritu independiente, sentimentalista, ligero y bullicioso de la época reinaba poderoso en las costumbres públicas y privadas, y como insano fermento invadía silenciosamente el corazón y la cabeza de la moderna sociedad, sin perdonar á individuos que por su estado y oficio debieran ser los primeros en atajar y combatir tan perniciosa corriente. En suma: que siempre los extravíos del corazón han sido los más potentes factores de las aberraciones y trastornos de la inteligencia, como siempre asimismo la rectitud y la pureza en las costumbres han constituído la más feliz disposición para el descubrimiento de la verdad en los campos de la filosofía y en la esfera religiosa.

(1) Libro de la *Sabiduría*, cap. XIV, vers. 16.

De las precedentes y sencillas consideraciones, que todo observador imparcial hallará verdaderas en el terreno de la historia y que admitirá como válidas en el de la filosofía todo espíritu sincero, fluye naturalmente la verdad de mi tesis, que en obsequio á la "Doctora mística" y como recuerdo del tercer centenario de su canonización voy á consignar en estas breves páginas:

"Las costumbres y la doctrina de Santa Teresa de Jesús forman el mejor proceso condenatorio de las costumbres y doctrinas del modernismo ascético."

Caracteres del modernismo ascético.

Estudiando á fondo los principales documentos pontificios que contienen reprobada la doctrina modernista (1), no es difícil descubrir en ellos tres puntos culminantes á donde con-

(1) Carta encíclica *Testem benevolentiae*, de León XIII al Cardenal Gibbons y Obispos de América, condenando el *americanismo*, 22 Enero de 1899. Encíclica *Pascendi*, de Pío X sobre el *modernismo*, 8 Septiembre de 1907.

vergen todas las afirmaciones de este perverso sistema en asuntos de perfección ó de virtudes cristianas, afirmaciones que no son sino fórmulas corespondientes á los tres vicios que desnaturalizan y falsean la piedad ó vida devota de nuestros días, á saber: "el sentimentalismo", como fuente del conocimiento y de la discreción espiritual; "la independencia de todo exterior magisterio", como medio directivo, y "la distinción entre virtudes activas y pasivas con el menosprecio de las segundas", como ejercicio propio del modernista pseudo-asceta. Empecemos por fijar este último carácter, ya que se ofrece más exterior y visible á nuestros ojos.

Las virtudes activas.

Invento desgraciadísimo de los americanistas adoptado é ingerido en el sistema teórico práctico del modernismo, fué la distinción absurda entre virtudes "activas y pasivas", como si pudiera concebirse alguna virtud de verdadero nombre que no se ordenase al ejercicio de la actividad humana y que por lo mismo no fuera esencialmente operativa (1). Mas lo peor del diabólico invento no se halla en la distinción misma de las virtudes, sino en el menosprecio de las que los modernistas catalogan en el segundo grupo, las cuales coinciden precisamente con las virtudes morales más recomendadas en el Evangelio y practicadas por los Santos. Tales son la humildad, la obediencia, la paciencia, la mortificación cristiana, los votos religiosos y otras prácticas de este orden, que para el modernismo son depresivas de la actividad humana. En cambio, recomiendan los modernistas como virtudes acomodadas á nuestros tiempos las exteriores y sociales, que á lo sumo podrán tomarse como virtudes cívicas ó urbanas.—¿Y no es verdad, lectores míos, que si en teoría no defendemos semejantes aberraciones, seguimos en la práctica con más ó menos disimulo esas corrientes modernistas? La exterioridad, el aparato, la exhibición personal, el horror á la penitencia y á todo lo que reprima los sentidos, la vida muelle y comodona, la actividad "ratonil", que decía el Padre Fáber, y otras condiciones semejantes, que se observan frecuentemente aun en personas dadas á la vida devota, ¿qué son sino el falseamiento de la piedad y el uso de ella en sentido modernista? Pero sigamos el examen de conciencia.

(1) Véase la *Suma Teológica* de Santo Tomás, p. 1-2, q. 55, a. 2.

La independencia directiva.

Aquello del "Eamus ad videntem", "vayamos al profeta", que solían decir y practicar los buenos israelitas en la Antigua Ley, ó bien el principio de la autoridad formulado en la escuela pitagórica con el famoso "Magister dixit", "el Maestro lo ha dicho", ya no reza con los modernistas: los cuales rechazan por sistema todo magisterio exterior que se les imponga, concediéndole á lo sumo cierto poder sugestivo, y sólo se dirigen por los impulsos de su conciencia religiosa. Y aunque exteriormente ó en público, añaden, se haya de manifestar cada uno obedientísimo á la autoridad, no por eso debe dejar de seguir para su propio uso las inspiraciones de su ingenio.—Por enormemente orgullosa que aparezca en teoría esta preferencia del capricho individual sobre el magisterio de una autoridad legítima, ¿no es verdad que en las práctica se halla infiltrado este virus ponzoñoso del liberalismo en la mayor parte de los individuos que forman la sociedad moderna, sin excluir de este número muchas personas que profesan vida devota y aun perfecta? Todos nos creemos suficientes para dictadores, sin obligación de seguir extraño magisterio.

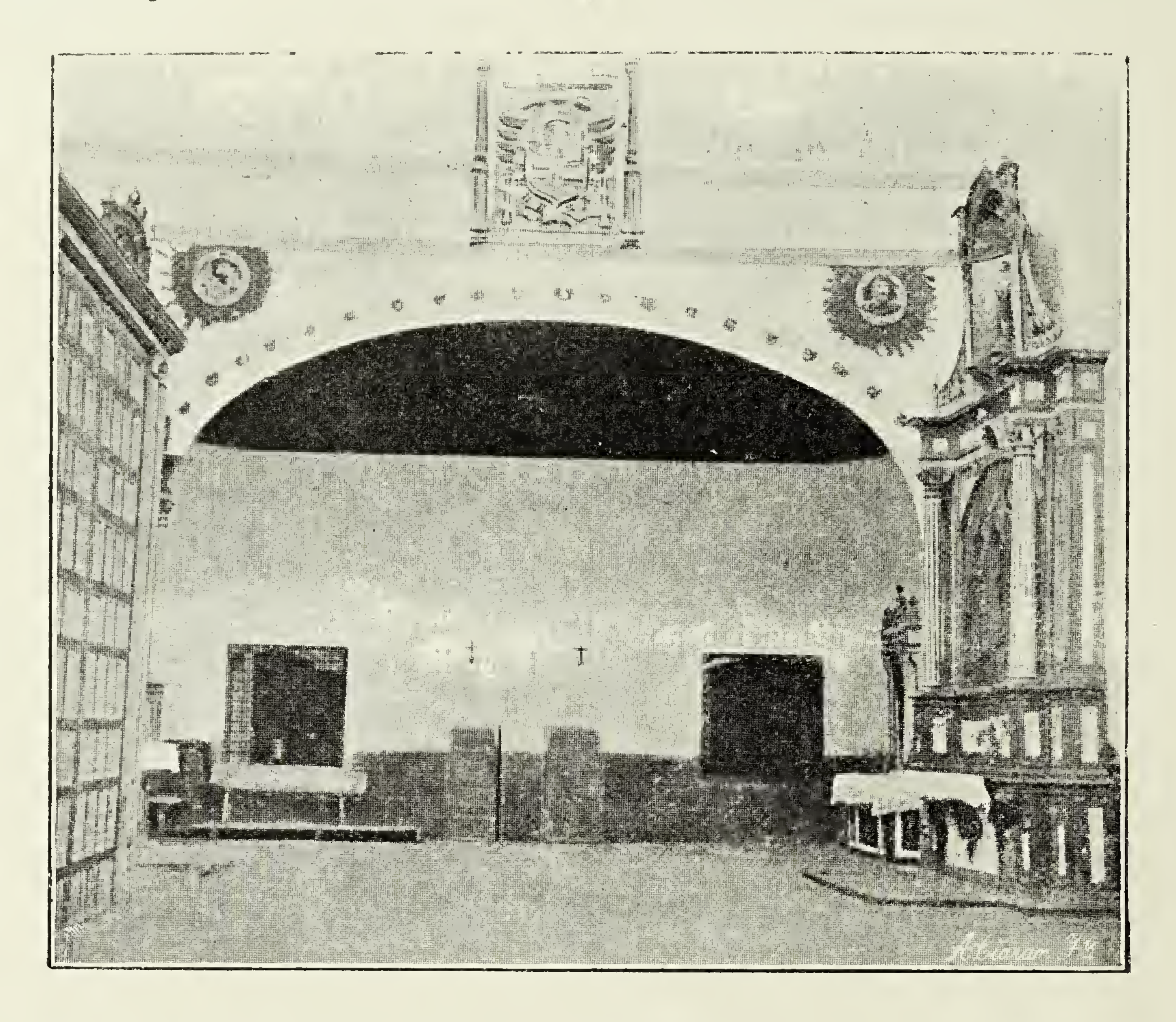
El sentimentalismo.

Para los modernistas, el principio de todo el orden religioso está en el sentimiento é intuición del corazón y en la experiencia individual de cada uno. De consiguiente, ha de cifrarse en el sentimentalismo el criterio de la verdad religiosa, y ya no debe ser la razón ilustrada por la fe, que viene de fuera, la que regule nuestras acciones, sino el puro sentimiento ó los impulsos y afectos del corazón sensible. Pero estos delirios, que ningún racional puede admitir sin protesta de sus más nobles facultades, ¿no son actualmente la causa y la norma directiva de la conducta que siguen muchísimas personas, aunque blasonen de razonables y perfectas? Se juzga y se obra comúnmente por impresiones de momento; se sigue tal ó cual bandería por afecciones personales; se busca en la piedad y en las prácticas religiosas la ternura y devoción sensible, como la quintaesencia de la perfección cristiana.

Conclusión intermedia:

Luego las doctrinas modernistas en ascética, por absurdas ó por disparatadas que se presenten á nuestros ojos no son sino

fórmulas expresivas, con más ó menos crudeza, de la formación viciosa que tienen muchas almas en la escuela de las virtudes, al uso de nuestra época. Se postergan las virtudes llamadas pasivas; se abandona ó se tiene en poco la dirección espiritual y el magisterio de la Iglesia, y se gobierna cada uno por las variables afecciones de su corazón sensible: tal es el modernismo práctico.



INTERIOR DEL CONVENTO DE MEDINA DEL CAMPO

El remedio.

Muy oportuno viene para remedio de tanto mal el recuerdo de la fecha en que la Cátedra de Pedro canonizó á la vez la doctrina y la vida de Santa Teresa de Jesús, vida y doctrina que serán para nuestros achaques modernistas un tópico revulsivo que los desconcierte y un bálsamo eficaz que los sane. Pero como habría de resultar inacabable la tarea de reunir aquí toda la medicina que para las cancerosas llagas de la ascética modernista nos proporcionan los dichos y hechos de la incomparable Doctora, escogeremos alguna que otra muestra de los tales remedios específicos, en correspondencia con los tres mencionados achaques.

La abnegación y la Cruz.

Desde que Jesucristo, Maestro de celestial doctrina y Médico de la humanidad doliente, pronunció aquella máxima de vida eterna: "Quien quiera venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo y tome cada día su cruz". la cruz y la abnegación cristiana, es decir, el conjunto de "virtudes pasivas" en concepto de los modernistas, constituye la ley fundamental del camino de perfección, sin que pueda sustituirse por otra con el andar de los tiempos. Porque "Jesucristo, el mismo que ayer, es hoy y lo será por todos los siglos", como dice el Apostol (1).

A esta ineludible norma de vida cristiana ajustaba severísimamente todos sus pasos la heróica Teresa. hasta el punto de anhelar la muerte, si la vida no hubiera de servirle para humillarse y para sufrir por Dios, según la conocida letra: "O padecer, ó morir". De aquí que todas sus obras literarias respiren humildad, abnegación y cruz hasta el heroismo, y no hay más que leer algunos párrafos de su genial autobiografía, para sentir al momento el delicado perfume de

(1) Epistola de S. Pablo á los Hebreos, c. 13, v. 8.

tan excelentes virtudes, difundido en todas sus páginas. Enseñó magistralmente esta recóndita sabiduría, porque de mucho antes la había gustado por experiencia: "coepit facere, et docere."

¡Y qué lecciones tan sublimes y originales nos da de ella! Aun á riesgo de cansar á nuestros bondadosos lectores con lo prolijo de estas disquisiciones ascéticas, plácenos trasladar aquí algunos de sus conceptos más luminosos.

"Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante esto: que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada, y quien esto no entiende, anda en mentira" (1).

"Mientras estamos en esta tierra. no hay cosa que más nos importe que la humildad" (2).

"La humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruin y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad, no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la escurece, ni da sequedad, antes la regalada y es todo al revés, con quietud. con suavidad, con luz... En esta otra humildad que pone el demonio no hay luz para ningún bien; todo parece lo pone Dios á fuego y á sangre..."(3).

"Jamás deje de humillarse y mortificarse hasta la muerte en todas las cosas" (4).

"Creer que admite Dios á su amistad á gente rega'a y sin trabajos, es disparate"(5).

¡"Oh soberanas virtudes (la mortificación y la humildad). señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Jesucristo! Quien las tuviere, bien puede salir y pelear con todo el infierno junto y contra todo el mundo y sus ocasiones" (6).

Las activas y las pasivas.

Mas lo peculiar y característico de nuestra Santa, en orden á esta diferencia de virtudes activas y pasivas que establecen los fautores del modernismo, es sin duda que las poseía todas en amigable consorcio, sirviendo las unas de firme sostén y á un tiempo de vigoroso empuje á las otras. ¿Quién más humilde, paciente y contemplativa que la seráfica Teresa? ¿Y qué alma se ha templado jamás en la escuela modernista con tantos bríos y aceros para la vida activa, como la Reformadora del Carmelo en la escuela de Jesucristo?

Que hablen sus treinta y dos conventos, fundados por ella misma; sus numerosos escritos, que son y serán siempre la admiración de los sabios; sus frecuentes y difíciles viajes, sus arriesgadas empresas en la reforma de los Carmelitas, sus múltiples relaciones con personajes de todas las categorías de la sociedad, su trato agradable y urbanísimo, sin cobardías ni encogimientos (1). Y quien atentamente considere el admirable concierto de tales virtudes en una mujer débil y enfermiza, atrévase á decir que la humildad y la mortificación y la vida contemplativa son enemigas de la actividad y se oponen á las virtudes activas. Y si dudas aun cupieran, escúchese la bellísima sentencia de nuestra Doctora: "Creedme, que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje con no darle de comer. ¿Cómo se le diera María, sentada siempre á los pies, si su hermana no la ayudara"? (2).

La dirección y el magisterio.

Difícilmente se hallará en el transcurso de los siglos persona alguna en quien puedan observarse reunidas tanta ilustración celestial y secreta é íntima y á la vez tanto consejo y dirección buscado en los hombres, como se vieron en Teresa de Jesús, para confusión de los modernistas que rechazan el magisterio y la dirección espiritual de fuera. Jesucristo fué siempre el Maestro interior de la Santa, como ella misma lo asegura (3) y según lo patentizaron sus muchas revelaciones; mas con todo. nada emprendía ni resolvía la humildísima Teresa sin consejo y aprobación de sus directores. para quienes nada tenía escondido en los pliegues de su alma (4). Y fué singular Providencia de Dios que contribuyeran á formar y perfeccionar el espíritu de la Santa personas de muy diversos estados y condiciones, ejerciendo todas ellas el magisterio espiritual con admirable competencia: Carmelitas, Dominicos, Franciscanos, Jesuítas, Obispos. Canónigos, simples presbíteros y hasta caballeros y señoras de gran virtud fueron maestros espirituales de la ilustre Doctora,

(1) Libro de las *Moradas*, Mor. VI, cap. X, núm. 6.
(2) Ibid., Mor. I, cap. II, núm. 10.
(3) *Avisos*, núm. 51.
(4) *Camino de perfección*, cap. XVIII, núm. 1.
(5) *Vida*. cap. XXX. núm. 6.
(6) Camino de Perfección, cap. X. núm. 3.

(1) Camino de Perfección, cap. XXII, núm. 1 y capítulo XLI, núm. 8.
(2) Libro de las *Moradas*, Mor. VII, núm. 17.
(3) Su *Vida*, cap. XII, núm. 4.
(4) Su *Vida*, cap. XXX, núm. 2.

recibiendo ellos á su vez en este inefable comercio clarísima luz y grande aprovechamiento para sus almas. Nadie pues, mejor que esta insigne Maestra de espíritu pudo con derecho escribir, preparándonos contra los errores del modernismo, los siguientes documentos entre otros muchos que van esparcidos en sus inspiradas obras.

"Mi opinión ha sido siempre y será que cualquiera cristiano procure tratar con quien tenga buenas letras, si puede. y mientras más, mejor; y los que van por camino de oración tienen de esto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más" (1).

"Muchas veces me ha dicho el Señor que no deje de comunicar toda mi alma y las mercedes que el Señor me hace con el confesor, y que sea letrado, y que le obedezca... Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mesmo Señor á decir que le obedeciese; después, su Majestad le volvía para que me lo tornase á mandar" (2).

"Las cosas de su alma procure tratar (cada uno) con su confesor espiritual y docto, á quien las comunique y siga en todo" (3).

"En todo nos sujetemos á lo que tiene la Iglesia, como lo hago yo siempre, y aun esto (el escrito dirigido á sus monjas) no os daré á leer hasta que lo vean personas que lo entiendan" (4).

"No queramos ir por camino no andado; que nos perderemos al mejor tiempo" (5).

—Y ahora vengan los modernistas y los protestantes de toda casta á decirnos si debe seguirse el espíritu privado. prescindiendo del exterior magisterio.

La cabeza sobre el corazón.

Ya no es de admirar, en vista de los hechos y dichos precedentes, cuán acérrima enemiga fué la Santa de todo sistema que trate de seguir los caprichos de la fantasía ó los impulsos sentimentales al estilo de los modernistas, no teniendo ella en sus juicios prácticos otro criterio que el de la razón ilustrada por la fe católica, tanto en los goces de su espíritu, cuanto en las horribles sequedades de su alma. Aunque de imaginación viva y de corazón grande y afectuoso, jamás sus potencias sensitivas dejaban de sujetarse á las racionales, ni menos se convirtieron en directoras de su espíritu. Siempre temía la Santa mucho más á la flaqueza de la imaginación que al mismo demonio (1), y se recelaba del afecto sensible, por más honesto que fuese (2), y aun ponía en cuarentena los gustos y consolaciones interiores, por más legítimos que á otras almas pudieran parecerles (3). Equilibrados de esta suerte el corazón y el entendimiento, se halló la seráfica Madre en excepcionales condiciones para enseñarnos y prevenirnos contra el espíritu sentimental y fantástico de los modernistas. Escuchemos sus palabras.

"Acaece á algunas personas (y sé que es verdad, que lo han tratado conmigo, y no tres ó cuatro, sino muchas) ser de tan flaca imaginación, ó el entendimiento tan eficaz. ó no sé qué se es, que se embeben de manera en la imaginación, que todo lo que piensan claramente les parece que lo ven;... por que van ellas mismas componiendo lo que ven con su imaginación... Es cosa muy entendida no ser para hacer caso de ello, y así se olvida mucho más que cosa soñada" (4).

"He visto caer á personas de oración (en especial mujeres, que como somos más flacas, ha más lugar para lo que voy á decir)... flacas de complexión. que en teniendo algún regalo, sujétales el natural, y como sienten algún contento interior y caimiento en lo exterior..., déjanse embebecer; y mientras más se dejan, se embebecen más, porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento. y llámole yo abobamiento" (5).

"No consintamos que sea esclava de nadie nuestra voluntad (habla también de las aficiones sensibles) sino del que la compró por su sangre: miren que sin entender cómo, se hallarán asidas que no se puedan valer. ¡Oh, válame Dios! Las niñerías que vienen de aquí no tienen cuento, y porque son tan menudas, que sólo las que lo ven lo entenderán y creerán, no hay para qué las decir aquí" (6).

"Dejemos andar esta taravilla de molino (quiere significar, "no hagamos caso del bullicio de la imaginación), y molamos nuestra harina, no dejando de obrar la voluntad y el entendimiento" (7).

"En lo que está la suma perfección, claro está que no es en regalos interiores, ni en grandes arrobamientos, ni en visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad

(1) Su *Vida*, cap. XIII, núm. 12.
(2) Ibidem, cap. XXVI, núms. 3-5.
(3) *Avisos*. núm. 63.
(4) Camino de perfección, cap. XXX, núm. 3.
(5) Moradas, VII, c. 4, núm. 17.

(1) Libro de las *Fundaciones*, cap. IV, núm. 1.
(2) Su *Vida*, cap. XL, num. 14.
(3) Libro de las *Moradas*, Mor. II, cap. 1. núms. 18 y 14; y su *Vida*. cap. XXIII, núm. 1.
(4) Libro de las *Moradas*, Mor. VI, cap. 9, núm. 6.
(5) Ibid., Mor. IV, cap. 3, núm. 11.
(6) Camino de Perfección, cap. 4, núm. 5.
(7) Moradas, Mor. IV, cap. 1, núm. 12.

tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo amargo, como lo sabroso, entendiendo que lo quiere su Majestad... Habría tanto que decir aquí, que no acabaríamos de esta batalla interior y tanto lo que pone el demonio y el mundo y nuestra sensualidad para hacernos torcer la razón..." (1).

—Nos haríamos interminables aduciendo textos de la discretísima y experimentada Maestra contra los desvaríos de la imaginación y extravagancias del sentimentalismo. "De devociones á bobas, nos libre Dios": tal era su constante máxima. Pero ya es hora de concluir nuestro sencillo trabajo, no sin resolver antes una objeción que podría ofrecerse á quien lo lea, y que en realidad oponen los modernistas.

¿Hay diferencias de tiempos?

La doctrina de la incomparable Teresa de Jesús, nos dirán los modernistas, está muy en su punto aplicada al siglo XVI en que vivía la Santa; pero desde entonces han pasado ya tres centurias, y el mundo ha cambiado por completo en este lapso histórico.

—Cambia el mundo, es verdad; pero el Evangelio y toda palabra de Dios permanecen sin mudanzas por todos los siglos (2). La doctrina de la mística Doctora está por encima de todas las vicisitudes mundanas, porque estriba en la palabra de Dios y en la naturaleza misma de las cosas, que son invariables.

Se dice que la humanidad se debilita; que hoy la naturaleza flaca de los hombres no está para tanta perfección; que la sociedad moderna exige otros medios de vida; que la civilización actual no se aviene con esas normas rígidas del espíritu, etc., etc. Lo mismo afirmaban los mundanos del siglo XVI; pero los grandes místicos españoles de dicha centuria y los demás sabios escritores de nuestro siglo de oro se encargaron de probar lo contrario, y sus argumentos de hecho y de razón tienen ahora la misma actualidad que entonces. No es, ciertamente, nuestro siglo actual ni más débil ni más sabio, sobre todo en ciencias racionales, ni más laborioso, ni más libre, ni más adulto en la carrera de la civilización de lo que lo fué el siglo de nuestra heroína, la gran Teresa de Jesús, cuyas palabras sobre este punto vienen de molde para contestar el reparo de los modernistas:

"No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre (San Pedro de Alcántara) deste tiempo era, estaba grueso el espíritu como en los otros tiempos, y ansí tenía el mundo debajo de los pies; que aunque no anden desnudos ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo" (1).

Conclusión.

Bien podemos concluir con la Santa: lo que falta es que haya grande ánimo y deseos eficaces de la perfección cristiana; que entonces no se repara en medios, con tal de ser conformes con la voluntad divina. El espíritu levantado sobre todas las cosas, á imitación de Santa Teresa, se abraza con la cruz, se sujeta á la autoridad y evita las locuras del sentimentalismo; y de esta suerte no participa en nada del error práctico de los modernistas.

"No dejéis de acometer con fe; que Dios lo puede todo; y así pudo dar fortaleza á muchas niñas santas, y se la dió para pasar tantos tormentos, que se determinaron á pasar por él" (2)

¿Y no podrás tú lo que éstos y éstas?, digamos con San Agustín. ¿No podrán los cristianos del siglo XX lo que pudieron los del XVI y los mártires y los santos de todos los siglos precedentes? Sí, con el amor y el favor de Aquél que los animaba y confortaba (3).

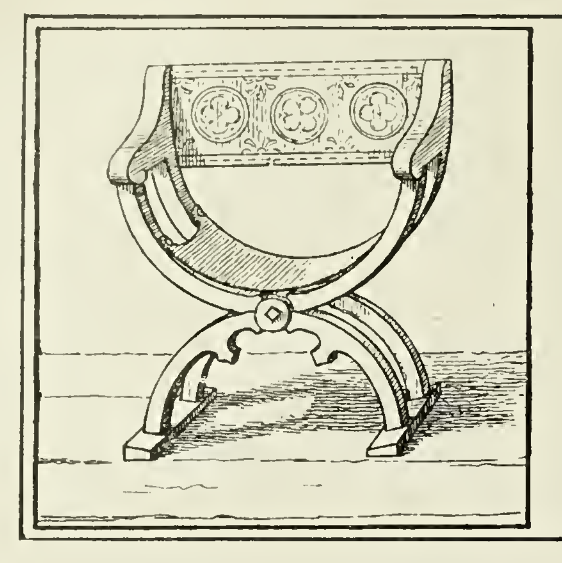
"¡Oh hermosura, que excedéis
A todas las hermosuras!
Sin herir, dolor hacéis,
Y sin dolor deshacéis
Amor de las criaturas" (4).

Francisco Naval C. M. F.

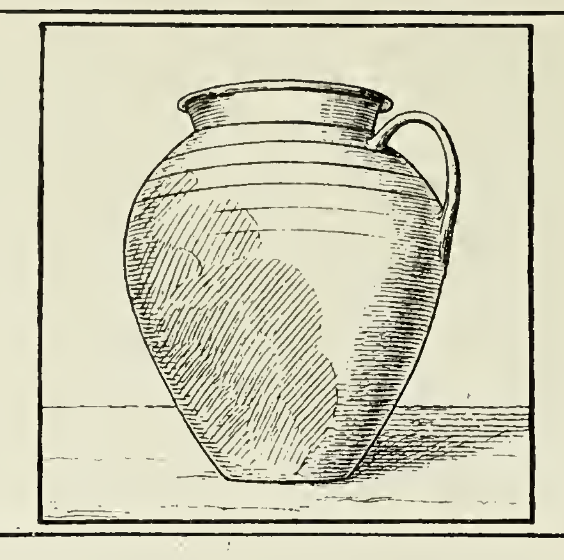
(1) Libro de las *Fundaciones*, cap. 5, núm. 8., léanse los cap. 5, 6 y 7.
(2) Evangelio de San Mateo, cap. XXIV, vers. 35, y Salmo 116.

(1) Su *Vida*, cap. XXVII núm. 10.
(2) Conceptos del amor de Dios, cap. III, núm. 5.
(3) San Pablo, *ad Philip.*, cap. IV, núm. 13.
(4) Villancico de Santa Teresa. Poesías, núm. .

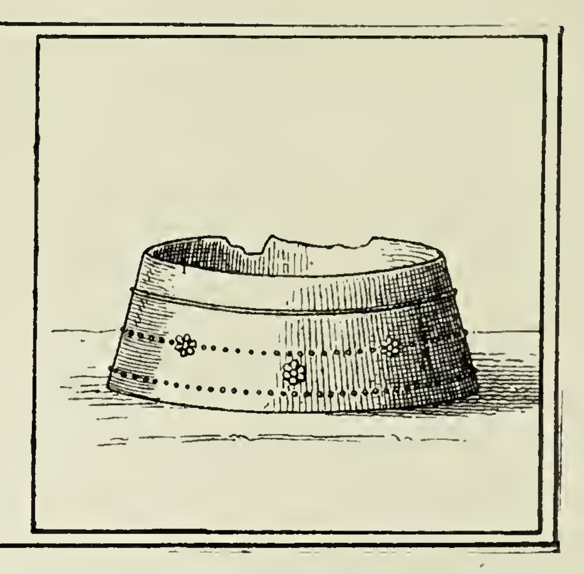




SILLA DE LA QUE USÓ LA SANTA



PUCHERO EMPLEADO POR LA SANTA PARA COCER GARBANZOS
Mide 29 centímetros de alto y unos 75 de circunferencia.



VASO DE CRISTAL AGRIETADO QUE SERVÍA Á SANTA TERESA Y Á LAS PRIMERAS RELIGIOSAS PARA LA ABLUCIÓN DESPUES DE LA COMUNIÓN.

«Moradas» y «Subidas».

En estos días en que tantas cosas superficiales se escriben y se aceptan, sospecho que estas líneas no serán bien recibidas, porque van enderezadas al mismo hondón de una conciencia cuyas profundidades, después de tanta literatura teresiana no se han explorado todavía. Lamento no disponer de más espacio, que las obligadas dimensiones de un artículo de revista, para tomar tan amplios vuelos como el asunto merece.

No hay un pensador católico ó no católico cuyas miradas se hayan fijado en esta mujer, que no se haya pronunciado á su favor. Todos reconocen que fué grande por el pensamiento y por la voluntad enérgica, razonable y perseverante.

Y, en efecto, no es fácil ensayar un cálculo de medición del pensamiento teresiano. Es excelso sin hipérbole. Su talento luminoso brilla con las cualidades propias de los mayores genios, por las cuales la humanidad se siente como uncida al carro de su autoridad, acatando sus juicios como oráculos. Originalidad, profundidad, exactitud, sencillez, solidez y claridad son los matices de que se reviste esta mente prodigiosa, y los posee no en un estado meramente perceptible, sino del modo más brillante que se puede exigir. Semejante á los mayores doctores del catolicismo, se eleva la sublime castellana, sobre toda proporción de la línea en que evolucionan los maestros de segundo orden.

Su talento original. Dotada de una fuerza de intuición que asombra por la rapidez con que se apodera de las cuestiones más ocultas, sube á las alturas vírgenes de toda mirada humana y desciende á las galerías más hondas de la conciencia, y después toma la pluma, y revela á los hombres los resultados de sus exploraciones con la misma naturalidad y sencillez que un explorador refiere sin inmutarse, á la multitud que le oye estupefacta, las maravillas que ha visto en países desconocidos.

La sencillez en medio de asombrosos análisis y síntesis gigantescas es el matiz ó coloración del espíritu teresiano, que siempre me ha impresionado más.

Su talento es exacto: posee un juicio matemático. A cada fenómeno que le aplica lo hace con sus pesas cabales.

Su espíritu de observación es adorable: sabe la parte que se ha de dar, en los fenómenos de la conciencia mística, á la naturaleza ó á otras causas, y lo que ella califica como materia es materia, y lo que califica de espíritu es necesario convenir que nunca ha sido desmentida.

El talento de Santa Teresa es espontáneo, mas á pesar de las espontaneidades ideológicas é idiomáticas posee la circunspección en tal grado de intensidad, que somete las más cálidas efervescencias de su corazón al frío cálculo de la crítica. No conocen la masa de que está formado el espíritu de esta virgen los que sólo ven en ella lo espontáneo. Sus escritos son sin duda fruto de experiencias inefables, pero lo son también de observaciones atentas, muchas veces repetidas y limadas por la reflexión, que la permitían hacer de su propio "yo" objeto de ensayos y de experimentos de tal modo minuciosos y cien-

tíficos, que el más exigente queda complacido observando la cautela de este espíritu circunspecto.

Si Santa Teresa fué una mujer dotada de soberanas intuiciones y de raras experiencias, se manifiesta invulnerable á todo ataque científico cuando se la mira trabajando con su espíritu reflexivo. A través de sus análisis se ve el anhelo de su alma noble, que se toma un trabajo excesivo en satisfacer á la razón examinando por ella las manifestaciones grandes ó pequeñas de sus espirituales sentimientos. Coloca el fenómeno espiritual en un punto céntrico y le circunda de una red impenetrable de razones. Por distintas sendas vuelve al mismo asunto con toda la frialdad del crítico que se interroga en la serena placidez del reposo lo que contempló en los entusiasmos del drama para darse cuenta del valor de las cosas, y al contemplarla en esa lucha mental, reprobando, aceptando ó corrigiendo las espontaneidades del alma nos vemos obligados á confesar, para gloria de esta mujer y de la ciencia cristiana, que junto á una intuición ó junto á un sentimiento aislado, pero obtenido en el arrebato de la contemplación hay un exceso tal de honradez, una circunspección tan sagaz, que no deja duda respecto de la importancia del hecho que reprueba, acepta ó corrige. Estas reflexiones inducen la consecuencia de que Santa Teresa no es solamente espontánea, es "bipersonal", porque sus grandiosas intuiciones y las espontaneidades avasalladoras de su fuerza emotiva quedan subyugadas por la fuerza de su crítica.

Un talento reflexivo no puede menos de poseer gran fuerza lógica, y la posee Santa Teresa en un grado que imposibilita toda desviación. Se observa que á cada avance del espíritu agrega una serie de observaciones reveladoras de sus causas y fines. Desde la primera hasta la última línea procura envolver en círculos cada vez más estrechos y rígidos todo el mundo de fenómenos extraordinarios, pudiéndose ver con una especie de agradable espanto que también es cierto en la ciencia mística, que la lógica se enreda alrededor de los efectos de la contemplación, los oprime con sus anillos y acaba por morderse la cola, sirviendo á las realidades sobrehumanas bajo la pluma de Santa Teresa de defensa impenetrable.

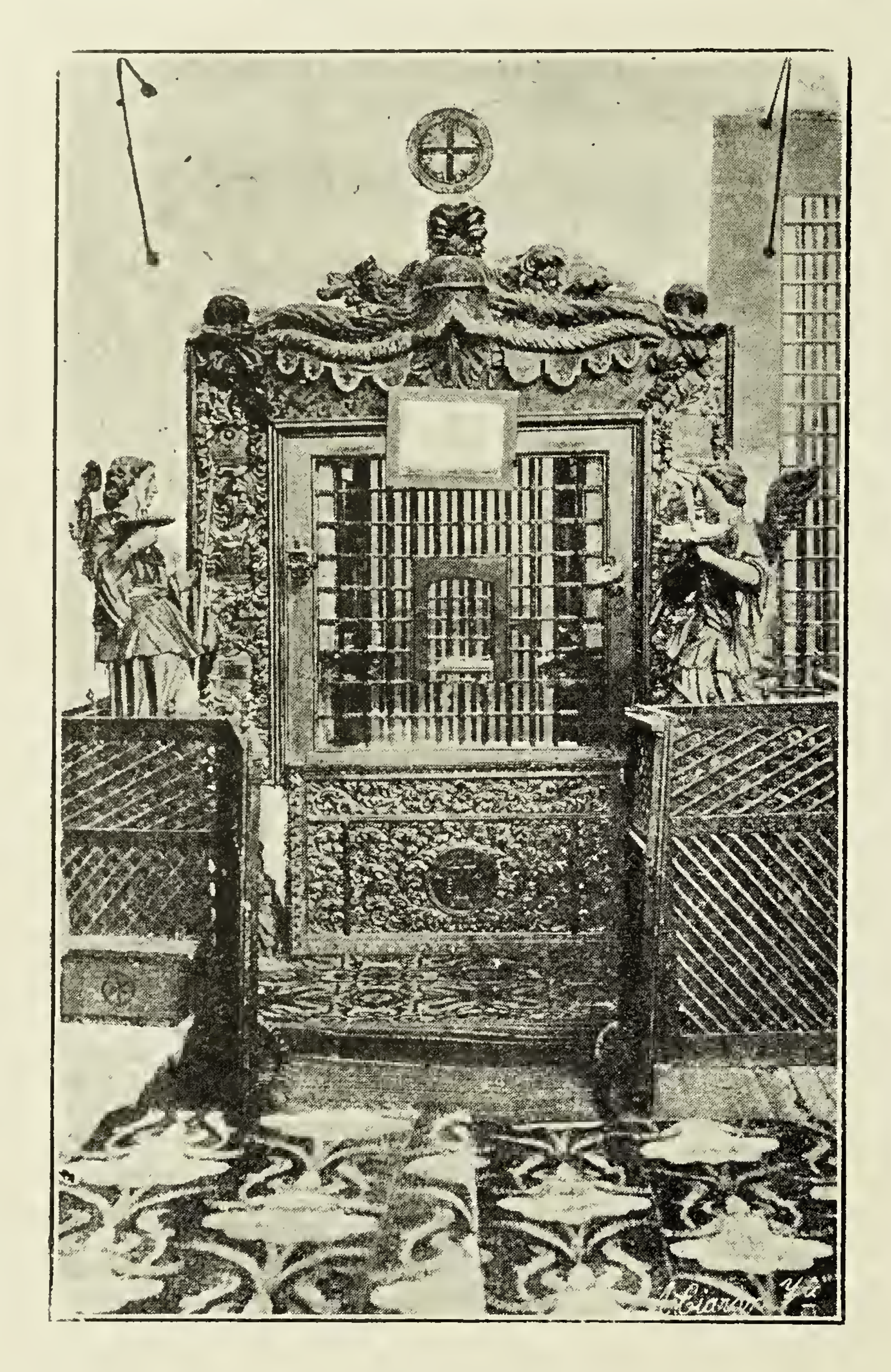
Sin embargo, á pesar de su trabajo de satisfacer á la razón, puede observarse en esta escritora sutil una nota que parece un contraste de la anterior y no lo es, si contemplamos la altura en que se mueve. Porque es propio de las cosas humanas presentarse con cierta oposición cuando se miran desde abajo, pero esas cosas que parecen contrarias se unen en la altura. Me refiero á la feliz naturalidad con que marcha el pensamiento disciplinado y metódico de esta mujer adorable. No se nota esfuerzo. Las ideas se suceden unas á otras como las aguas de un manso río, la primera introduce en la segunda, ésta en la tercera, y el lector se encuentra en medio de la corriente sin notar que anda y progresa. Tan sólo se da cuenta de que navega por los cambios de panorama divisados y abandonados en la orilla.

Realmente se ven pocos talentos semejantes en los anales literarios y filosóficos. Las distinciones delicadas é ingeniosas, la anotación de las ligeras diferencias de concepto que las separan, la definición del matiz propio de cada expresión, el movimiento suave en derredor de expresiones, y ejemplos familiares que inmediatamente introducen en pensamientos cada vez más hondos, hacen la agradable impresión de un descenso á oscuras galerías subterráneas, pero conducidos por un guía experto que se adelanta hacia nosotros, nos da la mano con exquisita finura y nos acompaña á todos los puntos de vista que pudieran interesarnos. Ciertamente, no acostumbra la ciencia á tener tanta desenvoltura ni la mística tanta gracia como la tiene bajo la pluma de ese genio superior.

Todas estas cualidades del talento teresiano reflejadas en sus obras han hecho que sea ella la que lleva la antorcha, la que tiene la hegemonía, la suprema dirección de los espíritus elevados juntamente con aquel otro excelso maestro San Juan de la Cruz, que la excede en la intensidad de alguna de las cualidades referidas, si bien en otras este mismo maestro es superado por ella.

Santa Teresa y San Juan de la Cruz, son en efecto, los dos grandes maestros de la ciencia sublime de los santos. Desde que ellos aparecieron los espirituales no leen apenas las misteriosas obras de aquel venerable monje oriental conocido con el nombre de Dionisio Areopagita, y los doctos no se preocupan de ilustrarle con sus comentarios, lleno de verdad y de vida, se le consultó durante siglos como á un oráculo. Los místicos de Brabante prevalecieron durante una corta etapa, la escuela francesa de los Victorinos no satisfizo á los anhelos de las almas grandes, todos ellos dejan algo que desear ó en sus ideas ó en sus expresiones, que han debido ser interpretados benignamente para reducirlos á sus justos límites y á veces por glosas forzadas, mientras que el magisterio de estos dos autores de la escuela místico-carmelitana ha sido

generalmente adoptado en la Iglesia, debido, sin duda, á que esta escuela además de acrecentar con su originalidad é ilustrar las verdades del espíritu, con las dotes raras y preciosas de sus maestros, posee esa delicadeza de tino, ese don



CONVENTO DE STA. MARÍA DE GRACIA.
COMULGATORIO DONDE RECIBÍA LA COMUNIÓN SANTA TERESA EL TIEMPO QUE ESTUVO DE EDUCANDA EN ESTE CONVENTO

de acierto que les hace guías segurísimos para conducirnos bien en los subterráneos de la conciencia y exhiben un concepto preciso y claro encerrado en su fórmula escrita con la exactitud matemática, que la concha contiene á la perla.

Y deseo se me entienda bien. Ya lo he dicho otra vez. Dios aparte de mí el pensamiento de hacer aquí uno de esos paralelos en que el escritor se coloca en la necesidad de ser ingrato para el pasado, sino quiere ser injusto para con el presente. El misticismo de los escritores antiguos no debe ser en mis manos ni un asunto entregado á la polémica, ni un arma ofensiva para sus autores, ni un alimento ofrecido á la curiosidad. Lo que para mi espíritu resulta del espectáculo de tantas ideas elevadas, libertadoras y regenerantes como los místicos antiguos han acumulado en la literatura religiosa, no es el desdén, ni siquiera el respeto obsequioso, es la más honda veneración y el acatamiento más sincero, pero siendo un simple observador de las cosas, nada me prohibe consignar, estando en mi abono la historia, el hecho significativo de que al aparecer Santa Teresa y San Juan, los místicos antiguos se eclipsaron; por ello á la vez que las obras de nuestros doctores se han transformado en manuales indispensables de las almas extraordinarias, los otros no parece que son más que letras muertas, jeroglíficos sellado, ú objetos de curiosa investigación.

Que la escuela místico-teresiana-sanjuanista sea original en lo que forma las líneas de su particular fisonomía, es la primera impresión que recibe el que sepa confrontar esta escuela con las antiguas. Respecto de Santa Teresa concurrieron á su formación "inicial" teólogos de diversas Ordenes y del clero secular, los cuales la enseñaron lo que supieron, pero es lo cierto que ella sabía más de estas cosas y que, después de andar para "acá y para allá buscndo luz todo lo hallaba en su Senequita".

Se va haciendo vulgar el tópico absurdo y antihistórico de que la escuela místico-carmelitana sea una derivación de la franciscana, y es preciso corregirlo. En consecuencia con aquella idea unos labios autorizados hablando estos días desde los ventanales de la prensa decía: "...Fray Bernardino Laredo que varios años antes que Santa Teresa escribiera sus "Subidas y Moradas", publicó la "Subida al Monte Sión" que sirvió de idea ejemplar á la escuela seráfico-carmelitana"...

No; no hay que sacar las cosas de sus quicios. La santa no escribió "Subidas" y basta confrontar el libro contrahecho de Fray Bernardino con las "Moradas" para comprender al primer cotejo la distancia inconmensurable que en el fondo y la forma separa á esas dos producciones.

Me parece que este es el momento oportuno para asentar de nuevo la tesis que otra vez defendí haciendo paralelos (1) entre estas dos escuelas. Decía yo entonces que San Juan de la Cruz y San Buenaventura no se parecen por la razón de moverse en sus Místicas en un círculo de ideas diferentes, por lo cual San Juan no puede derivarse de San Buenaventura, y sólo debo añadir ahora que insisto en mi afirmación.

Debo rectificar sin embargo, una idea asentada en aquel trabajo y consiste en que atribuía

(1) Véase mi obra «Fisonomía de un doctor».

yo la inspiración del título adoptado en la obra principal de San Juan, al epígrafe que usó en la suya Fray Bernardino, y debo decir que ni eso siquiera tomó, porque en los libros que escribió otro célebre carmelita, Juan de Jerusalén, intitulada "De Institutione monachorum", puede leerse á la letra "Ascensus montis Carmeli" como idea alegórica de las elevaciones del alma, y en ella funda su admirable tratado. De modo que si la razón del tiempo vale, Reverendísimo Padre Ocerin-Jauregui, es urgente rectificar que las "Subidas" de la Mística carmelitana no se derivan del libro de Laredo, porque algunos siglos antes de escribir éste ya estaban aquellas inventadas.

Termino estas ideas que he procurado condensar en pocas palabras recordando que Santa Teresa y San Juan de la Cruz se han formado á sí mismos, ayudados de la gracia, en aquello que constituye su aureola. No pretendamos arrebatársela. Descubriendo á los mortales la ruta que ellos siguieron en las ascensiones de sus almas son los grandes exploradores que han hecho inestimables descubrimientos en una ciencia al parecer exhausta. Dios se reflejó como un astro en el cristal de sus conciencias diáfanas y quedaron transformados en luz y en llama, y por ello lucen y calientan emitiendo los reflejos que engolfados en su disco recibieron del eterno Sol. La Orden carmelitana, privilegiado organismo de la Iglesia católica, y España, privilegiado rincón del mundo han visto abrirse por vez primera esas hojas de mística perfección. De Dios es toda la gloria. Su Providencia inefable se acercó á estos dos genios y los ilustró para que á su vez iluminaran al mundo. Nuestro deber, por consiguiente, es conservar en las sienes de estos Maestros la inmarcesible aureola de iniciadores y guías de las sendas y estados de las almas más hermosas que viven en la humanidad. Así reconoceremos con nuestro acatamiento la gloria debida á Dios y á sus Santos.

FR. WENCESLAO DEL STMO. SACRAMENTO

Carmelita Descalzo.

JUSTO HOMENAJE

Celebrar el tercer centenario de la beatificación de la gran Madre y Maestra del espíritu, Santa Teresa de Jesús, significa para la Iglesia Católica el recuerdo de la elevación y grandeza de un alma preparada por Dios Nuestro Señor para las más sublimes manifestaciones de la gracia divina; significa para la Orden Carmelitana el recuerdo de un foco de vivísima luz cuyos fulgores no solamente no se extinguen después de tres siglos, sino que por el contrario cada día adquiere mayores y más claridad en la Reforma que fundó, y en las inmortales páginas de sus obras escritas con lenguaje de Angeles; y para España significa la apoteosis de una sociedad y de un siglo que producía entendimientos que se alimentaban de la verdad que se encuentra en las corrientes purísimas de las aguas del divino Evangelio; y corazones que, inflamados en el divino amor, á los siete años ya suspiraban por derramar su sangre por la más santa y digna de todas las causas que es la gloria de Dios y la salud de las almas.

Para la sociedad contemporánea es una lección que debe aprovechar á fin de que, dando de mano á los intereses mezquinos y deleznables de la tierra, aprenda el secreto del verdadero engrandecimiento de la raza, que consiste en la recta formación y dirección de los espíritus con los grandes ideales de la Religión y de la familia cristiana, pues estos son, y no otros, los que elevaron y pusieron á Teresa en el pedestal de la inmortalidad en la tierra, y sobre todo en el trono de gloria que disfruta en el cielo.

¡Santa bendita! ¡Con gran fruto espiritual celebró España, muy especialmente mi querida Salamanca y Alba de Tormes, el tercer centenario de tu gloriosa muerte el año 1882 del pasado siglo! Alcanza de tu Esposo divino que sepamos, como tú, mirar por el honor de Dios tan ultrajado en estos tiempos, y que, al celebrar hoy la honra que recibiste de la iglesia el año 1614 colocándote en los altares, sepamos y queramos amar á la Iglesia como tú la amaste, y que contigo repitamos en los últimos momentos de la vida presente: "Quiero morir hijo de la Iglesia".

ENRIQUE ALMARAZ

Arzobispo de Sevilla.

RETRATO DE PERFIL

Tan perfecto modelo de todas las virtudes cristianas es Santa Teresa, que es difícil discernir cuál es el aspecto característico de su fisonomía.

Lo que á Santa Teresa asigna su glorioso lugar en la celestial milicia, ¿no será precisamente ese equilibrio que, en Ella, concede el puesto que le corresponde á cada una de las fuentes de la naturaleza y de la gracia, á las pasiones y á las virtudes, á la inteligencia y á la imaginación, á la voluntad y al sentimiento, á la criatura, en fin, y á Dios, realizando de ese modo un conjunto armonioso que para el alma se traduce en paz y para el mero espectador en espectáculo de unidad y de belleza?

La Heroína del Carmelo es sencilla. "Si tu ojo es sencillo, dice Nuestro Señor, todo tu cuerpo será luminoso; si, por el contrario, tu ojo está enfermo, las tinieblas te rodearán por todas partes."

Santa Teresa mira á Dios.

"Ni su intención ni su pensamiento se rebajan ni se desvían. En la cumbre de su alma está Dios. Hacia El se orientan todas las fuerzas de su ser y en El permanecen concentradas.

El es el único para Teresa. "Mi amado para mí y yo para El." Vivir ó morir son cosas para mí secundarias. Lo que importa es que Dios reine, que por mi muerte ó por mi vida—por mi muerte, al menos, si es que con mi vida no llego á ello—yo realice su voluntad tres veces santa.

La renunciación propia opera la purificación profunda: con la simplicidad va paralelamente la pureza.

Y cuando un alma se une puramente á Dios solo, ella queda confirmada en la caridad, lazo de ese cortejo espiritual que se llama perfección. "Tened caridad, que es el vínculo de la perfección", dice San Pablo.

Sea que la contemplativa penetre solitaria en las moradas de su "Castillo interior", ó que nos señale el itinerario del mismo; sea que la mujer de gobierno recorra las provincias de España, trate con príncipes y prelados, reseñe sus fundaciones, se multiplique en bien de sus nacientes comunidades, anime á los tímidos ó reprenda á los temerarios, Santa Teresa es siempre fuerte y comedida, prudente y justa, porque no es la impotencia de su nada lo que la impulsa y mueve, sino la omnipotencia, la infinita sabiduría y bondad de Aquel en quien Ella vive y que á la vez vive en Ella.

La biografía de la Santa, cuyo tercer centenario habéis tenido el feliz pensamiento de celebrar, no es el relato de las fluctuaciones de una vida humana, sino la revelación continua de la empresa soberana de Dios sobre un alma, que se ha hecho su dócil instrumento.

Y como Dios es uno, una es también su obra, siempre que no se vea entorpecida por los obstáculos del humano egoísmo: una en sus profundidades y en sus manifestaciones, una en su duración; de suerte que para aquellos que se dedican á penetrar su secreto, toda su gran misión redúcese á descubrir la raíz divina de la misma, y toda su más suave alegría consiste en ver surgir de ella la estructura y la florescencia.

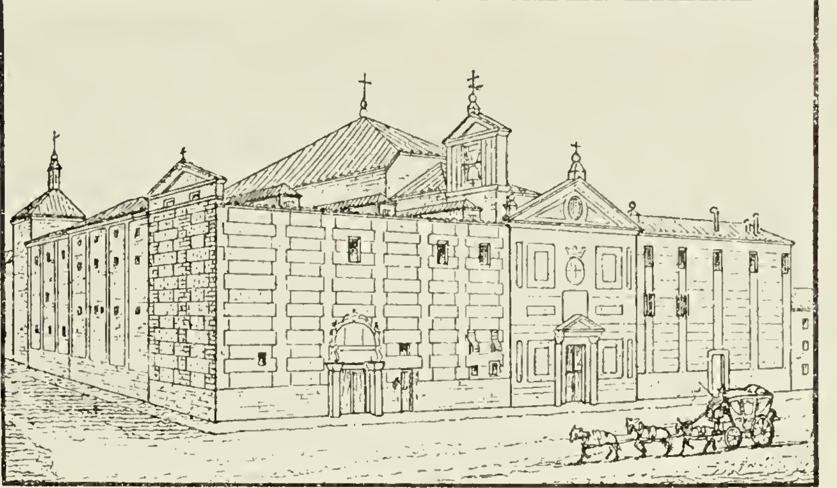
¿Por qué no ha de sernos permitido en estos días jubilares el aplicar á Santa Teresa de Jesús, adaptándolas á ella, las palabras del epitalamio que la tradición dedica á la Iglesia ó á la Santísima Virgen María: "Contemplad á la derecha de su divino Esposo á la Reina vestida de tisú de oro, centelleante con los más ricos dones, y ved cómo brota de dentro todo el resplandor de su gloria? "Astitit regina á dextris tuis in vestitu deaurato, circundata varietate... Omnis gloria ejus filiae regis ab intus." (1)

† D. Card. Mercier

Arzobispo de Malinas.

(1) Ps. XLIV, 10-14.







SOR BEATRIZ DE JESÚS, SOBRINA DE SANTA TERESA

CONVENTO DE LAS DESCALZAS REALES DE MADRID

EL PADRE BALTASAR ÁLVAREZ Director espiritual de la Santa.

Leyendo á Santa Teresa.

Veinticinco años ha que soy lector asiduo de las maravillosas producciones de nuestra Doctora mística, y nunca he cerrado ese libro de mis lecturas sin que con vehemente y espontánea efusión salieran de mis labios estas palabras: "Así quisiera yo morir; leyendo esto".

Y es que á través de la delicadísima urdimbre literaria de su prosa admirable, se sienten las robustas palpitaciones de su espíritu; y los ardores de aquel corazón transverberado se comunican al corazón del lector con tal vehemencia, que acaban por envolverle en las mismas llamas, parecidas á las que sentían en el suyo los discípulos de Emaús con el diálogo del incógnito caminante. No sé qué secreto misterio encierran esas páginas inmortales, que subyugan irresistiblemente el espíritu y suavemente le embelesan, dejándole percibir en cierto modo el aleteo del Espíritu Santo, que debió cernirse sobre la escritora para infundir en sus palabras la sagrada unción y el espíritu de vida que allí se respira intensamente, y que el alma cristiana siente rafaguear entre líneas. Yo no me maravillo de que Leibnitz, el profundo investigador de las Matemáticas, para descanso de sus fatigas intelectuales dedicase preferentemente sus ocios á la lectura de Santa Teresa, cuyas obras figuraban en lugar distinguido en su biblioteca; ni extraño que escritor tan exquisito como Valera, aun estudiando á nuestra escritora con criterio puramente profano, se atreviera á proclamar en ocasión solemne que "vale más Santa Teresa que cuantas mujeres escribieron en el mundo", y que "toda mujer que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma, y aún queda inmensamente por bajo, comparada á Santa Teresa (1). Cualquiera que haya hojeado con alguna detención la Autobiografía de la Santa, ó haya penetrado en las bellísimas reconditeces de sus "Moradas", ó haya leído siquiera algunos pliegos de su sabrosísimo epistolario, hallará plenamente justificados, por hiperbólicos que parezcan, cuantos elogios haya formulado ó formulare en lo sucesivo el entusiasmo de sus admiradores y devotos.

El que dejó escrito que el estilo es el hombre, seguramente al escribir eso pensaba en nuestra clásica castellana. El estilo de Santa Teresa es el envoltorio transparente de su corazón y de su inteligencia, un retrato sensible de su espíritu. Leyendo sus bellísimas páginas, perfumadas con aromas de virginidad, una mano oculta va dibujando, con pincel mágico, en el alma del lector, la imagen primorosa de esa incomparable mujer con todo el conjunto de cualidades peregrinas que la hacen inconfundible con ninguna otra, llena de donaire y gracia, noble siempre y finamente cortés, inteligente y sagaz sin menoscabo de su ingenua sencillez, juntando á las ternuras y delicadezas femeninas, alientos y gallardías viriles, y hermanando maravillosamente la más exquisita cortesanía del trato moderno con el más robusto y vigoroso ascetismo del contemplativo y los celestiales arrobamientos del éxtasis. ¡Con qué interno sabor de cielo se engolfa uno en

(1) Discurso-contestación del Sr. Valera en la recepción pública del Sr. Conde de Casa Valencia en la Española. 30 de mar. de 1879.

aquellas desconocidas regiones de la mística, adonde nos trasporta sobre sus alas esa águila caudalosa del Carmelo! ¡Qué oleadas de fuego invaden el corazón del lector cuando la Santa, abriendo las válvulas del suyo, deja escapar de vez en cuando los seráficos ardores que en altísima tensión tiene allí concentrados, y cómo se sienten inflamarse hasta las entrañas más frías con los fogonazos divinos que al contacto de su pluma han quedado grabados en el papel en forma de exclamaciones de que andan salpicadas todas las páginas de sus escritos! Pudiera pensarse que el dardo que transverberó el corazón de la Santa continúa oculto bajo el áureo cendal de su palabra, transverberando millares de corazones y enardeciéndolos en aquellos bullidores incendios de amor divino que abrasaron el corazón del Serafín de Avila. Nadie como ella ha remontado tan alto su vuelo á las cumbres de la teología mística, sin perder por esto de vista los llanos prosaicos de la vida práctica. Nadie mejor que ella ha descrito los itinerarios del alma hacia el monte de la perfección y de la unión divina, señalando con pasmosa precisión y como testigo experimental las más secretas tortuosidades y vericuetos, y dándonos como doctora consumada de la ciencia mística en todo lo que ella tiene de más sublime y profundo enseñanzas luminosísimas de tan copiosa sabiduría, que de ellas como de manantial inexhausto tienen indefectiblemente que tomar su caudal cuantos doctores y maestros quieren aprender ó enseñar algo cierto y seguro para la dirección de las almas en esos caminos de la vida sobrenatural. Y en tanto grado e esto verdad, que las mismas Congregaciones romanas, cuantas veces tienen que dictaminar sobre casos insólitos ó dificultosos de alta mística, no tienen camino más expedito y fácil que confrontarlo con las enseñanzas y normas trazadas por Santa Teresa, dando desde luego como seguro lo que con ellas se conforma, y considerando como fenómenos sospechosos los que carezcan de precedentes en la doctrina experimental de nuestra Santa. Todo esto hace que en la lectura de sus libros goce el espíritu de una sabrosa unción muy parecida á la que gozamos en la lectura de las Sagradas Escrituras, y que inútilmente la buscaríamos mayor ni aun en las obras de los más inspirados escritores de la teología católica. La lectura de la Santa no solamente recrea la fantasía con la galanura insuperable de su estilo, é ilustra la inteligencia con los esplendores de una doctrina toda celestial aprendida en las sublimes intimidades de su alma con la Divinidad, y abrasa el corazón con los ardores inefables de su espíritu seráfico, sino que transforma secreta, pero eficazmente el hombre interior, despegándolo en cierto modo de la materia, inspirándole sentimientos generosos y elevados, espiritualizando sus deseos y levantándolos poderosamente á lo divino y sobrenatural, haciéndole pregustar algún anticipo de

Aquella vida de arriba
Que es la vida verdadera,

y sólo digna de los anhelos de un alma profundamente cristiana. Por esto tengo la firme persuasión de que las obras de nuestra Santa "debieran andar en manos de todos, y ser más leídas de lo que son en nuestros tiempos", como dice muy cuerdamente Valera, no sólo por la gracia y singular hechizo de su habla castellana, sino mayormente por la extraordinaria edificación que su lectura produce en las almas, y por el espíritu robusto y varonil que en ellas engendra, mucho más que toda esa balumba de obras modernas, en su mayor parte venidas de Francia, que han invadido las librerías de nuestros ascetas y sirven de alimento espiritual y cotidiano en nuestros seminarios y conventos; las cuales, adulterando el robusto misticismo de nuestros clásicos, y sustituyendo el jugoso manjar teológico suministrado por los grandes maestros de nuestra escuela española, con esa literatura nueva, insustancial y de puro efectismo, impregnada toda de una cursilería dulzarrona y empalagosa, han contribuído como elemento principalísimo á la formación endeble y raquítica de las generaciones que suben, criando caracteres enclenques y afeminados, tan diversos, tan diametralmente opuestos á aquellos caracteres generosos y nobles formados al férreo temple de la mística de nuestro siglo de oro.

Hay que reaccionar enérgicamente contra esas corrientes modernas de romanticismo místico, y nada más á propósito para ello que una intensa vulgarización de las obras de nuestra Santa, haciéndolas penetrar profusamente en todos los hogares cristianos, y sobre todo en los conventos, seminarios y casas de educación religiosa. Mucho trabajó en este sentido la célebre "Librería Religiosa", fundaba por el V. P. Claret, con las ediciones populares que hizo de dichas obras en cinco tomitos y á precio económico; pero es mucho más todavía lo que se puede hacer. Yo quisiera que además de la nueva edición crítica que prepara para el año próximo la insigne Orden Carmelitana, y cuyo coste no ha de estar, naturalmente, al alcance de todos, se hiciesen por separado ediciones

económicas de sus tratados principales. ¿Por qué no hacer, v. gr., una edición especial del libro de las "Moradas", la más preciosa joya que nos legó la Santa, ilustrándolo alguna mano sabia con oportunas aclaraciones y advertencias que hicieran de él un compendioso directorio de la vida espiritual? ¿Por qué no hacer otro tanto con su precioso "Camino de Perfección" para uso de las personas espirituales? ¿Quién duda que la lectura de esos libros inmortales,

IGLESIA DE RELIGIOSAS CARMELITAS EN ALBA DE TORMES

Llegando un día la Santa muy fatigada á este Convento donde murió; sus amantes hijas la obligaron con ruegos á que se acostase temprano. La Santa condescendió diciéndoles complaciente *Bueno, hijas, como quieran; pero ha más de veinte años que no me acuesto tan temprano.* ¡Y eran cerca de las diez de la noche!

ampliamente divulgados y explicados, provocaría un resurgimiento espiritual en orden á la formación de almas verdaderamente contemplativas y de alta oración, ya que tanto escasean en esta época de mundana frivolidad y sensual positivismo? Este sería en mi entender el más práctico y provechoso homenaje tributado á la gran Santa española en estas solemnidades de su glorioso centenario.

JOSÉ DUESO, C. M. F.



Elogio de la Santa.

La teología mística, en lo esencial, y dentro de la más severa ortodoxia católica, tenía que ser la misma en todos los autores; pero, ¿cuánta originalidad y cuánta novedad no hay en los métodos de explicación de la ciencia? ¿Qué riqueza de pensamiento no cabe y no se descubre en los caminos por donde la Santa llega á la ciencia, la comprende y la enseña y la declara? Para Santa Teresa es todo ello una ciencia de observación, que descubre ó inventa, digámoslo así, y lee en sí misma, en el seno más hondo de su espíritu, hasta donde llega, atravesando la obscuridad, iluminándolo todo con luz clara, y estudiando y reconociendo su ser interior, sus facultades y potencias, con tan aguda perspicacia, que no hay psicólogo escocés que la venza y supere.

Rousselot concede á nuestros místicos, y sobre todo á Santa Teresa, este gran valor psicológico; la compara con Descartes; dice que Leibnitz la admiraba; pero Rousselot niega casi la transcendencia, la virtud, la inspiración metafísica de la Santa.

Puntos son éstos tan difíciles, que ni son para tratados de ligero, ni por pluma tan mal cortada é inteligencia tan baja como la mía.

Me limitaré sólo á decir, no que sé y demuestro, sino que creo y columbro en "Las Moradas", la más penetrante intuición de la ciencia fundamental y transcendente, y que la Santa, por el camino del conocimiento propio, ha llegado á la cumbre de la metafísica, y tiene la visión intelectual y pura de lo absoluto. No es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que nos persuade, sino la sincera é irresistible aparición de la verdad en la palabra misma.

Su confesor, el Padre Gracián, y otros teólogos, con sana intención, sin duda, tacharon frases y palabras de la Santa, y pusieron glosas y otras palabras; pero el gran maestro en teología, en poesía y habla castellana, fray Luis de León, vino á tiempo para decir que se podrían excusar las glosas y las enmiendas, y para avisar á quien leyere "El castillo interior" "que lea como escribió la Santa Madre, que lo entendía y decía mejor, y deje todo lo añadido, y lo borrado, si no fuere cuando estuviere enmendado ó borrado de su misma mano, que es pocas veces". Y en otro lugar dice el mismo fray Luis, en loor de la escritora, y censurando á los que la corrigieron: "Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía,

y que se presume le movía á escribirla, fué atrevimiento grandísimo y error muy feo querer enmendar las palabras, porque, si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia. Que, aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza la mezcla con otras razones y rompe el hilo comenzado muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiérelas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio la acarrea hermosura".

Entiendo yo, señores, por todo lo expuesto, y por la atenta lectura de los libros de la Santa, y singularmente de "El Castillo interior", que el hechizo de su estilo es pasmoso, y que sus obras, aún miradas sólo como dechado y modelo de lengua castellana, de naturalidad y gracia en el decir, debieran andar en manos de todos y ser más leídas de los que son en nuestros tiempos.

Tuve yo un amigo, educado á principios de este siglo, y con todos los resabios del enciclopedismo francés del siglo pasado, que leía con entusiasmo á Santa Teresa y á ambos Luises, y me decía que era por el deleite que le causaba la dicción de estos autores; pero que él prescindía del sentido que le importaba poquísimo. El razonamiento de mi amigo me parecía absurdo. Yo no comprendo que puedan gustar frases ni períodos, por sonoros, dulces ó enérgicos que sean, si no tienen sentido, ó si del sentido se prescinde por anacrónico, enojoso ó pueril. Y sin callarme esta opinión mía, y mostrándome entonces tan poco creyente como mi amigo, afirmaba yo que así en las obras de ambos Luises, como en las de Santa Teresa, aun renegando de toda religión positiva, aun no creyendo en lo sobrenatural, hay todavía mucho que aprender y no poco de qué maravillarse, y que, si no fuese por esto, el lenguaje y el estilo no valdrían nada, pues no se conciben sin pensamientos elevados y contenido sustancial, y sin sentir conforme al maestro, esto es, humano y propio y vivo siempre, en todas las edades y en todas las civilizaciones, mientras nuestro ser y condición natal duren y persistan.

Pasando de lo general de esta sentencia á su aplicación de las obras de la Santa, ¿qué duda tiene que hay en todas ellas, en la "Vida", en "El camino de perfección", en los "Conceptos de amor divino" y en las "Cartas" y en "Las moradas", un interés inmortal, un valor imperecedero, y verdades que no se negarán nunca, bellezas de fondo que las bellezas de la forma no mejoran, sino hacen patentes y visibles?

A fin de decir sin emplear muchas palabras algo digno de esta mujer, sería necesario, aunque fuese en grado ínfimo, poseer una sombra siquiera de aquella inspiración que la agitaba y que movía á escribir su mente y su mano; un asomo de aquel astro celestial de que las sencillas hermanas, sus compañeras, daban testimonio, diciendo que la veían con grande y hermoso resplandor en la cara, conforme estaba escribiendo, y que la mano la llevaba tan ligera que parecía imposible que naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad, y que estaba tan embebida en ello que, aun cuando hiciesen ruido por allí, nunca por eso lo dejaba ni decía la estorbasen.

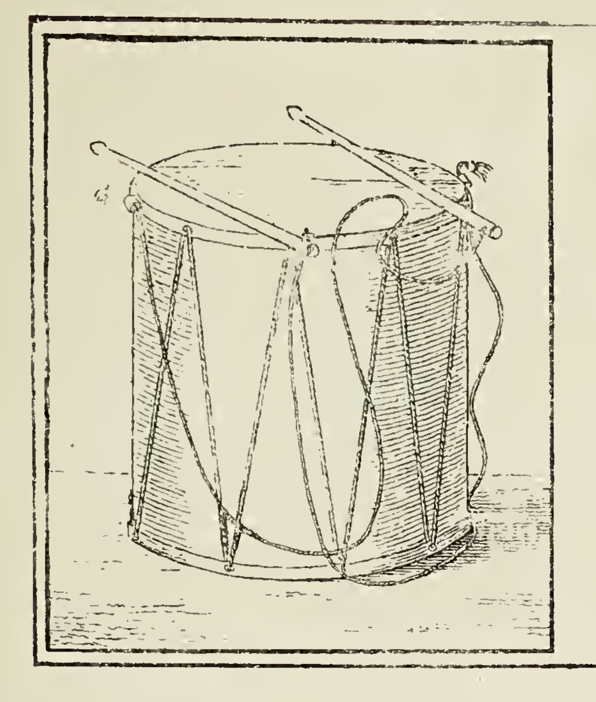
No traigo aquí esta cita como prueba de milagro, sino prueba candorosa de la facilidad del tino, del inexplicable dón del Cielo con que aquella mujer, que no sabía gramática ni retórica, que ignoraba los términosde de la escuela, que nada había estudiado, en suma, adivinaba la palabra más propia, formaba la frase más conveniente, hallaba la comparación más idónea para expresar los conceptos más hondos y sutiles, las ideas más abstrusas y los misterios más recónditos de nuestro íntimo ser.

Su estilo, su lenguaje, sin necesidad del testimonio de las hermanas, á los ojos desapasionados de la crítica más fría, es un milagro perpetuo y ascendente. Es un milagro que crece y llega á su colmo en su último libro, en la más perfecta nota de sus obras: en "El castillo interior, ó las moradas".

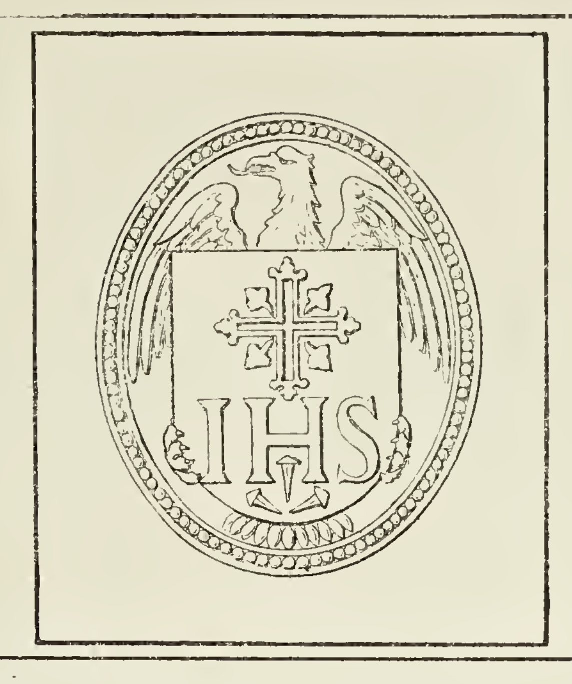
La misma Santa lo dice: El platero que ha fabricado esta joya sabe ahora más de su arte. ¡En el oro fino y aquilatado de su pensamiento, cuán diestramente engarza los diamantes y las perlas de las revelaciones divinas! Y este diestro artífice era entonces, como dice el señor La Fuente, "una anciana de setenta y dos años, maltratada por las penitencias, agobiada por enfermedades crónicas, medio paralítica, con un brazo roto, perseguida y atribulada, retraída y confinada en un convento harto pobre, después de diez años de una vida asendereada y colmada de sinsabores y disgustos".

Así escribió su libro celestial. Así, con infalible acierto, empleó las palabras de nuestro hermoso idioma, sin adorno, sin artificio, conforme las había oído en boca del vulgo, en explicar lo más delicado y obscuro de la mente; en mostrarnos con poderosa magia el mundo interior, el Cielo empíreo, lo infinito y lo eterno, que están en el abismo del alma humana, donde el mismo Dios vive.

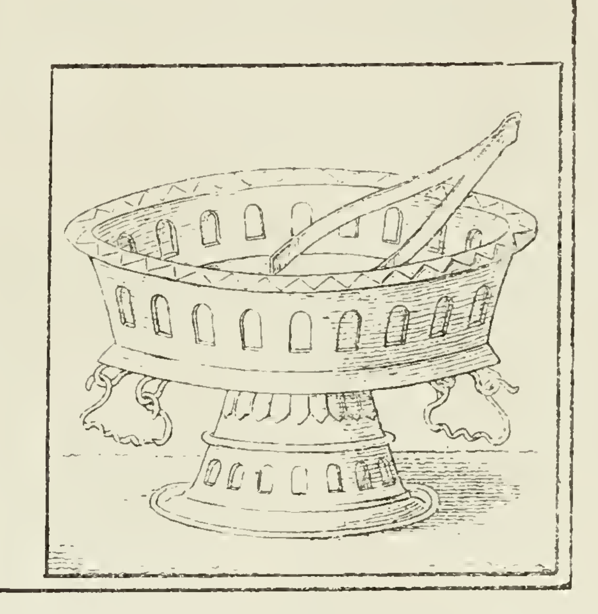
JUAN VALERA



TAMBORIL DEL TIEMPO DE LA SANTA QUE SE USABA EN EL CONVENTO ALGUNOS DÍAS DE RECREACIÓN



SELLO GRABADO EN ACERO DEL QUE SE SERVÍA LA SANTA



BRASERO PARA LAS MANOS QUE SERVÍA Á LA SANTA DURANTE EL INVIERNO DE 1576 CUANDO ESCRIBIÓ PARTE DEL LIBRO DE LAS FUNDACIONES

La Santa Española.

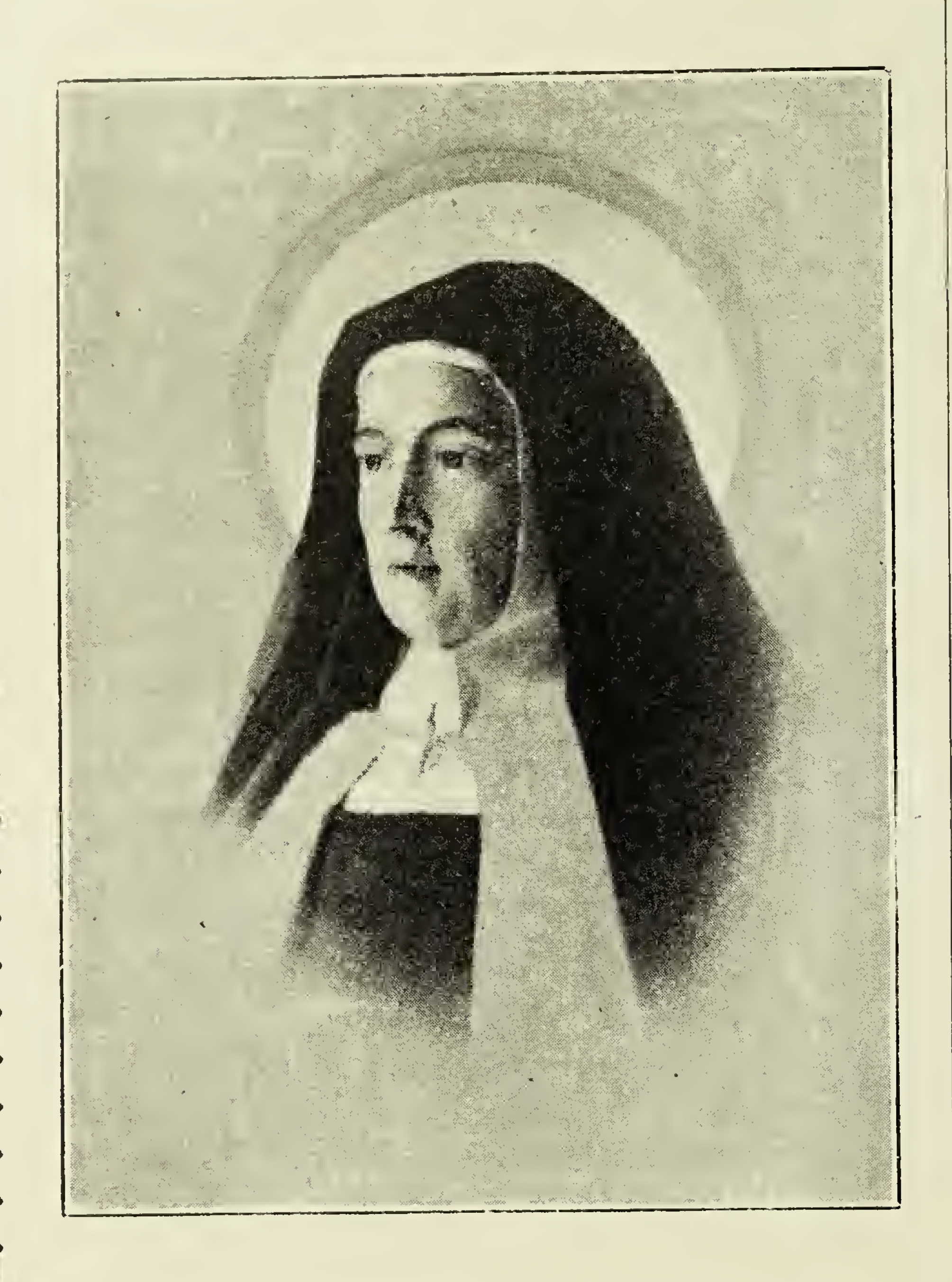
La figura de Santa Teresa no tiene nada de fantástico y vaporoso. Es una figura real, sólida, concreta y determinada. Una figura viva de verdad. Una castellana de carne y sangre, que nunca pierde su peculiar modo de ser, ni en las prosaicas ocupaciones de su convento, ni en las sublimes visiones y arrebatados éxtasis de su celda. Herida y atravesada por el dardo de fuego del divino amor, perdida en el insondable piélago de las contemplaciones divinas, negociando el arrinconado solar ó el derruído edificio para albergue de sus hermanas, siempre es Santa Teresa de Jesús la inspirada escritora de las "Moradas", la alegre repiqueteadora del pandero, el tamboril y las castañuelas.

Un elocuente escritor francés escribió, no ha mucho tiempo, que "en esta asombrosa criatura, formada por las virtudes de la Iglesia. hasta el punto de que sin la Iglesia no habría sido formada, se encuentra personificada la España con su temperamento natural y con sus rasgos distintivos, llegados á la belleza perfecta". "Hay árboles—dice—que, según los sabios, tardan cien años en dar su flor. En el árbol de la vieja España, cuyas raíces seculares se sumergen en una tierra amasada con los quebrantados huesos de los mártires, de los confesores y de los santos, con el polvo de los héroes, con las cenizas de ciudades abrasadas en holocausto voluntario por su fe y por sus libertades, Santa Teresa apareció como la flor en que se habían reconcentrado toda la savia, todos los perfumes, todos los rocíos de lágrimas y de sangre, que constituyen el esplendor de una raza".

Y este escritor tiene razón. Santa Teresa es una santa tan española por el carácter, por el temperamento. por la personaliadd como por la lengua, y aquellos caracteres que los observadores concienzudos han señalado en los pensadores y en los artistas de nuestra Patria, consistentes en un grave y austero realismo armonizado con la mayor sublimación ideal en medio de una naturalidad honrada, apacible y sincera, se descubre en Santa Teresa de Jesús en todo el curso de su vida y en todas las páginas de sus escritos.

Su vida todos la conocéis, todos recordáis los alientos con que, persuadiendo á su hermanito Rodrigo de las ventajas del martirio, abandonaron muy serenos el calor del paterno hogar para ir á tierra de moros á dar la vida por Cristo. Todas habréis podido admirar en la Casa de Santa Teresa de Avila el reducido jardín donde labraban sus ermitas aquellos precoces ermitaños; todas sabéis de memoria aquella funesta afición á los libros de Caballería, aquella coquetería inocente que le llevó en su juventud á cuidar con esmero sus manos y á perfumar sus galas y sus cabellos; todas habréis meditado sobre los extraordinarios caminos por donde quiso llevarla Dios al amoroso reclamo de sus gemidos y favores; todas tenéis bien presente la propia narración de su "Vida", dictada por la obediencia y que es el itinerario del cielo; la re-

lación de sus "Fundaciones", que es la historia de sus trabajos; el libro de las "Constituciones", que es el tesoro de sus deseos; el libro de las "Relaciones", que es la confesión de sus glorias; el "Castillo interior ó las Moradas", que es como la gran revelación de los secretos del Cielo, hecha por mano de la Santa, y todas sus demás escrituras, tanto preceptivas como históricas, y, sobre todo, sus "Cartas", en que aún se la ve cual era, desde la cabeza á los pies, como en un espejo clarísimo ó en una serie de instantáneas.



RETRATO DE SANTA TERESA DE JESÚS, QUE SE DICE AUTÉNTICO Y SE ENCUENTRA EN EL MONASTERIO DE LAS CARMELITAS DE BESANÇON

Y todas también recordáis sus místicas "Poesías", sencillas como cantares populares y como alegres villancicos, llenas de unción y de sentimiento, como suspiros del amor en que se anegaba su alma.

¡Grande es el mérito de sus obras! En ellas aprende el teólogo extremos de la Divinidad, á que no alcanza la ciencia; en ellas estudia el filósofo profundidades del alma á que no llega la observación de la más perspicaz psicología; en ellas estudia el místico hondos misterios del amor, despojados de la oscuridad de una metafísica nebulosa que aclara y penetra el sol meridional de su mirada castellana; en ellas goza y saborea el literato las naturales bellezas del habla castiza y nacional, brotada como un surtidor de las entrañas mismas del pueblo, sin que menoscaben ni alteren su límpido y cristalino raudal, ni las flores artificiales de la retórica, ni las turbias aguas de la erudición pretenciosa é inoportuna, ni las brumas del conceptismo alambicado y pedante, dejando tranquilo ver á través de su diáfana transparencia las doradas arenas de su lecho propio y natural y reflejando en su tersa serenidad la luz purísima de los cielos.

¡Quién no se deleita al recuerdo de la naturalidad de sus expresiones, de la llaneza de sus vocablos, de la espontaneidad de sus giros, de la elocuencia familiar con que mete por el alma las cosas!

¡Quién ha podido olvidar, para no citar más que uno, aquel retrato á lo Velázquez, hecho con cuatro rasgos no más, del insigne y maravilloso varón fray Pedro de Alcántara, gran protector de sus designios, y á quien la Santa describe con esta sola pincelada, "que no parecía sino hecho de raíces de árboles", con que como que se aparece y se ve de cuerpo entero, en persona, á aquel dechado de penitencia que, según aseguró á Santa Teresa más tarde, tanta gloria hubo de merecerle en el cielo!

¡Pues del arte de sensibilizar los más abstractos conceptos y dar vida con la expresión á las más altas contemplaciones!

¡Quién no recuerda aquella genial descripción del alma en gracia, transparente y luminosa como el cristal de un espejo en que se mira y refleja la divina visión de Dios, enturbiado y oscurecido por el pecado mortal y roto en pedazos mil por la pérdida de la fe! ¡Quién no se siente arrancar de cuajo y de raíz el alma al sentir el vivo dardo de amor con una llama en el hierro con que le pasa y traspasa una y otra vez el corazón el querubín inflamado, mensajero alado y celestial del esposo amante y rendido! ¡Quién no escucha atónito el aleteo espiritual de la nacarada paloma que se cierne sobre su cabeza virginal como arrullándola con sus gemidos y coronándola con su luz!

Sería cuento de nunca acabar ir señalando grandezas, tanto literarias como morales y de pura luz intelectual por el curso de sus escritos. Por algo la opinión nacional, que cuando es unánime acierta, la considera y aclama como "Doctora" en la ciencia mística sin igual que profesaron los santos místicos españoles, y cuyo vuelo atrevido por las inmensidades del cielo si parece de águila caudal en las pujantes alas de

San Juan de la Cruz, parece como de paloma ó como de tórtola sencilla en las delicadas y blancas con que Santa Teresa de Jesús revolotea, con tanta gracia como amor, en torno del Cordero de Dios apacentado en las colinas eternas.

Las virtudes, las penitencias, la acción organizada de los heroísmos sublimes que forman las religiones monástica, hasta la misma Santidad, todos son efecto y no causa, por lo menos originaria y primera, de la eficacia de la oración que tiene su manantial en el "amor de los amores" que brota en aquella divina unión entre el Alma y su Creador, llevada á cabo con perfección é intimidad y estrechez no superada jamás por Santa Teresa de Jesús en el abrazo místico, espiritual y celeste con su amado y amante Esposo, primero, y en aquel alto y profundo é inefable matrimonio espiritual que se consuma por fin en el centro de la "Morada interior", en lo más secreto del alma.

Ese amor la hizo suspirar por la Cruz por el martirio y por la soledad en su infancia, le llevó desde la casa paterna al monasterio de Gracia, y desde el "monasterio de Gracia" al de la "Encarnación", teatro de sus más regalados favores, y desde la Encarnación á "San José", que fué el tálamo espiritual de aquella unión sobrenatural entre los cielos y la tierra.

Ese amor la llevó peregrinando como "fémina inquieta y andariega" de "fundación en fundación", á través de los páramos de Castilla, en aquel humilde "carro" improvisado en "convento", y que llevaba entre sus mal concertadas tablas el Angel de la contemplación y del Amor velando sobre los destinos de la religión, de la humanidad y de la patria, desde Avila á Medina del Campo, desde Medina del Campo á Malagón, desde Malagón á Valladolid, desde Valladolid á Toledo, desde Toledo á Pastrana, desde Pastrana á Salamanca, desde Salamanca á Alba de Tormes, desde Alba de Tormes á Segovia, desde Segovia á Veas, desde Veas á Sevilla, desde Sevilla á Villanueva de la Jara, desde la Jara á Palencia, desde Palencia á Soria, desde Soria á Granada, desde Granada á Burgos, y desde Burgos á Alba donde puso término á la siembra de manantiales divinos para ir á recoger en el Cielo los frutos de bendición de todas las fundaciones, que, hijas legítimas de las suyas, habían de florecer en toda la cristiandad como verdaderos pensiles de flores de imperecedera fragancia que hicieran agradable á Dios la haz de toda la tierra.

Y fué por virtud de ese amor por el que escogió como "Empresa" aquel sublime "ó padecer ó morir" que da la esencia y la sustancia, y el fundamento y la prueba, el medio y la confirmación de los acendrados quilates del mismo amor que la dicta como "Cifra" de su existencia y como "Divisa" de su blasón, y la que le hizo prorrumpir en aquel sencillo cuanto sublime canto de su espíritu abrasado por los incendios divinos:

> Vivo sin vivir en mí
> y tan alta vida espero,
> que muero porque no muero.

Versos en cuyos tan, al parecer, sencillos renglones se encierra en toda su íntegra totalidad, como no logró superarlo poeta alguno del mundo, la muerte de esta vida mortal, la vida de la que empieza con la muerte, y las ansias y los ímpetus y las agonías del corazón, preso entre los duros hierros de la ausencia, y desgarrado por el ardiente y violento afán de arrojarse, enajenada de amor, entre los brazos amantes del divino Dueño de su alma.

La "Ciencia" estúpida de la impiedad que se ríe de estos prodigios, todavía está sin poderse dar cuenta aún del por qué no se han logrado sus designios de acabar con la religión, pero mientras califica de "histérica" á la hermana Santa Teresa de Jesús, el genio diabólico del mal que dicta estas carcajadas, dedica todo el ardor y toda la saña de sus "logias" á impedir que puedan vivir unidas en sus conventos sus hijas. Esta "risa" y este "furor" combinados, dicen bien, más que lo que yo os pudiera decir, al propio tiempo que la "buena fe" de los procedimientos "sectarios", la incalculable fuerza de proyección reconcentrada en la "dinamita celeste" que "explota", como suele decirse, en los efluvios de la oración que se remontan al Cielo desde el humilde tugurio de unas tristes Carmelitas, y nos obliga á volver esperanzados los ojos, en medio de las pavorosas tormentas que nos presagia el horizonte social, á la dulce y apacible figura de Santa Teresa de Jesús, que no se puede olvidar de las desdichas de la humanidad y de los dolores de la Patria, entre las alegrías de la Gloria.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.



Juicios y propósitos de Menéndez y Pelayo.

Por dichosa me tengo en aportar hoy á este "Homenaje" á la gran Santa española una página póstuma del insigne reedificador de nuestra historia literaria y de nuestra conciencia nacional, preciosa página de una carta que creí perdida y hoy como providencialmente recobro. Escribiómela el Maestro—siempre lleno para mí de generosa indulgencia — en respuesta á otra carta en que solicitaba yo su colaboración inestimable para "La Basílica Teresiana", cuando S. A. R. la Infanta Doña Paz quiso tan bondadosamente honrarme con la dirección de esta Revista. Y con aquella expansividad y llaneza castellanas que eran esplendor visible de su magnánimo espíritu, para disculpar su tardanza en contestarme—que tenía, no disculpa, glorificación en su constante labor gigantesca—me confiaba sus planes teresianos, apuntando de paso juicios y observaciones á los cuales, como á la carta toda, ha dado su muerte un valor insuperable: recorriendo esta página he sentido en el alma el reflejo de la mente del Maestro; leerla ahora es como asomarse á su espíritu y sorprender un momento ignorado de su pensar y su sentir acerca de la Santa que glorificamos hoy; así entiendo que ningún otro dón más precioso pudiera aportar á esta publicación como ese fragmento epistolar que por ser de quien es y por tratar de quien trata copio aquí con emoción y reverencia.

Carta de Menéndez y Pelayo.

"Señora Doña Blanca de los Ríos de Lampérez.

Santander, 20 de Enero de 1907.

Mi distinguida amiga:

Perdone usted mi tardanza en contestar á su carta muy estimada. Pensé que á la contestación acompañase algún artículo para la "Revista Teresiana" (1); pero todavía no he podido escribirle, abrumado como estoy de trabajos pendientes que han sido mayores á principio de año (2). Pienso dedicar algunas cuartillas á la publicación que los Carmelitas han hecho recientemente de las memorias del Padre Gracián, "Peregrinaciones de Anastasio", pero no me alcanza el tiempo para nada. De todos modos lo haré en cuanto pueda, para no caer en falta con usted y con la Infanta Doña Paz. Temas curiosos no faltan, por ejemplo, la discusión crítica de las poesías atribuídas á la Santa que no me



"MATER DOLOROSA" EXISTENTE EN LA IGLESIA DE MADRES CARMELITAS DESCALZAS, DE ALBA DE TORMES, REGALADA Á SANTA TERESA POR EL PRIMER DUQUE DE ALBA

parecen auténticas, en su mayor parte, ó la reseña de los poemas épicos y dramáticos que se han compuesto acerca de ella. Pero todo esto requiere alguna investigación previa que no sé cuándo podré hacer. Afortunadamente la Revista en manos de usted no puede menos de estar destinada á larga vida, y será para mí grande honra el colaborar en ella"... (1)

....

....

"De usted siempre muy agradecido amigo q. s. p. b.,

M. Menéndez y Pelayo.

Por la copia:

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

(1) Así pensaba yo titular aquella no realizada publicación.

(2) Esta indicación es interesante para la biografía del Maestro.

(1) El resto de la carta en que el Maestro agradece con benevolencia excesiva mi modesto estudio «Lope de Vega y Menéndez y Pelayo», no tiene relación con el objeto de este Homenaje.

La autobiografía y la Iglesia.

I

LA HISTORIA INTERNA Y LA AUTOBIOGRAFÍA

La profunda distinción escolástica entre el fin de la obra "finis operis", y el fin del agente "finis operantis" que no siempre coinciden sino que pueden ser opuestos, es un rayo de luz que ilumina los dos mundos en que se reparte la historia.

Hay una historia externa, visible, formada con los hechos realizados que después de haber sido efectos, son causas como el capital de los economistas, primero producto y después, por el destino, productor.

El hombre pone y elige libremente los antecedentes y si no los cambia y varía al preveer sus resultados, una vez puestos, engendran consiguientes fatales, porque él es dueño de establecer las premisas pero no de alterar su relación con las consecuencias.

De ahí el encadenamiento exterior de los hechos y las series de ellos y sus conexiones y enlaces que forman la vasta trama ordenada en un plan providencial que respetando la libertad del agente pone tal unidad y dirección en su obra que aun del mal, por reacción y castigo, saca el bien, y por eso se ha dicho, gráficamente, que Dios escribe recto en líneas torcidas.

Hay otra historia anterior, interna, psicológica que tiene su manantial en las profundidades del espíritu y que no siempre se desborda y corre por el mundo.

El entendimiento y la voluntad que le sigue y sale de su indiferencia y asiente ó discrepa, comparan y pesan los motivos de las acciones en una deliberación íntima y silenciosa á la que suelen asistir, sin derecho, las pasiones antes de decidirse y preferir entre los diferentes motivos uno que se convierta en fin y motor del hecho.

Las dos historias no coinciden siempre "y no pocas veces" son contrarias. Si conociésemos bien la interna, la visión clara de los móviles que lanzaron al mundo los hechos, nos obligaría á rehacer buena parte de la externa y á modificar el juicio sobre muchos personajes y aun á trocar en algunos los pedestales por cadalsos.

La vida del linaje humano se divide en esas dos historias que están en las partes antes de encontrarse en el conjunto de ellas.

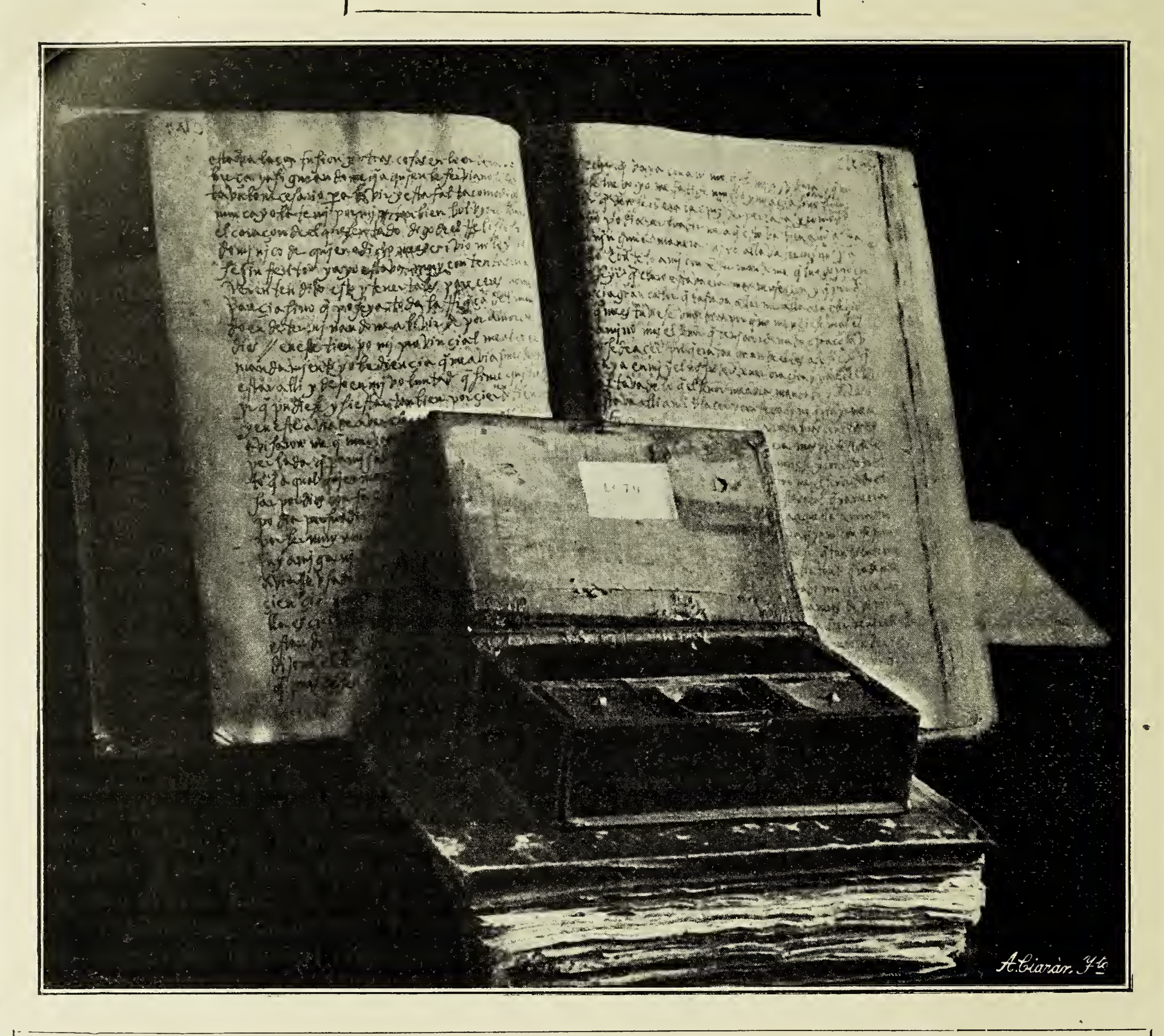
Todos tenemos dos historias, una íntima, la de nuestros pensamientos, recuerdos, amores y pasiones, y de sus luchas y armonías, elevaciones y miserias; y otra que se junta con la que producen los demás, por los hechos que realizamos y por los lazos que anudamos con ellos y los que ellos ó nosotros quebrantamos.

La primera historia permanece en gran parte inédita. Todos los sepulcros guardan algunas de sus páginas. Sólo conocemos lo que pasa en los demás por analogía con lo que sucede en nosotros ó por lo que ellos manifiestan y quieren contarnos. Esa es la causa de que las autobiografías hayan tenido siempre un singular atractivo. Leyéndolas parece que nos vemos en los otros y que nos repasamos á nosotros mismos.

La Iglesia católica, como es la gran directora de conciencias, es de tal manera la maestra de la autobiografía que la exige periódicamente á sus hijos por medio de una institución única, y que ella sólo basta para probar su divinidad y la soberanía de su doctrina sobre la naturaleza humana, el "sacramento penitencial".

"El confesonario (decía el que escribe estas líneas en un estudio no publicado) es el primer "tribunal de honor" que se conoce en el mundo, porque allí se juzga conforme á un código divino é invariable hasta los honores y el honor que otorgan los hombres; es la mejor cátedra de "Psicología experimental" y de "Etica", y de altísima Pedagogía que se ha podido idear, pues en ella se cumple de tal manera el "nosce te ipsum" del templo de Delfos y de la escuela socrática, que no no se ha encontrado todavía un pensamiento impuro, aunque se oculte con el velo del disimulo, que se sustraiga á su examen y á su fallo; y es un monumento á la libertad humana porque proclama con la "absolución" y con la "penitencia" que no la determina fatalmente el medio físico, ni el social, ni la rigen por modo irresistible los motivos que la estimulan y sobre los cuales ejerce su imperio y es, por lo tanto, en diferente grados responsable. Es la sinceridad elevada á institución divina en perfecta guerra con la hipocresía.

En esta universidad interior, donde podría decirse que se cursa "al hombre" y donde se



TINTERO DE LA SANTA (ESCORIAL)

Tiene como se ve en el fotograbado una caja de madera con cuatro compartimientos, en uno está el tintero propiamente dicho, en otro la salbadera ó polvos secantes; el tercero se reserva para guardar las obleas con que pegalas cartas, y el cuarto ó sea el mayor, para el cortaplumas y algunos cañones de éstas, y también el sello con el anagrama *J H S* que usaba la Santa en sus escritos y que se conserva en las Carmelitas Descalzas de Toledo.

exponen las miserias morales que ataviadas con apariencias engañosas suelen brillar en el mundo, se aprende á corregir conciencias, á enderezar voluntades, á domesticar pasiones y á poner injertos sobrenaturales en las almas para que no se marchiten en la culpa y den flores de virtud.

El confesonario es la fuente de las mejores autobiografías que se conocen. Por eso suelen llevar el nombre de "confesiones".

La confesión pública impuesta en los primeros siglos de la Iglesia á los grandes pecadores, suelen practicarla, en nuestros tiempos, algunos que tienen más de criminales que de penitentes.

No confiesan todo lo que son sino lo que no son y quisieran ser.

En la ya copiosa literatura autobiográfica contemporánea, los alardes de sinceridad suelen ir acompañados de rasgos de cinismo y, casi siempre, de una falsa modestia en que el autor se acusa de faltas que no le importa que se conozcan y de las cuales parece que en el fondo se alaba, como el calavera donjuanesco que enumera, con fingido arrepentimiento, la lista de hermosuras rendidas á su fascinación y á su albedrío y con frecuencia sepultadas en los dominios de su fantasía.

Aun en los escritores geniales como Rouseau, de talento paradógico, pasión vehemente, aunque de estilo artificioso, ó los narradores brillantísimos, artistas eminentes, que han cubierto con flores las ideas y que han inventado, con un romanticismo algo enfermizo. "una nueva manera de estar tristes", como Chateaubriand, no

pueden disimular el propósito que se transparenta y asoma en todas las páginas á pesar de los esfuerzos del ingenio para ocultarlo: aparecer con un tamaño medido por su deseo para



IMAGEN DE NTRA. SEÑORA EXISTENTE EN LA CATEDRAL DE AVILA.
Santa Teresa, á la edad de doce años, cuando murió su madre, oró ante esta imagen pidiendo á la Virgen la recibiese por su hija.
La iglesia de Ntra. Sra. de la Caridad, donde entonces se hallaba esta imagen, fué destruída en 1852.

arrancar un grito de admiración de los lectores deslumbrados.

En las "Confesiones" del misántropo ginebrino y en las "Memorias de ultratumba", la sinceridad y la vanidad combaten, pero la primera sale siempre vencida por la segunda.

La sinceridad completa es incompatible con la soberbia, y sus hijos y todos los pecados la tienen por madre. Reconocer y confesar todas las faltas incluso la gravísima de no arrepentirse de ellas, es dar libelo de repudio al mal y abrazarse con la gracia, y eso sólo lo hacen los santos ó los aprendices de santos.

Sólo ellos son completamente sinceros. Todos los demás, en mayor ó menor grado, cuando no mienten á los otros se engañan á sí mismos. Por eso las autobiografías de los santos son las más humanas precisamente porque son algo divinas.

Las almas puras vueltas á Dios y miradas por El tienen tanta luz que no dejan sitio á las sombras que oscurecen las demás.

Contemplarlas es ver toda la historia interior y en relación con una vida más alta, sin la cual la interior, falta de norte y centro, se disipa.

II

La autobiografía de San Agustín.

LAS CONFESIONES.-LUCHAS Y CAMBIOS DEL HOMBRE

Las "Confesiones" de San Agustín son el modelo perpetuo de las autobiografías completas, porque abarcan la vida entera, interior, exterior y superior.

Las vidas de los santos son copias humanas de un original divino, y aun con la limitación finita, no son hechas sin el auxilio que les presta el original mismo, porque la naturaleza sola, que ya es copia y semejanza, no tiene fuerza para representar en sí lo que la excede. De aquí que las almas santas sean como ojivas abiertas en los muros de la cárcel que habitamos los pecadores, por donde nos mira el cielo con su luz y podemos nosotros mirarle con la que él nos presta.

La santidad en todos sus esplendores vista desde el pecado deslumbra. Los ojos del pecador fascinados por el foco se bajan tristemente á la tierra como si sintiesen la pesadumbre de la culpa, y la grandeza de la perfección, y el abismo entre las dos. Pero cuando la cumbre vecina del cielo se nos muestra, no aislada y como suspendida de lo alto, sino precedida de los valles, y quebradas, y laderas de una vida que ha subido jadeante, cayendo y levantándose y sintiendo zozobras y tribulaciones y haciendo pausas para mirar atrás y adelante y contemplar sus fuerzas y la distancia de la cima, y ha lanzado gritos de angustia pidiendo al Señor socorro con dolores y oraciones para continuar el camino y terminar la jornada... entonces el abismo, abierto entre la santidad y el pecado, se salva con el puente que tiende el arrepentimiento guiado por la esperanza que pliega las alas en los brazos de la misericordia que la había destacado como mensajera del perdón.

Esto explica la especie de contagio divino que producen en las almas elevadas y ardientes las vidas de los santos, y como muchos de impíos se truecan en creyentes y de libertinos y mere-

trices en mártires, y de guerreros duros y altivos en apóstoles.

Las vidas de los santos escritas por admiradores, discípulos, devotos ó eruditos, resultan, naturalmente, panegíricos que, aun vestidos por



APARICIÓN DE NUESTRO SEÑOR ATADO A LA COLUMNA A SANTA TERESA (Avila).

la piedad, el saber y la elocuencia, no pueden sondear todos los arcanos y luchas interiores ni sacar, por lo tanto, fotografías completas de sus almas, porque al verlas al través de las suyas se reflejan sin quererlo al reflejarlas.

Las vidas de los santos escritas por ellos mismos, que son á un tiempo los mejores jueces y los testigos más sinceros, ejercen una atracción irresistible para los que piensan y sienten hacia arriba, y son las únicas páginas de la historia humana de que el error, la pasión y la disculpa interesada están ausentes. ¿Y si el santo ha sido antes mundano y pecador, y albergó errores y experimentó flaquezas, y rindió homenajes al vicio hasta que un rayo de la gracia derribó de su voluntad la soberbia? Entonces parece que sentimos con él mayor hermandad, y que al vernos unidos por igual desventura en la primera parte deseamos juntarnos en la segunda y acompañarle á Damasco.

Este es el encanto y el atractivo insuperable de las "Confesiones" de San Agustín. En "La Trinidad" y en la "Ciudad de Dios" voló más alto, pero en las "Confesiones" voló tan cerca de nosotros, que nos tocaron sus alas.

Y como antes de posarse en la Cruz se había posado sobre pantanos que todos conocemos, al hacer confesión pública de sus flaquezas y desmayos, parece que recogió la confesión de la humanidad pecadora, es decir, de la humanidad entera, porque la santidad, si no tuviese por combatiente al pecado y le venciese, tampoco existiría entre los hombres.

En unas confesiones paganas, á pesar del ambiente cristiano que ya alcanzaba á su autor Marco Aurelio, en los "Soliloquios", (cuyo libro primero es una especie de autobiografía que pudiéramos llamar pedagógica, porque muestra la genealogía de sus ideas y hábitos morales) empieza diciendo que á su abuelo Vero "debe el ser de honestas costumbres"; á la memoria de su padre el "portarse con modestia y varonilmente; á su madre "la religión, la liberalidad, el abstenerse de ejecutar acción mala ni cebarse en el pensamiento de ella", y á sus maestros, como Diogneto y Apollonio, otra porción de virtudes escondidas debajo del "Sustine et abstine" de la Etica estoica. Moral áspera y sombría que por ignorar el verdadero origen y fin del hombre dejaba el deber sin base y sin sanción, y pregonaba á un tiempo el sufrimiento y el suicidio y descubría el orgullo mal encubierto con apariencias austeras, cuando no ocupaba su puesto la vanidad que llega á asomarse al través de la púrpura del César en el dechado más rígido de la secta.

San Agustín no enumera sus virtudes, sino sus pecados, y no comienza alabándose á sí mismo, sino á Dios. La primera página de las "Confesiones" empieza con las palabras de un salmo, diciendo con David: "Grande sois, Señor, y digno de toda alabanza".

En realidad, las "Confesiones" no son un monólogo, son dos diálogos, el que San Agustín sostiene consigo mismo, y el que sostiene con Dios.

Leyéndolas se asiste á un extraño espectáculo: un alma pecadora mirada y juzgada por un alma santa, que siendo tan diferente reconoce su unidad con la culpable.

El mal que cayó como hoja seca y la virtud que florece radicaron en el mismo tronco, aunque regadas por savia distinta. El recuerdo de la maldad pasada aumentado por el remordimiento y avivado por la penitencia proyecta una sombra de tristeza sobre la virtud que sur-

je vigorosa, pero que se recata con modestia y tiembla desconfiando de su propia fortaleza. Al mirarse rodeada de las miserias morales que precedieron á su alumbramiento aparece á sus propios ojos como una flor que ha brotado en un muladar, y por eso quiere subir y apartarse de la tierra y mira al cielo y dirige hacia él su aroma reconociendo que de allí ha recibido con el rocío de la gracia los matices de su corola y esplendor de su hermosura.

La acusación sañuda, implacable, va siempre seguida de un grito de dolor y de un canto á la misericordia.

Todos los vicios y las pasiones desbordadas de la adolescencia y de la juventud que habían fermentado con ardores de sol africano en aquel gran corazón, pasan evocadas con angustia, sin una atenuación ni una disculpa, ante el juez de sí mismo que los sentencia con sus lágrimas.

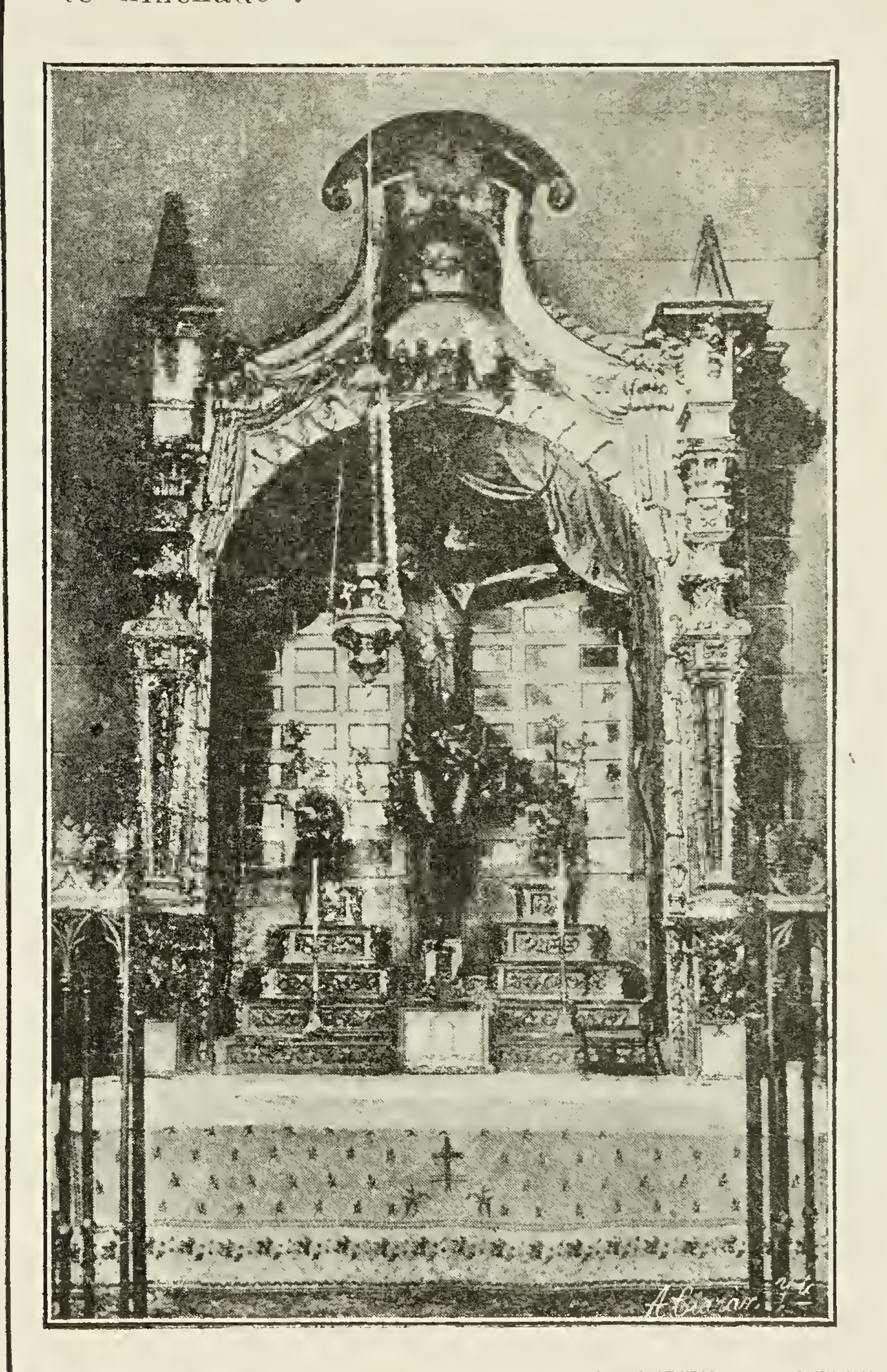
Se asiste al drama interno de una vida compleja y opulenta en que las pasiones se precipitan unas sobre otras y chocan como espadas contra el deber, mientras el error, primogénito del vicio, aprovecha la contienda para tomar el entendimiento por asalto.

Es una vida entera extendida sobre unas páginas, donde nos podemos ver todos al verla. El estudiante inquieto y rebelde de Tegaste y Madaura se convierte en el joven libertino de Cartago, ciudad corrompida, metrópoli del placer y del intelectualismo anárquico y escéptico, que crece siempre al borde de las lagunas pestilentes.

Refiere sus descarríos con una melancólica conmiseración de sí mismo en páginas que son una declaración inmortal de guerra á la hipocresía. "Me entregué osadamente á varios y sombríos afectos y pasiones... Se levantaron nieblas y vapores del cenagal de mi concupiscencia..., me avergonzaba de no ser tan desvergonzado como otros..."

Hizo pausas en el placer tumultuoso, pero no en el mal, parando en uniones ilícitas, aunque no tan estables que no fuesen sustituídas por otras; y un hijo, Adeodato, fué fruto de esos amores impuros.

La inteligencia seguía las oscilaciones del corazón, y sedienta de la verdad revoloteaba por los pensiles paganos y por los sistemas y herejías que riegan sus aguas. Llora por la muerte de Dido, y no le conmueve la del Redentor. La "Eneida" le parece superior al Evangelio, y el "Hortensio" de Cicerón al estilo de la Escritura, cuya sublime sencillez y majestad no cabe en el molde clásico. Profesor de retórica, todo lo sacrifica á la forma exterior y brillante; y envanecido con su propia elocuencia, él lo dice, "me desdeñaba de ser pequeño y me tenía por grande y era solamente hinchado".



CAPILLA DEL SANTO CRISTO EN LA AGONÍA, DONDE SANTA TERESA RECIBIÓ EL COLLAR DE ORO Y LA CAPA BLANCA DE MANOS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN Y S. JOSÉ (Avila.)

Pero su inteligencia era un abismo que no se llenaba con retórica. La sed que le atormentaba no lograban apagarla los párrafos rotundos y los exámetros armoniosos. Preguntó el por qué de las cosas, y la filosofía y la teología le salieron al encuentro para contestarle, pero deformadas y mutiladas. El agnosticismo escéptico, triste residuo que dejan las opiniones y enseñanzas contrarias en un entendimiento pobre, repugnaba al suyo, que era opulento y no pudo retenerle prisionero. El libre pensamiento, que existe cuando no se piensa, y deja de existir si se piensa y se tiene algo por verdadero, no era más que una negación alzada contra la autoridad, un pregón de rebeldía, y el que buscaba la roca de la certeza para poner en ella su planta no podía vivir de dudas y negaciones.

III

Autobiografía sobrenatural

SANTA TERESA Y EL LIBRO DE SU VIDA

En una ciudad castellana mística y caballeresca, destacada sobre una colina como un gigantesco relicario esmaltado de cruces y blasones y teniendo por marco una muralla terminada el mismo año en que empezaron las Cruzadas, apareció una flor espiritual, de lozanía no igualada que los ojos contemplan atónitos sin poder abarcarla, porque brota del alma de España y esconde su corola y sus aromas en el cielo.

Santa Teresa apareció en el mundo cuando España le conquistaba, y para completar la conquista con otra más grande, la de los secretos del alma y del Cielo.

La vida de España amasada con hierro y fundida en el horno de la Reconquista se desbordaba por la tierra avasallándola. Para que no se rompiese el equilibrio y lo exterior no la absorviese por entero y la dispersase, era necesaria la fuerza centrípeta de una vida interior y la elevación á la superior de que la interna y la externa son hechuras.

Santa Teresa reune de modo incomparable las tres vidas y por eso parece la imagen viva de España.

En el libro de las "Fundaciones", en los "Avisos" y las "Constituciones primitivas" en el "Modo de visitar los conventos" y en muchas de las "Cartas" la vida exterior más amplia y diligente y el espíritu de observación más sagaz y las dotes de gobierno de monja estadista como Sor María de Agreda, brillan con extraordinario esplendor.

En la segunda parte del "Libro de su vida", en los "Conceptos del amor de Dios", en el "Camino de perfección" y el "Castillo interior ó Las moradas", la vida interior y la superior de la comunicación mística y la unión amorosa con Dios, salen como un surtidor espiritual que se pierde en el cielo ó bajan como caudal aguas vivas de una fuente divina á esconderse en su alma.

Es preciso subir al Monte Carmelo", contemplar la "Llama de amor viva" y penetrar en la "Noche oscura" de San Juan de la Cruz para respirar con temor sagrado una atmósfera semejante en que lo sobrenatural parece que nos transfigura y nos envuelve.

¿De qué tallo brota esa flor? ¿Cuál es el primer rayo de luz divina que la abre hacia el cielo?

Viene de vieja é ilustre prosapia. La sangre de sus antepasados se había filtrado durante muchos siglos por armaduras, adargas y broqueles adquiriendo aquella pureza y temperatura espiritual que convierte en una herencia la vocación al heroismo.

Su padre, el noble caballero toledano Alonso Sánchez de Cepeda, desciende de aquel Vasco Vázquez que pelea gloriosamente en el cerco de Gibraltar al lado de Alfonso XI. Su madre, doña Beatriz Dávila y Ahumada, es de familia no menos ilustre. Los numerosos hermanos de Santa Teresa responden á la voz del linaje y al ambiente de gloria que caldea entonces á toda la raza española. Uno cae mutilado luchando en las campañas de Italia. Los otros cinco intrépidos aventureros marchan á América, cooperan briosamente á la conquista del Perú, ponen su espada al servicio de los virreyes contra los rebeldes y prodigan las hazañas y la sangre.

El temple de Santa Teresa no desmerecía del de su estirpe. Con un hermano, casi de su edad, á los siete años se juntaba á leer vidas de santos, y ya siente la vocación al martirio.

"Concertábamos irnos á tierra de moros, dice, pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen".

El ejemplo de virtud que se respiraba en su casa palacial penetraba su alma. "Era mi padre, dice, hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos. Era de gran verdad. Jamás nadie le vió jurar ni murmurar. Honesto en gran manera". "Mi madre tenía muchas virtudes. Era de grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacía caso de ella".

El abismo de su corazón que sólo se llena con Dios, trata por un momento, de colmarle con vanidades humanas. Su fantasía revolotea sobre los libros de Caballería queriendo acallar con aventuras soñadas, la sed de empresas más altas.

La curiosidad femenil y el conocimiento de su belleza la hacen gravitar por un momento hacia el mundo.

"Comencé—confiesa con su incomparable ingenuidad—á traer galas y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabellos, y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa".

El episodio que no pasó de infantil devaneo

se levantará como una sombra acusadora ante su vida radiante y pura, y será uno de los acicates de la singular modestia, conque siempre desconfía de sí misma y tiembla por su virtud.

....

....

Aun en el claustro ¡cuántas luchas y combates! ¡Cuántas tribulaciones y amarguras en su espíritu!

La entusiasta lectora de los libros de caballerías en las horas de sus pasados devaneos, va á ser fortalecida con una lectura que derramara bálsamo y luz en su alma.

En las páginas de las "Confesiones" que han recorrido tantas lágrimas van á caer las de Santa Teresa, y humedecidas por el amor ellas van á ser el conductor de la paz y de la gracia.

Oigámosle á ella misma referirlo con el encanto de su estilo, reflejo de la sublime sencillez de su grande alma.

"En este tiempo me dieron las "Confesiones" de San Agustín, que parece el Señor lo ordenó. porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada á San Agustín, porque el monasterio donde estuve seglar era de su Orden, y también por haber sido pecador. que en los Santos que después de serlo el Señor tomó á sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda, y que como los había el Señor perdonado. podía hacer á mí; salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho: que ellos sólo una vez los había el Señor llamado, y no tornaban á caer, y á mí eran tantas, que esto me fatigaba; mas considerando en el amor que me tenía, tornaba á animarme, que de su misericordia jamás desconfié; de mí muchas veces.

"¡Oh válame Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo y cuán atacada me veía para no me determinar á darme del todo á Dios.

"Como comencé á leer las "Confesiones", paréceme me veía yo allí. Comencé á encomendarme mucho á este glorioso Santo. Cuando llegué á su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mí misma con gran aflicción y fatiga"

....

....

De las "Confesiones" sale en parte el "Libro de su vida". En parte nada más, porque desde el capítulo diez en que pide que sea secreto lo que escribe, empieza la autobiografía sobrenatural que sigue en las "Revelaciones" y en las Moradas" como la historia de los contactos divinos de un alma con Dios.

JUAN V. DE MELLA (1).

(1) El Sr. Vázquez de Mella al redactar su ofrenda literaria para este *Homenaje* ha sido tan indulgente con su pluma, movida de su ferviente entusiasmo por la Santa que su trabajo ha resultado un largo y profundo estudio de Santa Teresa, de sus obras y de su psicología, que formaría casi otro volumen como este. Por esto y además porque una importuna indisposición ha impedido al autor el terminar su tarea, tenemos que limitarnos aquí con gran pena á transcribir solamente este breve extracto fragmentario, dejando para más adelante la publicación íntegra, y por separado, de tan notable trabajo.—*N. de la R.*

¿QUIÉN ES?

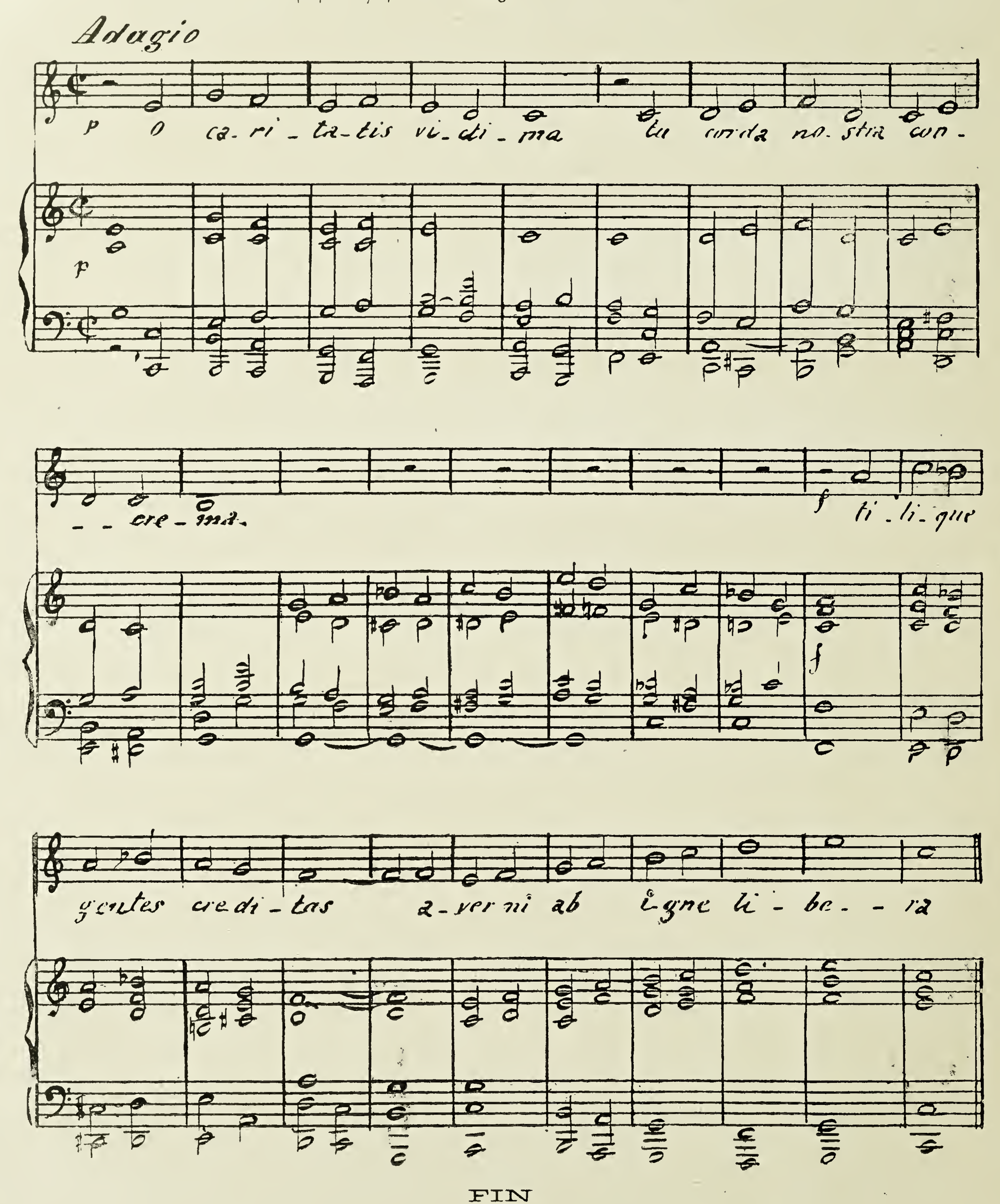
¿La conoces, musa mía?
Es modelo soberano
bosquejado por la mano
de la Gran Sabiduría.
Es el más dulce buen ver
de tus visiones risueñas;
es la mujer que tú sueñas
cuando sueñas la mujer.
La discreta. la prudente,
la letrada, la piadosa,
la noble, la generosa,
la sencilla, la indulgente,
la süave, la severa,
la fuerte, la bienhechora,
la sabia, la previsora,
la grande. la justiciera...
la que crea y fortalece,
la que ordena y pacifica,
la que ablanda y dulcifica...
¡la que todo lo engrandece!
La que es esclava y señora,
la que gobierna y vigila,
la que labra y la que hila,
la que vela y la que ora...
¡Hela, hela, musa ruda!
¿No la cantas?
— No la canto;
—¿Por qué, si la admiras tanto?
—Porque si admiro, soy muda.
—¿Y cuál es la maravilla
que así admiras muda y queda?
—¡O es Teresa de Cepeda,
ó es Isabel de Castilla!

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

A SANTA TERESA

O CHARITATIS VICTIMA

melodía popular, por el insigne maestro Lorenzo Perosi



NOTA DE LOS EDITORES. —Se prohibe la reproducción de los trabajos originales de este *Homenaje*, sin permiso de los editores. Para la correspondencia y los pedidos, dirigirse á D. Luis Domínguez, Galdo, 3, 1.°, Madrid.

ÍNDICE DEL TEXTO

ÍNDICE DE LOS GRABADOS

FE DE ERRATAS

Página 13 donde dice *lutos* de oro debe decir *hilos* de oro.
» 44 donde dice *Obispo de Osuna* debe decir *Obispo de Osma*.
» 51 donde dice *año 1914* debe decir año 1614.

APROBACIÓN

Nihil obstat

JOANNES POSTÍUS, C. M. F.

IMPRIMATUR

JOSEPHUS MARÍA

Episc. Matritensis-Complutensis.

IMPRENTA DE «ALREDEDOR DEL MUNDO», FERRAZ, 82, MADRID